SILVIA GARCÍA RUIZ

Un cheque en blanco para el amor

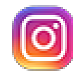


esencia

Índice






You
Tube


Sinopsis

Madison Mitchell, una joven heredera acostumbrada a una vida de lujo y derroche, ve cómo su mundo se desmorona cuando su padre, el magnate Fitzgerald Mitchell, desaparece junto con toda su fortuna. Sin dinero ni amigos, Madison se encuentra bajo la protección de Will Walter, un rudo vaquero de Texas con quien se embarca en un viaje hacia un negocio ruinoso que deberá aprender a gestionar. Mientras lidian con desafíos inesperados, Madison empieza a descubrir el verdadero valor de todo lo que la rodea, incluido el amor.

Will Walter, decidido a recuperar la parte del rancho familiar que vendió a un viejo amigo de su padre, acepta un trato insólito: cuidar de Madison a cambio de recuperar su tierra. Aunque inicialmente desprecia a la joven por considerarla una niña mimada, el tiempo y las experiencias compartidas le revelan una verdad diferente. Madison no es quien él pensaba, y pronto se da cuenta de que ella no es tal como él creía y que esa chica podría llegar a tener un valor incalculable para su corazón.

Descubre en esta apasionante historia cuánto puede valer el amor cuando arriesgamos nuestros corazones para alcanzar a esa persona que, para nosotros, no tiene precio.

Un cheque en blanco para el amor

Silvia García Ruiz



Capítulo 1

Muchas personas creen que el dinero puede comprarlo todo, pero eso no es verdad. El amor, la amistad, el cariño o la felicidad son algunas de las cosas que no se pueden comprar, por más rico que seas. Sin embargo, a menudo, solo te das cuenta de esta realidad cuando el dinero desaparece y no queda nadie a tu lado.

Mi historia es la de una pobre niña rica que tuvo que perderlo todo para encontrar aquello que valía la pena, un cheque en blanco para el amor que puede valer mucho o nada, según sea ese amor para el cual el dinero no tiene ningún valor y que únicamente se puede conseguir arriesgando una y otra vez tu corazón.

Y es que hay quien cree que las niñas ricas no aman, que se limitan a utilizar el dinero para comprarlo todo y que, cuando lo pierden, no saben hacer nada sin él. Mi valor como persona más allá de los ceros que tuviera mi cuenta corriente fue algo que tuve que demostrar a todos, incluida a mí misma, cuando el mundo me puso a prueba quitándome todo lo que me había dado hasta entonces.

Y mientras intentaba recuperarme, un hombre se cruzó en mi camino. Un hombre que en ocasiones me ayudaba y en otras me hundía, una persona que me juzgaba a cada instante a causa del dinero que una vez tuve sin tratar de mirar más allá de esa imagen preconcebida, sin ver a la mujer que podía llegar a ser sin él. Y al mismo tiempo que yo buscaba volver a ser esa niña rica que una vez fui superando todos los obstáculos que aparecían en mi camino, me pregunté en repetidas ocasiones qué prefería tener en mi vida, dinero o amor, duda que resolví contestar actuando como la niña caprichosa que mis padres me habían enseñado a ser, siendo ambiciosa y decidiendo quedarme con todo, sin imaginar cuántas complicaciones podría traerme mi elección…

* * *

Los Mitchell eran una adinerada familia que disfrutaba de las mayores comodidades de pertenecer a la *jet set* de Nueva York. Normalmente, Fitzgerald Mitchell y su esposa Beatrice, junto a su joven hija Madison, habitaban un suntuoso ático en Madison Avenue, pero en esos instantes se habían desplazado a su casa de los Hamptons, una gran vivienda de un estilo arquitectónico propio de

finales del siglo XIX, similar a las típicas construcciones de la campiña inglesa, algo muy habitual en el selecto ambiente de los Hamptons.

En un entorno íntimo que garantizaba la privacidad de sus residentes, la entrada de la casa estaba rodeada por unos extensos y exuberantes jardines y un largo camino principal cerrado, al que los coches entraban a través de un gran pórtico dotado de una imponente verja de hierro forjado. La mansión se dividía en dos alas, una formal y otra informal, que daba cabida al personal de servicio.

El vestíbulo de entrada de la casa principal contaba con altos techos, suelos de madera y grandes ventanales que transportaban a los visitantes a otra época. El primer piso poseía una amplia cocina donde Gérard, el exclusivo chef francés de la familia, creaba exquisitos platos. Enfrente de la cocina, una sala familiar muy espaciosa albergaba grandes sofás blancos junto a caras alfombras con intrincados diseños de tonalidades opacas rodeando una gran chimenea.

En esta planta también se encontraban la sala de estar, diseñada para atender a las visitas, donde predominaban muebles menos cómodos y más exclusivos; una lavandería y un comedor formal donde se podía dar de comer a una numerosa reunión de personas en la enorme mesa de cristal de diseño, pero normalmente en ese lugar solo almorzaban tres personas, dos, si Fitzgerald estaba ocupado con sus negocios.

El segundo y el tercer piso se repartían ocho habitaciones con amplios vestidores, un estudio, una biblioteca y ocho lujosos baños, todos ellos dotados de *jacuzzis*.

Las cocheras, que daban cabida a diez vehículos, casi todos de colección, poseían en su planta superior un pequeño apartamento donde Madison celebraba las reuniones con sus amigos. En los jardines traseros se extendía la gran piscina donde la familia Mitchell había celebrado elegantes fiestas.

Fitzgerald Mitchell era un rico empresario de unos cincuenta y cinco años, cabellos rubios salpicados de algunas canas, que no hacían sino aumentar su elegante porte, y unos fríos ojos azules que centelleaban peligrosamente cuando se encargaba de sus negocios. Un acaudalado multimillonario que a lo largo de los años había expandido su imperio en varios sectores, entre ellos la construcción, el turismo y la ingeniería.

Sus empresas habían construido más de una decena de edificios emblemáticos en diferentes ciudades, algunos de los cuales habían recibido prestigiosos premios arquitectónicos por su moderna arquitectura, su originalidad y su contribución al sector. Sus cruceros eran alabados por sus lujosas instalaciones y las satisfactorias experiencias que brindaba a aquellos que pudieran permitírselas y,

finalmente, sus ingenieros habían desarrollado importantes innovaciones para contribuir a construir vehículos más potentes, rápidos y elegantes.

Su esposa, Beatrice Mitchell, era una distinguida mujer de unos cincuenta años, de rubios cabellos y bonitos ojos verdes, que siempre lucía una amable sonrisa para todos mientras dedicaba su tiempo a colaborar con diferentes asociaciones benéficas.

Por su parte, Madison era la única hija fruto de ese matrimonio, una chica que tras acabar la universidad se dedicaba a disfrutar de su tiempo libre sin llevar a cabo ningún plan de futuro, mostrándoles a sus padres en más de una ocasión que tal vez la habían mimado demasiado.

El día que la vida de Madison Mitchell experimentó un cambio radical fue el de su vigesimoquinto cumpleaños, después de que a su padre le llegase un nuevo extracto bancario de la tarjeta de crédito de su hija que hizo reflexionar a Fitzgerald acerca de la clase de persona en la que se estaba convirtiendo la joven.

—¿Qué significan estas cifras, Madison? —preguntó Fitzgerald Mitchell con enfado al tiempo que le mostraba una abultada factura a su hija, factura que ella ignoró con despreocupación.

—Papá, ese es el precio habitual de una fiesta de cumpleaños celebrada en el club.

—Ya… ¿Y me puedes explicar por qué el coche que te dije que te compraras por tu cumpleaños no es un modelo práctico y apropiado para una joven como tú, sino un cacharro exclusivo y muy ostentoso que, por si fuera poco, he comprobado con asombro que es conducido por un tal Eddy Houston en vez de por ti?

—Eddy Houston es mi novio, papá, por lo que todo lo mío es suyo y viceversa —respondió Madison.

—¿Y este cargo? ¿Por qué has comprado tres caras pulseras?

—Son pulseras de la amistad, para que mis amigas y yo vayamos todas a juego, papá… —explicó ella poniendo los ojos en blanco.

—¿No se supone que son ellas quienes deben regalarte algo a ti por tu cumpleaños y no al contrario?

—Ay, papá, qué anticuado eres… Ahora se lleva que las cumpleañeras también les den un regalo a sus seres queridos.

—¡Ah! Lo moderno ahora es que todo el mundo regale y reciba presentes en su cumpleaños, ¿no? Pues no veo que tus amigas o tu supuesto novio te hayan regalado nada a ti. ¿Estás segura de que esas amistades y ese amor no lo son por tu dinero y no por ti?

—¡Papá, por Dios! ¡No digas tonterías!

—Hija mía, debes aprender a juzgar mejor a las personas que te rodean y saber distinguir entre quienes están contigo porque les importas de verdad y quienes solo quieren aprovecharse de ti.

—Papá, es más que evidente que a todos ellos les importo —respondió Madison, ignorando las sabias palabras de su padre para enviar un mensaje a sus amigos con su teléfono móvil de última generación.

—Perfecto… ¡Entonces esta me la quedo yo! —exclamó Fitzgerald, quitándole a su hija la tarjeta de crédito que sostenía despreocupadamente en una mano.

—Hoy no, papá: es mi cumpleaños y prometiste que me consentirías todos mis caprichos —replicó Madison alegremente, arrebatándole la tarjeta a su padre antes de salir por la puerta.

—No va a escucharme, ¿verdad? —preguntó Fitzgerald a su esposa, que hasta ese momento se había mantenido en silencio contemplando con reprobación el mimado comportamiento de su hija.

—Es obvio que no.

—Las personas que la rodean se están aprovechando de ella —afirmó Fitzgerald, haciendo que su esposa se mostrara de acuerdo con él.

—Sí. Y lo más preocupante es que Madison está segura de que su novio va a proponerle matrimonio el día de su cumpleaños. La oí hablar ayer por teléfono con sus amigas sin que se diera cuenta… Querido, después de ver el coche que ese tipo ha conseguido gracias a nuestra hija, yo también estoy segura de que seguirá adelante con esa proposición.

—Van a hacerle daño a nuestra niña —musitó Fitzgerald, enfurecido con ese aprovechado que, tras acabársele la comodidad del dinero de sus padres, ahora buscaba el de su hija.

—Y lo peor de todo es que no podemos hacer nada: Madison no nos escucha.

—¡Oh, querida! ¡Sí que podemos hacer algo! —replicó Fitzgerald mientras lucía una taimada sonrisa que Beatrice sabía que solamente utilizaba cuando se convertía en un despiadado hombre de negocios que siempre llevaba las de ganar.

—¿El qué?

—Antes de que sea la vida la que ponga a prueba a nuestra hija, voy a hacerlo yo. Y créeme, Beatrice, yo puedo ser mucho más cabrón que la propia vida. Sobre todo, cuando quiero darle una lección a alguien —declaró Fitzgerald, mostrando la misma férrea decisión que en sus negocios, haciéndole saber a su esposa que no podría hacerlo cambiar de opinión…, aunque tampoco es que ella quisiera hacerlo, ya que, en esta ocasión, Madison se merecía esa lección.

Que esta fuera más difícil o más fácil de aprender dependería de con quién pudiera contar la joven a su lado para ayudarla a superar los obstáculos que la vida o, más bien, un padre bastante cabreado le presentarían.

* * *

Will Walter, un duro ranchero de Texas más acostumbrado al duro trabajo que a los lujos, miraba con desagrado el selecto club de los Hamptons al que Fitzgerald Mitchell lo había convocado para esa reunión. Una reunión que él habría preferido mantener en alguna de las sobrias oficinas de Fitzgerald o en su suntuosa casa, pero ese taimado empresario no había tenido tiempo para él hasta ese momento, después de que varios meses atrás se negase a celebrar esa reunión por hallarse demasiado ocupado con los detalles del cumpleaños de su hija.

Para Will, además de un hábil e implacable empresario, Fitzgerald era un viejo amigo de su fallecido padre Jerome, un hombre con el que había podido contar en los momentos más difíciles vendiéndole una parte del rancho del que él y sus hermanos eran propietarios.

Will había mantenido en secreto esa transacción ante el resto de los Walter, un acuerdo que le permitió obtener el dinero para cubrir las deudas que Evan, su hermano mayor, les había dejado a todos tras su fallecimiento. Por lo que pudieron averiguar después del trágico accidente de coche que segó la vida de Evan, este había metido la mano en las cuentas del rancho familiar en más de una ocasión para intentar cumplir los antojos de su caprichosa mujer, Francesca.

Cada uno de los hermanos Walter intentó ocultar a su manera ese oscuro secreto familiar para no perjudicar la memoria de su hermano desaparecido, y mientras Jacob, quien había quedado a cargo de la dirección del rancho, cubría parte de ese desastre con sus propios ahorros, Will, que quedó encargado de las cuentas, actuó vendiendo a escondidas de los demás su parte del rancho familiar.

Ahora que el rancho estaba levantando el vuelo, que los hermanos se habían sincerado entre ellos y que tenían el suficiente dinero como para seguir adelante, Will quería recuperar la parte del rancho que le había vendido a ese taimado empresario, un objetivo que no sabía si sería posible alcanzar después de que ese hombre lo mirase con una irónica sonrisa mientras disfrutaba de una cara copa en una de las elegantes mesas de su selecto club.

—Entonces, ¿quieres comprarme la parte del rancho que me vendiste para que este no deje de ser un negocio familiar?

—Sí, exactamente. Te agradezco mucho la ayuda que nos brindaste en su momento, Fitzgerald, no podríamos haberlo hecho sin ti. Ahora que los Walter nos estamos levantando y el rancho da beneficios, quiero recuperar lo que te vendí. He calculado los intereses adecuados a la suma que en su día me proporcionaste, aunque si no

estás de acuerdo con esta cifra, siempre podemos acordar otra —dijo Will mientras le pasaba un cheque con una elevada cantidad que cubría debidamente todos los pormenores de ese préstamo. O eso al menos era lo que Will pensaba, porque, para su asombro, Fitzgerald ni siquiera miró el cheque antes de devolvérselo.

—No quiero este dinero. Aquello fue un favor personal que le hice al hijo de un buen amigo.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer para recuperar mi rancho?

—Favor con favor se paga. Ahora necesito que seas tú quien me haga un favor a mí —anunció Fitzgerald mientras mostraba una sonrisa maquiavélica, haciéndole saber a Will que su petición no sería sencilla de satisfacer—. Verás, tengo una hija a la que tal vez he mimado demasiado. He cometido el error de cumplir todos sus caprichos sin enseñarle el valor del dinero y del trabajo duro. Madison se ha rodeado de gente que no me gusta, personas que únicamente están con ella por su dinero e, incluso, un niño mimado va detrás de ella para casarse con su billetera.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó Will preocupado, temiendo que, para poder recuperar su rancho, tuviera que tratar con una niña mimada, justo el tipo de mujer que odiaba.

—Quiero darle una lección a mi hija: voy a quitárselo todo y a dejarla sin nada para que conozca cuál es el verdadero valor del dinero, para que descubra quiénes son sus amigos de verdad y para que aprenda que no todo puede comprarse. Y tú vas a ser mi herramienta —declaró Fitzgerald, haciendo que Will abriera los ojos espantado.

—De verdad, preferiría que aceptaras mi dinero, Fitzgerald.

—Lo siento, Will, pero en estos momentos yo no necesito ese dinero, sino a ti.

—¿Por qué yo?

—Porque eres alguien en quien confío. Me lo demostraste cuando arriesgaste tu parte del rancho familiar para cubrir las deudas de tu hermano fallecido.

—¿Qué es lo que quieres de mí exactamente? —preguntó Will renuente, sabiendo que con toda probabilidad se arrepentiría de hacer esa pregunta.

—Quiero que seas la persona que ayude a mi hija a darse cuenta de lo que es el trabajo duro. Quiero que le tiendas una mano cuando se vea completamente sola y arruinada e intente administrar lo poco que voy a dejarle. Quiero que la guíes para que deje de ser la niña mimada en la que mi dinero y yo la hemos convertido. Hoy voy a permitir que Madison celebre su cumpleaños por todo lo alto, con todos los caprichos que me ha pedido, pero mañana… mañana voy a desaparecer, y todo mi dinero lo hará conmigo.

»He convencido a mi abogado para que simule ante ella que una mala gestión de mis negocios me ha llevado a la ruina, que estoy terriblemente endeudado y me han embargado todo, por lo que mi hija no tendrá acceso al dinero de sus cuentas, que están a mi nombre, ni a mi casa ni a mis coches. Solo voy a dejar a su alcance un negocio destartalado y con pocas posibilidades de triunfar, uno que tú escogerás de esta lista que tengo aquí. Si Madison tiene lo que hay que tener, demostrará que lleva mis genes y levantará un poquito ese negocio ruinoso mientras aprende a manejarlo. Si no lo logra, fracasará, pero, de un modo u otro, aprenderá la gran lección que quiero enseñarle.

—¿Y si me niego a ser partícipe de ese juego?

—Como el buen negociador que soy, te diré que solo tienes dos opciones para recuperar esa parte de tu rancho que está a mi nombre: o bien me ayudas a llevar a cabo esta encerrona o te casas con mi hija y la heredas cuando yo muera —sentenció Fitzgerald con una sonrisa socarrona antes de levantarse de la mesa, provocando que Will le dirigiera una mirada de disgusto.

Luego, cediendo a los caprichos de ese rico empresario, cogió la lista de propiedades que Fitzgerald había dejado sobre la mesa y, tras revisarla concienzudamente, señaló una con una maliciosa sonrisa. Ante tal elección, Fitzgerald se rio.

—Pero mira que eres rencoroso… —comentó jocoso antes de alejarse, haciendo saber a Will con sus carcajadas que en esta ocasión él no había salido ganando en ese trato.

* * *

El selecto club de los Hamptons contaba con unas lujosas instalaciones incluidas en una gran villa donde se llevaban a cabo diferentes eventos. Los socios exclusivos podían disfrutar de sus servicios sin límite, como un elegante restaurante con un reconocido chef francés, un *spa*, un salón de belleza, la piscina y alguna que otra *boutique* que vendía las últimas tendencias en moda.

Por supuesto, el lugar más transitado de ese club era el campo de golf de dieciocho hoyos que rodeaba la villa. Cuando asistí a esa reunión con Fitzgerald pensé que podría recuperar la parte de mi rancho que le había vendido, creí que ese encuentro me serviría para acabar con uno de mis problemas, pero, en lugar de eso, me metió de cabeza en algunos más.

No me gustaban las niñas mimadas. Esas mujeres caprichosas que solo sabían pedir las cosas en vez de ganárselas, y me alejaba de ellas como de la peste, tal vez porque una de ellas se había casado con mi hermano Evan, convirtiéndose en su ruina.

Francesca había llevado a su esposo a la muerte de manera precipitada cuando mi hermano, tras días sin dormir adecuadamente a causa del exceso de trabajo, había sufrido un accidente mientras corría para satisfacer uno más de sus lujosos caprichos.

Y a nosotros casi nos llevó a la ruina a causa de las deudas en las que mi hermano había metido nuestro rancho para contentar a su mimada esposa. Y, pese a todo, nosotros todavía actuábamos como idiotas y cumplíamos con alguno de los estrafalarios caprichos de esa mujer, ya que Francesca nos chantajeaba a menudo usando a nuestra sobrina Gillian, una chica por la que todos los Walter nos desvivíamos.

Mis hermanos Jacob y Clay se habían casado algunos años atrás, haciéndome temblar con sus respectivas decisiones debido a que mi primera opinión sobre sus esposas fue que eran como Francesca, esa pesadilla particular de la que nunca podíamos deshacernos. Pero, al contrario de lo que pensaba, Olivia y Abigail habían resultado ser dos chicas fuertes que trabajaban duro para conseguir ese dinero del que en ocasiones presumían y nos habían demostrado a todos los Walter que nunca se debe juzgar un libro por su cubierta.

Recordando a mis cuñadas, me sentí dispuesto a concederle el beneficio de la duda a la hija de Fitzgerald, así que fui al lugar donde su padre me había asegurado que podría encontrarla. Pregunté a uno de los camareros quién era Madison Mitchell y este dirigió mi mirada hacia una hermosa rubia de atrayentes ojos azules y seductora sonrisa, una chica que regalaba caros presentes a sus amigas, las cuales contemplaban con más aprecio sus pulseras que a ella.

Vi ante mí a una mujer que coqueteaba con un hombre cuyos ojos se desviaban con demasiada frecuencia detrás de las camareras, a pesar de que sus labios aseguraban que ella era la única a la que amaba, y contemplé, al fin, a una mujer cegada por el dinero y la popularidad que no se molestaba en abrir los ojos a la realidad que la rodeaba, «o que tal vez simplemente no quisiera verla», pensé para mí cuando observé que Madison se percataba de las miradas que su novio les dirigía a otras, un hecho que decidió ignorar conscientemente mientras seguía con sus juegos, fingiendo que no se había dado cuenta de la falsedad de las palabras del hombre que tenía junto a ella.

Sentí pena por esa chica, pero mi pena duró tan solo hasta que comenzó un estúpido juego con sus amigas por el que compraba a las personas que estaban junto a la piscina con caras bebidas, ganándose una falsa sonrisa y una aprobación y una amistad interesadas de todo aquel que las niñas mimadas que acompañaban a Madison le señalaban.

Observé su proceder con desaprobación, y con una mirada le advertí a esa chica que no debía jugar conmigo, ya que yo no era alguien a quien el dinero pudiera comprar. Para su desgracia, Madison

hizo caso omiso de mi silenciosa advertencia, lo cual acabó por convencerme de aceptar la propuesta que su padre había puesto sobre la mesa, en la que yo podía ser tanto su salvación como su perdición y, por el momento, nada de lo que había visto me animaba a ayudarla: más bien me incitaba a contemplar con deleite su caída cuando comenzara a comprender que no todo podía comprarse en esta vida.

* * *

Madison Mitchell, con su perfecta manicura, las caras joyas que la adornaban y la ropa de diseño que vestía, era la perfecta imagen de una hija mimada. Una niña rica que solo tenía que señalar lo que deseaba para que sus padres se lo compraran.

Tras finalizar su carrera de Administración y Dirección de Empresas, Madison esperaba poder ayudar a su padre en sus negocios y, mientras aguardaba su oportunidad, sus únicas preocupaciones antes de cumplir los veinticinco años consistían en ir de compras con sus amigas, asistir a las fiestas de su elitista y selecto club y salir con su adinerado novio, del que esperaba recibir muy pronto una propuesta de matrimonio.

Mientras soñaba con la fiesta de cumpleaños que esa noche darían en el club del que sus padres eran miembros, Madison se reía y se divertía despreocupadamente con sus amigas en la piscina, luciendo un bikini negro con brillos plateados de diseño exclusivo que atraía las miradas de todos los hombres, incluida la de uno que la observaba con reprobación.

Ese individuo era un serio vaquero que, sin conocerla siquiera, censuraba su forma de ser y dirigía su seria mirada hacia ella en más de una ocasión, frunciendo el ceño con enfado, como si lo que estuviera viendo le desagradara.

—No mires hacia allá, pero ese hombre está volviendo a fulminarte con la mirada —le advirtió su amiga Nicole, una imponente pelirroja de ojos marrones que señalaba disimuladamente con un gesto de la cabeza al duro ranchero sentado a una de las mesas, un sujeto que seguramente estaba esperando a alguien para hablar de negocios, ya que su indumentaria, basada en unos vaqueros con un gran cinturón, una chaqueta de sport marrón encima de una blanca camisa y unas botas marrones con un sombrero texano a juego, no mostraba que se hallara en la piscina por diversión.

—¿Lo conoces? —preguntó Bethany, su otra inseparable amiga, una seductora morena que no dudó en recorrer al hombre con la mirada, ya que, aunque su rostro mostrara un gran descontento, eso no estropeaba su atractivo.

—No, y después de esas miradas que me está lanzando no me

animo demasiado a hacerlo… Sin embargo, ya que me ha declarado su enemiga sin molestarse en conocerme siquiera, vamos a darle una razón a esa fustigante mirada para censurarme —anunció Madison antes de levantar una mano en gesto de saludo a la vez que gritaba con atrevimiento—: ¡Hola, vaquero!

Y cuando ese hombre la reprendió una vez más con la mirada antes de soltar un gruñido de desaprobación, que le mostraba a Madison cuánto le molestaba su comportamiento, ella se limitó a lanzarle un beso desde la piscina con descaro, burlándose de él.

—¿A que no te atreves a jugar con ese tipo? —la retó Nicole, viendo que después de ese descarado gesto Madison simplemente había seguido jugando en el agua.

—¿Por qué no? —respondió ella, sintiéndose molesta a causa de la mirada de ese hombre, que la juzgaba con dureza—. Llama al camarero, Bethany —pidió a su otra amiga. Y como la niña mimada que era, Madison intentó hacer lo que había aprendido desde pequeña: comprarlo todo con dinero, incluido un vaquero.

—Hola, eh…, James… —comenzó Madison, dirigiéndose dulce y coquetamente al joven camarero tras leer la placa con su nombre, un nombre que ninguno de los habituales de ese lugar se molestaría en memorizar—. Verás, hoy es mi cumpleaños y estoy muy triste porque me gustaría que todos celebraran este día junto a mí, pero veo que aquel hombre del sombrero vaquero no se está divirtiendo, por lo que me gustaría que le llevases de mi parte una copa del whisky más caro que tengáis en el establecimiento. Después de eso, pregúntale qué hace falta para que me sonría. Dile que soy tremendamente rica y que ponga él un precio —pidió Madison con descaro, provocando que sus amigas se rieran con su broma y que el joven camarero se alejara de ella sin saber cómo llevar a cabo ese encargo sin meterse en problemas.

—¡Muy bien! Ahora tan solo hay que esperar a ver cuál es su precio… —anunció Madison alegremente mientras recibía una nueva mirada de ese hombre y apoyaba los codos en el borde de la piscina, descansando su barbilla sobre el dorso de sus manos para dedicarse a devolverle la mirada, retándolo a seguir su juego.

—¿Qué precio crees que pondrá? —preguntó Bethany, emocionada ante la idea de que Madison consiguiera a un hombre como aquel.

—Ninguno. Ese tipo no parece un hombre que se deje tentar por el dinero. Seguramente se ofenderá lo suficiente como para montar un escándalo y entonces lo echarán del club y yo me libraré de sus molestas miradas.

—Pero ¿y si pone un precio?

—Si es razonable, lo pagaré, ya que no quiero que nada me

amargue mi cumpleaños. Pero os aseguro que ese tipo no es de los que se dejan comprar —anunció Madison mientras sonreía maliciosamente hacia el nervioso camarero, que estaba entregando su mensaje en esos instantes.

Sin embargo, para el asombro de Madison, el vaquero no formó ningún escándalo por sus insultantes palabras: simplemente aceptó el whisky y habló por unos instantes con el camarero, dándole su respuesta.

Cuando el joven James regresó junto a la joven y sus amigas tragando nerviosamente sin saber cómo dar su mensaje, Madison lo animó a hablar:

—Simplemente escúpelo, James.

—El señor Walter me ha pedido que le haga saber que, cuando usted ponga en esta bandeja algo que despierte su interés, él estará dispuesto a hablar sobre su precio —manifestó el camarero mientras el descarado vaquero alzaba su copa desde lejos, brindando burlón hacia ella.

Madison esperó a que ese hombre disfrutara de su cara bebida antes de contestarle a James. Sin apartar los ojos de ese vaquero, se quitó con descaro la parte superior de su bikini al tiempo que se pegaba al borde de la piscina para que nadie viera su desnudez.

—¡Perfecto! Entonces… ¡llévale esto! —dijo después de arrojarle el bikini al camarero, viendo con satisfacción cómo el hombre que la había retado se atragantaba con su bebida.

—¿Cuál crees que será su respuesta? —preguntaron al unísono sus amigas, aproximándose más a Madison mientras se reían del atrevimiento de su amiga.

—Imagino que se acercará para devolvérmelo y para reprenderme en esta ocasión no solo con la mirada —declaró ella, muy segura de sí misma, cuando el camarero se alejó.

Pero, tras recoger la parte superior del bikini, el vaquero se dirigió hacia donde se encontraban las tres chicas y se limitó a sentarse en una tumbona frente a ellas, a la vez que disfrutaba tranquilamente de su bebida y le sonreía a Madison a través del vaso, a la espera de que la joven hiciera su siguiente movimiento, acercarse a él, algo que ella no haría por nada del mundo, y todavía menos sin la parte de arriba del bikini.

Ante la intransigente mirada de ese hombre, las risas de las chicas cesaron y Nicole y Bethany se marcharon, seguramente en busca de refuerzos o de una toalla. O eso al menos era lo que Madison pensaba mientras los ojos de ese hombre se clavaban en ella con más intensidad.

—¿Podrías devolverme la parte superior de mi bikini? —pidió intentando recuperar la pieza de ropa de la que se había deshecho con

demasiada despreocupación.

—No, tú has puesto sobre la bandeja algo que ha llamado mi atención, así que, ¿por qué no sales de la piscina y hablamos de cuál es mi precio? —respondió el vaquero en tono burlón.

—Está bien, entonces dame una toalla…

—¿Esta toalla? —preguntó ese hombre antes de cogerla y arrojarla lo más lejos posible de ella—. Allí la tienes, sal a buscarla.

—¿Qué ocurre contigo? No tienes por qué comportarte así, tan solo ha sido una broma…

—Ya lo sé. Yo simplemente te la estoy devolviendo —respondió él, interrumpiendo a Madison—. ¿Sabes cuál es el problema de las chicas como tú? Que creen que todo puede comprarse con su dinero, pero, para tu infortunio, yo soy una de las cosas que no puedes comprar.

—Todo tiene un precio —contestó Madison altaneramente, repitiendo una de las lecciones que había aprendido de su padre.

—¡Ah! Entonces tu amistad debe de valer muy poco, ya que tus amigas aún no han acudido a rescatarte de esta vergonzosa situación. O tal vez sea que no has pagado lo suficiente para ello, niña mimada.

—¡Nicole y Bethany no están conmigo por mi dinero! —replicó ella con enfado.

—¿Estás segura? —preguntó ese hombre antes de terminarse su copa.

—Por supuesto.

—En ese caso, voy a hacerte una pregunta: si todo tu dinero desapareciera mañana, ¿cuáles de tus amistades se quedarían a tu lado?

—Todas, por supuesto —contestó Madison con total convicción.

Tras su respuesta, el vaquero se levantó de la tumbona y se acercó hasta donde se encontraba la joven. Y tras dar un suspiro resignado, como si esa fuera una lección que ella aún no hubiera aprendido y que él tuviera que enseñarle, dejó caer el top de su bikini vergonzosamente sobre la cabeza de Madison al tiempo que le decía:

—Espero por tu bien que así sea.

A continuación, se dispuso a marcharse de ese lugar antes de que lo echaran y anunció con una taimada sonrisa ante la furiosa mirada de la muchacha:

—Por cierto, espero que disfrutes mucho de tu fiesta de cumpleaños.

Capítulo 2

Estaba decidida a que nadie me estropeara mi cumpleaños, ni siquiera el intransigente vaquero que, tras enfadarse a causa de un inocente juego, me había mirado como si necesitara aprender una lección y él estuviera más que dispuesto a enseñármela.

Yo solo había querido jugar con él a causa de ese ceño fruncido que no había dejado de dirigir hacia mí mientras intentaba divertirme con mis amigas, pero lo único que había conseguido con mis acciones era que ese hombre me mirara con más disgusto y que respondiera a mis provocaciones dándome a entender que él era algo que yo nunca podría comprar con mi dinero, una reacción que no me molestó en absoluto porque yo no lo quería en mi vida.

Sin embargo, sí me molestó que juzgara a mis amistades, tachándolas de falsas. Nicole y Bethany estaban junto a mí desde que éramos niñas, habíamos asistido al mismo selecto colegio y al mismo caro instituto y, por supuesto, a la misma universidad. Ellas siempre estaban allí para mí, señalándome todas mis buenas cualidades, y yo no dudaba en recompensar su gran amistad con alguna que otro regalo.

Las pulseras con las que las había sorprendido el día de mi cumpleaños no eran nada en comparación con otros regalos que les había hecho a lo largo de los años y que les seguiría haciendo para demostrarles mi cariño.

Lo que más me había fastidiado de ese vaquero era que, mientras yo esperaba a que mis amigas aparecieran para ayudarme a salir de esa complicada situación, él finalmente había acabado sonriendo complacido, muy seguro de estar en lo cierto y de que mis amistades eran algo que yo tenía simplemente porque las había comprado con dinero.

Las palabras que me había dedicado antes de marcharse, por las que me preguntaba si tendría a alguien junto a mí en el caso de que mi dinero desapareciera, aún rondaban por mi mente y me molestaban de verdad, porque estaban comenzando a estropearme la esperada celebración de mi cumpleaños.

Tras comprobar que ese hombre se había alejado lo suficiente de la piscina, me volví a poner la parte superior de mi bikini y salí del agua encaminándome hacia mis amigas para averiguar qué las había mantenido tan ocupadas como para no acudir en mi auxilio cuando

más las necesitaba.

Las encontré dentro del club, en la zona del restaurante, tomándose un cóctel junto a mi novio en una de las mesas, los tres riéndose y divirtiéndose sin mí. Molesta, me acerqué a ellos y, tras cruzarme de brazos, miré a las chicas con reprobación. Después de un brusco carraspeo por mi parte, ellas al fin se dignaron mirarme.

—Creía que ibais en busca de ayuda para que pudiera recuperar el top de mi bikini o, al menos, a por una toalla para que pudiera salir de la piscina sin montar un escándalo —les recriminé a mis amigas, las cuales estaban demasiado pegadas a mi novio para mi gusto.

—Sí, íbamos a hacerlo…, pero nos entretuvimos hablando con Eddy —se excusó Nicole, sin concederles demasiada importancia a mis protestas.

—Además, por lo que veo, no has necesitado nuestra ayuda para recuperar tu ropa. Tal vez, si no te hubieras deshecho de esa prenda en primer lugar… —señaló Bethany sin disculparse por dejarme tirada, mirando más su cara pulsera que a mí.

—¡Vosotras me retasteis a jugar con ese hombre! ¡A averiguar su precio!

—Es verdad, Maddie, pero en ningún momento te dijimos que lo compraras con algo más que con dinero —apuntó Nicole, culpándome de todo, insinuando que yo era una mujer que jugaba con los hombres, cuando lo cierto era que con el único que había jugado había sido precisamente con ese vaquero. Y solo porque mis amigas me habían retado y ese tipo me había molestado lo bastante como para que acabara convirtiéndome en esa niña mimada y caprichosa que él creía que era.

Ante las palabras de Nicole, Eddy no se molestó lo más mínimo. No se puso celoso ni preguntó qué había sucedido con ese hombre. Su reacción me llevó a pensar que o bien Eddy confiaba ciegamente en mí o bien que yo no le importaba demasiado.

Una vez más, las palabras de ese maldito vaquero resonaron en mi mente y me hicieron dudar de todo lo que me rodeaba, pero, decidida a disfrutar del día de mi cumpleaños, negué que fueran ciertas mientras intentaba explicarle mi atrevido comportamiento a un hombre que no me había pedido ninguna explicación.

—Lo hice para provocarlo. En ningún momento pensaba darle algo más a ese tipo que un atisbo de mi bikini. Además, cuando os fuisteis de la piscina creí que lo hacíais para ayudarme, no para venir a tomaros unos cócteles en el bar —les recriminé a mis amigas, quienes, una vez más, volvieron a prestar más atención a sus pulseras que a mí.

—¡Vamos, chicas! Haya paz… —intervino Eddy, viendo que comenzaba a enfadarme de verdad—. Después de todo, hoy es un día

muy especial: hoy es el cumpleaños de la chica que amo —añadió abriendo sus brazos hacia mí, y yo, tras apartar a mis dos amigas, no dudé en sentarme en el regazo del hombre que amaba y, aceptando su cariño, me tranquilicé—. Esta noche tengo una sorpresa muy especial para ti —dijo Eddy, mostrándome una pequeña cajita procedente de una exclusiva joyería sin revelarme aún lo que contenía. Tras ello, la alejó de mi alcance y volvió a esconderla, jugando tanto conmigo como con mi corazón.

—¿Vas a pedirme que me…? —comencé a preguntar, pero él puso un dedo sobre mis labios y me pidió que guardara silencio.

—Déjame darte mi regalo cuando sean las doce y entonces te haré una pregunta que estoy seguro de que estás impaciente por contestar. Aun así, esperaremos a que soples esas velas de cumpleaños para poner la guinda a tu increíble fiesta. ¿Estás dispuesta a esperar?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —grité con impaciencia, haciéndole saber que esa era mi respuesta, tanto a la pregunta que me hacía en esos instantes como a la que me haría más tarde.

Él se rio de mi nerviosismo y me besó sutilmente antes de despedirse con una sonrisa.

—Entonces será mejor que vayas a prepararte para ser la chica más guapa de la fiesta.

—Yo siempre soy la chica más guapa —anuncié presumidamente echando mi melena a un lado.

Después de lanzarle un beso, me alejé junto a mis amigas hacia los servicios antes de dirigirme a las selectas tiendas del club, donde me vestirían, me peinarían y me maquillarían para la gran ocasión, demostrando a todos que, ese día, Madison Mitchell era la chica más afortunada del mundo y que tenía todo lo que una persona podía llegar a desear en la vida.

* * *

No tenía nada.

Todo había pasado tan rápidamente que aún me costaba asimilarlo, especialmente después de comprobar que lo único que me había quedado era la severa mirada de un intransigente vaquero que me recordaba que él tenía razón.

Todavía no entendía cómo había pasado.

La fiesta empezó siendo tan maravillosa como había planeado a lo largo de los meses. Mi vestido de Coco Chanel era perfecto, el top se ceñía a mi busto a la perfección, carecía de mangas y rodeaba mis pechos con un elegante tejido negro. En mi cintura mostraba un bordado de encaje negro con brillos plateados, y de este partía una larga falda con vuelo que llegaba hasta mis tobillos, de un pálido color

rosa que me hacía parecer la princesa de ensueño que quería ser por mi cumpleaños.

En la peluquería me habían hecho un sutil recogido dejando sueltos algunos de mis rizos rubios, que enmarcaban mi rostro y, como adorno, una pequeña corona me hacía parecer la reina de la fiesta. Mis tacones eran tremendamente altos y estaban llenos de piedrecitas que brillaban tanto como el caro collar que mi padre me había regalado, complemento que había preferido dejar en casa para lucir esa noche como única joya mi pulsera de la amistad.

¡Estaba espectacular!

Todo fue perfecto cuando aparecí en la maravillosa fiesta que había organizado. A mi alrededor había cientos de amigos dispuestos a celebrar conmigo mi cumpleaños. Las exquisitas *delicatessen* de un afamado chef francés, contratado expresamente para la ocasión con varios meses de antelación, se repartían entre los invitados junto con las mejores bebidas. Unas grandes mesas de bufet adornadas con estatuas de hielo en forma de cisne mostraban elegantes y exóticos bocados para el deleite de todos. La barra libre invitaba a los asistentes a un trago por mi cumpleaños; la música era proporcionada por un famoso *disc-jockey* que nos animaba continuamente a invadir la pista con sus movidos temas.

Yo me divertí, bailé y reí sin descanso junto a todos mis amigos. Repartí caros presentes entre mis invitados y hasta ignoré alegremente la presencia de ese vaquero en mi celebración, en esta ocasión en compañía de mi padre, lo que me llevó a preguntarme por un instante cómo era posible que unos hombres tan distintos hubieran llegado a conocerse.

—Cariño, ven aquí, quiero presentarte a alguien —dijo mi padre, haciendo que abandonara por un momento el abrazo de mi novio para ir a conocer a un hombre que no me agradaba en absoluto. No obstante, sin querer discutir con mi padre en un día tan especial, fui hasta donde ellos estaban para enfrentarme a la irónica sonrisa con la que ese vaquero me recibió, mirándome por encima de su copa.

—Madison, querida, este es Will Walter, el hijo de un viejo amigo que falleció hace bastantes años, pero al que aún no he olvidado, ya que, para mí, fue un amigo de verdad. Un amigo como el que a mí me gustaría que tuvieras tú, en lugar de esto… —dijo mi padre, señalando algo molesto a toda la gente que me rodeaba.

—Papá, aunque tú fueras muy amigo de ese hombre, no creo que yo congenie con su hijo. Will y yo ya nos hemos conocido, y debo decirte que no nos caemos muy bien. No obstante, por consideración a ti, no lo echaré a patadas de mi fiesta.

—¡Madison! —exclamó mi padre escandalizado—. ¡Ese comportamiento es del todo inadecuado y…!

—Déjalo, Fitzgerald. Al parecer, Madison es una chica a la que le gusta hacer bromas, pero no recibirlas. Creo que es muy joven y todavía debe aprender que, de algunas personas, recibirá el mismo trato que el que ella les otorgue. Especialmente de aquellas que su dinero no pueda comprar —contestó ese hombre, volviendo a reprenderme con sus intensos ojos azules, de los que yo me apresuré a huir.

—Bueno, si me disculpáis, tengo una fiesta de la que seguir disfrutando. Papá, puedes quedarte cuanto quieras. Will, si te quedas, te agradecería que lo hicieras en un apartado rincón donde tu presencia no me moleste —dije mostrándome bastante grosera con ese hombre, algo por lo que mi padre me reprendió con la mirada, mientras que Will se limitó a reírse.

—Antes de que te vayas, tengo un regalo para ti. Posiblemente no sea tan caro como los demás presentes que recibas, pero creo que te puede venir bien —dijo Will, asombrándome al ofrecerme una cajita de una joyería no tan famosa como aquellas a las que estaba acostumbrada y en cuyo interior había un collar con una pequeña herradura de plata rodeada de piedras brillantes que, evidentemente, eran bisutería—. Algunos dicen que trae suerte —añadió el vaquero, insinuándome que esa suerte era algo que yo necesitaba.

Tras cerrar bruscamente la cajita de esa simple joya, la rechacé, ya que ni ella ni el hombre que me la ofrecía combinaban conmigo.

—Gracias, pero no creo que la necesite. Ni ahora ni nunca. Disfruta de la fiesta, que es justo lo que yo estoy dispuesta a hacer, aunque algunos quieran amargarme el día —anuncié altivamente antes de alejarme, sin importarme nada que mi padre pensara que había sido grosera con ese hombre.

Después de recibir a ese inoportuno invitado, el resto de la tarde disfruté de mi celebración. Mis padres se despidieron de mí sin esperar a que soplara las velas, mi madre me abrazó como si fuera a alejarse de mí un largo tiempo y mi padre lo hizo con cariño, aunque, antes de desaparecer, negó varias veces con la cabeza mientras me observaba a mí y mi escandalosa fiesta, mostrando una vez más su descontento hacia todo lo que me rodeaba.

Yo, por mi parte, seguí disfrutando de la celebración hasta que dieron las doce. En ese momento trajeron la tarta y soplé las velas. A continuación, tal y como mis amigos y yo habíamos previsto, ese gesto daría paso a la segunda parte de mi grandiosa fiesta, donde subiríamos el volumen de la música y aparecerían estrambóticos cócteles llenos de alcohol… Sin embargo, y para mi asombro, el soplido de velas en realidad solamente fue la señal para que mi vida comenzara a cambiar.

Tras soplar las velas de mi grandiosa tarta de cumpleaños de una

decena de pisos de nata y chocolate blanco, adornada con rosas de caramelo, un gran cuchicheo comenzó a extenderse entre los invitados a mi alrededor mientras contemplábamos cómo los camareros empezaban a recogerlo todo, dando por finalizada mi fiesta antes de tiempo.

—¿Eh? ¿Qué ocurre? —pregunté al tiempo que la gente seguía cuchicheando a mi alrededor sin que nadie llegara a contestarme, consiguiendo únicamente que todos me dieran la espalda—. ¡¿Alguien me puede explicar qué está pasando?! —insistí, hasta que el abogado de mi padre, Terry Wilson, un hombre al que conocía desde la niñez, apareció ante mí dirigiendo a todos los empleados del club.

»¿Tío Terry? ¿Qué pasa? —pregunté a esa figura conocida y amable que ya no lo parecía tanto cuando su habitual gesto sonriente dio paso a una mirada severa que no comprendí, hasta que sus palabras me mostraron que mi padre a veces tenía razón cuando afirmaba que el dinero podía comprar muchas falsas amistades a tu alrededor, personas que solo mostraban su verdadera cara cuando la riqueza desaparecía.

—Lo que pasa, niña mimada, es que tu dinero ha desaparecido. Tu padre ha cometido un gran error en uno de sus negocios, una gestión nefasta que ha provocado que perdamos una verdadera fortuna, un asunto que los accionistas estamos investigando con todo detalle. Ahora mismo tu familia está hasta el cuello de deudas, por lo que tu casa, tu dinero y tus caros juguetes ya no te pertenecen. En estos instantes voy a utilizar todos los bienes de tus padres para cubrir parte de las pérdidas y para intentar evitar que tu padre acabe en la cárcel por una pésima maniobra que algunos sospechan que solo ha sido otro más de sus sucios trucos para hacerse con más dinero, una estrategia que en esta ocasión no le salió bien, aunque no puedo prometerte nada.

—¿Dónde está mi padre? —pregunté, preocupada por mi familia, sin importarme demasiado todo lo que había perdido, una reacción ante la que me pareció ver sonreír fugazmente al abogado de mi padre.

No obstante, Terry volvió a mirarme fríamente de inmediato y a dirigirme unas palabras que hicieron que mi corazón se encogiera.

—Seguramente estará huyendo con tu madre hacia algún lejano lugar donde no los atrapen. Tú deberías quedarte en casa de algún amigo hasta que él contacte contigo…, si es que tienes algún amigo de verdad, claro está —dijo Terry, levantando irónicamente una ceja mientras observaba cómo las personas a mi alrededor comenzaban a apartarse de mí—. No creo que tus padres te llamen, por si los están vigilando. No obstante, te daré mi tarjeta por si ocurre. Yo, por mi parte, contactaré contigo cuando alguno de ellos dé señales de vida de

una u otra manera —finalizó dejando ese frío trozo de papel en mi mano antes de desaparecer.

Asombrada y aturdida por lo que me estaba ocurriendo, me acerqué a Bethany y a Nicole para que me consolaran y me tranquilizaran como siempre hacían con sus palabras cuando algo me preocupaba, pero, para mi desconcierto, ocultaron tras de sí las manos engalanadas con las caras pulseras que les había regalado y, escondiéndolas de mí, me dedicaron unas palabras que nunca esperé oír de esas chicas a las que llamaba amigas.

—No caerás tan bajo como para reclamarnos tu regalo ahora que eres una pobretona, ¿verdad? —soltó Bethany.

—¡Lo que se da no se quita! —añadió Nicole, alejándose de mí.

—No quiero las pulseras —dije haciendo que suspiraran aliviadas, hasta que continué con mis palabras, provocando que se removieran nerviosamente delante de mí—: Quiero unas amigas que me ayuden a superar esto y que, tal vez, me ofrezcan un lugar donde pasar la noche o me presten algo de dinero hasta que pueda salir adelante.

—Lo siento, Maddie, pero dudo mucho que mi padre me deje seguir siendo tu amiga después de esto —declaró Nicole. Por su parte, Bethany ni siquiera me contestó antes de acompañarla a ella hacia la salida.

Solo ahora que lo había perdido todo me estaba dando cuenta de cuán ciertas eran algunas de las advertencias de mi padre, pero, negándome a creer que todos los que me rodeaban fuesen así, fijé los ojos en el hombre que me amaba y me dirigí hacia él para preguntarle esperanzada:

—Eddy, ¿qué era lo que querías preguntarme después de que soplara las velas?

—Cariño…, eh…, creo que ahora nos separan demasiadas cosas como para hacerte esa pregunta. Creo que lo mejor será que finalicemos esta relación que no nos llevará a ningún lado —respondió el hombre que había jurado amarme, consiguiendo que acabara derrumbándome con el corazón roto y completamente desesperada.

Cuando Eddy se fue, yo caí en el frío y elegante suelo de un salón que comenzaba a vaciarse y en el que ya no quedaba nada de mi espléndida fiesta ni de mis selectos invitados. En ese momento, sintiéndome completamente hundida, di paso a mis lágrimas.

Instantes después, se me acercó el último de los invitados, ese intransigente vaquero, al que miré con odio, ya que no necesitaba que me recordara que él tenía razón. No obstante, para mi asombro, Will me ayudó a levantarme, puso gentilmente su chaqueta sobre mis hombros y, tras situarse detrás de mí, me puso el colgante que yo había rechazado antes.

—Feliz cumpleaños —dijo sin una muestra de esa irónica sonrisa que había exhibido en otras ocasiones hacia mí—. Tu padre me pidió que te ayudara en lo que necesitaras antes de desaparecer, así que no te preocupes: aunque tu familia esté lejos, no te ha abandonado. Yo, en cumplimiento de la promesa que le hice a tu padre, tampoco lo haré —declaró Will, para luego realizarme una pregunta que nadie me había hecho hasta ese momento—: ¿Qué necesitas?

Y, cediendo ante mi dolor, me rendí y me acerqué a él para hacerme un hueco entre los brazos de ese duro hombre. Will, sorprendido porque no le pidiera el dinero por el que él creía que se guiaba una chica como yo, me permitió llorar sobre su pecho antes de abrazarme protectoramente.

Entonces di rienda suelta a mis lágrimas y liberé todo el sufrimiento, la decepción, la tristeza y la sensación de traición que me embargaba al darme cuenta de que lo que más me dolía no era el dinero que faltaría en mi cuenta corriente, sino el conocimiento de que el amor que siempre había tenido a mi lado tenía un precio en el que yo nunca me había fijado y que, por lo visto, ahora ya no podía pagarlo, convirtiéndome en una pobre niña rica que no sabía lo que era amar ni ser amada.

* * *

Debería haberme mantenido alejado de ella para mostrarle fríamente la lección que su padre quería enseñarle, pero no pude. Ante mí no había visto a una niña mimada y egoísta que culpara a todos de lo que le ocurría, sino a una mujer preocupada por su familia y asombrada de que lo que había creído una amistad y un amor verdaderos fueran tan falsos que solo se guiaran por el dinero.

El comportamiento de sus amigas había herido profundamente a Madison, pero a pesar de todo había sido capaz de contener sus lágrimas. Y mientras ella se había comportado como toda una mujer pidiendo algo de ayuda a sus presuntas amigas, estas se habían mostrado como unas auténticas arpías, reclamando lo único que les importaba de esa amistad: las fruslerías que llevaban en sus muñecas. El novio de Madison había sido aún peor y, dando un paso atrás, la había dejado completamente sola.

Yo era lo único que le quedaba a esa chica de todas esas despreciables e interesadas personas que la habían rodeado en la fiesta. Y quizá yo era el peor de todos, porque pudiendo acabar en un instante con todo su dolor al confesarle que lo que le estaba sucediendo tan solo era una farsa montada por su padre para darle una lección, permanecí en silencio porque me convenía, preguntándome si las palabras que Madison me había arrojado a la

cara no serían verdad y yo también tenía un precio.

No obstante, abrazar a Madison no había tenido nada que ver con mi papel de guardián. Lo había hecho porque mi corazón así me lo había dictado. Mis brazos seguían abiertos a ella, mi pecho se mantenía fuerte y mi corazón no tanto mientras oía su desgarrador llanto, con el que trataba de aliviar un daño que varias personas le habían causado, entre las que ahora también me encontraba yo mismo.

—No te preocupes. Tu situación mejorará. De hecho, creo que ya no puede ir a peor —dije intentando consolarla, aunque lo único que conseguí fue que ella redoblara sus sollozos. Entonces recordé que mis hermanos siempre me decían que eso de consolar a alguien no era lo mío.

—¿Volverán mis padres?

—No, de momento no creo que puedan volver a tu lado, especialmente si se está llevando a cabo una investigación que podría acabar enviando a tu padre a la cárcel —respondí, consiguiendo que su llanto aumentara.

—¿Recuperaré mi dinero?

—No. Supongo que, además, subastarán todos tus bienes, incluso tus preciados recuerdos, para pagar las deudas de tu padre —contesté, haciendo que esa chica fijara sus llorosos ojos en mí al tiempo que se agarraba fuertemente a mi camisa y me preguntaba, cada vez más preocupada:

—Entonces, ¿se puede saber cómo va a mejorar mi situación?

—Ahora me tienes a mí —declaré, consiguiendo que ella volviera a hundir la cabeza en mi pecho y que su llanto arreciara—. Escucha, Madison. Tengo en mi poder la documentación de propiedad de un negocio que tu padre dejó a tu nombre antes de que comenzara la investigación en curso, por lo que dudo que alguien pueda tocarlo. Quizá ese negocio sea la única salida para que tanto tu familia como tú podáis subsistir a partir de ahora, así que creo que deberías hacerte cargo del mismo hasta que tus padres vuelvan —le dije, logrando que alzara su rostro esperanzado hacia mí, algo que me pesó en exceso en mi conciencia en cuanto recordé el negocio que yo había elegido de la lista que Fitzgerald me había propuesto.

—¿De verdad? Dime que mi padre me ha dejado una rentable tienda de moda, una joyería o algún caro *spa* en el que pueda relajarme… —rogó ella, haciendo que yo desviara la mirada.

—No… no exactamente —contesté de manera evasiva, esquivando sus esperanzados ojos para tratar de no darle más malas noticias ese día.

—¿Se encuentra cerca ese negocio?

—Bueno, está un poquito lejos de aquí —contesté rascándome

nerviosamente la nuca mientras volvía a desviar la mirada para no mentirle a la cara.

—¿Dónde se encuentra exactamente el negocio que me ha dejado mi padre? —preguntó Madison exigiendo que la mirara, para lo cual cogió mi rostro entre sus delicadas manos.

—En un remoto lugar de Texas.

—¡¿Qué?! —exclamó alarmada.

—Lo bueno es que yo vivo bastante cerca de allí y puedo llevarte.

—¡Demonios! ¿Me puedes decir cuándo, según tú, mejorará mi situación?

—Prometo no cobrarte nada por el viaje hasta allí.

—Tampoco es que tenga con qué pagarte… O tal vez sí —musitó pensativa, para luego lucir en su rostro una maliciosa sonrisa. Tras limpiarse las lágrimas, Madison me devolvió la chaqueta y, tal y como me había asegurado su padre que haría, esa chica se levantó de esa difícil situación.

Sentí curiosidad por lo que haría a continuación, así que la seguí. Ella salió de la sala vacía donde se había celebrado su cumpleaños y se habían roto todos sus sueños e ilusiones y enfiló hacia el bar del club, donde se encontraban sus falsas amistades y su aún más falso novio disfrutando de unos caros cócteles.

Madison carraspeó para hacerse notar entre las risas y las bromas de las chicas que coqueteaban descaradamente con el hombre que hasta hacía pocos minutos había sido su novio. Por unos segundos vi cómo Madison apretaba los puños a los costados, conteniendo las lágrimas de su roto y dolido corazón. A continuación, mostrando una gran fortaleza, se enfrentó con valor a lo que más dolía en la vida: la traición de las personas en las que confiamos.

Tras otro sonoro carraspeo y una firme mirada, el trío que reía despreocupadamente se dignó mirar a la chica de la que hasta hacía un rato declaraban que era su amiga o el amor de su vida y que, ahora, para ellos era tan solo una molestia de la que querían deshacerse lo más rápido posible.

—He cambiado de opinión: quiero de vuelta esas caras pulseras —exigió Madison, extendiendo la mano para que esas chicas se las dieran.

Pero ellas, sujetándolas con firmeza, sonrieron con malicia hacia la joven a la vez que una le respondía:

—¿Es que acaso quieres terminar tu cumpleaños de una forma aún más vergonzosa en este club y ser expulsada de aquí a patadas por los empleados de seguridad?

—Como queráis. Pero que conste que yo os he dado la oportunidad de no meteros en problemas… En fin —declaró Madison despreocupadamente antes de volverse hacia mí y anunciar en voz lo

suficientemente alta como para que sus examigas la oyeran—: Esas pulseras son mías, pero como Nicole y Bethany no quieren devolvérmelas, no tengo nada que hacer…, así que, si quieres cobrarte una parte de las deudas de mi padre, luego te daré la dirección de mis amigas para que envíes a tus matones a recuperarlas. Seguro que a ellos no les ponen ninguna pega.

Su treta me sorprendió y reaccioné dirigiéndole a Madison un gruñido molesto, un gesto que la ayudó a la hora de recuperar esas pulseras, ya que las asustadas chicas se apresuraron a desprenderse de ellas y a ponerlas en su mano.

—¡Creía que éramos amigas! —protestó una de ellas haciéndose la víctima, ante lo que Madison contestó devolviéndole sus propias palabras.

—Lo siento, pero la situación en la que me encuentro me imposibilita seguir siendo vuestra amiga. Mis escasos ingresos me dificultan que continúe siendo tan estúpida como he sido hasta ahora al desconocer que una amistad como la vuestra tiene un precio que ahora no me puedo permitir… Muy bien. Y ahora te toca a ti, querido Eddy: quiero las llaves de mi coche —reclamó a continuación hacia su exnovio, haciendo que ese hombre se mofara de ella.

—¿A mí también vas a mandarme un matón? No creo que ninguno de ellos se atreva a acercarse a la casa del hijo de un importante juez del Tribunal Supremo.

—¡Oh, no! ¡Eso no será necesario! Para nada. Simplemente, si no me das de inmediato las llaves de mi coche, denunciaré su desaparición a la policía, declararé que me lo han robado y, como ese vehículo está a mi nombre, te detendrán y se formará un formidable escándalo que no dudo que a tu padre, ese digno juez del Tribunal Supremo, le encantará ver en la prensa —anunció Madison.

—No serás capaz… —comenzó a decir ese hombre, hasta que una despiadada sonrisa asomó al rostro de esa chica, lo cual no dejaba ninguna duda de que sus palabras eran verdaderas.

—¡Oh, Eddy! En la terrible situación en la que me encuentro, ni yo misma sé de lo que soy capaz. No obstante, me estoy sorprendiendo a mí misma descubriéndolo.

—¡Toma! —exclamó ese mal perdedor, devolviéndole las llaves a Madison—. Me lo quitas para dárselo a él, ¿verdad? ¿Acaso vas a tirártelo para pagar alguna de las deudas de tu padre? —añadió rudamente ese estúpido, provocando que diera inconscientemente un paso hacia ese niñato al que quería partirle la cara.

Pero, para mi sorpresa y la de ese idiota, Madison me agarró con fuerza de las solapas de mi camisa y me atrajo hacia sí para darme un apasionado beso que me dejó bastante confundido. Después de que me soltase, me sentí un poco utilizado tras anunciarle a su exnovio con

una maliciosa sonrisa:

—No te equivoques, Eddy: si me acuesto con Will será solo por placer.

—¡Hace solo unas horas asegurabas amarme! —le recriminó airadamente ese hombre, el mismo que unos minutos antes había despreciado ese amor que ahora exigía solo por capricho.

—Ya..., y tú ibas a proponerme matrimonio después de que yo soplara las velas de mi tarta, ¿recuerdas? Las cosas cambian, y como he visto lo traicionero que puede llegar a ser tu amor, he decidido que desde ahora me limitaré a disfrutar del sexo sin complicaciones, ¡mucho sexo! —añadió, haciendo que Eddy se pusiera rojo de ira y diera un paso hacia ella con aire agresivo, hasta que yo me interpuse en su camino y le advertí con mi fría mirada lo que le esperaba si insistía en acercarse a esa mujer que ya había perdido—. Ahora, si me perdonáis, voy a marcharme de este club, que no es tan selecto como pensaba —declaró finalmente Madison tras mirar desdeñosamente a esas personas que la habían traicionado antes de dirigirse hacia la salida con los elegantes andares de una niña rica, a pesar de no tener nada.

Yo la seguí y ella me ignoró mientras caminaba apresuradamente hasta su caro coche, dejándome atrás como si fuera uno de sus sirvientes.

—No sueñes con que lo que he dicho antes va a convertirse en realidad. No voy a acostarme contigo. Tan solo te he utilizado.

—Lo sé —contesté entre gruñidos, molesto porque esa chica me manejara a su antojo.

Quise advertirle para que no volviera a actuar así, la alcancé y la volví bruscamente hacia mí para descubrir con asombro que sus acelerados pasos no eran para dejarme atrás con aires de superioridad, sino para ocultarme sus lágrimas.

—Toma —dijo a continuación, depositando en mi mano las llaves de ese caro coche y esas ostentosas pulseras—. Espero que con esto llegue para pagarte el viaje hasta ese recóndito lugar de Texas.

—Esto es demasiado —respondí, queriendo que aprendiera el valor de las cosas. Pero después de sus siguientes palabras, quien aprendió ese valor fui yo.

—Es extraño, porque para mí ya no valen nada.

Sus ojos desconsolados me hicieron volver a abrazarla y ella, aceptándome, derramó todas las lágrimas que había guardado en su interior mientras se enfrentaba a las personas que nunca le habían dado demasiado valor a su amistad ni a su amor.

—Mañana será distinto —dije intentando consolarla y animarla. Sin embargo, no me estaba permitido hacerlo demasiado si no quería perder mi rancho, lo que me llevó a reflexionar y a preguntarme si no

sería yo tan despreciable como esas personas a las que Madison acababa de desterrar de su vida…, o puede que incluso más.

Capítulo 3

—¿Cómo está mi hija? —preguntó Fitzgerald Mitchell por teléfono a un hombre que cada vez se lamentaba más de haber elegido seguir el juego de ese rico empresario, aunque fuera para recuperar sus tierras.

—Podrías haberle dado la noticia de que lo había perdido todo de otra manera —contestó Will con disgusto, recordando las lágrimas de Madison.

—¡Qué extraño! Cuando te revelé mis planes no pusiste demasiadas pegas a la hora de darle una lección a una niña mimada y caprichosa.

—Nunca me ha gustado ver llorar a una mujer, y tu hija ha llorado demasiado en el día de hoy —se quejó Will, mesando nerviosamente sus cabellos, sintiéndose culpable del sufrimiento de Madison.

—No quedó nadie a su lado después de que su dinero desapareciera, ¿verdad? —preguntó ese despiadado hombre, satisfecho con los resultados de su jugada a pesar de que le hubieran hecho daño a su hija.

—Solo yo.

—Solo tú, un hombre que permaneció a su lado únicamente por lo que podría ganar —dijo Fitzgerald, señalándolo como uno más de los aprovechados que rodeaban a Madison, algo que Will no pudo negar—. A partir de ahora mi hija comenzará a comprender el valor de las cosas y seleccionará mejor a las personas que conozca en su camino. Ella se encargará de que no se queden a su lado solo por su dinero, sino por sí misma. Puede que esto le sirva para convertirse en alguien de provecho y deje de ser una niña caprichosa.

—Las mujeres caprichosas no se preocupan por su familia antes que por sí mismas ni piden a sus amigos un abrazo o apoyo moral antes que dinero. Tampoco lloran por sus padres, llenas de preocupación —declaró Will con furia, recordando el dolor de esa chica.

—¡Cuidado, Will! Parece que estás comenzando a encapricharte del tipo de mujer que más odias: una niña mimada que solo sabe malgastar su fortuna. ¡Qué pena que Madison ya no tenga dinero para comprarte y que quien te haya comprado sea yo! Porque todos tenemos un precio, vaquero, incluido tú… Así que sígueme el juego o acabarás perdiendo demasiado —lo amenazó Fitzgerald, consiguiendo

finalmente que Will se mordiera la lengua y se limitara a guardar silencio—. Muy bien, dime: ¿dónde se encuentra mi hija en estos instantes?

—Está durmiendo en mi camioneta. Iba a llevarla a mi hotel cuando tú has llamado. ¿Quieres hablar con ella?

—No, todavía no es el momento de que mantengamos una conversación. Tan solo te llamaba para decirte que no pagaré por los gastos de Madison, así que tal vez deberías encontrar un lugar menos caro para ella.

—Tu hija necesita un lugar donde descansar, y a mí no me importa pagarle su habitación.

—Pero a mí sí, Will. Parece que no terminas de entender lo que quiero. No quiero que le satisfagas ningún capricho a mi hija ni que te muestres ante ella como un hombre con dinero. Para ella, tú solamente debes ser un empleado más de tu propio rancho. Quiero que guardes silencio hasta que llegue a su destino y descubra quién eres. No quiero que Madison se sienta tentada de rendirse y apoyarse en ti antes siquiera de que haya comenzado a luchar.

—Entonces, ¿adónde pretendes que la lleve? ¿A algún cochambroso motel de carretera? —se quejó Will, recibiendo como respuesta unas carcajadas que tan solo lo hicieron sentirse más culpable.

—Exactamente, Will. Celebro que me vayas conociendo y comprendas por fin cuál es tu papel en este asunto… Y por si se te ocurre desobedecer mis indicaciones, te diré que estaré vigilándote, así que piénsalo muy bien antes de desviarte de mi plan o ya sabes lo que puedes llegar a perder —anunció Fitzgerald despiadadamente antes de colgar y recordarle el precio que tenía un hombre como él.

* * *

Cuando me dirigí hacia el motel que Fitzgerald me había indicado, quise matar a ese sujeto de mil y una maneras distintas al encontrarme frente a un tugurio en el que ni las ratas querrían quedarse. Aunque toda la lástima que pudiera sentir por esa niña mimada comenzó a desaparecer tras soportar las múltiples quejas que emitió esa chica cuando se despertó, convirtiendo el simple acto de conducir mi camioneta en un infierno, ya que, por lo visto, ese tipo de vehículo no era óptimo para sus delicados estándares.

Por el camino subí en varias ocasiones el volumen de la radio con la intención de que comprendiera que debía guardar silencio para la tranquilidad de ambos, pero Madison hacía caso omiso e ignoraba mis indirectas, ya que lo único que hizo fue aumentar el volumen de sus quejas.

Sus exigencias me estaban proporcionando un tremendo dolor de cabeza y me demostraban que ella nunca se había detenido a considerar el precio de cualquier cosa antes de adquirirlo, ya que a cada instante me exigía saber cuántas habitaciones tendría su *suite* o si podría darse un relajante baño de espuma en el *jacuzzi*.

—¡Ya no puedo más! —grité finalmente. Entonces detuve en seco la camioneta en el oscuro aparcamiento del desvencijado motel para, a continuación, abrir bruscamente la puerta y añadir—: Bájate del coche.

Mis palabras, aunque un poco bruscas, solo tenían la intención de que esa chica dejara de atosigarme con sus interminables reclamaciones, pero Madison me miró asustada. Tras aferrarse al cinturón de seguridad, me suplicó como la niña perdida que en ese momento era:

—¡Por favor, no me abandones en medio de la carretera!

—No estamos en medio de la carretera, sino en el aparcamiento del motel donde pasaremos la noche.

Tras echar una ojeada al oscuro aparcamiento y a la destartalada oficina de recepción que se veía a lo lejos, debajo de un ajado cartel de neón con el nombre de Motel Pilton que apenas se mantenía en pie, Madison me miró espantada y se sujetó con fuerza a su cinturón para rogarme:

—¡Por favor, abandóname en medio de la carretera!

—No estoy para bromas —repuse, queriendo que pasara ese mal trago lo más rápido posible.

—Yo tampoco bromeo. Pienso que la oscura carretera por la que hemos pasado es mucho mejor que este lugar.

—No digas tonterías —dije disgustado, hasta que oímos cómo algo caía a la piscina. Al fijarnos, vimos a lo lejos un bulto flotando en el agua de manera un tanto sospechosa.

—¡Me quedo en la camioneta! —anunció ella, aferrándose aún más a ese maldito cinturón.

—Mira, Madison, no tengo paciencia para esto. Tú necesitas un buen sueño y yo también antes de que reemprendamos nuestro largo viaje —declaré.

Y como ella seguía mostrándose reticente a acompañarme a ese destartalado motel, le quité el cinturón y la saqué a rastras del vehículo. Luego me la eché al hombro, provocando que mi dolor de cabeza se incrementara después de que Madison arreciara en sus quejas y críticas hacia ese lugar y hacia mí, pero en esta ocasión junto a mi oído.

—¿Estás seguro de que este lugar tiene habitaciones libres? —preguntó finalmente cuando llegamos a la oficina y yo la solté en la entrada.

—Por supuesto: cuenta incluso con una lujosa recepción y un elegante recepcionista —anuncié irónicamente mientras le señalaba el viejo mostrador tras el cual esperaba un grasiento individuo medio calvo cuya «elegante» vestimenta consistía en una sucia camiseta de tirantes y unas bermudas.

El recepcionista se encontraba entretenido viendo una película en una destartalada televisión en la que, tal vez, deberían aparecer imágenes de las cámaras de vigilancia.

—¿Por qué no pides una *suite*, princesa? —bromeé.

Pero, al parecer, Madison no entendió mi irónico sentido del humor porque, para mi asombro y el del recepcionista, pidió con los más exquisitos modales:

—Buenas noches. ¿Podría darnos una *suite* doble con *jacuzzi*? Y desayuno continental para mañana, por favor.

El orondo sujeto, que hasta entonces no nos había prestado atención, nos fulminó con la mirada, creyendo que Madison se estaba burlando de él. Mientras, yo me golpeaba la frente con una de mis manos completamente frustrado, casi sin creerme lo perdida que estaba esa chica sin su dinero, comprendiendo al fin por qué razón su padre me había obligado a convertirme en su niñera.

—Las habitaciones son dobles o sencillas. Se alquilan por horas o por noches, ustedes deciden. Y se cobra por adelantado —contestó el hombre, recorriendo a Madison con una maliciosa mirada que se detuvo durante demasiado tiempo en su elegante vestido de fiesta y en sus pulseras, algo que me llevó a pedir una sola habitación para no dejarla sola, aunque ella, una vez más, lo malinterpretó.

—Tú tampoco tienes mucho dinero, ¿verdad? —dijo Madison, mirándome algo preocupada.

—Un poco más que tú —respondí, sonriendo sin ganas ante lo estúpido de esa situación al recordar mi fortuna y la de ella. Y, tras coger la llave, puse en mi rostro la amable sonrisa que esa chica necesitaba y dejé que me cogiera del brazo mientras la guiaba hacia nuestra habitación.

—No te preocupes: cuando vendamos mis cosas estoy segura de que podré pagarte el viaje y, tal vez, hasta es posible que pueda ayudarte a solucionar algunos de tus problemas de liquidez en cuanto me haga cargo del negocio que me ha dejado mi padre… —comenzó a relatar ilusamente Madison, sin imaginarse que el problema más grande en esos momentos en mi vida era ella.

* * *

Mientras me duchaba en el baño de la pequeña y destartalada habitación de un motel de carretera, reflexioné acerca de cómo había

cambiado mi vida justo después de soplar las velas de mi vigesimoquinto cumpleaños.

Pude constatar que mi padre estaba en lo cierto cuando afirmaba, en algunas ocasiones, que las personas que me habían rodeado solo estaban junto a mí por mi dinero. Dolía ver que tenía razón, dolía comprobar la sabiduría que encerraban esos consejos que yo había desoído tan despreocupadamente durante tanto tiempo y me sentí como una tonta. Entonces me di cuenta de que papá solo me había estado advirtiendo de lo que mis ojos no veían y los suyos sí.

Ahora que ya no me quedaba nada, ahora que todas mis supuestas amistades habían desaparecido junto a un amor que resultó ser bastante falso e interesado, me percataba de que yo había sido una ingenua que siempre se había negado a ponerle un precio al amor o a la amistad que ofrecía, pero ahora veía que todo en mi vida tenía su precio.

Sintiendo que todo cuanto me había rodeado había sido una gran farsa, no sabía qué hacer, adónde dirigirme o en quién apoyarme. Mi padre, como era habitual en alguien tan previsor, parecía haberme dejado un camino mientras huía de sus deudas, algo que posiblemente había hecho para protegerme, pero no sabía si quería tomar esa vía que me había marcado…, aunque tampoco es que tuviera muchas más opciones aparte de verme obligada a dirigir un negocio en Texas y dejarme aconsejar por un duro vaquero.

Will Walter, el hombre que se había quedado a mi lado, era un atractivo rubio de metro ochenta y cinco, de veintiocho años y fríos ojos azules que juzgaba precipitadamente a las personas. Un individuo en el que no sabía si debía confiar, ya que en algunas ocasiones me miraba con lástima, y en otras, con una antipatía que no comprendía.

Ese vaquero que aseguraba ser amigo de mi padre era un completo desconocido para mí. No obstante, era el único que aún no le había puesto precio a su amistad y que me había tendido una mano amiga cuando lo necesitaba. Según él, estaba cumpliendo con una promesa hecha a mi padre, por la que me cuidaría. Un cuidado que tal vez solo duraría hasta que me llevara a ese negocio que mi padre me había dejado en un remoto lugar de Texas.

Yo, que siempre había dependido del dinero de mis padres, que nunca había mirado el precio de las cosas o aprendido el valor de ese dinero que gastaba despreocupadamente, comenzaba a sentir que esa era una lección que iba a aprender de la forma más dura posible. Y, por ahora, el único que podía ayudarme con ella era un hombre con el que mi relación no había empezado de la mejor manera.

La severa mirada que Will me dedicó en el club en cuanto me vio me indicaba que me había juzgado desde el principio como una niña mimada, algo que no podía negar, pero es que nadie me había

enseñado a ser nada más. Mi padre nunca había depositado ninguna obligación o responsabilidad en mis manos, concediéndome la oportunidad de avanzar, ni me había enseñado cómo era el mundo más allá de sus tarjetas de crédito, y ahora sentía que esa era una lección que tendría que aprender cayéndome y levantándome una y otra vez, y me pregunté si, mientras lo hacía, encontraría en mi camino alguna mano amiga que me ayudara a aprender de la vida o si solamente recibiría miradas de desprecio como las que en ocasiones me dirigía ese vaquero, unas miradas que me juzgaban por lo que había sido y no por lo que podía llegar a ser.

Cada vez que veía a Will juzgándome sin conocerme, más me convencía de que yo para él únicamente era una molesta e indeseada tarea, una promesa que quería cumplir lo más pronto posible con intención de poder alejarse rápidamente de mí.

Sabía que confiar en el hombre que mi padre había puesto convenientemente en mi camino era un error, no obstante, dejar de confiar en las personas que encontrara a lo largo de mi vida era algo que, con dinero o sin él, no pensaba hacer, así que decidí brindarle mi más sincera amistad a quien tenía delante. Que Will la aceptara o no dependería exclusivamente de él.

Ataviada con una camiseta que él me había prestado y que me llegaba hasta mitad del muslo, salí del cuarto de baño. Entonces, mostrándome como una mujer, ni pobre ni rica, sino solamente como yo misma cuando nadie me medía en función del valor de mi cuenta corriente, me dirigí hacia ese hombre que seguía frunciendo el ceño ante mi presencia.

—La camiseta es tuya, vaquero. Si no me sienta bien, no es mi culpa —dije bromeando a pesar de haber tenido un nefasto día.

—Puedes ser muy bonita sin llevar todos esos caros adornos encima —repuso Will, despreciando las caras ropas de marca que había llevado hasta entonces, haciendo un gesto de desagrado hacia el costoso vestido que había dejado en una vieja silla de la habitación.

—No sabía que el valor de una persona lo definiera la ropa que lleva. ¿Valgo menos con tu camiseta que con mi vestido de fiesta? —le pregunté a ese intransigente vaquero mientras abría mis brazos y daba una vuelta sobre mí misma como la que había dado con mi elaborado vestido unas cuantas horas antes, en mi fiesta—. Porque la verdad es que, con vestido o sin él, yo me siento igual —terminé, dejándolo sin palabras con las que juzgarme.

—Ya… ¿Y cómo te sientes? —preguntó Will. Y como noté que su interés parecía sincero, contesté con la verdad.

—Perdida, asustada, desorientada y sin saber qué hacer… Dejándome guiar por un desconocido hacia la única salida que parece abrirse ante mí, sin saber si será una solución a mis problemas o solo

una nueva complicación en el difícil camino que me espera.

—Es normal que una niña mimada se sienta perdida sin sus tarjetas de crédito —respondió él con una sonrisa irónica, creyéndose de nuevo superior a mí. Tal vez porque él sabía mucho más de la vida y del trabajo duro que yo, pero eso solo se debía a que nadie me había enseñado esa faceta de la vida…, lo cual no significaba que yo no pudiera aprender a ser algo más que ese insultante apelativo de «niña mimada» con el que muchos me habían catalogado.

—¿En qué trabajas, vaquero? —pregunté sentándome en mi cama frente a Will sin evitar su intransigente mirada, que ya me había juzgado y sentenciado como una chica que no sabría hacer nada más que gastar su dinero sin darme siquiera una oportunidad.

—Ayudo en la dirección de un rancho, así que sé lo que es el trabajo duro y cuánto valen cada uno de los dólares que gano con mi esfuerzo.

—Dime, Will, ¿cómo te sentirías si de repente alguien te echara de ese lugar de un día para otro, sin un sitio adonde ir, y que todos los que conocieras te dieran la espalda? ¿Te dolería menos que a mí? ¿Te sentirías menos perdido que yo si te arrebatasen todo lo que has conocido, el mundo en el que te has criado, y te expulsasen sin ninguna explicación de todo lo que era tu vida hasta ese instante?

Will me miró asombrado, como si no pudiera creerse que una niña mimada le estuviera dando una lección. Pero al no tener nada que decir, simplemente guardó silencio.

—Lo suponía… —dije, siendo yo la que en esta ocasión lucía una irónica sonrisa en el rostro—. No me siento perdida por no tener mi dinero, me siento perdida por no tener un lugar. Pero no te preocupes: aunque estas manos no conozcan qué es el trabajo duro, eso no quiere decir que no puedan aprender. Voy a encontrar un lugar para mí, y en esta ocasión quiero llenarlo de personas que no le pongan precio a mi amor ni a mi amistad —manifesté, poniéndome demasiado seria. Y como no quería volver a llorar al recordar las falsas amistades que me habían rodeado hasta entonces o el engañoso amor en el que había creído, añadí despreocupadamente, sacando más de un gruñido de ese vaquero—: Por supuesto, tú estás completamente descartado, ya que piensas que soy demasiado cara para formar parte de tu vida.

—¿Y no es así? —inquirió Will, aproximando peligrosamente su rostro al mío, tentándome con la cercanía de unos profundos ojos azules que me decían que estaba dispuesto a acercarse a mí solo para refutar mi afirmación.

—Sí —dije, provocando que apareciese en su rostro una nueva sonrisa irónica y que se alejara de mí para luego borrarla de un plumazo al oírme—: Porque mi precio es la sinceridad, tanto en la amistad como en el amor.

Tras oír mis palabras, Will evitó mi mirada tal vez porque se sentía culpable por juzgarme prejuiciosamente. A continuación, tumbándose en la cama, se tapó el rostro con su sombrero vaquero a la vez que me anunciaba sin mirarme siquiera:

—Será mejor que descansemos, ya que mañana nos espera un día bastante ajetreado cuando retomemos nuestro largo camino.

Yo no quería terminar mi conversación así, con un compañero enfurruñado ante la expectativa de un largo viaje por delante. Y como no me había dado tiempo a pedir un deseo de cumpleaños, lo hice en ese momento haciendo uso de toda la riqueza que tenía: una moneda que guardaba en mi mano y que había encontrado en el baño. Soplé sobre ella y pedí como deseo la sonrisa de un vaquero.

—¿Se puede saber qué demonios haces en vez de dormir? —me preguntó Will tras alzar su sombrero y ver cómo sujetaba esa moneda.

—Voy a hacer una locura y a despilfarrar mi fortuna en ti, ya que no quiero ver más malas caras en el día de mi cumpleaños —respondí a la vez que me dirigía hacia su cama e introducía la moneda en una ranura indicada para que su cama vibrara y le diera un agradable masaje.

—¡No! ¡Ni se te ocurra…! —gritó Will alarmado, intentando evitar que introdujera la moneda, pero yo fui más rápida que él.

Para mi desgracia, las cosas no salieron como yo esperaba y solo conseguí que se enfadara todavía más conmigo, llevándome a dudar de si me llevaría finalmente a mi destino o decidiría dejarme abandonada por el camino a la menor oportunidad.

* * *

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡De verdad que lo siento mucho! —se disculpó Madison una y otra vez, lo que no impidió que ese vaquero la fulminara con la mirada.

—¡Nunca…, jamás…, metas… una moneda… en la cama vibratoria… de un motel! —declaró Will entrecortadamente en medio de unas grandes sacudidas, tumbado en una cama que no dejaba de moverse como un toro mecánico mientras él intentaba infructuosamente descansar en ella.

—Si quieres, puedo quedarme yo en esa cama… —propuso Madison, recibiendo una furiosa mirada de ese vaquero.

—¡Ya… has hecho… bastante! —contestó Will molesto.

—¡Eh, mira! ¡Detrás del cabecero hay un cable que parece ser el enchufe de la cama! Si tiro de él, seguramente se parará la vibración. ¡Voy a intentarlo! —anunció ella, decidida a conseguir la aprobación del vaquero.

—No… te… acerques… —dijo él, intentando advertirle de la

comprometida situación en la que se encontraría si se metía en su cama.

Desoyendo su consejo, Madison se adentró de un salto en la cama, cayendo sobre él. El descontrolado movimiento de ese mueble la llevó a posicionarse encima de Will de una manera bastante vergonzosa que hizo sudar al vaquero, ya que el rostro de Madison cayó directamente encima de su entrepierna. Ver cómo la joven alzaba su ruborizado rostro desde esa posición hizo que Will comenzara a sudar y que su miembro empezara a reaccionar de una manera evidente.

—¡Voy a… trepar… hasta el cabecero! —manifestó Madison con decisión, agarrándose a él.

—¡No! ¡No trepes! —se negó Will mientras intentaba pensar en su trabajo, en las vacas, en los números…, en cualquier cosa que lo llevara a dejar de imaginar cómo sería tener a Madison sobre él con intenciones menos inocentes que las de desenchufar esa aparatosa cama, porque tener encima a una chica ataviada con una simple camiseta y unas braguitas deslizándose por encima de su cuerpo mientras la cama vibraba y se sacudía sin control no hacía mucho por calmar su calenturienta mente, sobre todo cuando ese cálido y sensual cuerpo se rozaba despreocupadamente contra su dura erección.

—¡No te preocupes! ¡Seguro que llego… a ese cable! ¡Tú solo… quédate quieto… para que no me caiga… de la cama! —declaró Madison entrecortadamente a causa de los violentos movimientos de la cama al tiempo que trepaba lentamente por él, haciendo que Will apretara con fuerza las sábanas para no acabar poniendo sus manos imprudentemente encima de esa mujer.

—Lo intento. Créeme que lo estoy intentando… —anunció él, tratando de no moverse en absoluto. Para su desgracia, su miembro no quiso cooperar.

—Vale, ¡ahora voy a… alzarme sobre ti! ¡Tan solo tienes que… darme un empujoncito… para llegar! —exclamó Madison, sin percatarse de cuán excitantes podían sonar sus palabras en esa situación.

Cuando Madison se alzó sobre su cabeza, Will cerró los ojos como un caballero para no ver si ella llevaba o no sujetador, aunque sus manos no fueron tan caballerosas cuando, tras doblarse sobre el cabecero para llegar hasta el maldito cable, la muchacha le gritó:

—¡Vale! ¡Ahora dame… un empujoncito… para alcanzarlo!

Esas palabras hicieron sudar a Will. A continuación, sus imprudentes manos reaccionaron agarrando con fuerza ese trasero para darle un pequeño empujón. En el proceso, Will comprobó que esa chica solamente llevaba un escueto tanga debajo de su larga camiseta.

—¡Ya lo tengo! —gritó Madison victoriosa antes de tirar del

cable.

Entonces, la situación, de por sí complicada, empeoró tras los denodados esfuerzos de la joven al conseguir que se quedaran a oscuras en la estancia y que ella cayese sobre Will a causa de los impetuosos movimientos de esa cama, de modo que la cabeza de él se encontraba atrapada entre los muslos de esa inconsciente mujer.

—¡Creo que… será mejor… que vuelvas a tu cama! —dijo Will por encima del ruido del mueble vibratorio, intentando alejar la tentación de él.

—¡Lo siento! ¡Creí que ese cable era de la cama! ¿Por qué no duermes conmigo? —preguntó Madison inocentemente después de que regresara a su lecho, sin comprender todavía la apurada situación en la que se encontraba Will.

—¡Mejor no… porque, si me meto… en tu cama…, tampoco voy a conseguir dormir! —declaró él mientras daba gracias a Dios porque la habitación estuviera a oscuras y ella no hubiera visto su erección.

—¿Y qué vas a hacer para dormir? —preguntó Madison preocupada, a lo que Will contestó tras dar un largo suspiro:

—Contar vacas.

Luego simplemente le dio la espalda a esa mujer y esperó que pensar en su rancho lo llevaría a olvidarse de caer en la tentación que representaba Madison, una tentación que podía llevarlo a perder todo por lo que había luchado en esta vida. Un precio demasiado alto que pagar por cualquier mujer, incluida ella.

* * *

—¿Para qué me llamas ahora, Fitzgerald? —contesté al móvil, cada vez más molesto con ese hombre, que no sabía si quería dar una lección a su hija o torturarla.

—Para saber si has comenzado ya tu viaje con Madison.

—¿No te preocupa que me haya aprovechado de tu hija en su momento más débil? —repliqué, queriendo ver en ese tipo algún sentimiento aparte de la arrogancia que manifestaba al mostrarse tan seguro de lo que le ocurriría a su hija después de quitarle su dinero.

—¿Piensas casarte con mi hija para recuperar tu rancho? —me preguntó ese hombre con tono burlón, sorprendiéndome por completo —. ¿No? Entonces sé que está salvo, ya que un hombre como tú nunca se interesaría en una niña mimada como ella y, si en algún momento lo hicieras sin intención de ser parte de mi familia, tan solo tienes que recordar todo lo que puedes llegar a perder.

»Quiero que la guíes en su camino, no que te aproveches de ella, como ya intentarán muchas de las personas con las que se cruzará. Por cierto, ¿me puedes explicar por qué no estáis de camino hacia ese

maravilloso negocio de Texas que tú elegiste? —inquirió burlándose de mí. Yo me mesé nerviosamente los cabellos al recordar el tipo de negocio que había elegido rencorosamente para esa chica sin medir las consecuencias.

—¿No podríamos elegir otro negocio de esa lista?

—No, Will. Al igual que mi hija tendrá que aprender a seguir adelante con las consecuencias de las decisiones que vaya tomando en la vida, sean erradas o no, tú también tendrás que hacerlo. Estás retrasando conscientemente ese momento, ¿verdad?

—Sí…, no… Aún no hemos emprendido el viaje porque Madison tiene que vender algunas cosas para empezar su nueva vida con algo de dinero en efectivo —dije con un tono severo con el que reprendía las desconsideradas acciones de ese padre.

—¡Humm! De modo que Madison se decidió finalmente a recuperar algo de lo que era suyo. ¿Con qué se hizo: con aquellas caras pulseras o con su coche? —preguntó Fitzgerald orgullosamente, ignorando mis protestas hacia su reprochable comportamiento.

—Con todo —declaré sonriendo al recordar cómo esa mujer había recuperado lo que le pertenecía.

—¡Vaya! Estoy impresionado… ¿Y le costó mucho que esas alimañas le devolvieran sus posesiones? —quiso saber Fitzgerald.

Y al recordar las lágrimas de Madison, llenas de dolor y de decepción, mi corazón se encogió mientras le contestaba:

—Un corazón roto y muchas lágrimas.

—Bueno, es una lección dura, pero hay que aprenderla en algún momento. Hay que ser fuerte en esta vida, y en ocasiones debemos endurecer el corazón para afrontar la cara amarga de la existencia. La verdad es que el de mi niña es demasiado blando. Esta experiencia la ayudará a crecer y a madurar.

—Fitzgerald, creo que tu hija ya ha aprendido la lección que querías darle, así que, ¿por qué no terminas con este teatro y nos dejas en paz a los dos? —dije, arrepentido por todas mis acciones desde que había contemplado las lágrimas de Madison.

—Respóndeme con sinceridad, Will: ¿ves aún a Madison como una niña mimada? —preguntó él. Y mientras observaba desde lejos cómo esa chica pretendía pedir caviar para el desayuno, no tuve más remedio que guardar silencio—. Ya lo suponía… En ese caso, Madison todavía no ha aprendido la lección que quiero enseñarle, y tú tampoco has terminado de hacer tu trabajo —contestó, haciéndome sospechar que su hija no era la única a la que quería aleccionar en ese extraño trato del que finalmente no sabía si saldría ganando—. Para que veas que no soy tan despiadado, voy a darte una dirección donde Madison podrá vender sus posesiones. No te preocupes: estoy seguro de que le darán un precio adecuado —añadió Fitzgerald antes de cortar la

llamada, tras la que no me encontraba demasiado convencido de que esa propuesta no fuera una nueva lección que pretendía mostrarle a Madison y hacia la que yo tendría que guiarla, solo para ver de nuevo cómo sufría a manos de un hombre que le ponía precio a todo en la vida.

No obstante, el precio por el que yo me había vendido era demasiado alto como para dejar de ser la herramienta de ese magnate. Y, aunque doliera, tendría que aceptar convertirme en un individuo engañoso que actuaría como apoyo para que Madison se levantara, mientras que, sin que ella lo supiera, eran mis propias acciones las que la hacían caer una y otra vez.

* * *

No sabía por qué Will me había llevado a la elegante avenida donde normalmente paseaba con mis amigas para que vendiera mi vestido. Tampoco comprendía por qué me había señalado para ello un establecimiento al que yo solía ir para donar mis vestidos pasados de moda, pero nunca para venderlos o para comprar algo de su mercancía, justamente lo que hice adquiriendo algunos vaqueros y camisetas, además de un par de deportivas y una vieja mochila en la que metí mis poco prácticos tacones para comenzar mi largo viaje.

Parecía como si lo hubiera hecho con la intención de darme una nueva lección, aunque la verdad era que yo lo veía paseando por esas calles tan perdido como yo, y muy incómodo con los cuchicheos que nos rodeaban cuando algunas de las mujeres que en otros momentos me habían saludado efusivamente para solicitar mi ayuda para algún acto benéfico me ignoraban por completo en esos instantes.

—¿Las conoces? —me preguntó Will cuando un nuevo corro de cotillas me señaló para pasar a cuchichear sobre mí.

—Claro… Esas mujeres pertenecen a una de las asociaciones de caridad con las que normalmente colaboro… Bueno, con las que colaboraba, mejor dicho, ya que ahora soy más pobre que las ratas. Creo que voy a ir a hablar con ellas. Tal vez sepan dónde se encuentra esa tienda que te recomendó tu amigo para que vendiéramos las pulseras y…

—No, no vayas… —dijo Will, reteniendo una de mis manos al imaginarse lo que podía ocurrir si me acercaba a esas mujeres: un nuevo rechazo y, tal vez, una nueva herida en mi corazón.

—¿Por qué no quieres que vaya, vaquero? —le pregunté con una sonrisa, agradecida porque alguien se preocupara por mí.

—Porque pueden decir algo que te moleste o… tal vez… —comenzó a expresarse nerviosamente mientras se quitaba su sombrero y pasaba a mesarse nerviosamente los cabellos, sin decidirse a

enfrentar mi inocente y crédula mirada—. Puede que ahora no te traten como lo hacían antes —dijo finalmente tras volver a ponerse su sombrero, mirándome con lástima.

—¿Por qué harían eso?

—Porque no tienes dinero. Mira, Madison, la gente a veces puede ser muy cruel, y no quiero que te sientas avergonzada por sus palabras…

—Si unas mujeres que aseguran dedicarse a ayudar a las personas que lo necesitan me tratan de forma distinta por no tener dinero, no sería yo la que debería sentirse avergonzada, sino ellas, ¿no te parece? —afirmé antes de deshacerme de su agarre y dirigirme hacia ese coro de mujeres, que se tensó ante mi mera presencia.

—Espero que no vengas a exigirnos que te devolvamos el dinero de tu última donación ahora que tu situación ha cambiado, ya que no podemos hacer eso. Y damos gracias a Dios porque cobramos tu cheque una semana antes, porque, si no, nos podríamos haber quedado sin superar las donaciones del año pasado —dijo Lisabeth, una mujer de la edad de mi madre que llevaba la voz cantante de ese grupo antes siquiera de que yo abriera la boca mientras me miraba con desdén, cuando antes siempre me había llenado de alabanzas a la menor oportunidad.

—No creas que puedes intimidarnos para que te devolvamos la cuantía de ese cheque como hiciste con tus amigas al obligarlas a darte los regalos que les habías hecho —apuntó Melinda, una joven de mi edad que, sin duda, había seguido de cerca los cuchicheos que habían dejado caer mis antiguas amigas, unos cotilleos que les convenía creer porque ellas tenían dinero y yo no.

—Examigas —dijo Rosalind, la inseparable compañera de Melinda, intentando hacerme daño, aunque con ello solo consiguió que les sonriera al darme cuenta de la hipocresía de la gente que llevaba esa asociación.

—Tú lo has dicho, examigas… Por eso mismo vi inadecuado obligarlas a llevar unas pulseras de la amistad, y pensando solo en ellas, igual que hacéis vosotras, que solo pensáis en el bienestar de los demás, les exigí a Bethany y a Nicole que me las devolvieran. No debéis preocuparos por ese cheque que mencionáis: tan solo iba a preguntaros si conocéis algún sitio adecuado para vender esas caras pulseras, pero prefiero no preguntaros nada porque veo que vosotras, al igual que Bethany y Nicole, desconocéis el precio de la amistad.

Las pullas de esas mujeres se silenciaron por unos momentos, tal vez debido a que se avergonzaron por su comportamiento. Pero unos segundos más tarde, tras observar sus caras ropas y joyas y compararlas con mi simple vestimenta, se les pasó.

—Como comprenderás, ahora que ya no tienes dinero no puedes

formar parte de nuestra asociación benéfica —declaró Lisabeth, mostrando una maliciosa sonrisa.

—Obvio: si no tienes nada, no puedes dar nada —apuntó Rosalind, una afirmación con la que no estaba de acuerdo.

—Míralos… Es posible que muy pronto acabes como ellos —dijo Melinda, señalando a unos mendigos que había a lo largo de esa calle, pidiendo limosna con sus carteles.

Y por primera vez me di cuenta de que ningún miembro de esa asociación a la que continuamente le gustaba alardear de sus aportaciones a los más necesitados se había molestado nunca en darles unas monedas a personas como aquellas, que ahora me señalaban con desdén.

Sus palabras no me hicieron daño, pero me hicieron sentirme avergonzada de mí misma, pues hasta hacía muy poco yo era exactamente como esas mujeres. Entonces, siguiendo un impulso, ignoré a las hipócritas que se estaban riendo de mí y me dirigí hacia una mujer cuyo cartel me había llamado la atención.

—Lo siento —dije mostrándole mis bolsillos vacíos, ante lo que ella contestó con una resignada sonrisa y un encogimiento de hombros. Luego simplemente me señaló su cartel y me abrió sus brazos, y yo, ante el asombro de esas cotillas, abracé a esa mujer dándole algo que no costaba nada, pero que muy pocos se atreverían a ofrecer.

—¿Qué haces? —preguntó Will extrañado al verme abrazada a una desconocida, una pregunta que yo respondí simplemente señalándole el cartel que había escrito esa mujer—. «Pido una moneda o un abrazo» —leyó Will con una sonrisa en los labios mientras negaba con la cabeza ante mi loco comportamiento.

—Y como no tengo ninguna moneda…

Después de que nuestro abrazo finalizara, Will sacó un billete de cincuenta dólares de su cartera y, en vez de dejarlo en el bote de esa mujer, se lo entregó en sus manos al tiempo que le anunciaba con una sonrisa burlona dirigida a mí:

—Muchas gracias, señora. Mi amiga necesitaba ese abrazo.

Ella se despidió de nosotros sonriendo y, mientras me marchaba, no pude evitar volver corriendo para darle un nuevo abrazo a esa mujer que pedía tan poco y daba tanto.

Finalmente, Will tuvo que cogerme en brazos para apartarme de ella. Y mientras me cargaba sobre sus hombros y me reprendía por perder el tiempo, yo supe que mi tiempo no había sido malgastado cuando contemplé a unas cuantas personas acercarse a ese cartel para pensar si dar algo de su dinero o un abrazo, o ambos, a una persona que lo necesitaba.

Capítulo 4

Tras todo lo que había pasado, aún me preguntaba cuánto valía la amistad. Salí de dudas poco después, mientras contaba mis billetes al salir de la casa de empeños a la que Will me había llevado.

—¡Vaya! ¡Qué barata puede ser la amistad! —comenté en voz alta, provocando que el vaquero que me esperaba en la calle negara con la cabeza pensando seguramente que había exagerado sobre mi pequeño problema de liquidez.

—¿Cuánto te han dado por esas pulseras? —preguntó mirándome reprobadoramente.

—Me han ofrecido cien dólares por cada una…

—No está mal —dijo.

Y yo aguardé a que diera un sorbo de su refresco para comunicarle cuál era el precio real de esas joyas.

—Cada una de ellas me costó mil dólares —dije, haciendo que se atragantara con su refresco como había previsto.

—¡¿Pagaste tres mil dólares por unas puñeteras pulseras?! ¡Tú estás loca! —exclamó reprendiéndome tan severamente o más de lo que habría hecho mi padre.

—No, solamente era rica en el momento que las compré.

—Pues ahora no lo eres, y es más que evidente que te han estafado. ¿Qué piensas hacer?

—En este momento de necesidad y poca liquidez solo puedo hacer una cosa —respondí dirigiéndome hacia la puerta. Tras abrirla con decisión, después de que sonara la campanita que anunciaba la entrada de un nuevo cliente y el dependiente tuviera sus ojos fijos en mí, le hice un corte de mangas.

—Eso no ha solucionado nada.

—Te equivocas. Ha servido para que me desahogue y me baje el estrés —repuse antes de volver a cerrar la puerta para oír uno más de los molestos gruñidos de desaprobación de Will—. Como necesito el dinero, pero no soy idiota, tan solo le he vendido una de las pulseras.

—Tienes que defender lo que es tuyo.

—Ante un estafador, dudo que pueda defender nada. Pero escúchame, tengo una idea y…

—No, escúchame tú. Te he dejado entrar ahí sin mi compañía porque creía que sabrías defender lo que es tuyo, pero es evidente que no sabes nada de la vida. Ahora mismo voy a entrar en esa tienda para

hablar con ese hombre y que te devuelva esa pulsera o te dé un pago más justo por ella. Tú dame el dinero y el recibo y quédate aquí para aprender cómo lleva los tratos un experto negociador. Sobre todo, hay que tener tacto y delicadeza —declaró Will, adentrándose decididamente en esa tienda sin dejarme explicarle cuál era mi plan para conseguir más dinero y darle una lección a ese estafador.

—Buena suerte —contesté alzando mis manos en señal de rendición y me aparté de su camino, consciente de que no me escucharía por más que gritara, así que preferí ahorrar saliva.

Sentía curiosidad por ver cómo se encargaba ese vaquero de gestionar sus negocios, por lo que me quedé delante del escaparate y me dispuse a espiar cómo iban las negociaciones y si ese vago dependiente le haría más caso que a mí.

Cuando entró en la tienda, Will recibió la misma mirada despreocupada que yo para luego ser ignorado por el dependiente, quien estaba más ocupado con su móvil que con su trabajo. Will, visiblemente molesto por la poca profesionalidad de ese individuo, soltó violentamente el dinero y el recibo sobre el mostrador.

Por unos segundos me pareció que ese vaquero se tomaba su tiempo para calmarse y explicar la situación. Sin embargo, el grosero dependiente continuó ignorándolo. Will insistió levantando los billetes ante los ojos de ese tipo, cada vez más molesto con él, pero este seguía sin hacerle caso. Entonces, para mi asombro, Will al fin desplegó todas sus armas de persuasión con ese sujeto: tras volver a depositar el dinero sobre el mostrador, cogió al dependiente de la cabeza con una de sus rudas manos y se la estampó contra el dinero, haciéndolo parecer como un bicho aplastado sobre los papeles, que, en esta ocasión, no podía negarse a ver.

El tipo dijo algo que enfureció aún más a Will, pero este se limitó a soltarlo como si lo repugnara antes de dirigirse hacia la puerta.

En cuanto salió del establecimiento con gesto malhumorado, no pude evitar meterme con ese serio hombre que creía tener siempre la razón.

—¡Guau! ¡Me encanta cómo llevan sus tratos los expertos negociadores como tú! Pero, para mi desgracia, no creo que pueda igualarte nunca, sobre todo por falta de músculos —me burlé, consiguiendo que me gruñera. Aunque sus gruñidos se calmaron cuando mis manos acariciaron sus fuertes brazos y, tras acercarme a él mientras los apretaba, le pregunté con tono seductor, jugando con él y con su escaso sentido del humor—. Dime: ¿cuál de estos dos es «tacto» y cuál «delicadeza»?

Creía que tras mi irónico comentario Will se apartaría, pero me sorprendió por completo después de que me acercase a él y a su duro cuerpo al tiempo que me susurraba provocadoramente al oído:

—¿Estás segura de que quieres averiguarlo?

Nerviosa por el inesperado comportamiento de Will, me alejé de él un tanto inquieta. Después de calmarme, me volví hacia ese vaquero con decisión para que me escuchara en esta ocasión.

—Bueno, ¿estás dispuesto a escucharme ahora? Para llevar a cabo mi plan de venta de mis pulseras solo tenemos que hacer una pequeña inversión y esperar.

—¿Esperar a qué? —quiso saber ese desconfiado vaquero.

—Ya lo verás… —respondí corriendo hacia una de esas tiendas que tenía de todo para comprar una gran libreta y un rotulador.

El vendedor de la tienda de empeños no tardó en colocar mi pulsera a la venta en el escaparate, poniéndola a un precio elevadísimo, más del doble de su valor real, acompañándola de un cartel que informaba de que era una pieza exclusiva de diseño único.

Ese tipo se percató de mi presencia y vio cómo lo observaba a través del escaparate. Entonces me dedicó una jactanciosa sonrisa llena de satisfacción que solo le duró hasta que yo alcé lentamente una hoja de libreta donde había escrito «Mentira», que pegué en el exterior del escaparate junto a la descripción de la pulsera.

Furioso conmigo, el hombre salió de la tienda y arrancó mi letrero, creyendo que ya había solucionado su problema hasta que yo, jactanciosamente, le mostré mis otras dos pulseras, idénticas a la que él tenía.

—¡Muy bien, machote! Ya te has deshecho de ese letrero que solo decía la verdad, pero no puedes evitar que muestre lo mentiroso que eres —dije a la vez que le mostraba las pulseras que llevaba y me quedaba junto a su escaparate, luciéndolas con una socarrona sonrisa.

El dependiente entró furioso a su tienda y, tras quitar la errónea descripción de la pulsera, no tardó en colocar un nuevo cartel en el escaparate, sonriéndome satisfecho como si creyera que yo no podría hacer nada más para fastidiarlo, lo cual demostraba que no me conocía en absoluto. A continuación, le mostré un nuevo cartel que había preparado para él y lo giré lentamente ante sus ojos, burlándome de él.

En mi nuevo letrero esta vez ponía: «Esa pulsera a mí me costó mil dólares». Y sin cometer el mismo error que la ocasión anterior, esta vez no lo pegué al escaparate, sino que lo sujeté entre mis manos.

El hombre salió furioso de la tienda, tal vez con la intención de amedrentarme para que me marchara del lugar, pero yo estaba más que dispuesta a utilizar todo lo que tenía a mano para alcanzar mis objetivos, por lo que coloqué delante de mí al intimidante vaquero que me acompañaba antes de que el dependiente llegara a mi altura.

—¡Si no se marcha de aquí, llamaré a la policía para que la arresten! —me amenazó ese hombre sin saber qué baza utilizar,

mientras yo, saliendo de detrás de mi vaquero y sus amenazantes gruñidos, me limitaba a sonreírle a la vez que le enseñaba las pulseras que tenía en la muñeca y le explicaba cuál había sido su error al intentar estafarme con la valoración de la joya que yo había querido venderle y por qué me había dejado estafar.

—¿De verdad? ¿Y por qué motivo? Yo solamente estoy en la acera, una vía pública que no le pertenece, sujetando un cartel. No vendo nada ni ofrezco nada, no he vuelto a pegar nada en su escaparate y mi mensaje no es ninguna grosería ni amenaza: es una mera nota informativa donde aclaro cuánto me costó un producto que adquirí hace algunos días.

—¡Lo hace a propósito!

—Evidentemente, pero al igual que yo no tengo pruebas para denunciarlo por estafa, aunque ambos sabemos que me ha estafado y se ha aprovechado de mi situación, usted no tiene ninguna razón para llamar a la policía por mi presencia junto a su escaparate.

—¡Este acoso no le servirá de nada!

—Es cierto, pero no se preocupe. Sé que con un solo día no bastará. Por eso, mi cartel y yo volveremos mañana, y al día siguiente, y al otro…, y así seguiré por tiempo indefinido. Después de todo, no tengo a dónde ir, y con el dinero que usted me ha dado tampoco es que me llegue para ir a ningún sitio.

—¿Qué es lo que quiere?

—Bueno…, si usted decidiera comprarme mis otras dos pulseras a un precio justo y razonable, yo no tendría nada que mostrar junto a su escaparate y usted podría mentir cuanto quisiera sobre ellas.

—¡Me está chantajeando!

—No, le estoy aconsejando sobre cómo llevar sus negocios a buen puerto, ya que veo que usted solamente sabe estafar.

—¡Maldita sea! Está bien, evaluemos de nuevo esas pulseras —dijo entre dientes ese hombre mientras me abría la puerta.

Cuando volví a salir de la casa de empeños, la amistad valía mucho más. Resultaba evidente que ese hombre solamente había necesitado de un poco de persuasión para concederle un valor más adecuado.

—¡Chantajista! —me gritó el vendedor, resentido, mientras era él en esta ocasión quien me dedicaba un gesto grosero con su dedo corazón. Y puesto que mi educación no me permitía obviar un saludo, no tardé en devolvérselo con una sonrisa.

—¿Y bien? ¿Cuánto vale ahora la amistad? —inquirió Will mientras se asomaba por encima de mi hombro para contemplar cómo contaba un pequeño fajo de billetes.

—Sigue sin valer demasiado, pero creo que nos alcanzará para el viaje.

—Creí que también venderías eso —manifestó Will, alzando por unos instantes el collar que descansaba en mi cuello, la herradura que él me había regalado. Un presente que aún no sabía si me había traído buena o mala suerte en un momento bastante difícil de mi vida.

—Es que aún lo estoy evaluando —respondí mirando la joya que descansaba entre sus fuertes manos y recordaba cómo el roce de sus dedos al cogerla había calentado mi piel por unos segundos.

—Ah, ¿y cuánto vale mi amistad: mucho o poco? —preguntó intentando acercarse más a mí. Pero, después de recordar todo lo que me había pasado, di un paso hacia atrás, estableciendo una distancia entre nosotros y encerrando esa pequeña herradura en una de mis manos, como había hecho con mi herido corazón, pasé a contestarle con la verdad.

—Si tu amistad es real, no tendrá precio para mí. Pero si es falsa, no valdrá nada. Solo el tiempo me dirá lo que vale este collar, vaquero… —respondí poniéndome muy seria. En ese momento añadí, riéndome una vez más del fruncido ceño que Will mostraba ante mí—. Y entonces podré venderlo a un buen precio porque, te recuerdo, estoy sin blanca.

Tras recibir uno de sus gruñidos, guardé mi dinero. Y, tras enseñarle las llaves de mi coche, le anuncié antes de emprender de nuevo la marcha:

—Ahora veamos cuánto vale el amor…

* * *

—Por lo que veo, el amor no vale una mierda… —comentó Madison tras dar un profundo suspiro ante lo que quedaba de su coche, un McLaren P1. Un superdeportivo de edición limitada de color rojo, un vehículo que había dejado en el estacionamiento del club pensando que en ese selecto lugar nadie lo dañaría, pero, al contrario de lo que suponía, el coche había acabado destrozado: alguien había pinchado las ruedas, roto los cristales, golpeado la carrocería con algún objeto contundente y pintado unas cuantas pollas con espray de color negro.

—¿Qué vamos a hacer? No creo que podamos arreglar esto —dijo Will, bastante enfadado con los vándalos que habían arruinado ese vehículo.

Ante su asombro, Madison cogió el espray que alguien había dejado abandonado en el suelo.

—Esto lo arreglo yo —anunció con una sonrisa mientras se disponía a convertir esas groseras pintadas de penes en gatitos sentados.

—No creo que eso nos ayude mucho —opinó Will, negando con

la cabeza.

—¿Cómo que no? Ahora tiene mucho más estilo.

—Aun así, no podemos vender el coche en estas condiciones.

—Bueno, lo primero es lo primero. Vamos a pillar a los vándalos que han hecho esto, cuyos nombres tengo en la punta de la lengua, y luego les exigiremos que paguen los daños de mi vehículo —declaró Madison, dirigiéndose al interior de ese elitista club como siempre había hecho, sin ser consciente de cuánto podía cambiar el trato que las personas le dispensaban a alguien cuando este carecía de dinero. Pero eso era algo que ella iba aprendiendo poco a poco, una lección de la vida que a la joven no le gustaba en absoluto, porque las personas, tuvieran dinero o no, seguían siendo las mismas.

La empleada del selecto club que antes siempre había atendido a Madison exquisitamente en cuanto la veía aparecer por la puerta la hizo esperar esta vez en recepción en el momento en el que ella quiso comentar con algún responsable el problema que había sufrido con su coche.

Tal vez ese cambio de actitud se debía a que, tras vender su elegante vestido de marca, sus ropas ahora consistían en unos simples vaqueros y una camiseta. La recepcionista que en otro tiempo siempre la había recibido cordialmente se dedicó entonces a atender a otros selectos socios que esperaban tras ella, haciendo suspirar a Madison ante tan grosero gesto. A pesar de todo, ella aguardó pacientemente para poder comentar su problema.

Cuando ya no hubo nadie más en recepción, la mujer de detrás del mostrador no pudo seguir ignorándola y, no obstante, lo intentó al ponerse a hablar despreocupadamente por teléfono y revisar el ordenador, haciendo que Madison reaccionara poniendo groseramente los codos sobre el mostrador y apoyara la cabeza sobre sus manos para mirarla fijamente hasta que esa mujer se sintió tremendamente incómoda y ya no pudo seguir fingiendo que Madison no existía.

—Buenos días, Emilie. El coche que dejé en el aparcamiento ha sido gravemente vandalizado, por lo que me gustaría ver las grabaciones de seguridad para saber quién es el responsable.

—¿Está totalmente segura de que su coche no estaba dañado antes de llegar a nuestro aparcamiento, señorita Mitchell?

—Por supuesto que lo estoy. Cuando me fui ayer de aquí, mi coche se encontraba en perfectas condiciones.

—Pero es que esas grabaciones no se las podemos enseñar a cualquiera, y como usted ya no es socia de este club…

—No te preocupes, Emilie. Conozco perfectamente la política de este club, tan solo pretendía evitar un escándalo, pero ya que eso no es posible, llamaré a la policía para hacer la pertinente denuncia y a ellos sí tendrás que mostrarles esas grabaciones.

—Vamos, vamos… ¿Qué clase de vandalismo podría haber ocurrido en este lugar? —manifestó la recepcionista queriendo quitarle importancia al asunto, hasta que Madison le mostró las fotografías que había hecho con su teléfono y le cerró la boca.

—Tú eliges: o me las enseñas a mí o metemos a la policía, lo que provocará que feos rumores circulen por el club cuando esta estacione en la puerta para investigar.

—Espere… Hablaré con el encargado de seguridad —anunció Emilie, apresurándose en esta ocasión a cumplir con su cometido.

—Siempre he admirado la forma que tiene este club de tratar a sus socios… —le comentó Madison a Will, para añadir a continuación—: Aunque nunca me percaté de la forma en la que tratan a los que no lo son. Esa, definitivamente, no es de admirar.

Los empleados de seguridad tardaron bastante tiempo en revisar las cámaras mientras Madison esperaba de pie en la recepción, recibiendo miradas despectivas de más de un individuo que pasaba por su lado cuchicheando sobre su situación y mirando con desprecio su nueva indumentaria, tal vez porque esta no era de marca.

Finalmente la condujeron al cuarto de seguridad donde estaban las pantallas que mostraban las grabaciones de las cámaras de videovigilancia. Y aunque intentaron impedir que Will la acompañara, tras un intimidatorio gruñido y una furiosa mirada, desistieron de conducir a ese rudo vaquero a la salida.

Cuando accionaron el vídeo para que Madison viera quiénes habían sido los vándalos que habían arruinado su coche, ella negó con la cabeza al ver a las que en una ocasión consideró sus amigas animando a su exnovio a pintar su coche con dibujos soeces. Luego contempló a ese hombre al que una vez había amado arruinando su vehículo por puro despecho, rompiendo las ventanas y la carrocería con un palo de golf y pinchando luego las ruedas con una navaja multiusos.

—Bueno, ya sabemos a ciencia cierta el precio del amor… El amor vale una mierda —anunció cínicamente Madison mientras señalaba a su exnovio.

—Puedo asegurarte que eso no era amor, Madison —dijo Will, mirando con desprecio al hombre de la pantalla, quien, sin preocuparse por la mujer que había sido su pareja y que ya no tenía nada, destruía su única posesión por puro resentimiento.

—Puede ser, pero, para mi desgracia, eso es lo único que he experimentado hasta ahora —dijo Madison, intentando ocultar su dolor y esas lágrimas que Will había visto demasiado a menudo.

Poniéndose delante de ella, Will hizo que dejara de ver esas imágenes que solo le traían dolor a su tierno corazón y, tras limpiar con la mano una de esas lágrimas que ya no quería ver más, le dijo a

esa mujer que poco a poco se estaba haciendo un hueco en su corazón a pesar de que él no quisiera:

—El amor de verdad no tiene precio, Madison. Cuando lo encuentres, verás que su valor es incalculable y que serías capaz de darlo todo por la persona que amas, lo que tienes y lo que no.

—¿Y tú cómo sabes tanto, vaquero? ¿Acaso tienes a alguien guardado en tu corazón? —preguntó Madison, colocando una de sus manos sobre el fuerte pecho de ese hombre, donde su corazón parecía bastante acelerado.

—No, pero lo he visto en otras personas. Y sé que, cuando lo tenga, sabré darle el valor que se merece. Es evidente que ese amor que tenías en tu vida no valía nada, que era completamente falso, y lo falso y barato no está hecho para una mujer como tú —declaró Will, cogiendo esa mano que ella había colocado sobre su pecho para besarla, logrando que ella, a pesar de todo, le ofreciera una sonrisa.

—Tendré que hablar con el seguro acerca de lo ocurrido y…

—Quizá podría hablar antes con el señor Charles Houston, el padre de Eddy —intervino la recepcionista, que nos había acompañado hasta el cuartito de seguridad, pretendiendo darle a ese asunto una salida lo menos escandalosa posible—. En este momento se encuentra en el club, y es posible que decida pagar el estropicio causado por su hijo sin necesidad de que tengamos que involucrar a la policía o al seguro.

—Me parece bien. Hablemos con él… Después de todo, ya no tengo nada que perder —asintió Madison, señalando el coche destrozado.

* * *

Todavía no me podía creer lo que había hecho ese niñato al que quería partirle la cara. Su orgullo herido lo había llevado a destrozar lo único que tenía Madison, importándole muy poco lo que pudiera ser de ella cuando lo perdiera.

En el decepcionado rostro de esa mujer había visto cómo se rompía del todo su herido corazón por haber amado a un hombre como él, y, viendo como Madison alzaba una coraza sobre su corazón para protegerse contra el amor, no pude evitar sacarla de su error. Eso que había vivido ella, definitivamente, no era amor.

Cuando uno se enamoraba quería cuidar a la persona que tenía a su lado, quería ayudarla a levantarse dándole la mano y convirtiéndose en el apoyo que ella necesitaba, quería ver cómo se hacía fuerte para enfrentarse a todos y, a la vez, ofrecerle sus brazos para cuando esa fuerza desapareciera y quisiera ocultar sus lágrimas. Un hombre enamorado quería ver sonreír a su amada y apoyarla

cuando quisiera llorar y, por encima de todo, siempre querría su felicidad.

Ese es el concepto de amor frente al cual yo mismo había sido un cínico hasta que había visto a dos de mis hermanos caer rendidos frente a él. Para mi asombro, mientras permanecía junto a Madison, estaba comenzando a sentirme de esa manera y me preguntaba si no estaría cometiendo el gran error de enamorarme de esa mujer a la que, de una forma u otra, haría un daño inmenso cuando terminara esa gran mentira en la que me había visto enredado.

Sin separarme de su lado, fui testigo de cómo trataba la gente a Madison ahora que no tenía dinero y no me gustó, pero su reacción me sorprendió: no culpó a esas personas. En lugar de ello, se volvió hacia mí y me susurró al oído, dándome una lección:

—Por tu ceño fruncido adivino que no te gusta cómo me miran y cómo me tratan estas personas que me conocen ahora que no visto de marca, ¿verdad? Pero recuerda que, hace tan solo un día, tú mismo me mirabas de esa manera justamente por vestir con las delicadas creaciones de un prestigioso diseñador. Yo no he cambiado, pero la gente juzga muy rápido a los demás sin conocerlos. Su mera apariencia les basta para definir quiénes son, y muy a menudo les cuesta admitir que estaban equivocados. ¿Crees que estabas equivocado conmigo, vaquero, o piensas que sigo siendo esa niña mimada, ahora sin dinero?

—Creo que aún no te conozco lo suficiente para saber cómo eres —respondí, viendo ante mí a una mujer a la que, definitivamente, quería conocer. Y no porque su padre me hubiera obligado a ello, sino por mi propia decisión—. Pero debo reconocer que, por ahora, todas las facetas que he visto de ti me atraen, incluso la acción de aquella niña mimada que puso sobre una bandeja algo que llamó poderosamente mi atención —declaré mostrando una sonrisa ladina al recordar ese momento, haciéndola sonrojar.

Y mientras Madison intentaba ocultar su sonrojo, no se preocupó por esas miradas que la juzgaban tanto como una vez había hecho yo.

Unos minutos más tarde se presentó el señor Houston, padre de Eddy. Pero no se dirigió hacia nosotros mostrando ninguna señal de disgusto o arrepentimiento en su rostro a consecuencia de las malas acciones de su hijo, sino que apareció con un gesto arrogante que anunciaba que Madison no recibiría ninguna disculpa de él, aunque tal vez sí su dinero para evitar un escándalo.

—¿Qué es lo que quiere de mí, señorita Mitchell?

—De usted nada, señor Houston, pero desearía de su hijo un cheque que cubra la reparación de los desperfectos que ha ocasionado a mi vehículo y una disculpa, por supuesto.

—Me he enterado de que su padre lo ha perdido todo. ¿Acaso

como mi hijo la ha rechazado pretende injuriarlo de esta manera? Le advierto que la extorsión no es algo que acepte con gusto —manifestó ese hombre, exhibiendo unos modos orgullosos y altaneros que no me gustaron en absoluto.

—Pero, al ser usted juez, imagino que sí aceptará ver las pruebas que demuestran el delito de su hijo, ya que el club posee unas grabaciones de seguridad en las que aparece Eddy destrozando mi coche.

—Bah, veamos qué es lo que ha podido hacer mi hijo para que monte usted todo este escándalo —respondió despectivamente Charles Houston, antes de acompañarnos con paso altivo hasta el aparcamiento.

En cuanto vio el estado del antaño lujoso deportivo, el hombre emitió unos cuantos gruñidos de desaprobación antes de sacar su talonario y extender un cheque.

—Espero que con esta cifra le baste para dejarnos en paz en adelante tanto a mi hijo como a mí, señorita Mitchell, ya que ahora que no estamos al mismo nivel no hay razón alguna para que Eddy y usted vuelvan a encontrarse —manifestó insultantemente, sin admitir el error que había cometido su hijo ni disculparse en su nombre. Y, comportándose como la basura que era, en lugar de entregarle el cheque en mano a Madison, se lo arrojó con desprecio, haciendo que este cayera al suelo y que ella tuviera que agacharse para recogerlo.

Cuando Madison se levantó, el señor Houston lucía una sonrisa de satisfacción, como si ella valiera menos por haberse agachado a recoger algo que le pertenecía. Yo, por mi parte, tuve que apretar los puños a ambos lados de mi cuerpo para no golpearlo.

—Sin una disculpa, esto no vale nada —declaró ella, dejándome asombrado al verla enfrentándose a ese hombre con tanta dignidad, sin inmutarse por esa sonrisa desdeñosa mientras le mostraba el cheque que él había arrojado con tanto desprecio.

—Un Houston nunca se disculpa, señorita. Y si ve la elevada suma que he escrito en ese cheque, comprobará que ya está implícita en él.

—Entonces un Houston nunca aprende de sus errores. Disculparse con alguien no es rebajarse, es admitir que eres humano, que has errado, y dar un paso para mejorar. Tome el cheque, es posible que se le haya caído debido a su avanzada edad…, porque la otra opción que me queda para explicar su comportamiento sería que un hombre que pertenece a un elitista club, que presume de los más magníficos, exquisitos y delicados modales ha querido burlarse de una persona que pasa por dificultades, olvidando todo aquello de lo que presumen los socios de este distinguido club.

—Entonces, ¿no quiere ese dinero? —inquirió él con una sonrisa

irónica plantada en el rostro, burlándose de esa posibilidad.

Yo sabía que lo mejor para Madison era coger ese cheque, pero no quería ver a ese hombre con una sonrisa de satisfacción en sus labios. Estuve muy tentado de dar un paso adelante para coger ese cheque con el que se burlaba de Madison o bien hacérselo tragar, pero me contuve porque era a ella a quien le correspondía tomar la decisión de cómo proceder.

—Llamaré al seguro de mi coche para que se encargue de este asunto. Es lo que debería haber hecho desde el principio en vez de intentar buscar una solución amistosa. Y le advierto que mandaré a mi seguro una copia del vídeo de su hijo que he hecho con mi teléfono mientras me mostraban las grabaciones de seguridad, por si el archivo desaparece misteriosamente. También iré a presentar una denuncia en la policía dejando patente la existencia de esa grabación, para que sean las fuerzas del orden las que adviertan a este distinguido club de que ese vídeo no puede desaparecer, pues forma parte de un litigio en curso.

—No tiene usted dinero suficiente para meterse conmigo, señorita.

—Es cierto, no lo tengo. Pero mi aseguradora sí, y la pagó mi padre de forma adelantada y muy generosa. Será con ellos con quienes tendrá que vérselas su hijo, no conmigo.

—¡Si sigue por ese camino, voy a…!

—¿A qué, señor Houston? ¿A arruinarme? ¿A dejarme sin un hogar? ¿Sin dinero? ¿Sin el apoyo de mi familia o de mis amigos? —se rio Madison—. Señor Houston, no tengo nada que perder. Tan solo quería una disculpa y que su hijo se hiciera responsable de lo que ha hecho. Ahora no quiero nada de usted ni de Eddy, así que guárdese ese cheque que para mí no vale nada. Tal vez, cuando mi aseguradora le haga sudar sangre, aprenda usted cuál es el valor de una disculpa, pero, la verdad, soy pesimista respecto a eso. No creo que ni siquiera de esa manera llegue usted a aprender el valor que tiene el perdón, tanto para el que lo recibe como para el que lo da.

Tras estas palabras, Madison marchó hacia la salida dejando atrás a un hombre que contemplaba un dinero con el que no podía comprar nada en esta ocasión. Mientras avanzaba, ella hablaba por teléfono con su compañía aseguradora, y en esos instantes me percaté de que estaba comenzando a sentir algo por esa mujer.

Sin poder evitarlo, llamé de inmediato al fastidioso de Fitzgerald para contarle la situación que había sufrido su hija. Ese astuto hombre se sintió orgulloso por la manera en la que Madison lo había manejado todo, pero, al igual que a mí, no le gustó nada cómo la habían tratado y me anunció que no tardaría en darle una lección a ese presuntuoso de Charles Houston, que no sabía pedir perdón.

Después de ver cómo trataba a su propia hija, temí lo que podría llegar a hacerle Fitzgerald a alguien que lo hubiera ofendido como acababa de hacer ese arrogante juez, aunque, fuera lo que fuese lo que acabara haciendo Fitzgerald, lo cierto es que seguramente no sería algo que los Houston no se merecieran.

Antes de salir del aparcamiento oí que Charles Houston recibía una llamada. Sentí curiosidad y me quedé observando al juez, cuyo rostro palideció sensiblemente tras unos segundos escuchando lo que su interlocutor le estaba diciendo.

—¡¿Pero tú no estabas arruinado?! —lo oí exclamar con voz aterrorizada. Entonces mis sospechas se confirmaron y ya no tuve dudas de que Fitzgerald había comenzado a mostrarle a ese hombre que era mil veces más sencillo pedir perdón antes que enfrentarse a una de sus temibles lecciones.

—Mucha suerte a la hora de descubrir el valor de una disculpa —dije burlonamente, despidiéndome de ese alterado juez mientras buscaba a Madison.

Cuando llegué junto a ella esperé a que terminara de hablar con el seguro antes de cogerla firmemente entre mis brazos.

—Lo siento. Los del seguro vendrán a llevarse el coche y este tardará un tiempo en estar reparado, así que no podremos venderlo por ahora. Aunque me han dicho que, cuando esté arreglado, me lo pueden llevar a mi nueva dirección, corriendo ellos con todos los gastos. Tal vez debería haber cogido ese cheque… —comenzó a disculparse conmigo, cuando quien tendría que haberlo hecho desde hacía algún tiempo era yo.

—Perdóname por cómo me he comportado contigo en más de una ocasión —dije, haciéndola sonreír. Y, sin poder resistirme a esa sonrisa, besé tiernamente esos labios que tanto me atraían.

Mi beso comenzó dulcemente, tentando su boca. Y cuando Madison me dio permiso con su aceptación, mi lengua exigió esa ardiente respuesta que ella despertaba en mí. Acercándola a mi cuerpo, hice que notara la dura evidencia de mi deseo. Pero, cuando gimió ante mi avasalladora pasión mientras se cogía fuertemente a mis brazos, recordé dónde nos encontrábamos y la dejé ir.

—Que quede claro que no pienso disculparme por esto —dije con una sonrisa mientras me alejaba hacia mi camioneta, sabiendo que esa mujer se estaba haciendo un hueco en mi corazón y haciéndome olvidar que, si me enamoraba de ella, ese amor podría tener un precio demasiado alto que podría llevarme a perderlo todo.

Capítulo 5

Cuando me reuní con Will en su camioneta no pude dejar de tocar mis labios, de mirarlo ilusionada mientras no dejaba de pensar en ese beso. Aunque no sabía lo que me deparaba el futuro, parecía que ese hombre estaba dispuesto a quedarse a mi lado para ayudarme.

No creía que la amistad que alguna vez había tenido mi padre con el suyo llegara a tanto como para provocar que él permaneciera junto a mí en todo momento. Y como ahora estaba sin blanca, tampoco pensaba que mi padre hubiera podido pagarle lo suficiente como para hacer que me acompañase a todos lados.

Su interés por ayudarme parecía sincero, algo que iba más allá de la simple promesa de ayuda que le había hecho a mi padre, sobre todo cuando estábamos atravesando por tantas dificultades. Y su beso, sin duda, había sido un gesto espontáneo que no entraba en sus planes, una muestra de cariño que para mí en esos instantes no tenía precio, porque ahora que no tenía nada sabía que ese beso era de verdad.

—No me mires así —se quejó Will cuando notó que mi ilusionada mirada seguía clavada en él y yo continuaba tocando soñadoramente mis labios como una adolescente que hubiera recibido su primer beso —. Ni que fuera tu primer beso… —añadió despreocupadamente, queriendo quitarle importancia a ese beso del que no se arrepentía. Pero si él no se arrepentía de dármelo, yo tampoco lo haría de sentir algo por él.

—Es el primer beso de verdad que me han dado.

—No estarás pensando en endosarme alguna clase de papel de príncipe o de héroe, ¿verdad? No te confundas: yo soy un simple trabajador de un rancho que te llevará hasta tu destino. Ese beso tan solo ha sido un impulso del que no me arrepentiré, pero debo advertirte que no debes soñar con nada más.

—No estoy soñando con él, vaquero, solo considerando su valor, y, por ahora, vale mucho. Aunque tal vez con el paso del tiempo este disminuya.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—Porque el valor de este beso, lo quieras o no, lo establece mi corazón. Y según cómo me trates, será mayor o menor.

Mis palabras lo hicieron sonreír y negar con la cabeza mientras se centraba en proseguir nuestro camino.

—Espero que no seas de esas chicas que se enamoran del primer

hombre que las besa en condiciones —declaró con vanidad ese orgulloso vaquero, a lo que yo le contesté mientras echaba presumidamente mi larga melena hacia un lado.

—Pues yo espero que no tú seas de esos hombres que se enamoran de la primera mujer hermosa que se cruza en su camino.

—Tranquila. Se puede decir que no soy el tipo de hombre que se enamora.

—Ni yo el tipo de chica que comete dos veces el mismo error. En el futuro pienso medir muy bien al hombre al que le entregue mi corazón, aunque, por ahora, espero no enamorarme y centrarme únicamente en el negocio que va a sacarme de la miseria. Así que llévame hasta esa exitosa empresa que me hará resurgir de mis cenizas y ganar mucho dinero —dije, tras lo que Will prorrumpió en un descontrolado ataque de tos—. Will, ¿me podrías comentar algún detalle acerca del negocio que me ha dejado mi padre para ganarme mi sustento? —pregunté a continuación, sospechando algo del lugar adonde me llevaba. Especialmente después de percatarme de que mi guía aún no me había indicado qué tipo de establecimiento tendría que dirigir.

—Lo siento, Madison. No se trata de un negocio exitoso. Más bien es una ruina y no sé si serás capaz de llevarlo.

—Estudié Administración y Dirección de Empresas en la universidad, así que estoy preparada para todo lo que me echen: una *boutique* ruinosa, un bar decrépito, una tienda de viajes vacía, un *spa* cerrado…

—No, créeme: no lo estás en absoluto… —anunció ese vaquero con una sonrisa burlona en sus labios, haciéndome saber que las cosas no mejorarían cuando terminara mi viaje, sino que, más bien, tan solo se complicarían más. Aunque en esos momentos no era consciente de cuánto, hasta que me encontré delante de mi nuevo negocio, uno que, definitivamente, una chica como yo no sabía manejar.

* * *

—¡Un club de estriptis! —exclamó Madison en cuanto llegó ante un edificio de madera con un exterior bastante descuidado donde destacaba un obsceno cartel de neón. El local, llamado Las Chicas en un claro alarde de imaginación, era todo lo que su padre le había dejado para que se ganara la vida. Madison no podía creer su mala suerte—. Dime que esto es un mal sueño del que voy a despertar —rogó, sin imaginarse que parte de la culpa de que ella cargara con ese negocio era de Will, un hombre que antes de conocerla había decidido no ponérselo fácil a una niña mimada como ella, sin llegar a pensar cuánto podía arrepentirse de su elección más tarde.

—Te dije que no estabas preparada para llevar este negocio. En el contrato pone que eres copropietaria junto a un tal Bodhi. Madison, te aconsejo que le vendas tu parte a ese hombre, yo te ayudaré a buscar un trabajo con el que salir adelante… —manifestó Will, intentando alejarla de ese lugar y de las dificultades que podría acarrearle dirigir un establecimiento como ese.

—No —se negó Madison, deshaciéndose del agarre de ese protector hombre. Y tras arrebatarle los papeles del nefasto negocio que le había dado su padre a Will para ella, contempló con detenimiento ese lugar, que recordaba al típico tugurio de mala muerte de cualquier película de acción.

Ante ella se levantaba un establecimiento con una sucia y vieja fachada en la que les daba la bienvenida un llamativo cartel rojo de neón que emulaba a una mujer que abría y cerraba insinuantemente las piernas.

—Estoy segura de que si mi padre me ha dejado este negocio es porque cree que yo seré capaz de reflotarlo. Después de todo, su sangre de triunfador corre por mis venas —declaró Madison, todavía confiando en su progenitor, sin imaginar lo despiadado y cruel que este podía llegar a ser.

—¡Tu padre te ha dejado este negocio porque es un…! —comenzó a decir Will, bastante furioso con ese hombre y consigo mismo porque, de todas las lamentables opciones del listado que Fitzgerald le había dado a elegir, él había tenido que ir a escoger precisamente esa. Aunque Will reprochaba a Fitzgerald que hubiera aceptado sin poner ninguna pega.

—Bueno, vamos. Estoy segura de que por dentro será mucho mejor que por fuera —declaró Madison con optimismo, intentando darse ánimos y ver la parte positiva de esa nueva desgracia con la que la vida la golpeaba.

Y tras respirar profundamente, se dirigió hacia ese local mientras Will negaba una y otra vez con la cabeza ante las inconscientes acciones de esa mujer, que no sabía lo duro que podía ser cualquier trabajo, y menos aún uno en un lugar como ese.

Cuando Madison entró con paso firme en el establecimiento, aunque no lo hiciera vistiendo sus ropas de marca o sus joyas, todos los presentes intuyeron de inmediato que no encajaba en ese lugar. Sus modales y sus andares de niña rica la delataron, haciendo que más de una mirada de desprecio se dirigiera hacia ella, miradas a las que la joven se había acostumbrado desde que había perdido su dinero.

Los suelos de madera por los que caminaba estaban mugrientos y deslucidos. La iluminación resultaba casi inexistente, salvo por unas chillonas luces de neón situadas junto a la barra y algunos tenues plafones distribuidos estratégicamente por las paredes. Tras la barra,

varias camareras se preparaban para servir copas a los clientes en cuanto abriera el local, llevando como uniformes unas minúsculas faldas y unas escuetas camisetas anudadas en torno a la cintura, con el llamativo logo de ese establecimiento en el pecho.

Al fondo se levantaba el escenario, un largo pasillo que contaba con una gran barra de baile iluminada con llamativos focos, donde las mujeres se deshacían de su ropa al son de la música mientras mostraban sus encantos a unos hombres que les gritaban obscenidades, ya fuera de pie junto al escenario o desde las pequeñas mesas redondas situadas no muy lejos de él.

Las camareras contemplaron con extrañeza a esa niña rica que pisaba su local y cuchichearon entre sí, riéndose de esos andares de reina que Madison había aprendido desde pequeña.

Tras dar un gran suspiro y resignada a ser juzgada por las personas que la rodeaban sin que estas quisieran pararse a conocerla, Madison se dirigió hacia la barra, donde un tipo de tosca apariencia y gesto brusco la recibió con una irónica ceja alzada, increpándola rudamente:

—Soy Bodhi, el dueño de este negocio. Mi pregunta es: ¿qué hace una niña rica como tú en un lugar como este? ¿Acaso buscas trabajo? —finalizó el hombre con una risita.

—Antes de que le comente el motivo de mi presencia en este establecimiento, ¿podría ponerme una copa de champán? —preguntó Madison, recibiendo un gruñido de desaprobación de ese hombre—. Ya veo. ¿Qué tal una copa de vino? ¿Chardonnay? ¿Pinot noir? —insistió ella, recibiendo un nuevo y molesto gruñido de ese hombre.

—Si quieres hablar conmigo, una cerveza —anunció con rudeza mientras ponía un botellín sobre la barra—. Sin vaso y a morro, que luego tengo que limpiar y no me apetece.

—De acuerdo. En ese caso, sírvase usted otra, señor Bodhi, porque creo que cuando termine esta pequeña charla, ambos la necesitaremos —dijo Madison, quien, sin amedrentarse ante los toscos modales de su interlocutor, le dio un trago a la cerveza para coger fuerzas y continuar con la conversación—. Verá, señor Bodhi, su afirmación anterior acerca de que es usted el dueño de este local no es del todo exacta, ya que, al parecer, yo también soy propietaria de este negocio —comenzó la joven, provocando que ese hombre se atragantara con su bebida, momento que Madison aprovechó para poner delante de él el contrato donde aparecía su nombre.

—Maldito Fitzgerald… y malditos sean sus préstamos —gruñó rudamente Bodhi para luego limpiarse de forma grosera la boca con la manga de su camisa antes de observar detenidamente ese documento. Después de leerlo completo varias veces, mientras Madison disfrutaba de su cerveza a la espera de su reacción, Bodhi se volvió hacia esa

chica que no tenía culpa de nada para comenzar con sus quejas—: ¿Y se puede saber qué quiere una princesita como tú de mi negocio? No pretenderás comprar mi parte por algún capricho, ¿verdad?

—¿Me vendería su parte por veinte dólares? —preguntó Madison, resignada a recibir más gritos de ese hombre hasta hacerle entender cuál era su situación—. Supongo que no, ¿verdad? Entonces no creo que pueda comprárselo, pues esa cantidad es todo lo que tengo —finalizó, mostrándole su monedero.

—¿Te estás burlando de mí?

—Sí, por supuesto… He hecho un viaje larguísimo junto a un hombre al que casi no conozco, con el mínimo equipaje posible, durmiendo en un motel que daba más miedo que la carretera, hasta llegar aquí, un lugar remoto y desolado de Texas, tan solo para burlarme de usted —declaró con ironía Madison, haciendo que Bodhi finalmente pusiera algo más fuerte sobre la barra. Tras rellenar dos vasos, anunció que estaba dispuesto a escucharla.

—Cuéntame tu historia. ¿Qué te ha traído aquí?

Y tras una larga hora, Madison refirió todo lo que le había sucedido desde que sopló las velas de su tarta de cumpleaños hasta ese momento. Una vez finalizado el relato, Bodhi acercó la botella de licor hacia el vaso vacío que Madison contemplaba con la mirada perdida, rememorando sus desgracias mientras se le escapaban unas cuantas lágrimas que no quería mostrar, pero que estaban allí.

—En estos momentos la necesitas más que yo.

—Entonces, ¿puedo quedarme? —preguntó ella desconsolada.

—¿Acaso tienes otro lugar al que ir? —replicó ese hombre.

No obstante, a pesar de sus bruscas palabras, Bodhi le ofreció a la desamparada chica una sonrisa amistosa con la que ella se sintió a gusto…, aunque no fue lo mismo para un vaquero que observaba esa situación con nerviosismo desde una distancia prudencial. Bodhi lo miró y le indicó con un brusco gesto que se acercara. Luego le susurró amenazadoramente al oído mientras señalaba su despacho:

—Tú y yo tenemos que hablar.

* * *

Creí que Madison no se quedaría en ese lugar. Que en cuanto lo viera escogería la opción que yo le había propuesto de huir de ahí y que lo vendería o lo dejaría en manos de Bodhi. No se me pasó por la cabeza que decidiría hablar con el dueño para quedarse en el local.

El propietario de Las Chicas era un tipo de apariencia dura, de unos cuarenta años, negros cabellos veteados por alguna que otra cana, fuertes brazos y una incipiente barriga. Sus ojos azules parecían amables solo con sus empleadas, y tenía un rostro anguloso y rudo en

parte oculto por una negra y poblada barba.

Aunque Abigail, la esposa de mi hermano Clay, me había asegurado que ese hombre tenía un corazón tierno, esa ternura no era algo que yo pudiera ver por ningún lado en esos instantes, en los que me fulminaba con la mirada desde detrás de su escritorio.

—Y ahora cuéntame toda la verdad, lo que no le has contado a esa inocente chica que te has atrevido a traer a este sucio lugar —me ordenó Bodhi con brusquedad, como si hubiera visto a través de cada una de mis mentiras y de las de Fitzgerald.

Entonces comencé a relatarle toda la historia concerniente a mi trato con Fitzgerald y a lo que perdería si no me convertía en la marioneta de ese hombre y en la niñera de esa chica. Le comenté que Fitzgerald aún tenía todo su dinero, que vigilaba a Madison muy de cerca y que, por supuesto, aunque yo la dejara allí, no cesaría de velar por ella con todo el poder de los Walter si hacía falta.

Bodhi escuchó mis palabras sin inmutarse y, cuando terminé mi discurso, anunció con brusquedad:

—Fitzgerald es un cabrón… —Estuve totalmente de acuerdo con sus palabras, pero Bodhi continuó—: Y tú eres otro.

—¡¿Qué?! ¡De eso nada! ¡Yo soy la única persona que la ha ayudado desde que su padre la dejó tirada y…!

—Ya. También eres el que ha elegido este lugar para que una niña rica desamparada y sin dinero remonte el vuelo. Eres el tipo que ha guardado silencio en todo momento cuando podrías haber acabado con el sufrimiento de esa mujer contándole la verdad. Tú eres quien la ha traído aquí y la ha dejado en mis manos. ¿Quieres ponerte el apelativo de «santo» por haber sido el único que le ha brindado algo de ayuda, una ayuda que esa muchacha no habría recibido si Fitzgerald no hubiera tenido algo con lo que chantajearte? Pues no, no lo eres.

—No me gusta el papel que Fitzgerald me ha encomendado en esta historia, pero es que no comprendes lo que perderé si no lo hago.

—Ya. Y dime, ¿durante cuánto tiempo más te dejarás chantajear por ese hombre? ¿Cuánto más bailarás al son que él toque? Y lo que me preocupa: ¿cuánto daño más le vas a causar a esa chica mientras lo haces?

—Yo…, ella… ¡Ella era muy distinta antes de que comenzáramos este viaje! ¡Era una niña mimada que jugaba con todos! ¡Se merecía una lección!

—¡Venga ya! He aquí otro más de los santurrones Walter, esos hombres que nunca han roto un plato y juzgan a todas las mujeres a partir del daño que les causó una. Hasta el momento ya van dos de tus hermanos que se equivocaron al juzgar precipitadamente a unas mujeres a las que por poco pierden, y tú vas camino de ser el tercero.

—¿Qué dices? Yo no quiero a Madison —mentí descaradamente, ya que, para bien o para mal, comenzaba a desear a esa chica y a sentir algo por ella como nunca antes había sentido por otra mujer.

—¿Sí? Pues mejor para ella, porque no te has permitido conocerla antes de hacerle daño con esa lección que, según tú, ella se merecía. Yo voy a conocer a esa mujer antes de decidir si es una niña mimada que no sabe hacer nada o una mujer a la que nadie le ha dado una oportunidad de demostrar lo que vale. Y mientras ella se levanta de todas las miserias que tú y su padre habéis creado para ella, no quiero ver tu falsa mano amiga cerca de Madison.

—Pero su padre… —me quejé poniendo a la temida figura de Fitzgerald como excusa para no alejarme aún de esa mujer.

Sin embargo, por lo visto, esa temida figura no asustaba a todos, ya que, ante mis palabras, Bodhi alzó burlonamente una ceja mientras replicaba:

—¿Te digo por dónde exactamente me paso la influencia de su padre?

—Pienso volver —le advertí.

—Pues espero que lo hagas como cliente y que no intentes acercarte a ella de otra manera porque, si no, tu culo va a acabar fuera de mi establecimiento. Muchas de las chicas que trabajan aquí son mujeres que huyen de hombres que las han tratado mal: maridos, novios o padres que las hicieron sufrir, y yo las protejo a todas mientras se esconden aquí y consiguen el dinero suficiente para decidir qué hacer. No es un buen trabajo, y el dinero que les pago es una mierda si lo comparamos con lo que tienen que aguantar a muchos de estos tipos, pero nadie podrá decir nunca que no las protejo de todos los desalmados que encuentran en su camino —manifestó Bodhi, sonriéndome cínicamente como si yo fuera uno de esos hombres. Y por unos instantes, recordando todo lo que había hecho, me sentí como uno de ellos.

Bodhi parecía un tipo bastante protector, un hombre que protegería a Madison y con el que podría desentenderme de mi deber y lavarme las manos en relación con el problema que podía ser cuidar de esa niña mimada. Pero, para mi desgracia, lo que me retenía al lado de Madison ya no era solo el deber de cuidarla. Que esa mujer me preocupara ya no era solo por ser parte de un trato, sino por lo que comenzaba a sentir mi estúpido corazón por ella.

Cuando la conocí por primera vez sentí que éramos muy diferentes. Ante mí vi a una mujer de dinero a la que no le preocupaba nada. Pensé que nos encontrábamos en mundos muy distintos, ya que yo, a pesar de tener dinero, trabajaba duramente en el rancho que compartía con mis hermanos, y ella parecía no haber trabajado jamás mientras gastaba con toda despreocupación el dinero que le entregaba

su padre.

Luego la vi perderlo todo y sonreí complacido, alegrándome ruinmente por su supuesta desgracia. Pero eso solamente fue hasta que esa chica lloró por primera vez entre mis brazos y mi corazón se encogió. En ese momento me surgió una necesidad irracional de luchar contra todo para protegerla, pero desafortunadamente Bodhi tenía razón: el que más daño le estaba haciendo era yo.

Seguir a su lado por la obligación que me había impuesto mi trato con Fitzgerald me había llevado a contemplar también su risa, y mi corazón disfrutó de ella a pesar de que no lo mereciera. Ahora sabía que, si me acercaba demasiado a esa mujer, mi corazón comenzaría a latir aceleradamente exigiéndome egoístamente que la hiciera mía.

Madison se estaba convirtiendo en una debilidad que no podía permitirme en mi vida. Y mientras yo intentaba negarlo, mi corazón me anunciaba que era demasiado tarde para mí y que ya me había enamorado de la única mujer que podía llegar a ser mi perdición.

—Si soy bueno o no para ella es algo que tendrá que decidir Madison, no tú —dije, negándome a alejarme de ella por completo.

—¿Le contarás todo lo que has hecho? —me preguntó Bodhi con una sonrisa socarrona que se burlaba de mí y de mis palabras. Y cuando el silencio fue mi respuesta, él insistió en su idea—: Entonces, desengáñate: no eres bueno para ella.

Ambos nos medimos con la mirada, y cuando quedó claro que ninguno de los dos daría su brazo a torcer en lo referente a esa mujer, él emitió un gran suspiro antes de anunciarme:

—Está bien, no diré nada cuando acudas a mi establecimiento. Te dejaré hablar con ella porque, como tú has dicho, Madison es quien tiene que decidir lo que le conviene. Pero no te equivoques: en cuanto ella no te quiera cerca, tu culo no entrará en este local, por muy Walter que seas.

—¿Le contarás lo que ha hecho su padre? —pregunté mesando nerviosamente mis cabellos, sin saber cómo pedirle a ese hombre que guardara silencio.

—No, no le diré a esa niña lo que ha hecho su padre…, ni tampoco lo que has hecho tú. Eso es algo que deberíais hacer tanto Fitzgerald como tú, y luego rogar por un perdón que no os merecéis. Pero, en fin…, los hombres orgullosos nunca saben cómo pedir perdón, y eso los lleva en ocasiones a perder demasiado —me advirtió Bodhi, levantándose mientras daba la conversación por finalizada y me guiaba hacia la salida.

Por el camino me topé con Madison. El duro viaje había acabado pasándole factura y se había quedado dormida encima de la barra, sobre decenas de servilletas en las que había anotado un montón de

ideas absurdas para mejorar la gestión de ese local.

Yo sonreí ante esa chica que, por muy mal que le fueran las cosas, nunca se rendía. Y cogiéndola entre mis brazos, quise llevármela de allí, pero un fuerte sujeto que reprendía mis actos y se convirtió en mi conciencia me lo impidió.

—Ella ya no es tu responsabilidad, es la mía, puesto que es mi socia. Te advierto desde ya que solamente permitiré que te la lleves después de que le cuentes toda la verdad. Mientras tanto, puedes llevarla al sofá de mi despacho —dijo Bodhi, señalándome dónde podía dejar a esa adormilada mujer.

Con reticencia, dejé a Madison en el lugar indicado y, justo cuando me iba, ella tomó mi mano y me miró.

—Gracias, Will —me dijo. Luego volvió a quedarse dormida, haciendo que todas las mentiras que guardaba en mi interior pesaran más que nunca en mi conciencia y en mi corazón. No obstante, mantuve mi silencio.

Antes de irme pude contemplar la sonrisa de ese hombre que se reía de mí y de todos los errores que estaba cometiendo sin saber cuánto daño podían hacerle a mi corazón.

* * *

El rancho La Carreta, situado al sur de Texas, estaba dirigido por cuatro hermanos: Jacob, Clay, Will y Jayden. El amplio terreno que habían heredado de su padre, Jerome Walter, abarcaba unas extensas tierras que incluían instalaciones adecuadas para el cuidado de las reses, grandes establos, graneros para guardar el forraje y espaciosas y verdes tierras de pasto. Los caballos también tenían su propio lugar en esa tierra, donde los hermanos separaban los purasangres, que eran criados para las carreras, y los caballos salvajes, que a algunos de los Walter les gustaba domar para practicar de cara a algún rodeo.

En la casa principal vivía Jacob, el hermano mayor, que tomaba las decisiones difíciles del negocio familiar, junto a su mujer, Olivia, y sus mellizos Melody y Daniel, que estaban a punto de cumplir los tres años. También residía allí su sobrina Gillian, que en esos instantes se encontraba en su primer año de universidad y solo regresaba a casa por vacaciones, así como también Jayden y Will, los hermanos Walter que quedaban solteros.

El único hermano que había abandonado el nido era Clay quien, después de casarse con Abigail Chester, propietaria de un gran rancho vecino, había decidido centrarse en ayudar a su esposa. Pero de vez en cuando se pasaba por el negocio familiar para continuar su trabajo junto a sus hermanos.

El hogar que los Walter habían creado mantenía el estilo rústico

que su antecesor había dejado en esa casa, mezclándose a la perfección con la naturaleza que lo rodeaba, algo práctico y nada ostentoso que concordaba con el duro trabajo que llevaban a cabo los Walter, unos duros vaqueros dedicados al mundo de la ganadería.

En el pasado, pensando en los trabajadores, Jerome Walter había construido varias casas pequeñas, destinadas a los empleados más antiguos y fijos, y unos amplios barracones dotados de baños individuales privados para los trabajadores temporales, que tenían su casa en otro lugar y pasaban un largo período de tiempo empleados en el rancho. Jerome también había mandado levantar un comedor común, donde todos recibían generosas raciones de sabrosa y nutritiva comida para que pudieran afrontar el duro trabajo que los aguardaba cada jornada.

Los hijos de Jerome Walter añadieron a la explotación una clínica veterinaria que ahora dirigía Olivia, la esposa de Jacob, y junto a esta se encontraba una vieja casita en la que en esos instantes vivía el ayudante que Olivia había contratado y que antiguamente era la residencia del veterinario.

El rancho La Carreta atravesaba en esos momentos una época de prosperidad, pero no siempre había sido así. Jerome Walter había creado su imperio a base de esfuerzo y trabajo duro, pero cuando falleció en un accidente de tráfico junto a su mujer, su legado quedó en manos de sus cinco hijos, quedando el mayor de sus vástagos, Evan Walter, como principal responsable.

Al contrario que su padre, Evan había despilfarrado su dinero intentando cumplir con cada uno de los caprichos de su esposa Francesca, y, a escondidas de sus hermanos, metió el rancho familiar en más de un aprieto, algo de lo que los demás hermanos Walter se enteraron cuando Evan falleció en una desolada carretera intentando llegar a tiempo para cumplir otro más de los pueriles deseos de su esposa.

Cuando Evan murió, las responsabilidades recayeron sobre el segundo hermano, Jacob. Este intentó ocultar las deudas y el despilfarro de su hermano fallecido en un intento de preservar su memoria y su buen nombre, pero Jacob no pudo soportar la pesada carga y todo acabó saliendo a la luz.

Los demás hermanos Walter conocieron cuán profundo fue el pecado de Evan cuando vieron las cuentas, y entonces cada uno de ellos decidió ayudar a su manera. La de Will consistió en buscar financiación para el rancho escudriñando entre los conocidos de su padre un inversor que pudiera comprar su parte del negocio familiar, única salida que Will vio adecuada en su momento, pero que ahora veía como un trato del que no dejaba de arrepentirse. Y más aún después de haber dejado a Madison en el local de Bodhi.

La compañía de Will en esos instantes, después de haber llegado de su viaje, era una botella de whisky con la que intentaba olvidar todo lo que le había hecho a esa chica mientras se preguntaba si ella lo perdonaría alguna vez cuando descubriera la verdad.

—Por tu aspecto y el de esa botella medio vacía, sospecho que tus tratos en la ciudad no han ido demasiado bien —anunció Jayden, el menor de los Walter, al encontrar a Will en la desolada cocina a altas horas de la noche—. Dime, ¿ese hombre te puso un precio demasiado alto? —quiso saber mientras tomaba un vaso y se servía un trago para hacerle compañía a su hermano.

—Pues sí… Y no te imaginas cuánto —declaró Will, sonriendo cínicamente al recordar que lo que Fitzgerald le había pedido pesaba mucho más que cualquier cantidad de dinero.

—¿Tenemos suficiente para efectuar el pago?

—No sé si seré capaz de darle a Fitzgerald lo que quiere, no obstante, como el estúpido que soy, estoy pagando su precio —declaró Will sin dejar de observar su vaso vacío antes de volver a llenarlo—. Aunque no sé durante cuánto tiempo podré hacerlo —añadió, apretando con fuerza su pecho justo donde se encontraba su dolorido corazón.

—No te preocupes, hermano. Si no puedes recuperar tu parte del rancho que le vendiste a ese hombre, nadie te lo echará en cara. Tú siempre has estado aquí para nosotros y para el rancho y nunca nos has fallado —dijo Jayden, sin ser capaz de imaginar cuánto le pesaban esas palabras a su hermano en un momento en el que su corazón se dividía entre la familia, que siempre lo había apoyado, y la mujer a la que comenzaba a amar.

—Lo que me pesa no es que no pueda recuperarlo, Jayden, sino lo que voy a perder cuando lo haga —declaró Will, terminándose la bebida de un solo trago.

Y mirando su hogar y a su adorada familia, decidió dejar de lado su corazón y olvidarse de la mujer que se estaba haciendo un hueco en lo más profundo de su ser.

—Mi elección ya está hecha: voy a recuperar lo que me pertenece, por mí y por esta familia, dejando atrás todo lo demás —declaró Will tajantemente, confundiendo a su hermano, confusión que aumentó después de que él se sirviese lo que quedaba de la botella y finalizase—: Ahora, para conseguir mi objetivo solamente tengo que olvidarla a ella.

* * *

Pensé que olvidarme de Madison sería fácil, que con mantenerme alejado sería suficiente para no pensar en ella, para que no me tentara

con su sonrisa a dejar de lado la fina línea que su padre había colocado entre nosotros, advirtiéndome de que no cayera en la tentación.

Deduje que Bodhi se había comunicado con Fitzgerald, pues este había dejado de llamarme para preguntarme cómo le iba a su hija, preguntas que yo mismo me hacía también a cada instante, por lo que me veía obligado a contener mis pasos para no acudir a ese local con la intención de verlo con mis propios ojos antes de que Bodhi me echara de malas maneras.

Llevaba una semana sin verla y pensaba que podría seguir mi vida y dejarla atrás, hasta que unos rumores que se referían a la nueva chica que había llegado al local de Bodhi comenzaron a llegar hasta mi rancho, haciendo que yo empezara a preocuparme por ella.

—Es una rubia de bonitos ojos azules y cuerpo de infarto, pero Bodhi no la sube al escenario, la mantiene detrás de la barra y le gruñe a todo aquel que intenta acercarse a ella —comentó uno de los trabajadores del rancho, llamando mi atención sobre esa conversación. Era completamente normal que, en un lugar tan pequeño como era esa comunidad, cualquier rostro nuevo atrajera la atención, sobre todo si trabajaba en un local como el de Bodhi.

—¿Sabéis que Samuel Rocher se ha fijado en ella? —apuntó otro de mis trabajadores, lo que me llevó a acercarme disimuladamente a ellos, puesto que ese hombre era hijo de uno de los dueños de otro rancho, un tipo al que le gustaba jugar con las mujeres mientras presumía de su dinero.

—Entonces estoy seguro de que va a por ella para añadirla a la larga lista de conquistas —dedujo otro, haciendo que todos asintieran.

—Sí, Samuel siempre va tras las chicas nuevas de ese local, las deslumbra con su dinero y su cochazo, las lleva a un caro restaurante, utiliza los más exquisitos modales y luego, cuando se las lleva a la cama, se olvida de ellas —manifestó otro de los hombres, haciendo que yo apretara la cuerda que llevaba entre las manos con demasiada fuerza.

—¿Creéis que esa chica caerá? —inquirió otro de mis empleados, llevándome a negar con la cabeza, totalmente seguro de que Madison no caería ante esa clase de halagos, a los que ya estaba más que acostumbrada.

—Probablemente. Ese Samuel tiene mucha labia con las mujeres, y esa chica tiene un aire de inocencia que, en mi opinión, no la hace apta para trabajar en ese local…, así que pienso que ella podría ser un bocado fácil para ese tipo —concluyó otro, haciéndome dudar.

—Apuesto veinte dólares a que cae a la primera palabra bonita de ese tipo.

—Yo apuesto a que tarda una semana.

—¡Bah! Yo apuesto por dos días…

Cuando esos sujetos comenzaron a apostar sobre cuándo se llevaría Samuel a Madison a la cama, sin mostrar ninguna duda de que ella caería inevitablemente bajo la seducción de ese sujeto, yo me acerqué hasta ellos y carraspeé sonoramente para anunciar mi presencia. Tras hacerme con su atención, les encargué una tarea lo suficientemente dura como para evitar que siguieran hablando de esa mujer y de con quién se iría a la cama.

—Las cercas no están lo suficientemente reforzadas, así que comenzad desde el principio. Menos hablar y más trabajar —gruñí, consiguiendo que huyeran de mí.

Mi cuñada Olivia, que esperaba para examinar mi caballo, al ver mi extraño comportamiento se acercó mientras reflejaba en su rostro que estaba sopesando si examinarme a mí también.

—¿Quieres traerme de una vez a ese caballo o prefieres seguir paseándolo por el terreno y utilizándolo como excusa para espiar a tus trabajadores?

Entonces le llevé mi caballo y, mientras ella lo revisaba, no pude evitar intentar hacerle alguna estúpida pregunta que no tenía nada que ver con el ganado.

—Tú… tú eres mujer… —comencé torpemente, iniciando mi conversación como un auténtico idiota.

—¡Vaya! Te has dado cuenta tú también, ¿eh? —replicó ella con una sonrisa burlona mientras se señalaba a sí misma.

—Y tú… tú…, si no estuvieras casada con mi hermano y fueras una chica soltera, ¿te dejarías tentar por un idiota con dinero si lo hubieras perdido todo?

—Depende —contestó Olivia, sorprendiéndome al no darme la rotunda negativa en la que yo estaba pensando.

—¿De qué? Si solo es un idiota que quiere engañarte para llevarte a su cama y nada más.

—Pues depende de cómo me hubieran tratado los demás hasta que conociera a ese idiota y de cómo me tratase él. Si me diera el cariño que hasta ese momento no había recibido, es perfectamente posible que un idiota pudiera ganarse mi corazón aunque luego me hiciese daño.

—¡Mierda! Aún tengo mucho que hacer… —dije, dispuesto a despejar mi agenda para tener libre esa noche en la que no pensaba mantener las distancias con Madison, ya que no permitiría que nadie le hiciera daño, fuera o no mi responsabilidad cuidar de ella.

—Bueno, tu semental está en perfectas condiciones. Aunque tú no tanto… —dijo Olivia, reprendiéndome con la mirada por las noches que llevaba sin dormir y las copas de más que últimamente me estaba tomando para intentar olvidarme de Madison—. Creo que deberías

hacer algo para solucionar lo que sea que te preocupe, Will.

—Lo haré —dije con una sonrisa, dispuesto a ir a por la mujer a la que nunca podría olvidar, aunque me empeñara en intentar dejarla atrás.

—Una cosa, Will. En mi familia somos mucho de hacer apuestas… ¿Puedo apostar a que eres tú quien se lleva a la chica? —preguntó Olivia con una sonrisa satisfecha asomando a su rostro, haciéndome saber que había oído parte de la conversación de esos hombres y que mi comportamiento, sin duda, me delataba.

—No sé de qué me hablas —contesté con seriedad, calándome el sombrero mientras rehuía esa mirada que en ocasiones parecía saber demasiado.

Ante mi infantil reacción, tan solo recibí lo que me merecía: las carcajadas de una mujer, que me llevaron a rememorar lo idiotas que éramos los Walter cuando nos enamorábamos.

Capítulo 6

Después de que Will dejara a Madison en un negocio que nunca sabría cómo manejar, y al cuidado de un socio bastante gruñón para el que parecía ser más un estorbo que un igual, ella intentó adaptarse a esa nueva vida, que distaba mucho de parecerse a lo que estaba acostumbrada.

Hasta que tuviera el suficiente dinero como para alquilar un lugar donde quedarse y un vehículo con el que llegar hasta allí, se apropió del sofá cama del pequeño despacho que Bodhi tenía en su local.

Se trataba de una habitación con un gran escritorio lleno de papeles donde normalmente Bodhi fruncía el ceño disgustado. No muy lejos de este se levantaba una estantería ocupada por varios libros de cuentas. El mencionado sofá cama, antiguo pero confortable, de un tono marrón algo deslucido, se encontraba debajo de la ventana, y una pequeña mesa auxiliar se situaba delante de él. Desde el sofá se podía ver cómodamente la pequeña televisión que ocupaba el rincón opuesto de la estancia.

El resto del mobiliario que completaba la decoración de ese lugar eran dos pequeñas sillas de aspecto incómodo colocadas frente al escritorio, que hacían saber a todos que a Bodhi no le gustaba recibir visitas en su despacho y, por último, una serie de cajas apiladas en el espacio libre junto a la puerta que daba al baño.

Madison guardaba sus escasas pertenencias dentro de una vieja maleta con candado que Bodhi había sacado de una de esas cajas, y aunque ella solía tardar en despertarse, como solamente tenía que vestirse para estar lista para empezar su jornada, siempre era la primera en llegar al trabajo, recibiendo miradas de disgusto de más de una compañera.

Después de mantener una seria conversación en la que ambos copropietarios del establecimiento pusieron las cartas sobre la mesa, haciendo saber al otro el punto en el que se encontraban. A Bodhi le quedó claro que Madison no se marcharía de allí, ya que no tenía ningún lugar al que ir, y le señaló con contundencia que no permitiría que ella metiera las manos en su negocio, a pesar de que fuera dueña de parte del mismo, pues no tenía ni idea de cómo gestionarlo.

A pesar de que quería volver a ser el único dueño de ese negocio, Bodhi no fastidió a su socia para que se marchara ni le hizo la vida

imposible como habría hecho cualquier otro. Tan solo intentó buscarle un lugar para quedarse, algo realmente complicado al tratarse de una delicada e inocente princesita que, de repente, se había visto arrojada a un sitio adonde las mujeres que llegaban en busca de trabajo solían hacerlo después de haberse topado de cara con la dura realidad, perdiendo toda su inocencia por el camino.

Sin saber qué hacer con Madison, Bodhi la presentó a las demás chicas con la esperanza de que la acogieran junto a ellas al percatarse de lo perdida que estaba. Para su desgracia, Madison se presentó como la dueña de parte de la empresa y comenzó a dar un discurso sobre los cambios que quería introducir para convertir Las Chicas en un negocio fructífero, un discurso que Bodhi cortó de raíz colocándole una fregona en las manos para mandarla a limpiar junto a las demás.

Esa acción de Bodhi, con la que tan solo quería acabar con el incesante parloteo de esa chica, hizo que ninguna de sus empleadas confiara en las palabras de Madison. En lugar de creer que ella era copropietaria del lugar, pensaron que Madison era una más de las mujeres que Bodhi acogía bajo su ala para protegerla, una con demasiados pajaritos en la cabeza y excesivos aires de grandeza que ellas estaban más que dispuestas a ignorar. Aunque no siempre lo conseguían…

—¿Creéis que ese hombre se habrá olvidado de mí? —preguntó Madison una vez más a su arisca compañera, que la observaba como si fuera un bicho raro cuyo lugar estaba lejos de allí, por lo que Madison, ya acostumbrada a ese tipo de miradas que no la aceptaban, prosiguió con su argumentación sin hacer caso de los desplantes que recibía, tratando de hallar una explicación al extraño hecho de que el hombre que con anterioridad había cuidado de ella con tanto empeño ahora simplemente la ignorara.

Madison no pretendía recibir ningún consejo de su compañera, sino solamente desahogarse al tiempo que reflexionaba en voz alta sobre los problemas que últimamente se iban amontonando en su vida.

—Hace una semana que no veo a Will y no sé si es porque no quiere verme o porque es un hombre que no acude a este tipo de locales —manifestó, preguntándose si ese hombre no la habría abandonado como habían hecho todos los demás desde que perdió su dinero.

—Obviamente, ese tipo no aparece porque no te aguanta, ni a ti ni a tus interminables monólogos —contestó una llamativa morena de ojos verdes llamada Nina, a la que Madison llevaba toda la tarde incordiando con sus asuntos mientras la ayudaba a limpiar el local. Seguramente Nina intentaba deprimirla con su cortante respuesta o, tal vez, acabar con esa conversación, pero Madison no permitió que

ocurriera.

—No. No creo que sea por eso. Will aguantó bastante bien el relato de todos mis problemas durante el largo viaje en su camioneta hasta aquí…, aunque es cierto que él no podía huir de mí estando al volante y a veces subía en exceso el volumen de la radio… —finalizó Madison pensativa.

—Ojalá yo también pudiera subir el volumen de la radio para no tener que oírte… —se quejó Nina una vez más, algo que Madison ignoró para seguir con su discurso.

—¡Humm! Es posible que, si me acercase al pueblo, pudiera volver a encontrarme con él, pero hasta que me traigan mi coche no tengo ningún vehículo con el que desplazarme —dijo dedicándole una mirada lastimera a su compañera para que se apiadara de ella y la llevara en su viejo coche. Sin embargo, estaba claro que Madison había elegido a la mujer equivocada, ya que Nina se limitó a fulminarla con la mirada antes de seguir con su trabajo.

—No te aconsejo que vayas al pueblo con ninguna de nosotras porque, seguramente, te meterán en el mismo saco que al resto y te tratarán bastante mal —intervino Marla, una chica de dulces ojos azules y bonita melena castaña que preparaba las mesas para la apertura del local.

—¿Y eso por qué, si todas sois encantadoras, excepto Nina cuando le da por morder? —repuso Madison con una sonrisa, recibiendo una nueva mirada de esa furiosa morena que se la tenía jurada.

—Porque, para las mujeres de ese lugar, nosotras somos el mismísimo diablo que solo sabe tentar a sus maridos —contestó Tina, una pelirroja de hermosos ojos verdes que dejó de limpiar la barra para ponerse una fría cerveza.

—Exacto. Y para los hombres somos ese oscuro secreto que quieren ocultar —añadió Anna, una chica rubia de ojos marrones que no dudó en arrebatarle a Tina su cerveza para terminársela.

—Entonces, cuando se enteren de que soy una de las dueñas de este local, ¿qué seré yo para los habitantes del pueblo? —preguntó Madison, algo preocupada porque aumentaran sus problemas mientras las chicas, poniendo los ojos en blanco, no se creían que ella fuera propietaria del local de estriptis, sino una muchacha bastante extrovertida, pero tan perdida y con tantos problemas como las demás.

—Es más que evidente que, para todo aquel que te conozca, eres… —comenzó a decir Nina, que fue interrumpida por Madison.

—¿El qué? ¿Una chica encantadora, simpática, amistosa…? —propuso con una sonrisa que no desapareció de sus labios, a pesar de que Nina finalizara abruptamente su respuesta.

—Un auténtico incordio.

—Ya sé que esas palabras son de cariño, así que yo también te quiero, Nina —anunció Madison alegremente. Y mientras Nina le dedicaba un grosero gesto con su dedo corazón, ella le lanzó un beso, poniendo fin a esa disputa.

—Si nos dices lo que sabes de ese sujeto, es posible que lo conozcamos y podamos decirte qué tipo de hombre es y si vale la pena ir a buscarlo al pueblo —sugirió Tina.

—Se llama Will y trabaja en un rancho de las proximidades —contestó Madison, haciendo que Tina se atragantara con su cerveza.

—¿Es rubio y tiene unos bonitos ojos azules? —intervino Anna mientras trataba de ayudar a su amiga a recuperarse del mal trago dándole unas palmaditas en la espalda, ya que todas sospechaban quién era el hombre que Madison buscaba.

—Sí, y creo recordar que me dijo que trabajaba llevando las cuentas de ese rancho, y que no ganaba demasiado.

—¿Te dijo cómo se apellidaba? —preguntó Marla, temiéndose lo peor.

—Sí: Walter. Se llama Will Walter. ¿Por qué? —preguntó Madison inocentemente.

Ante esa respuesta, las mujeres se miraron entre ellas sin saber cómo comunicarle que había sido engañada por ese hombre. A espaldas de Madison, Nina lució una perversa sonrisa en el rostro y pidió silencio a las demás con un gesto.

Todas decidieron callar, ya que no sabían cómo contarle a esa inocente chica la verdad sin dañar ese ingenuo corazón que ellas también tuvieron en su día hasta que un hombre se lo rompió.

—Los Walter tienen fama de ser unos hombres muy duros que juzgan precipitadamente a las mujeres —declaró Tina dulcemente, intentando hacerla desistir de volver a encontrarse con ese mentiroso.

—Sí. Según se rumorea en el pueblo, uno de los hermanos tuvo una horrible experiencia con una mujer bastante caprichosa y mimada, y desde entonces todos ellos se alejan de ese tipo de mujeres como de la peste —apuntó Anna, tratando de desalentar a Madison de buscar a ese hombre.

—Pues a mí me trató muy bien, la verdad.

—Eso seguramente se debía a que quería algo de ti —declaró Marla.

—No lo creo. Will me dijo que estaba cumpliendo con la promesa de ayudarme que le había hecho a mi padre y por eso me trajo hasta aquí.

—Cielo, traerte hasta aquí no es ninguna ayuda —señaló Marla, sintiendo lástima de Madison por la forma en la que ese hombre la había engañado.

—Sí lo fue, Marla: este era el último negocio que le quedaba a mi padre después de que le hubieran embargado su mansión, sus coches y sus multimillonarias empresas. Me lo dejó a mí para que pudiera salir adelante —dijo Madison, provocando que las chicas negaran con la cabeza, creyendo que volvía a escudarse en mentiras para evadirse de la realidad.

—Princesita, una lección que deberías aprender ya es que muy pocas personas auxilian a otras desinteresadamente, así que antes de elevar a ese hombre a la categoría de dios, pregúntate qué gana él ayudándote —saltó Nina altivamente.

—No creo que Will haya ganado nada al traerme a este lugar.

—Pero eso no lo sabes, ¿verdad? Ya que, según tú, ese tipo está cumpliendo con una promesa que le hizo a tu padre, pero… ¿te aclaró qué clase de promesa le hizo exactamente? —preguntó Nina, aumentando las dudas de Madison—. No, ¿verdad? Entonces no dudes de que ese tipo está ganando algo y, evidentemente, el precio es tan elevado que no te lo puede decir.

—No todo puede comprarse con dinero —dijo Madison, recordando que la amistad y el amor no valían nada si tenían un precio y Will era una persona que le había ofrecido su ayuda sin pedirle nada a cambio.

—Pero eso es algo que no todos saben —le recordó Nina, haciéndola dudar un poco más, ya que, después de perder su dinero, esa era una lección que estaba aprendiendo a marchas forzadas y por las malas.

Y esa seguridad que Madison tenía sobre el hombre que la había ayudado desde el principio comenzó a tambalearse cuando, por unos instantes, se preguntó si Will también tenía un precio.

* * *

Esa noche, como todas las anteriores, Bodhi me ordenó atender a los clientes en la barra y no salir de detrás de ella por nada del mundo. Él decía que mi aspecto inocente atraería demasiado a los lobos y que no tenía suficientes manos para espantarlos a todos.

Desde mi retirado rincón, ataviada con unos ceñidos vaqueros y una llamativa camiseta con el grosero logo del local en el pecho, contemplaba la escena de un hombre que despilfarraba su dinero mientras sus amigos presumían de él abiertamente, alabando su ego.

No me gustó la forma de comportarse de esos hombres, que parecían buscar reírse de los demás haciendo ostentación de su dinero, sobre todo de las chicas que trabajaban allí. Y el que me pareció el peor de todos era un tipo callado que gastaba sus billetes sin reprender a sus amigos.

Ese hombre, poniendo cara de niño bueno, intentaba aparentar la perfección, cuando en verdad a mí me parecía el más mentiroso de todos. Sin poder evitarlo, recordé al engañoso sujeto que estuvo a punto de ser mi prometido y le dediqué una sonrisa cínica a ese sujeto cuando me di cuenta, a través de la conversación que estaban manteniendo sus amigos, de lo falsos que eran tanto él como su supuesto esplendor.

Seguramente, cualquier persona que no hubiera vivido la mayor parte de su vida rodeada de lujo y ostentación no habría percibido determinados detalles que dejaban a ese hombre como un mentiroso. Por ejemplo, sus ropas eran de una buena marca, pero nada exclusivas, y no valían el dinero que ese tipo anunciaba haber gastado en ellas. O su reloj, que no era más que una imitación bastante lograda que podía engañar a ojos más inexpertos, pero nunca a alguien como yo.

Resultaba más que evidente para mí que ese tipo, del que sus amigos aseguraban que dirigía un imperio, en realidad no manejaba ni la décima parte del dinero que en su día tuve yo en mi tarjeta de crédito.

—¿Por qué le sonríes a ese idiota? —me preguntó Nina molesta, cuando llegó hasta la barra con su bandeja en busca de unas nuevas bebidas, confundiendo mi mofa burlona con interés hacia una persona en la que nunca me fijaría.

—Porque todo en ese hombre es falso —contesté, haciendo que esa chica me mirara sin desagrado por primera vez.

—¡Vaya! Si al final no vas a ser tan idiota como aparentas.

—¡Oh, gracias, Nina! Al final tú no vas a ser tan arisca como todos dicen —repliqué burlona, devolviéndole su forma de tratarme.

—No me puedo creer que seas tú la única que ha visto de verdad a ese tipo. Todas las demás se dejan deslumbrar por su dinero. De hecho, creo que Tina, a pesar de mis consejos, está saliendo con él.

—¿Qué dinero? —pregunté mientras señalaba a ese hombre—. Ese reloj que lleva es de imitación, y la ropa que viste no cuesta ni la mitad de lo que presume haberse gastado.

—¿Ah, sí? ¿Y tú cómo estás tan segura de eso?

—Porque antes de perderlo todo, el dinero del que presume ese tipo para mí solo era simple calderilla —respondí con un suspiro, recibiendo una vez más la incredulidad como respuesta a mis afirmaciones de que una vez yo fui una niña rica.

—Ahora entiendo por qué tú no te dejas deslumbrar por ese tipo: tus aires de grandeza son mayores que los suyos.

—No es eso, Nina. Es que yo, con dinero o sin él, siempre seré un producto de primera calidad. Él no —dije a la vez que señalaba a un individuo que me recordaba demasiado a las falsas amistades que me

habían rodeado en mi pasado y que ahora pretendía dejar atrás.

—Sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo contigo —coincidió Nina—. Ese hombre solo es basura: deslumbra a las chicas con sus billetes, se muestra amable con alguna elegida, la lleva a un caro restaurante de la ciudad, donde ella se siente inferior y perdida, y la seduce con sus exquisitos modales y su educación. Sin saberlo, ella se acaba convirtiendo en una presa fácil para ese hombre supuestamente elegante y sofisticado que le brinda su atención a una donnadie, y cuando él ha obtenido lo que quería, cuando se ha acostado con esa idiota que solo buscaba un príncipe entre tanto cerdo, él rompe todas las promesas que había hecho y la ignora, haciéndola llorar. Si ese hombre llega a mostrarte los modales de un príncipe es solo porque quiere algo de ti, así que estate alerta, porque ese imbécil siempre va a por las nuevas —declaró Nina, dejando entrever en sus palabras un atisbo de resentimiento y dolor, causado precisamente por ese hombre.

—¿Me estás advirtiendo del peligro? ¡Qué bien! Entonces ya puedo decir que somos amigas, ¿no? —dije con un tono jovial que la fastidiaba mientras me llevaba teatralmente una mano al corazón.

—No, solo es que no quiero ver a más chicas llorando por ese tipo, ni siquiera aunque esa chica seas tú. Él y sus amigos son de lo peor —manifestó Nina poco antes de que esos hombres comenzaran a montar un escándalo, dándole la razón.

—Iré en busca de uno de los hombres de seguridad. ¡Maldito día en el que Bodhi ha tenido que irse a revisar los contratos con los proveedores de bebidas! Si él estuviera aquí, estoy segura de que no ocurriría nada de esto —se quejó Nina al ver cómo esos sujetos, sin atender a la incomodidad de la chica que hacía su espectáculo encima del escenario, intentaban tocarla.

—No te preocupes. Como dueña de parte de este local, me haré responsable de esta complicada situación.

—¿En serio? ¿Y cómo piensas hacerlo? —preguntó Nina, alzando una irónica ceja hacia mí.

—Dialogaré con ellos —respondí.

Y tras escuchar las groseras palabras que esos agitadores dedicaban a todas las mujeres del local, tanto Nina como yo descartamos el diálogo como solución.

—Bueno, no te preocupes: ya improvisaré —dije cogiendo el escobón, la única arma que pude agenciarme para defender a esas chicas que eran mi responsabilidad, ya que, lo quisiera o no, yo era una de las dueñas de ese establecimiento.

Nina se marchó alarmada en busca del hombre de seguridad que se encontraba en la puerta, y aceleró su paso cuando me vio enfilar directamente hacia el problema con mi escobón. Pero es que a lo largo

de los días había aprendido que, aunque ignorara mis problemas, estos siempre seguirían ahí, así que en esos momentos decidí que lo mejor era afrontarlos cara a cara dando lo mejor de mí. O lo peor, según se mirase…

* * *

—Madison me necesita. Estoy seguro de que debe de encontrarse perdida… A fin de cuentas, es una chica indefensa que no está acostumbrada a esta clase de ambientes sórdidos y probablemente estará escondida en algún rincón, alejada de todos los peligros. Ella es una princesita mimada, una chica que no sabe desenvolverse en este lugar. ¡No sé en qué demonios estaba yo pensando al dejarla aquí! Y encima, ahora ese imbécil de Samuel Rocher la ha señalado como uno de sus próximos objetivos para llevársela a la cama, según he oído, ¡y eso es algo que no voy a permitir!

—Claro que no, por eso piensas seducirla tú primero —manifestó Jayden, intentando que su hermano confesara por qué estaban esa noche en el local de Bodhi.

—¿Qué? No…, aquí nadie va a seducir a Madison.

—Pues por los rumores que he oído en el rancho, no sé yo qué decirte —declaró Jayden, ganándose un fuerte gruñido de Will.

—Esta noche he venido a asegurarme de que ella está a salvo, como le prometí a su padre. Sé que debería haber venido antes, pero, afortunadamente, Bodhi es bastante sobreprotector con las mujeres que trabajan en su bar, por lo que estoy seguro de que no le permite salir de detrás de la barra.

—¿Podrías describirme a la chica que estamos buscando? —preguntó Jayden a su hermano, un hombre al que veía un poco perdido después de haber regresado de su viaje trayendo consigo algo más que un acuerdo para recuperar sus tierras.

—Es alta, rubia, de bonitos ojos azules, rostro angelical, hermosa sonrisa y un cuerpo que incita al pecado, todo ello aderezado con un aire de inocencia que tentaría al mismísimo diablo y, admitámoslo, ninguno de estos hombres es un santo. Así que me alegro de que se encuentre lejos de ellos. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque una chica rubia de esas características se está encaminando hacia el centro de la trifulca que se está desarrollando junto al escenario armada con un escobón.

—No…, no puede ser ella, no puede ser tan inconsciente como para… —comenzó a negar Will, para luego, después de rememorar las alocadas acciones de las que esa chica era capaz, dirigir su mirada hacia la mujer que su hermano le indicaba—. ¡Mierda! ¡Es ella!

—¿Estás seguro de que no sabe desenvolverse en este tipo de

ambientes? —preguntó Jayden, observando complacido cómo su imperturbable hermano se alteraba mientras esa mujer, para sorpresa de todo el mundo, golpeaba la mano de uno de los alborotadores después de que intentase volver a tocar a una de las bailarinas.

—Por supuesto. Madison está acostumbrada a asistir a clubes sociales de renombre y a lujosas fiestas. No es una mujer que dé una voz más alta que otra ni mucho menos, alguien que busque pelea.

—Pues parece que sí… —declaró Jayden con una sonrisa burlona, intentando frenar los acelerados pasos de su hermano, que pretendía ofrecer una ayuda que tal vez no fuera necesaria.

—¡¿Es que no ha leído las normas antes de entrar en este lugar?! ¡No se toca ni a las bailarinas ni a las camareras! —gritó la rubia, mostrando a Jayden que, al contrario de lo que afirmaba Will, esta sí podía alzar la voz.

—¿Y se puede saber quién eres tú para decirme lo que puedo o no hacer? —inquirió uno de los ebrios sujetos que había comenzado esa trifulca, para el cual un golpe de escoba en su mano era insuficiente para hacerle aprender la lección sobre cómo debía comportarse.

—Soy la dueña del cuarenta y cinco por ciento de este negocio, y mientras Bodhi no esté presente, yo soy responsable de lo que ocurra aquí… ¡Y como no me gusta lo que está ocurriendo en mi bar, me siento tentada de ejercer mi derecho de admisión y ponerlo de patitas en la calle e impedirle la entrada en el futuro!

—¿Eh? ¿Desde cuándo tiene Bodhi una socia? —preguntó ese tipo, riéndose de las amenazas de Madison.

—Desde que yo llegué —respondió valientemente ella, sin dejar de hacerle frente.

—¿Estás segura de que no eres otra clase de socia, cielo? —preguntó burlonamente uno de los amigos de ese tipejo mientras recorría lascivamente a Madison con la mirada.

Sus palabras consiguieron que Will, que hasta ese instante contemplaba atónito la escena de Madison con el escobón, diera un paso adelante dispuesto a acabar con esos individuos. Y más aún cuando el más despreciable de ellos añadió, burlándose de Madison:

—Entonces, como tú no eres ni una bailarina ni una camarera, a ti sí puedo tocarte, ¿verdad?

Esas palabras llevaron a que Will comenzara a crujirse los nudillos. Y mientras se dirigía con decisión hacia ese tipo para darle una lección, Madison, ante el asombro de todos los presentes, sujetó el cepillo del escobón con las piernas, lo desenrolló hábilmente y se quedó con el palo.

A continuación, lanzó el cepillo al aire y lo interceptó de una veloz patada haciendo que golpeara en la cabeza a ese baboso, que no

dejaba de mirarla con lascivia, y lo dejara inconsciente. Después, Madison realizó un complicado giro con el palo de la escoba hasta acabar en una posición defensiva que aseguraba que sabía manejarlo y le dedicó un gesto burlón al otro individuo para que se acercara a la vez que le decía con una sonrisa:

—Eres bienvenido a intentarlo.

El tipo no dio muestras de querer desistir de su intención de tocar a Madison a pesar de llevar las de perder. Dio un paso adelante mientras ella lo esperaba en una rígida postura de algún tipo de arte marcial, recibiendo de paso los vítores del resto del público, que no quería perderse una buena pelea.

Pero cuando el hombre más tranquilo de ese trío, el que pagaba las copas, observó que, además de recibir la paliza de una chica, su amigo también acabaría encajando algún que otro puñetazo de un rudo vaquero que lo estaba despedazando con la mirada, puso la mano sobre el hombro del agitador, dispuesto a pararlo.

—Vamos, Jerry. Creo que hoy te has pasado con las copas. Será mejor que nos vayamos y no asustemos más a las chicas.

—Te has librado de esta, pero la próxima vez que venga te vas a enterar —amenazó el tal Jerry, tratando de intimidar a Madison.

Sin embargo, con sus palabras lo único que consiguió fue que ella sacara su móvil del bolsillo trasero del pantalón y les hiciera varias fotos antes de anunciar:

—Para tu desgracia, eso no ocurrirá, porque, como dueña de este establecimiento, os prohíbo la entrada. Y ahora, largaos y llevaos con vosotros la basura para que el espectáculo pueda continuar —ordenó ante los vítores de los demás hombres, que querían seguir disfrutando de la noche.

El más sensato de esos tipos, al contrario que sus compañeros, parecía saber cuándo debía retirarse. Detuvo a su amigo y los dos juntos se llevaron al sujeto inconsciente que Madison había señalado como basura.

Cuando el portero de Bodhi llegó hasta Madison unos segundos después en compañía de Nina, ambos se quedaron asombrados después de haber sido testigos de cómo había espantado a esos hombres con un simple escobón.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el guardia de seguridad, asombrado por lo que había hecho esa chica de aspecto inocente e inofensivo.

—Solo era yo haciendo uso por fin de las caras lecciones de artes marciales mixtas a las que mi adinerado padre me obligó a ir durante años para mi defensa personal.

—Si te cansas de la barra, te hago sitio junto a la puerta de entrada —declaró ese hombre con admiración antes de regresar a su

puesto.

—Hermano, ¿estás seguro de que esa es la chica indefensa que buscabas? Porque dudo mucho que necesite tu ayuda, o la de cualquiera… —comentó Jayden a Will.

Este, tras ver cómo temblaban las manos de Madison, temblor que intentaba disimular apretando con fuerza la escoba, supo que esa mujer tan solo estaba intentando adaptarse a su nueva vida mientras ocultaba lo que sentía de verdad. Y recordando lo que era estar alejado de ella, el miedo que había sentido al verla en peligro y la intranquilidad que embargaba su corazón al verla alejarse nuevamente de él, Will anunció a su hermano, admitiendo finalmente la verdad que había intentado negar desde que regresó a su hogar:

—Tal vez sea yo el que la necesite a ella.

* * *

Las manos de Madison todavía temblaban por el subidón de adrenalina tras el desagradable encuentro que había mantenido con un par de borrachos que estaban molestando a las chicas. Mientras volvía a su lugar detrás de la barra, las chicas le agradecieron su ayuda con una sonrisa, pero Bodhi, que acababa de llegar y enterarse de lo que había sucedido, se limitó a reprenderla con una mirada ceñuda seguida de una orden tajante para que no volviera a moverse de detrás de la barra en toda la noche después de percatarse del temblor que Madison trataba de ocultar.

Ella ocupó su puesto encantada, deseando que no hubiera ningún problema más, pero, por lo visto, esa noche los problemas parecían buscarla, pues un vaquero al que no había visto durante toda una semana, que la había dejado en ese lugar desconocido asegurando que la cuidaría para luego ignorarla por completo, estaba acercándose para hablar con ella. Una conversación que Madison no sabía si en esos momentos quería mantener con un hombre que en unas ocasiones parecía sincero y en otras no.

—Hola, Madison.

—Hola, vaquero. ¿Qué te pongo?

—Verás, no quiero ninguna copa. Tan solo hablar contigo y disculparme por no venir antes a ver cómo estabas… —dijo Will mientras movía nerviosamente el sombrero que tenía entre sus manos, sin saber cómo continuar esa conversación.

—Lo siento, pero todo tiene un precio, vaquero. Y una conversación conmigo vale unas cuantas copas —repuso Madison, exhibiendo una atrevida sonrisa que lo desafiaba a aceptar el reto que ella ponía sobre la mesa.

—De acuerdo. Si así es como quieres jugar, juguemos —aceptó

Will tras dejar el sombrero en la barra.

—Perfecto, ¿has venido con alguien que pueda llevarte?

—Sí, con mi hermano —respondió Will, señalando a Jayden, que los observaba desde una apartada mesa con una sonrisa y una cerveza sin alcohol.

—Muy bien. En ese caso, demos comienzo a nuestra charla —convino Madison mientras, vengativamente, sacaba una botella de un fuerte tequila y llenaba un vaso de chupito, exigiéndole que se lo tomara de un trago antes de empezar ese diálogo.

—Quiero que comprendas que no he venido antes porque…

—Porque no te ha dado la gana —lo interrumpió ella, llenando de nuevo el vaso.

—No. Lo cierto es que he estado muy ocupado con mi trabajo y…

—¿Te das cuenta de que, a pesar de que me aseguraste que estarías junto a mí cuando te necesitara para brindarme tu ayuda, no te has molestado en aparecer en ningún momento para averiguar si la necesitaba desde que me dejaste tirada en este lugar? —cortó Madison, señalándole el vaso y animándolo a vaciarlo antes de volver a rellenárselo.

—Yo sabía que estarías bien —manifestó Will, golpeando la barra con decisión con un vaso vacío que ella no dudó en volver a llenar.

—¿Cómo no lo ibas a saber, si me llamabas todos los días para preguntar cómo me encontraba? —dijo Madison, para luego añadir con ironía—: ¡Ah, no! Resulta que ni siquiera me pediste mi número de teléfono…, aunque estoy segura de que Bodhi habrá tomado nota de todos los mensajes que me has dejado. ¿Le preguntamos?

—Madison, yo nada más tenía que traerte aquí y vigilarte de vez en cuando —comenzó a revelar Will, animado por el licor que se estaba tomando como precio de esa conversación, y trató de disculparse con esa chica que empezaba a importarle. Para su desgracia, olvidó que, sin poner la verdad sobre la mesa, esa disculpa carecía de valor y esa charla no llegaría a nada.

—¿Cuál es tu precio, Will? —preguntó Madison, expresando en voz alta las dudas que llevaban rondando por su cabeza desde que había hablado con las chicas del bar—. ¿Qué es lo que ganas tú cuidándome? —insistió, haciendo que Will la mirara espantado. Para tratar de evitar ofrecer una respuesta, se tomó un nuevo chupito de un trago—. Me va a doler cuando lo descubra, ¿verdad? —volvió a preguntar Madison a la vez que le servía un nuevo vaso que Will se apresuró a vaciar—. Pues entonces prefiero que sigas manteniendo las distancias como has hecho hasta ahora.

—Yo no tengo ningún precio —respondió él acercándose peligrosamente a esa mujer, que se limitó a poner una nueva copa sobre la barra.

—Pues yo sí —replicó Madison, sabiendo que Will no tardaría en dar un paso atrás para volver a juzgarla, creyendo que ella únicamente medía a los demás por su dinero. Al parecer, ese hombre que había compartido tanto tiempo con ella durante su largo viaje aún no la conocía. Y por cómo se estaba comportando, parecía que tampoco tenía interés por hacerlo más allá de lo mínimo imprescindible para cumplir con la orden de cuidarla que le había dado su padre—. Mi precio es una amistad o un amor verdaderos, si no, no los quiero.

—Un precio muy alto —opinó Will, tomándose un nuevo trago tras el que sonrió irónicamente a esa mujer que no sabía lo que le estaba pidiendo, ya que en el momento en que él desvelara todas las mentiras que lo rodeaban, podía perderlo todo.

—Sí, pero el producto que obtienes al pagarlo es de primera calidad —contestó Madison después de servirle otra vez, señalándose a sí misma—. ¡Qué pena que tú no tengas lo que hace falta para pagarlo! —anunció finalmente.

Y arrebatándole el vaso a Will, en esa ocasión fue ella quien se lo acabó de un solo trago antes de poner el vaso de chupito vacío boca abajo sobre la barra, dando por finalizada esa conversación, en la que no quería oír más excusas ni mentiras, tan solo la verdad oculta detrás de los numerosos secretos que Madison sentía que ese hombre le guardaba.

—Hasta que decidas pagar mi precio, no aparezcas por este local. Si en algún momento quieres saber cómo estoy, pregúntale a Bodhi.

—Si necesitas algo de mí… —ofreció Will con un último gesto, esperanzado con volver a ganarse el favor de esa chica.

—¡Por supuesto que necesito algo de ti, Will…! —declaró Madison, dándole esperanzas a ese hombre con su sonrisa—: Que me pagues la cuenta… —finalizó la chica tras dejarle el tíquet en su mano y marcharse para atender el nuevo pedido que le traía una de las camareras.

—¿Qué tal? ¿Has conseguido algo con esa charla? —preguntó Jayden a Will tras verlo acercarse tambaleante a su mesa—. Además de una buena borrachera, claro… —añadió burlonamente, apresurándose a coger a su hermano antes de que acabara en el suelo.

—Esto —respondió Will entre gruñidos, mostrándole una abultada factura ante la que Jayden no pudo evitar silbar—. ¡Y ni siquiera he conseguido su puñetero número de teléfono! Pero esto no va a quedar así.

Y para sorpresa de Jayden, tras pagar la cuenta, Will se dirigió con paso decidido, no hacia la mujer que había detrás de la barra, sino hacia el intimidante dueño de ese bar, que vigilaba de cerca a las chicas para que ningún alborotador volviera a formar un escándalo.

Quién podría haber imaginado que el escándalo en esta ocasión lo protagonizaría uno de los rectos Walter cuando, plantándose ante el rudo propietario del bar, Will anunció a pleno pulmón:

—¡Quiero tu número de teléfono para poder llamarte a cualquier hora del día o de la noche!

El silencio se abrió paso en el bar como una ola. A muchos boquiabiertos vaqueros se les derramó la copa, y la chica que estaba haciendo malabares en la barra se cayó al suelo cuando oyó esas palabras.

Bodhi miró a Will bastante molesto a causa del malentendido que las palabras de ese hombre habían creado. Y también se sentía molesto porque sabía que con sus llamadas Will no pretendía incordiarlo a él, sino a una chica a la que no iba a permitirle que le hiciera más daño, así que, tras hacer una señal a los chicos de seguridad, ese hombre recibió la respuesta que merecía por parte de los dos dueños de ese local y acabó arrojado a la calle por dos bruscos porteros que le dejaron claro que la fiesta se había terminado para él.

Capítulo 7

Decidida a alejarme de los hombres por un tiempo y de las complicaciones que estos podían traer a mi vida, después de recibir mi primer sueldo convencí a las chicas para que me llevaran al pueblo más cercano. Quería comprar algunas cosas que necesitaba e intentar descubrir cómo aumentar la publicidad de nuestro local y, por tanto, nuestros ingresos.

La localidad más cercana era un pequeño lugar de lo más pintoresco con apenas tres calles. Las anticuadas casas de madera que veía mientras caminaba albergaban negocios familiares que se centraban fundamentalmente en aparejos para la agricultura y el cuidado del ganado. También había tiendas que vendían antigüedades del viejo Oeste, minúsculas *boutiques* de ropa con el monotema del Oeste y pequeños cafés y restaurantes de ambiente rústico.

Al ver tan pocas opciones ante mí, pregunté por el local más animado de ese lugar y las chicas me señalaron con algo de reticencia un gran y antiguo salón de baile que abría los fines de semana, enclavado junto a un viejo café restaurante con el mismo nombre que en esos momentos se encontraba abierto y decidí visitar.

En el instante en el que entré en Donnie’s me sentí fascinada. Las paredes estaban recubiertas por un revestimiento de maderas nobles, así como los suelos del local. Los altos techos dejaban a la vista enormes vigas entre las que colgaban voluminosos ventiladores y pequeños focos que iluminaban el cálido ambiente.

Debajo de los grandes ventanales del establecimiento había grandes mesas rectangulares rodeadas por amplios sillones rojos, mientras que por el resto del establecimiento se extendían numerosas mesas redondas con manteles de cuadros rojos y blancos y sillas blancas. En todas ellas había centros de mesas con diminutos cactus y, por supuesto, una carta con el menú.

La barra del bar estaba junto a la entrada, era de madera labrada con intrincados diseños antiguos y se acompañaba por unos rústicos taburetes. Estos estaban en esos momentos ocupados por clientes habituales que normalmente hablaban sobre rodeos o asuntos relacionados con el cuidado del ganado, no obstante, guardaron silencio en cuanto entramos por la puerta.

Ese bar también disponía de una clásica máquina de discos que nadie parecía usar y unos interesantes ornamentos que colgaban de

sus paredes, como herraduras, sombreros de vaquero y viejas fotografías que rememoraban momentos del pasado de ese recóndito lugar.

Donnie’s parecía un sitio entrañable salvo por un pequeño detalle: las hostiles miradas de todos los parroquianos que se centraban en nosotras.

Por lo visto, las chicas tenían razón al no querer aparecer por allí, ya que las personas de ese pueblo creían que las mujeres que trabajaban en el local de Bodhi valían mucho menos que ellos, algo que estuve más que dispuesta a desmentir.

Esas mujeres, que siempre se mostraban descaradas y seguras de sí mismas en el local de Bodhi a pesar de las soeces insinuaciones que oían, en ese momento agacharon la cabeza cuando comencé a adentrarme en la concurrida cafetería.

Parecían avergonzadas y se resistían a ocupar una mesa en ese local. Averigüé el motivo cuando me dirigí hacia la barra para preguntar por una mesa libre y se hizo un silencio sepulcral en el establecimiento que solo quedó roto por un idiota que intentó presumir de su dinero y, obviamente, no se le ocurrió otra maravillosa idea para hacerlo que intentar avergonzar a mis empleadas, algo que yo no pensaba permitir.

—¡Pero qué tenemos aquí! ¡Mirad! ¡Si han venido a desayunar las chicas de Bodhi! Anna, ya que estás aquí, ¿por qué no me haces un bailecito? —exclamó un rudo hombre al tiempo que mostraba un billete de cincuenta dólares con el que pensaba avergonzar a esa chica.

Sus palabras provocaron que ella agachara la cabeza humillada mientras daba un paso atrás y que Nina diera uno hacia adelante, cerrando los puños.

—No os preocupéis, yo me encargo. Después de todo, vosotras sois mi responsabilidad —dije deteniendo los pasos de Nina mientras todas negaban con la cabeza, resistiéndose a creer todavía que yo fuera su jefa.

—Aquí no tienes tu escobón —me susurró Nina, sin decidirse a dejarme marchar.

—No es necesario, las palabras pueden hacer más daño que un escobón. Sobre todo si llevan implícita la verdad —anuncié. Y antes de que las chicas pudieran impedírmelo, me dirigí hacia ese individuo con una sonrisa en los labios, y sin amilanarme por las miradas que me dedicaban algunos de los presentes, me coloqué frente a él y le arrebaté el billete de cincuenta dólares del que presumía.

—Tú eres la nueva empleada del local de Bodhi —comentó ese tipo, recorriéndome de arriba abajo con su ávida mirada y una despreciable sonrisa.

—No, yo soy la socia de Bodhi y dueña de parte de ese local —revelé mientras recorría a ese tipejo con la misma mirada con la que él pretendía intimidarme, haciéndole saber que nada de lo que estaba viendo valía la pena. Finalmente, ante mi grosero gesto, fue él quien dio un paso atrás mientras yo no me amilanaba en absoluto—. Me gustaría preguntarle una cosa, señor…

—Barnes, pero tú puedes llamarme Jeray, querida.

—Muy bien, señor Barnes, ¿a qué se dedica usted?

—Soy mecánico.

—Estupendo. En ese caso, ¿estaría usted dispuesto a reparar una avería de mi coche aquí mismo, en medio de este establecimiento, en su hora del desayuno? —le pregunté estúpidamente, ganándome las risas de ese hombre ante mis palabras.

—Eso es ridículo, muñeca —declaró Jeray, aumentando sus carcajadas hasta que yo le tiré el billete a la cara, captando su atención.

—Entonces, si le parece ridículo dedicarse a realizar su trabajo aquí y ahora, ¿por qué no se lo parece también su petición hacia mi empleada para que le dedique un baile exótico fuera de su lugar y horario de trabajo? Por otro lado, si quiere medir a las personas por el dinero que ganan sin pararse a conocerlas, ¿por qué no piensa que el dinero que gana usted en un día completo de trabajo lo gana Anna en un par de horas sobre la barra, lo cual significa que los movimientos que ella realiza sobre el escenario tienen mayor valor que los que usted pueda realizar debajo de un coche, y no menos? Vuelva a dirigirse a mi empleada cuando tenga algo inteligente que decir, y con respeto. Mientras tanto, haga el favor de cerrar la boca para no amargarnos el desayuno.

—¡¿Quién te crees que eres para tratarme así?! —exclamó ese energúmeno, cogiendo mi muñeca sin saber lo que podía ocurrirle como siguiera por ese camino.

—¡Jeray! ¡No quiero peleas en mi bar! —intervino el dueño de la cafetería, llamándole la atención a ese maleducado, consiguiendo que me soltara y se marchara del establecimiento. Entonces, cuando yo me dirigía hacia el propietario del lugar para darle las gracias, me vi obligada a cambiar de opinión tras oír sus palabras—: ¡En este local no queremos vuestro sucio dinero! ¡Ni el tuyo, ni el de ninguna de esas mujeres tiene valor aquí!

Sin inmutarme ante esas groseras palabras, yo solo le sonreí y saqué un billete de veinte dólares de mi cartera, lo limpié con una servilleta y lo coloqué burlonamente sobre la barra, delante de ese hombre.

—¡Ya está la mar de limpito! No sabía que un billete de veinte tuviera menos valor según cómo se ganara, pero bueno: ¡cada día se

aprende algo nuevo! Entonces, según su opinión, ¿el dinero que una persona ganó lavando platos o cocinando vale menos que el de otra persona que lo ganó arreglando papeles en una oficina? —pregunté, haciendo que ese hombre me fulminara con la mirada—. En fin, tendré que contarle cómo gané cada uno de mis dólares, para que usted me aclare el valor que tienen en este establecimiento —continué, haciéndome pasar por una chica muy tonta o muy lista—. Verá, este billete lo conseguí como propina después de limpiar las mesas de mi negocio —anuncié en voz bastante alta como para que todos los presentes me oyeran. A continuación, seguí colocando más billetes, uno tras otro, sobre esa barra mientras explicaba cómo los había ganado—. Este fue después de hacer un cóctel que le encantó a un cliente; este otro, cuando limpié los baños; este me lo dio un cliente después de que consiguiera arreglar la máquina de discos que estaba estropeada para ponerle la canción que quería, este otro me lo dieron Anna y Marla por hacer su tarea y, a su vez, ellas lo ganaron tras dedicarle un baile a un cliente asiduo de Las Chicas. Y, por último, para que pueda usted seguir midiendo el valor de estos billetes, puedo continuar indicándole la procedencia de este dinero que mis compañeras y yo nos ganamos, pues veo por aquí a muchos hombres que acudieron a nuestro local a gastárselo. Si le parece, puedo señalárselos y así dispondrá usted de más información para juzgar la calidad de nuestro dinero, ¿le parece bien? —concluí, consiguiendo que más de un hombre que en esos instantes se encontraba disfrutando de un desayuno en familia abriera los ojos con espanto.

Finalmente, el dueño de la cafetería nos dio una mesa a regañadientes, no deseando el escándalo con el que estaba amenazándolo.

—La mesa del fondo a la derecha está libre —dijo entre gruñidos, asignándonos el rincón más apartado.

Yo recogí mis billetes de la barra mostrándole una triunfante sonrisa y, tras guardar el dinero en mi bolso, me dirigí hacia mis compañeras antes de encaminarme hacia nuestra mesa.

—Chicas: cabeza bien alta, andares erguidos y una sonrisa. No permitáis que otras personas decidan por vosotras cuánto valéis, sed vosotras mismas quienes lo elijáis, y tirad siempre por lo alto.

Las chicas, tras oír mis palabras, me sonrieron. Luego negaron con la cabeza ante mis locas acciones, pero me hicieron caso y caminaron sin vergüenza hasta nuestra mesa.

Mientras desayunábamos ignorando los cuchicheos que se levantaban a nuestro alrededor, las personas que no se mostraron conformes porque no nos hubieran echado de ese establecimiento se fueron marchando hasta dejar el lugar completamente vacío, a

excepción de nuestra mesa.

—Te dijimos lo que iba a ocurrir… —me recordó Anna volviendo a agachar la cabeza, algo que yo no pensaba permitir.

—¿Bromeas? Para conseguir reservar un local para ti sola en la ciudad tienes que gastarte miles de dólares, y a nosotras aquí nos ha bastado con un billete de veinte.

Ante mis palabras, todas las chicas rieron, y yo, sonriendo junto a ellas, consideré más valioso ese momento que el dinero que tenía entre mis manos. Pero esa costumbre no estaba demasiado extendida en esta sociedad en la que a todo le ponemos un precio, en ocasiones incluso hasta a las personas.

* * *

Las trabajadoras de Bodhi miraban con extrañeza a Madison, la chica nueva que poco a poco se estaba haciendo un hueco entre ellas. Una mujer que al principio creyeron que solamente se dedicaría a quejarse por las tareas que Bodhi le encargase, y que, con esos aires de grandeza que exhibía, por los que se creía dueña del local de estriptis, se las endosaría a ellas.

Sin embargo, al contrario de lo que todas habían pensado, Madison había realizado todas sus tareas sin rechistar. Y aunque al principio fuera un auténtico desastre, no se rindió, preguntó y pidió ayuda con amabilidad hasta que al final aprendió de ellas al tiempo que valoraba el trabajo de las demás, algo que no muchos hacían en ese lugar.

—¡Venga ya, Maddie! Cuéntanos tu verdadera historia, ¿cómo acabaste aquí? —preguntó Nina, bastante intrigada.

—Nina, ya os la he contado unas cuantas veces, pero no me creéis.

—Seguro que fue por culpa de un hombre… —apuntó Anna.

—Siempre es culpa de un hombre —estuvo de acuerdo Tina.

—Madison, con nosotras puedes sincerarte. Todas tenemos una historia. Yo estoy divorciada y aún huyo de un exmarido maltratador. Siempre que me encuentra consigue que me echen del trabajo con mentiras, y mis denuncias me sirven de muy poco cuando uno de sus hermanos es policía y sabe encubrirlo muy bien —dijo Marla, animando a las demás a contar por qué huían y se escondían en ese recóndito lugar.

—Yo huyo de las deudas de un padre jugador. Intenté salvarlo ayudándolo a pagarlas, pero la gota que colmó el vaso fue cuando me apostó a mí misma en una partida de cartas. Me fui y me escondo para que ninguno de sus prestamistas intente obligarme a pagar una deuda de la que no soy responsable —contó Nina, mostrando que la vida no

la había tratado demasiado bien.

—Mi marido es un reputado psicólogo que intentó quedarse con el dinero de la herencia de mi madre. Su plan era meterme en un manicomio tras declararme incapacitada, de este modo podría llegar hasta él. Me enteré de todo al oír accidentalmente una conversación que mantenía con su amante un día que regresé a casa antes de tiempo, así que decidí estropearle el plan desapareciendo. Dick, el abogado de mi madre, está reuniendo pruebas y se lo pasa pipa cada vez que mi marido intenta demostrar que estoy muerta. Él lo desmiente todo y le envía fotos mías en algún lugar paradisíaco, haciendo que empeñe hasta los riñones para tratar de encontrarme. Algún día podré regresar a mi hogar y reclamar para ese hombre el castigo que se merece —contó Anna, recibiendo el apoyo de sus compañeras.

—En mi caso tan solo he tenido la desgracia de juntarme siempre con el hombre menos adecuado y ser una ingenua que se dejaba engañar una y otra vez. La última pésima decisión de mi vida me llevó a acompañar a un hombre que me dejó abandonada en medio de una desolada carretera y sin nada cuando me negué a sus deseos. Por suerte, me topé con Bodhi y este me ofreció un empleo hasta que consiguiera levantarme —declaró Tina, haciendo que los ojos de todas se clavaran expectantes en Madison, a la espera de su historia.

—Vale, veréis: el día de mi vigesimoquinto cumpleaños lo celebré a lo grande, y luego me quedé sin nada… —comenzó ella, evitando dar detalles sobre el club privado donde había celebrado su fiesta o de la gran cantidad de dinero que había perdido para que sus compañeras no descartaran su historia como siempre hacían.

—Fue por deudas, ¿verdad? —preguntó Marla, segura de haber descubierto la clave de su historia.

—Sí. Mi padre hizo un mal negocio, se endeudó demasiado y nos quedamos sin nada.

—¿A que acierto lo que pasó? Cuando las deudas lo acosaban, él huyó —dijo Nina cínicamente.

—Bueno, sí…, pero tengo que decir que hasta ese momento en que lo perdió todo siempre fue un padre maravilloso que consentía todos mis caprichos. Y antes de irse dejó a alguien para que me cuidara, un hombre que le prometió encargarse de mí…

—¿Ah, sí? ¿Y quién es ese hombre lleno de virtudes que iba a cuidarte? Y lo más importante, ¿dónde está ahora? —preguntó Nina con un tono reprobador hacia ese ausente protector.

—Ese hombre se llama Will Walter —anunció Madison, recibiendo varios gruñidos de reprobación de esas mujeres a las que no terminaba de caerles demasiado bien ese vaquero—. Y la verdad es que no sé dónde está ni me importa. He decidido que, si yo no le

importo, con promesa a mi padre o sin ella, no pienso molestarme en buscar su ayuda ni mucho menos su falsa amistad.

—¡Bien dicho! —exclamó Anna.

—Además, mi padre me dejó la mitad de un maravilloso negocio que tengo que aprender a dirigir y… —comenzó a decir Madison intentando contarles la verdad, pero, una vez más, las chicas descartaron que sus palabras fueran ciertas y se dedicaron a abuchearla en tono de broma y a tirarle pelotitas hechas con las servilletas mientras decidían que su desayuno había finalizado.

—Algún día nos contarás la verdad —manifestó Marla con una sonrisa.

Y Madison, devolviéndosela contenta por esa muestra de compañerismo de la que no sabría si disfrutaría cuando todas creyeran sus palabras, confirmó:

—Algún día…

* * *

Mientras nos alejábamos de Donnie’s oí los cuchicheos de dos mujeres acerca de una fiesta benéfica en la que todos colaboraban, ganándose una buena publicidad para sus negocios. Y como justamente eso era lo que yo necesitaba, no dudé en acercar más la oreja a esa conversación.

—Las fiestas benéficas que organizan Abigail y Olivia son las más concurridas del lugar: nadie del pueblo ni de los ranchos cercanos se pierde esos eventos, y los negocios colaboradores reciben una buena publicidad —anunció animadamente una mujer rubia a su amiga morena.

—¿Con qué participarás este año?

—Pienso repartir algunos cupones de descuento para mi tienda de ropa —declaró la rubia intentando alejarse de mi curiosa naricilla, pero esta, tan entrometida como siempre, la persiguió.

—Bueno, yo creo que donaré algunos objetos para la subasta y…

—Perdonen que las interrumpa, las he oído y me interesa el tema: ¿puede colaborar cualquier negocio en esa fiesta benéfica de la que hablan? —pregunté, interrumpiendo groseramente la conversación de las mujeres.

—Por supuesto, ¿qué negocio tienes? —me preguntó amistosamente la morena.

Y poniendo en mi rostro la mejor de mis sonrisas, no dudé en contestar:

—Soy copropietaria del local de estriptis de Bodhi.

Ellas me miraron asombradas y luego se apartaron un poco de mí.

—¿Es que no tienes vergüenza? —preguntó la otra mujer, intentando que me abochornara por el tipo de negocio que dirigía. Pero tal y como yo les había aconsejado a mis chicas, mantuve la cabeza bien alta mientras me enfrentaba a todo.

—¿Se necesita de eso para participar? —repliqué, dejándolas boquiabiertas.

—¿Y con qué piensa participar tu negocio? Como comprenderás, en una fiesta donde va a haber niños no es adecuado que asistan esas mujeres para hacer uno de sus bailecitos…

—Puede que ponga un puesto de besos, repartiendo algo más que los meneítos que ofrecen a diario a sus clientes —añadió la otra arpía, intentando burlarse de mí.

—Humm… Pues no es mala idea, puede que lo haga… —dije tocando pensativamente mi labio inferior con un dedo, escandalizando a esas mujeres y consiguiendo que mis compañeras negaran con la cabeza, tal vez porque, con el paso de los días, habían comprendido cómo era mi peculiar e irónico sentido del humor—. Decidme, ¿cuánto estarían dispuestas a pagar por besar a Bodhi?

Las mujeres me miraron con espanto y se alejaron con bastante rapidez. Y mientras mis informadoras se marchaban sin lograr burlarse de mí, yo les devolví las burlas con las que solo habían querido dañarme.

—¡Chicas! —grité a mis compañeras delante de todo el pueblo, sacando más de una sonrisa de esas mujeres que no solían sonreír cuando iban a ese lugar—. ¡A juzgar por la reacción de esas dos mujeres, creo que lo del puesto de besos no sería factible para nuestro negocio! ¡Si es así como responden las mujeres, no me imagino cómo lo harán los hombres cuando vean que es Bodhi quien reparte los besos! Pero no os preocupéis: ya se me ocurrirá alguna idea brillante, porque, si de algo estoy segura, es de que este año las chicas de Bodhi van a participar en ese evento —anuncié mirando desafiante a los habitantes de ese pequeño pueblo que nos contemplaban mientras les ofrecía mi maliciosa sonrisa, haciéndoles ver que podía ocurrir cualquier cosa cuando alguien me provocaba.

* * *

La idea de Madison de participar en ese evento para darle publicidad al negocio de Bodhi no fue demasiado bien acogida por su socio. No obstante, como buena negociadora que había aprendido todos los trucos sucios de su padre, Madison no cesó de presentar su plan de marketing a Bodhi. De una manera u otra, estaba totalmente decidida a que su socio la escuchara o, por lo menos, a que leyera el plan que había ideado para aumentar la publicidad de su negocio.

—¡¿Quién ha escrito en el papel higiénico del baño de mi despacho con un bolígrafo que destiñe?! —preguntó Bodhi bastante molesto antes de clavar su furiosa mirada en ella—. ¡Madison!

—¡Eh! Puede haber sido cualquiera —intentó defenderse la joven, a pesar de que todas las miradas estuvieran clavadas en ella—. ¡Está bien! ¡Fui yo! —reconoció finalmente, echando las manos al aire admitiendo sus pecados, pero sin arrepentirse de ellos, ya que no dudó en enfrentarse a Bodhi—: Estaba harta de que ignoraras mi proyecto, así que decidí dejártelo en un lugar en el que no pudieras hacerlo y, por si decidías limpiarte el trasero con él, te lo puse fácil.

—¡Por última vez, Madison: no pienso participar en esa estúpida fiesta benéfica! Gastaría más dinero del que gano para hacer una publicidad que no necesitamos ni las chicas ni yo.

—¡Pero la idea de los calendarios no está mal! Estoy segura de que muchos hombres los comprarían y el club recibiría más clientes.

—Ya… ¿Y les has preguntado a ellas si quieren posar desnudas para ese calendario tuyo?

—¿Por quién me tomas, Bodhi? Mi calendario no sería de desnudos. He pensado que las chicas podrían posar como algunas de las estrellas clásicas de Hollywood en escenas famosas de sus películas. Una imagen sexy con la que mostrarían otra faceta de sí mismas.

—Sabes que los hombres que compraran esos calendarios se sentirían estafados al encontrarse una cosa diferente de la que esperarían, ¿no?

—Ese sería su problema, no el nuestro, ya que yo solamente pienso llamarlo «Calendario de las chicas de Bodhi», sin especificar nada más. Por supuesto, la curiosidad los llevaría a comprarlos y, tal vez, después de adquirirlo y ver a las chicas podrían decidirse por venir al club.

—Podría ser una buena idea, Madison, pero… ¿de dónde sacarás esos caros vestidos para que posen?

—Podríamos encontrarlos en alguna tienda de segunda mano o encargar a alguien que nos haga unos vestidos similares y…

—¿Y el fotógrafo que acceda a hacer las sesiones fotográficas? ¿O el dinero para la impresión de los calendarios?

—Podríamos… podríamos… —titubeó Madison, incapaz de ofrecer una respuesta a esos interrogantes.

—Desengáñate. Yo no tengo dinero para invertir en esa locura, y tú, mucho menos.

—¿Y si consigo el dinero?

—Entonces, querida Madison, puedes hacer con él lo que se te antoje, incluso esa estupidez de calendarios. Hasta estaría dispuesto a apoyarte posando en una de sus páginas —anunció Bodhi, mofándose

de un imposible, para luego darle un consejo a esa perdida mujer—: Mira, si yo consiguiera esa gran cantidad de dinero no me la gastaría precisamente en elaborar unos estúpidos calendarios que únicamente me servirían para malgastarlo.

—Bodhi, aunque no consiguiéramos vender muchos de esos calendarios ni darle una debida publicidad a este local, si con ese dinero logro entrar en un lugar donde nos dicen que no podemos estar y ver cómo muchos de los asistentes se muerden la lengua al no poder echarnos de allí, lo consideraría bien invertido. Tal vez tú lo veas como un desperdicio de dinero, sin embargo, yo lo veo de un modo diferente. A lo largo de mi vida he gastado alocadamente todo el dinero que me daba mi padre, así que podríamos considerar esto como el último capricho de una pobre niña rica antes de madurar, ¿no te parece? —dijo Madison mientras recordaba lo caprichosa que había sido antes de perderlo todo y agachaba la cabeza, avergonzada por el comportamiento tan idiota que había tenido con algunas personas.

Para su asombro, una de las fuertes manos de Bodhi alzó su cabeza suavemente empujándole la barbilla, y, dejando atrás su enfado, la contempló como un padre comprensivo mientras le anunciaba:

—Tú ya has madurado, ahora solo estás buscando tu lugar en la vida, algo que a todos nos cuesta encontrar, tengamos dinero o no.

—Entonces, mi proyecto…

—Tú encuentra el dinero y volveremos a hablar —terminó Bodhi mientras negaba con la cabeza, incapaz de decirle una vez más a esa chica que era imposible que lo consiguiera.

* * *

Bodhi tenía razón.

El proyecto que tenía en mente era casi imposible de llevar a la práctica. En las tiendas de segunda mano que visité no encontré ningún vestido decente, y la única mujer que confeccionaba ropa en el pueblo no tenía ni idea de moda o de diseño, y, si la tenía, no pensaba desperdiciarla conmigo, algo que me dejó bien claro la mirada de desagrado que me dedicó en cuanto entré por la puerta de su establecimiento. Al parecer, ya se había extendido por todo el lugar la noticia de que yo era otra más de las chicas de Bodhi, y aunque siempre intentaba dejar claro que era su socia, nadie me creía.

Mi visita al fotógrafo del pueblo para solicitar su colaboración fue muy breve: abrí la puerta de su establecimiento y, tras ver la mirada lasciva que me dedicó, la cerré y me marché. Sin saber qué más pasos dar, pero dispuesta a llevar a cabo mi proyecto, anuncié en voz alta en medio de la limpieza de esa mañana.

—¡Ya está! ¡Voy a hablar con Abigail y Olivia, las organizadoras del evento benéfico! Seguro que comprenden que mi idea es maravillosa y deciden ayudarme de alguna manera —dije al tiempo que soltaba el trapo que estaba empleando encima de la barra.

A continuación, me dispuse a coger prestadas las llaves de la camioneta de Bodhi.

—¿Sabéis dónde puedo encontrarlas? —pregunté a mis compañeras, ante lo cual se hizo el silencio a mi alrededor—. Bueno, no os preocupéis: ya preguntaré por el camino —añadí encaminándome hacia la salida.

Pero entonces, las chicas se interpusieron en mi camino.

—Si no queréis hacer esos calendarios o asistir a ese acto benéfico, solo tenéis que decírmelo —les dije, confusa con su comportamiento. Tina se adelantó en ese momento mientras se mesaba el cabello nerviosamente antes de intentar explicarme el porqué de su comportamiento.

—No, no es eso, Madison. Verás…, en estos momentos, esas dos mujeres deben de estar organizándolo todo en el rancho La Carreta.

—¡Ah! ¡Estupendo! En ese caso tan solo me falta que me digáis cómo llegar hasta allí y…

—Ese rancho pertenece a los hermanos Walter —apuntó Marla, desviando su mirada, sin querer mirarme a los ojos mientras pronunciaba un apellido que o era muy común en ese pueblo o pertenecía a un gran mentiroso.

—Los hermanos Walter son unos ricos rancheros conocidos por todos en el pueblo y alrededores —añadió Anna, haciendo que me percatase de la razón por la que ninguna quería mirarme a los ojos.

—¡Ah! ¿Esos que juzgan duramente a las mujeres y a los que no les gustan las niñas caprichosas? —inquirí, recordando la advertencia que me habían hecho en alguna ocasión—. ¿Podríais decirme cuáles son los nombres de pila de esos hermanos Walter? —pregunté mirando a Nina, una chica descarada que nunca se escondería y que, mirándome de frente, anunció finalmente lo que yo más temía.

—Son cuatro. Jacob y Clay, que están casados con Olivia y Abigail. Y luego quedan los hermanos solteros, Jayden y… Will.

—Creo que necesito una copa —susurré al tiempo que me servía un vaso de uno de los licores más fuertes que tenía Bodhi—. ¿Por qué no me lo dijisteis antes? —pregunté, ante lo que todas las chicas respondieron mirando hacia el suelo—. Entiendo —añadí, sabiendo que hasta hacía muy poco no les había caído demasiado bien.

—No quisimos engañarte… —comenzó Marla, intentando excusar su silencio.

—Pero la verdad es que no sabíamos cómo decírtelo —se unió Anna, mostrando su preocupación.

—Y no podíamos imaginar por qué te mintió en una cuestión que podrías descubrir con toda facilidad al poco tiempo de haber llegado aquí —señaló Tina.

—Lo único que se me ocurre es que, con lo desconfiados que son esos hermanos, Will probablemente no quería que supieras que era rico para que no te aprovecharas de él —declaró Nina, haciéndome saltar.

—¡Eso es una tontería! ¡Cuando nos conocimos yo tenía más dinero que él y...! —Entonces, sin poder terminar mis palabras, guardé silencio mientras caía en la cuenta de que tal vez Nina tuviera razón.

Cuando Will me conoció yo acababa de perderlo todo y, por lo visto, él me juzgó y determinó que era como una de esas niñas caprichosas y ricas que buscarían agarrarse como fuera a un hombre con dinero, especialmente en el caso de no tener nada en los bolsillos.

Will no me concedió tiempo para demostrarle mi valor antes de que él decidiera por sí solo que yo no tenía ninguno, y llenó de mentiras esa amistad que me ofrecía, mentiras con las que él buscaba protegerse de mí cuando yo, en ningún momento, había querido su dinero, sino a él.

—¿Me podéis decir cómo señalan los rumores que es ese hombre, del que ahora sé que no conozco nada en absoluto?

—Dicen que es el más recto de los hermanos, lleva las cuentas del rancho y es el más serio y responsable —dijo Tina.

—Ya..., y, por lo visto, esa seriedad no le impide jugar con otros a su antojo —musité, harta de las mentiras de ese hombre.

—¿Nos perdonarás por habértelo ocultado? —me preguntó Marla mientras todas esperaban nerviosamente mi respuesta, haciéndome ver que se arrepentían de haber guardado silencio durante tanto tiempo.

—Claro que os perdono, porque comprendo la razón de vuestras mentiras. Pero a él no, a Will no lo perdono —respondí al tiempo que una maliciosa sonrisa comenzaba a formarse en mi rostro—. Si Will Walter quiere jugar, entonces voy a jugar con él. Empecemos por ver cuánto tiempo es capaz de guardar silencio sobre sus mentiras ese recto hombre cuando su conciencia comience a pesarle demasiado —anuncié frotándome las manos mientras aguardaba con impaciencia la llegada del hombre que solía acudir últimamente al bar de Bodhi para pedirme mi teléfono, llevándose solo su borrachera.

Era muy posible que hoy fuera su día de suerte y consiguiera algo más que un número de teléfono, puede que hasta lograse una cita. O tal vez la afortunada fuese yo si conseguía una más que merecida revancha ante sus mentiras.

Capítulo 8

—Estoy seguro de que en esta ocasión aceptará quedar conmigo —anunció Will a su hermano, decidido a conseguir una cita con Madison para pedirle perdón por dejarla a su suerte en ese lugar, para intentar acercarse a ella sin tantas mentiras y requerirle que tuviera cuidado con el miserable que iba detrás de ella, pues este solamente deseaba aprovecharse de ella para hacer una muesca más en el cabecero de su cama.

—¿Me hablas de Madison o de Bodhi? —preguntó Jayden en tono burlón.

—¡Por Dios, Jayden! ¡Te estoy hablando de Madison! —exclamó Will, fulminando a su hermano con la mirada.

—Pues creo que tienes muchas más posibilidades con Bodhi.

—Muchas gracias por tus ánimos… No sé por qué me molesto en pedirte que me acompañes hasta aquí —declaró Will irónicamente, enfadado con su hermano, a lo que Jayden replicó alzando burlonamente su botella hacia él:

—Me traes contigo porque siempre que te enfrentas a esa mujer para pedirle una cita acabas volviendo a casa como una cuba y con una abultada cuenta que nos enseña a ambos cuál ha sido su respuesta.

—En esta ocasión no pienso dejarme engatusar por esa mujer. Voy a hablar con ella de algo que le interesará.

—Eso es lo que dices casi todos los días y siempre acabas igual.

—Esta vez será diferente…

—¿Acaso piensas contarle la verdad sobre su padre y su dinero? —preguntó Jayden reprendiendo con la mirada a su hermano, que varios días atrás le había revelado toda su historia con esa mujer en medio de una de sus borracheras. Jayden todavía no se podía creer lo que Will le había hecho a esa chica, aunque fuera por recuperar su parte del rancho familiar.

—No, sabes que perdería demasiado si hiciera eso —negó él, mesando con frustración sus cabellos.

—¿Y la verdad sobre ti? —inquirió Jayden, consiguiendo que su hermano volviera a eludir su mirada—. En ese caso, no creo que tengas demasiada suerte hoy tampoco —declaró a continuación, tras mostrarle a Will cuál era el camino más fácil para perseguir ese amor: decir la verdad. Pero él, como el empecinado Walter que era, siempre

tomaría el difícil. Jayden, apiadándose de su hermano, intentó concederle una oportunidad para acercarse a Madison—. He oído que quiere participar en el evento benéfico que preparan todos los años Olivia y Abigail. Si le ofreces a esa mujer organizar una reunión con ellas, es posible que esta vez sí consigas algo más que una resaca.

—¡Oh! ¡Gracias, hermano! Deséame suerte… —respondió Will, que, tras ponerse en pie, enfiló hacia la barra como hacía cada noche para conseguir el amor de una mujer que seguramente perdería en cuanto se desvelaran todas las mentiras que ocultaba.

—Vas a necesitar algo más que suerte, hermano —susurró Jayden alzando su copa en su dirección mientras lo veía dirigirse hacia Madison, sin darse cuenta de cuántas miradas descontentas se clavaban en él, tanto las de Bodhi como las de las demás chicas del local, haciendo que Jayden se percatara de que alguna de las mentiras de Will había comenzado a descubrirse, lo quisiera él o no.

* * *

Cuando Will ocupó uno de los incómodos taburetes de la barra, Madison lo recibió como a cualquier otro cliente, con una sonrisa en los labios…, aunque esta iba acompañada de unas ácidas palabras que solo tenía para él.

—¿Te pongo ya la botella para llevar y te vas por donde has venido ahorrándote la resaca, Will? Porque eso es lo único que vas a conseguir de mí —manifestó Madison, recibiendo un gruñido de ese hombre, que tomó asiento frente a ella mientras la desafiaba con la mirada y espantaba de la barra a todo aquel que se acercara—. Bien, ya veo que prefieres la resaca…

—No, te prefiero a ti, pero, para mi desgracia, esta es la única forma que tengo de hablar contigo —respondió Will mientras se bebía de un solo trago el vaso del fuerte licor que Madison había colocado delante de él, sabiendo que esa conversación no continuaría hasta que él lo terminara.

—¿Y de qué quieres hablar? ¿De deportes, del tiempo, de economía, de moda u ocio…?

—De nosotros.

—Preferiría que habláramos del tiempo —contestó Madison con esa falsa sonrisa que tanto detestaba Will mientras rellenaba de nuevo su vaso. Pero en esta ocasión Will, decidido a ganarle el juego a esa mujer, no dudó en fijar su intimidante mirada en el primer sujeto que pasó por su lado.

—¡Eh, tú! Te invito a una copa —le dijo a un desconocido con un intimidante tono de voz que obligó a ese hombre a sentarse a la barra junto a Will en lugar de acercarse al escenario, donde pretendía ver de

cerca a las bailarinas—. Bebe rapidito y no mires a la camarera —añadió Will entre gruñidos, consiguiendo que el hombre casi se atragantara con la copa.

—Si me espantas a los clientes, voy a prohibirte la entrada.

—Tú solo eres dueña de la mitad de este negocio.

—Cierto, pero Bodhi tampoco está muy contento contigo. Especialmente después de que le pidieras su teléfono… ¡a saber lo que quieres hacer con él! ¿Quizá emborracharlo para aprovecharte luego de él? —declaró Madison despreocupadamente, provocando que el hombre que tenía sus ojos fijos en el vaso clavase su espantada mirada sobre Will para, a continuación, correr hacia la salida más cercana—. ¡Vaya por Dios! Ya que has perdido a tu invitado, creo que lo mejor será que guarde la botella y que tú te marches —dijo Madison, tratando de dar por finalizada la conversación.

Pero, para su asombro, Will le arrebató la botella de las manos y, tras dar un gran sorbo de ella, anunció:

—Tú eres la que ha espantado a ese hombre y, por otro lado, sabes perfectamente que el número de teléfono que quería era el tuyo.

—Uno que no te interesó conseguir antes, durante toda esa semana que me dejaste tirada en este lugar, así que no veo por qué tienes ahora tanto interés en él.

—Quiero saber cómo estás y protegerte, como le prometí a tu padre.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber de qué quieres protegerme?

—De un hombre sin escrúpulos que está rondándote, que quiere seducirte y llevarte a su cama para señalarte como una presa más y…

—¡No me digas! —lo interrumpió Madison mientras fijaba sus ojos sobre él con gesto irónico, dándole a entender quién encajaba con esa descripción.

—No… Yo no quiero llevarte a mi cama… —negó Will, recibiendo como respuesta un irónico alzamiento de ceja de esa mujer —. Bueno, sí… ¡Pero no quiero aprovecharme de ti!

Y cuando esa irónica ceja persistió levantada, Will continuó, mesando sus cabellos con frustración:

—Yo solo… yo solo quiero una cita contigo.

Madison lo miró con una sonrisa, aún dudando de sus palabras. Pero como ella parecía dispuesta a darle una oportunidad, aprovechando que lo escuchaba, Will intentó explicarle el peligro que la acechaba.

—Hace varias semanas que los chicos con los que trabajo hablan sobre un tal Samuel Rocher, un tipo que hace apuestas sobre las mujeres con las que se acuesta, y, por lo visto, tu nombre ha salido de su boca en más de una ocasión. No quiero que te haga daño.

—Muchas gracias por preocuparte por mí, Will. Sé que puedo

confiar en ti, ya que un hombre como tú nunca me mentiría —dijo Madison, provocando que Will necesitara un trago para continuar su conversación y acallar su conciencia.

—¿Tendrás cuidado con ese tipo?

—Por supuesto: tendré cuidado con todos los mentirosos que intenten acercarse a mí —respondió ella clavando sus ojos en Will, haciéndole sospechar por unos instantes que sabía algo. No obstante, sus sospechas fueron descartadas en cuanto Madison le concedió la oportunidad de acercarse a ella—. Creo que en esta ocasión sí aceptaré tu invitación. De hecho, yo pagaré esa cena para agradecerte todo lo que has hecho por mí hasta ahora y lo que haces en la actualidad, cuidándome de esos hombres mentirosos que solo saben engañar a las mujeres —manifestó Madison, haciendo que Will volviera a beber de la botella que sostenía en su mano para acallar esa conciencia que le pesaba demasiado cada vez que esa mujer lo declaraba un héroe, cuando en realidad era un canalla—. ¡Toma! —finalizó Madison, tendiéndole un papel que Will desdobló con una sonrisa a la espera de encontrar en él su número de teléfono, pero esa sonrisa no tardó en desaparecer cuando recibió otra cosa en su lugar.

—¿Qué es esto? —preguntó Will, un poco molesto al sentirse estafado otra vez por esa mujer.

—¿Qué va a ser? ¡La cuenta de tu consumición! En cuanto a mi teléfono, es mejor que me des tú el tuyo y ya te llamaré yo para esa cena —propuso Madison, ante lo que Will le apuntó su número en una servilleta. Y solo cuando ella lo aceptó, tuvo algo de esperanza para esa cena.

Durante el resto de la noche, Madison siguió alabando las acciones de Will y su bondad hacia ella, palabras que consiguieron que el avergonzado vaquero se emborrachara aún más rápidamente que en otras ocasiones, ya que las mentiras comenzaban a pesarle demasiado. Unas mentiras que él intentaba acallar con el alcohol.

Finalmente, cuando Jayden se vio obligado a tener que cargar con su hermano de regreso a casa una vez más, a nadie le quedó ninguna duda de quién había vuelto a ganar en la disputa que siempre surgía entre Madison y Will en la barra de ese local.

—Creí que ibas a aceptar una cita con ese tipo para darle una lección —dijo Nina mientras observaba cómo esa alegre chica había vuelto a tumbar a ese vaquero sin contemplaciones.

—Y lo he hecho. Pero si acepto con demasiada facilidad, Will podría sospechar de mis intenciones, y eso no me conviene. Lo quiero alegre y desprevenido, feliz por esa cena, y cuando llegue el momento espero que se muestre tan culpable y arrepentido por haberme mentido que no le quede más remedio que contarme la verdad.

—Y cuando te la diga, ¿lo perdonarás?

—No lo sé. Creo que todo dependerá del calibre de sus mentiras —contestó Madison, reflexionando sobre si perdonar a ese hombre y sobre el daño que podían causar algunas de sus mentiras.

* * *

En esos instantes jugaba con el número de teléfono de un mentiroso sin saber si debía llamarlo o no. Yo quería darle una lección a Will, hacerlo sentir culpable por cada uno de sus engaños y que me revelara quién era realmente para que entre nosotros no quedara nada más que la verdad.

Pero que un mentiroso tan grande como él confesara la verdad era muy difícil. Antes, cuando disponía de todo el dinero del mundo, lo habría utilizado para hacer que otros desenmascararan a Will en el momento oportuno, avergonzándolo. Pero ahora que no tenía un centavo no sabía cómo hacerlo para que él renunciara a continuar mintiéndome, porque seguir haciéndome la tonta dolía demasiado.

La fama que tenía Will en los alrededores era la de un hombre bueno y amable con todos, serio y responsable. Posiblemente yo misma lo habría descrito con las mismas palabras hasta hacía muy poco, pero los hombres buenos no mentían, no juzgaban precipitadamente a las personas y no las engañaban.

Después de oír la historia de su hermano Evan con su caprichosa esposa podía entender en parte los motivos de su mentira: Will tenía miedo de acercarse a alguien que se pareciera a la caprichosa mujer de la que su hermano se enamoró y cometer el mismo error, de forma que, en cuanto me vio, me catalogó como una niña mimada que podía ser su perdición y levantó una sólida barrera de prejuicios entre nosotros.

Si seguía su razonamiento, a partir de ahora yo debía desconfiar de todo aquel que me tendiera una mano amiga o que me dijera que me amaba, ya que tanto los amigos que me rodeaban como la persona que decía amarme me habían demostrado que no me querían en absoluto y solo ansiaban mi dinero.

Pero, a pesar de lo que me había ocurrido, yo me negaba a ser así y a desconfiar de todos los que me ofreciesen ayuda o de alguien que en un futuro pudiera enamorarse de mí. Vivir de esa manera, sin creer en nada ni en nadie, era triste y solitario. Yo prefería que me siguieran llamando ilusa y mantener mis esperanzas de acertar alguna vez a la hora de elegir mis amistades y el amor antes que vivir juzgando precipitadamente a la gente.

Ahora comprendía el ceño fruncido de ese vaquero en el club, cuando me vio celebrar mi cumpleaños mientras disfrutaba sin medida de todos los lujos que podía darme el dinero. Lo que no podía

comprender era por qué me había mentido sobre quién era él en realidad cuando ya le había demostrado que el dinero no me importaba y yo elegía con cuidado mis pasos tan solo para encontrar mi lugar, no el dinero de un hombre…

Mientras pensaba en uno de mis descabellados planes que no podía llevar a cabo por falta de presupuesto, mi tío Terry, un gran amigo de mi padre al que había tratado siempre como a un familiar, me llamó por teléfono.

—Hola, Madison, soy Terry Wilson, el abogado de tus padres y… —comenzó a decir, utilizando un tono de voz serio y formal que solo usaba para los negocios.

En ese instante, queriendo recordarle que yo era algo más que eso, interrumpí su ensayado discurso.

—¿Tío Terry? —pregunté, haciendo que él emitiera un gran suspiro antes de pretender volver a establecer una barrera de formalidad entre nosotros, intentando negar cómo había sido conmigo desde que era pequeña y me trataba como a una de sus hijas.

—En estos momentos no te llamo como tu tío, sino como un serio abogado, para comunicarte que…

—La llamada de un serio abogado es algo que no necesito en estos instantes. Por el contrario, la de un tío que se preocupa por mí me hace mucha falta. Cuando encuentres a esa persona que me trataba como a una hija, por favor, comunícaselo —dije antes de colgar.

Unos segundos después, ese serio hombre que en su día me había abandonado tras haberlo perdido todo, dejándome únicamente una fría tarjeta con su nombre en mis manos, volvió a llamarme.

—Madison, no me cuelgues.

—¿Quién eres? —pregunté, muy dispuesta a volver a colgarle el teléfono si me daba la respuesta equivocada.

—Tu tío Terry —respondió finalmente, mostrando en su tono de voz la culpa que sentía por no haberse comportado bien conmigo—. ¿Cómo estás? —preguntó a continuación, haciéndome oír al fin las palabras que tanto necesitaba de su parte.

Y de todas las cosas que me habían ocurrido últimamente y de las que podría quejarme desde que lo perdí todo, respondí de un modo que tío Terry no se esperaba.

—Muy preocupada, porque no sé cómo están mis padres ni cómo contactar con ellos para preguntarles si se encuentran bien, ya que, por más que los llamo, sus teléfonos están bloqueados.

Tras unos segundos de silencio, él volvió a hablarme como si estuviera pensando si darme o no alguna noticia sobre mis padres.

—Contacté con ellos hace unos días, Madison. Están bien. Huyendo de todo este escándalo, pero bien. Tu padre está intentando hacer algunas inversiones encubiertas para cubrir las pérdidas de la

empresa, pero, aunque lo consiga, no creo que todo vuelva a ser como antes. Creo que tendrás que olvidarte de la despreocupada vida que has tenido hasta ahora y vivir en el mundo real —dijo mi tío haciéndome sonreír cínicamente, ya que él desconocía lo crudamente que me había golpeado esa realidad desde que recibí la noticia de que no tenía nada. Aun así, seguía en pie y estaba acostumbrándome a mi nueva vida al tiempo que buscaba mi lugar—. No creo que tus padres puedan contactar contigo por el momento, pero yo te iré dando noticias sobre cómo les va cuando me llamen para alguna consulta legal. Bueno, yo te llamaba para darte una buena noticia…

—¿De verdad? Después de recibir tantas noticias malas a lo largo de los días, oír algo bueno me hace mucha falta.

—Estoy tratando de conseguir que algunas de tus pertenencias salgan de la subasta de bienes aludiendo a que están a tu nombre y no al de tu padre. Así que dime qué quieres que saque de tu hogar y te envíe a tu nueva dirección. Tal vez tus joyas, ¿no? Si las vendes puedes obtener algún dinero y…

—¡Mis vestidos! —exclamé sin pensarlo dos veces, sonriendo ante mi primer golpe de suerte en días.

—¡Madison, por Dios! ¡Piensa con la cabeza! —saltó tío Terry, reprendiéndome, pareciéndose cada vez más a ese hombre que se preocupaba por mí…, a veces más que mi propio padre—. En estos momentos no necesitas vestir bien, sino dinero en metálico. Un dinero que no creo que puedas conseguir con la venta de esos vestidos.

—No pienso venderlos, o por lo menos no todos.

—Entonces, ¿se puede saber qué vas a hacer con ellos?

—Regalárselos a mis nuevas amistades.

—Madison, ¿es que no has aprendido nada? La amistad no se compra con dinero o regalos, al menos no la amistad verdadera.

—Lo sé muy bien, tío. Si me concedes cinco minutos de tu tiempo, puedo contarte la historia de una pobre niña rica que lo perdió todo y aprendió esa lección por las malas… —le dije, tras lo que comencé a contarle todo lo que me había sucedido después de que él se fuera de mi fiesta de cumpleaños, oyendo de vez en cuando un gruñido de desaprobación de su parte hacia las formas en las que algunas personas se habían comportado conmigo—. Muy bien, eso es todo, tío Terry. Espero que ahora entiendas por qué quiero esos vestidos: serán más una inversión que un desperdicio.

—De acuerdo, Madison, te haré llegar tus vestidos e intentaré conseguirte algo más. Dime, ¿qué necesitas? —preguntó, haciéndome recapacitar sobre lo que verdaderamente necesitaba en esos instantes. Y sonriendo con malicia, supe lo que precisaba para darle una más que merecida lección a cierto hombre.

—Tío Terry, ¿podrías recuperar algunos de los caros regalos que

le hice a mi ex durante mi relación y que aún están a mi nombre?

—Eso está hecho. Espero que esos regalos sí vayas a venderlos.

—No, tío: en un principio los utilizaré para darle una lección a un hombre.

—¿Qué lección puedes darle a alguien haciéndole caros regalos, Madison?

—Voy a enseñarle lo que pueden llegar a pesar algunas mentiras.

—¿Y luego?

—Luego tal vez acabe vendiendo esos objetos que ya no tienen significado alguno en mi vida.

—¿Y qué pasará con ese hombre?

—¿Crees que a él también podría venderlo? ¿Piensas que me darían mucho por él? —inquirí, intentando bromear con ese serio abogado que se preocupaba demasiado por mí.

—¡Madison! —me advirtió con un tono reprobador.

—Sobre lo que haré con ese hombre no puedo contestarte, tío Terry, pues ni yo misma lo sé. Ya decidiré más tarde si concederle otra oportunidad en mi vida o no, pues no quiero a mi alrededor a ningún mentiroso —contesté, haciendo que mi tío se sintiera un poco incómodo, tal vez porque por su trabajo me ocultaba algunas cosas sobre mis padres.

—Dame tu dirección para que pueda enviarte tus pertenencias lo más pronto posible.

Cuando le di la dirección del local de estriptis del que le expliqué que era copropietaria, se hizo un silencio sepulcral al otro lado de la línea antes de que él saltara:

—¡Ahora mismo te vienes a mi casa!

—No te preocupes, tío Terry, el sofá de mi socio no es tan incómodo y…

—¡No quiero ni una sola excusa! ¡Ese no es el lugar adecuado para ninguna chica! ¡Ahora mismo voy a hablar con tu padre y…!

—Tío Terry, mi padre ya no tiene ni el dinero ni la influencia de antes. Y en cuanto a lo de quedarme en tu casa…, ¿no te meteré en muchos problemas si me quedo contigo? —pregunté, haciendo que tío Terry dudara a la hora de responderme, mostrándome con ello que yo tenía razón.

—Pero ese lugar…

—No te preocupes por mí, todos me tratan muy bien y yo estoy aprendiendo a hacerme un lugar en la vida. Además, tú hoy me has dado algo que vale mucho.

—¿Tus vestidos?

—No.

—¿Los caros regalos que gastaste en el estúpido de tu ex?

—Nada de eso: te has preocupado por mí y me has hecho ver que

no todo lo que me rodeaba era una farsa. Me has dado ese cariño que en estos momentos me hace mucha falta y eso, para mí, vale mucho más que el dinero. Gracias, tío Terry.

—No me des las gracias, y perdóname por no haberme puesto antes en contacto. Si me necesitas, no dudes en llamarme. Me meta en problemas o no, te sacaré de ahí de inmediato.

—Gracias, tío. Pero por ahora voy a intentar encontrar mi camino por mí misma para descubrir cuál es mi valor más allá de ese dinero que ya no tengo.

—Tú vales mucho, Madison, aunque otros no se den cuenta de ello —declaró mi tío antes de despedirse con muchos de esos abrazos y besos que no podía darme, haciéndome recordar a ese padre que echaba de menos y a esa madre que siempre había estado ahí para mí y que ahora me hacía mucha falta.

Cuando finalicé la llamada sin tener a mi lado los cálidos brazos de mi familia, me abracé a mí misma y cerré los ojos mientras, sin darme cuenta, dos solitarias lágrimas se deslizaban por mi rostro.

Cuando los abrí de nuevo, vi a Nina ante mí. Creyendo que me reprendería por mi estupidez, bajé los brazos.

—Yo estaba… —comencé a excusarme, pero, para mi asombro, ella me abrazó y me hizo sonreír.

Un segundo después, las demás chicas entraron en la habitación y me sorprendieron cuando, sin decir ni una palabra, se unieron a ese abrazo, haciéndome saber que no era la única que lo necesitaba. Bodhi llegó entonces y se quedó observándonos extrañado.

—¿Qué hacéis? —preguntó mirándonos confundido por nuestro comportamiento.

—Nina necesitaba un abrazo —contesté, provocando que Nina me fulminara con la mirada.

—¡Ah! Pues vale —dijo Bodhi antes de unirse a ese abrazo colectivo y apretujarnos a todas con demasiada fuerza.

Cuando el abrazo terminó y todas las chicas volvieron a sus tareas, Bodhi, a quien no le gustaba mostrar ante otros su blando corazón, limpió mis lágrimas y, sospechando lo que había pasado, me preguntó mientras me sonaba los mocos como a una niña pequeña.

—¿Quién te ha llamado?

—Mi tío Terry, el abogado de mi padre. Me ha contado que, aunque no pueden ponerse en contacto conmigo, mis padres están bien. También me ha dado la noticia de que podía recuperar alguna de mis pertenencias de mi casa, así que ya tenemos los vestidos para los calendarios.

—¿De todas las ricas pertenencias que tenías en tu casa has elegido tus vestidos? —preguntó Bodhi, negando con la cabeza ante mi locura. Y comprendiéndome un poco, añadió—: Lo has hecho por

ellas, ¿verdad?

—No, lo he hecho para verte posar en una de las páginas de nuestro calendario, como me prometiste. Y debo advertirte que seré yo quien elija la indumentaria —contesté, haciéndolo gruñir mientras me señalaba la puerta y me mandaba a trabajar tras advertirme:

—Aún te falta el fotógrafo y que las organizadoras den el visto bueno a tu participación en su evento benéfico.

—Si he conseguido esos vestidos, ¿qué te lleva a pensar que no puedo conseguir lo demás?

—Estoy comenzando a creer que, con dinero o sin él, eres capaz de lograr todo lo que te propongas —comentó Bodhi, haciéndome sonreír al tiempo que me brindaba su apoyo para seguir adelante y me mostraba, como habían hecho las chicas, que no estaba tan sola como creía mientras buscaba mi lugar en la vida, una vida que estaba llena de sorpresas malas y buenas que me señalaban mi valor y el de las personas que me rodeaban.

—Me alegro mucho de que pienses eso, Bodhi, porque, por ahora, lo que me propongo es descubrir a un gran mentiroso —anuncié mientras jugaba con la servilleta que contenía el teléfono del hombre que al fin había conseguido una cita conmigo. Que luego se arrepintiera de ello era otro cantar.

* * *

Al fin había conseguido una cita con Madison.

Fui a recogerla al local de Bodhi en su día libre y me sorprendió encontrarla esperándome vestida, no con una de esas cómodas ropas que me había acostumbrado a verla lucir en el bar, sino con uno de los elegantes vestidos que había llevado en su vida anterior, cuando tiraba despreocupadamente su dinero, haciendo que yo diera un paso hacia atrás de modo inconsciente.

—¿Qué te parece? Mi abogado me preguntó qué cosas quería recuperar de mi antiguo hogar y no dudé en pedirle mis vestidos —me dijo mientras daba una vuelta sobre sí misma, mostrando el esplendor de esa cara indumentaria.

—Me parece que podrías haberle pedido algo que te hiciera más falta que esa extravagante prenda —declaré reprendiendo su comportamiento, tal vez porque con ese vestido volvía a recordarme quién había sido. A mí me gustaba la chica en la que se había convertido Madison después de perderlo todo, pero no sabía si me gustaría la niña mimada que era antes.

—Esta ropa me hace mucha falta. Aunque, como veo que a ti no te gusta y yo no tengo otra cosa que ponerme, creo que lo mejor será que demos por finalizada esta cita, que tal vez sea un error —dijo ella,

retándome con la mirada a que aceptara quién había sido antes y quién era ahora.

Y yo, sin querer perderla, retuve su brazo antes de que se alejara del todo y acepté descubrir quién era Madison para mí.

—Perdona mi comentario. Es que tu vestido me ha sorprendido y no creo que pueda llevarte a ningún lugar donde puedas lucirlo adecuadamente.

—¡Oh! No te preocupes por eso, vaquero: recuerda que soy yo la que invita en esta ocasión —dijo. Y tras arrebatarme las llaves del coche, se subió a mi vieja camioneta sin importarle nada cuánto desentonaba en ella con su caro vestido.

Mientras conducía ese viejo trasto con bastante habilidad, me hizo miles de preguntas sobre la fiesta benéfica que organizaban mis cuñadas. Yo conversé con ella sin revelar que las organizadoras de ese gran evento en el que quería participar eran parte de mi familia y me olvidé de todo lo que no fuera esa animada sonrisa que me mostraba cuánto comenzaba a soñar con poder formar parte de esa fiesta. Sin embargo, un buen rato más tarde, cuando detuvo mi vetusta camioneta frente a un caro restaurante, Madison volvió a recordarme quién era ella. O, por lo menos, quién había sido hasta hacía poco.

The Fox era un selecto establecimiento de moda en San Antonio, provisto de una elegante decoración y un tranquilo ambiente. Su moderno y lujoso exterior proclamaba a gritos que solo los más ricos podían permitirse entrar en él, y su interior no era muy distinto. Unos brillantes suelos de madera daban la bienvenida a los clientes, junto a unos amplios ventanales que se extendían por las paredes exteriores mostrando las hermosas vistas de los jardines que rodeaban el restaurante.

La decoración interior era moderna y de buen gusto. Las paredes de ladrillo visto contaban con estantes de cristal donde se exponían diferentes licores de importación y grandes cuadros de fotógrafos famosos. De sus altos techos blancos colgaban pequeñas lámparas que parecían estrellas, otorgando al lugar un ambiente bastante romántico.

La primera planta exhibía un ambiente menos exclusivo, con decenas de mesas redondas de blancos manteles y cómodas sillas acolchadas de un tono gris repartidas por toda la estancia, pero respetando que cada mesa tuviera su espacio para disfrutar de la velada con comodidad.

La planta superior, por su parte, era un lugar más privado y selecto, dotado de una extensa barra de madera con acogedores taburetes negros. En ella se podía disfrutar de algún innovador cóctel bajo una luz más tenue y una agradable música ambiental. Mesas más pequeñas rodeaban los negros sillones acolchados que se localizaban junto a las paredes embellecidas con fotografías en blanco y negro

donde destacaba algún llamativo elemento de color rojo, como podían ser el vestido o los zapatos de una mujer.

Ese caro y elegante restaurante era bien conocido por mí, pues yo era cliente asiduo, por lo que detuve los pasos de Madison para que no cometiera la imprudencia de gastar lo que no tenía en una simple cena.

—Espera, Madison. No creo que ni tú ni yo podamos permitirnos una cena en este sitio —declaré, recordándole de nuevo su actual situación.

—No te preocupes por eso: he estado ahorrando todas las propinas que he conseguido para invitarte a un lugar como este. Quiero que, por una vez en la vida, te des el gusto de probar la exquisita comida de un restaurante de lujo, la misma de la que yo he disfrutado cuando tenía dinero —dijo ella arrastrándome hacia el interior, provocando que me sintiera culpable porque derrochase en mí un dinero que no tenía.

—En serio, Madison, creo que es mejor que te ahorres ese dinero y lo gastes en algo que necesites y…

—Will, ¿qué mejor manera de gastarlo que usarlo para agradecerle sus esfuerzos al hombre que tanto ha hecho por mí desde que nos conocimos? —anunció jovialmente mientras me guiaba hacia el interior.

El *maître* no nos impidió el paso a pesar de mi indumentaria informal, ya que me conocía demasiado bien. Y mientras Madison intentaba excusarse por no tener reserva, yo le hice una seña para que nos diera mi mesa habitual.

—¿Ves? Este vestido hace milagros… —anunció ella cuando nos sentamos a una de esas elegantes mesas mientras todos los presentes observaban mis simples vaqueros acompañados de una camisa blanca, mi sombrero vaquero negro y mis botas carentes de cualquier toque de distinción.

»No te preocupes por esas miradas que te juzgan prejuiciosamente, Will. Ellos no te conocen como yo, únicamente ven tu apariencia exterior y solo con eso pretenden saber cómo eres —dijo ella sin dejar de sonreírme, tratando de calmarme, aunque por unos instantes creí que me estaba dando una lección.

Cuando el camarero nos pasó la carta, Madison realizó un pedido que estaba claramente por encima de sus posibilidades económicas. Intenté detenerla, pero con la excusa de que quería recompensarme por todo lo que había hecho por ella, no me lo permitió.

Esa deliciosa pero carísima cena comenzó a saberme más amarga que nunca, y yo apenas fui consciente de su sabor mientras Madison se deleitaba con su comida a la vez que no paraba de alabarme, creyendo que me había comportado bien con ella cuando en verdad

solo me había comportado como un canalla.

—Aún no me puedo creer que, a pesar de que no tuvieras casi dinero, pagaras mi estancia en aquel motel y mis comidas hasta traerme aquí. Sé que seguramente te quedaste sin ahorros por mi culpa, por lo que quiero que sepas que estoy dispuesta a devolvértelo todo. Sin embargo, como por el momento no puedo hacerlo, esta cena es un adelanto, y esto es una pequeña muestra de lo mucho que agradezco todo lo que has hecho por mí —dijo sacando de su bolso una cajita procedente de una conocida joyería que me hizo temblar.

—Madison, ¿qué has hecho? —pregunté tremendamente preocupado cuando abrí la caja y vi en su interior un caro reloj que calculaba que podía costar unos diez mil dólares.

—He pedido un préstamo a uno de los hombres que suelen ir al local de Bodhi. Todos dicen que es un usurero y que le ha roto las piernas a más de un cliente que no ha podido devolverle el préstamo, pero a mí me pareció muy simpático y se portó muy bien conmigo. Me comentó que, por ser yo, no me cobraría intereses durante varios meses y que más adelante ya los acordaríamos durante una cena de negocios y…

—¡Mañana mismo vas a devolver este reloj y vas a llevarme hasta ese usurero al que no deberías haberle pedido ni la hora para cancelar ese crédito! ¿Es que no has aprendido aún que no puedes gastarte un dinero que no tienes? —la reprendí con enorme preocupación, mesando mis cabellos completamente frustrado por sus irreflexivas acciones.

—¡Humm! Puede que tengas razón, Will, pero ¿cómo vamos a pagarle a ese hombre si ni tú ni yo tenemos dinero? Lo mejor será que hable con él sobre los intereses y le pague poco a poco, como acordamos… —manifestó Madison, comenzando a parecer preocupada, mostrándome que al fin se estaba dando cuenta del error que había cometido.

Entonces supe que para que no cometiera más errores, ya era hora de que revelara quién era yo en ese lugar.

—Madison, debo confesarte que tengo más dinero del que crees.

—Will, no quiero que utilices tus ahorros y te quedes sin nada por una de mis estúpidas equivocaciones a la hora de juzgar a la gente —dijo ella tomando mi mano entre las suyas, haciendo que cada vez me sintiera peor por haberle ocultado la verdad.

—No, Madison, no me entiendes… —repuse cerrando los ojos al no querer ver el rostro de esa mujer cuando le confesara que la había engañado durante todo ese tiempo—. Tengo suficiente dinero como para que me conozcan en este restaurante y me den mi mesa habitual. Verás, el rancho en el que trabajo…

—Es tuyo y de tus hermanos —afirmó Madison, cambiando

bruscamente su tono de voz de niña desvalida a mujer decidida, haciendo que abriera mis ojos para toparme con una mujer que ya no me miraba preocupada o con miedo desde detrás de su copa, sino que me retaba a dejar atrás mis mentiras y le contara la verdad—. Al fin eres sincero en algo…, y menos mal, porque ya me estaba quedando sin ideas para continuar inventándome más historias sobre ese ficticio usurero.

—Yo… nunca quise mentirte —dije intentando excusar mi comportamiento.

—Claro que no, por eso me llevaste a un tétrico motel de mala muerte y me ocultaste todo el tiempo la posición que ocupabas en este lugar. Juzgándome tan precipitadamente como haces siempre, creíste que por encontrarme en la ruina me agarraría al hombre rico que tuviera más a mano en vez de luchar por salir de esta difícil situación por mí misma. Pero ¿sabes? En ese momento lo que más necesitaba era una mano amiga que me ayudara a levantarme, no un hombre con dinero. Un rico vaquero es algo que nunca precisé en mi vida, ni antes ni ahora y, menos aún, uno tan mentiroso como tú —dijo dejándome sin palabras con las que defenderme, porque tenía toda la razón del mundo.

—Entonces, ¿no debo preocuparme por este reloj…? —murmuré devolviéndole ese presente con el que solo había querido darme una lección.

—Eso tan solo es uno de los caros presentes que, en alguna ocasión, compré para mi ex y que ahora he recuperado. Quédatelo, con él puedes pagar esta cena y recuperar todo el dinero que has gastado en mí hasta ahora. No quiero deberte nada.

—¡No te vayas! Me prometiste una cita y esta aún no ha terminado —dije reteniendo la mano de la mujer que no me daba una oportunidad, tal vez porque yo era tan idiota como para desaprovechar todas las que había tenido al alcance de mi mano.

—Esta cita terminó en el mismo instante en el que, de una sola mirada, tachaste mi vestido y a mí como de inadecuados para esta cita. ¿Te cuento un secreto, vaquero? La ropa no cambia cómo somos en realidad. Y tú, vestido con un traje de Saville Row o con tu ropa de faena, sigues siendo un mentiroso. Ven a verme ataviado solo con la verdad y ya hablaremos. Mientras tanto, esta cita ha terminado —declaró Madison, deshaciéndose de mi agarre para alejarse nuevamente de mí.

Pensé que sin un vehículo que la llevara no podía ir muy lejos, así que pagué despreocupadamente la cuenta mientras dejaba el reloj de propina al camarero.

Al no verla junto a la puerta me dirigí hacia el *maître*. Este me aseguró que Madison no había pedido ningún taxi, por lo que

comencé a preocuparme por ella. Miles de ideas me vinieron a la cabeza sobre cómo podría llegar ella hasta el local de Bodhi, y cuando pasó por mi mente la imagen de una chica elegantemente vestida haciendo autostop, corrí hacia la salida buscando con desesperación a esa mujer, hasta que me di cuenta de que ella aún tenía las llaves de mi vieja camioneta y que, finalmente, el que tendría que hacer autostop sería yo.

Capítulo 9

Tras robarle a Will su camioneta, haciendo que volviera a casa en un taxi que yo no podía pagarme, pensé que la devolución de ese vehículo podría ser la excusa perfecta para conocer a las organizadoras del evento benéfico en el que quería participar, de modo que a la mañana siguiente, después de mostrarle el vehículo de Will a Bodhi y ganarme una buena reprimenda, al fin conseguí la dirección del rancho La Carreta.

Cuando llegué a la extensa propiedad de los Walter, los trabajadores del lugar parecieron reconocer la vieja camioneta, aunque, obviamente, aún no me conocían a mí ni de lo que yo era capaz. Aparqué en una cuesta empinada sin echar el freno de mano y, mientras me bajaba del vetusto vehículo, anuncié despreocupadamente:

—Vengo a devolverle a Will su camioneta.

Antes de que esos asombrados hombres me pudieran señalar dónde se encontraba su jefe, el vehículo comenzó a deslizarse por la cuesta.

—¡Señorita, la camioneta! —exclamaron algunos trabajadores alarmados mientras otros corrían tras ella. Yo me dediqué a contemplar pasivamente el espectáculo a la vez que le preguntaba con indiferencia a uno de los hombres que estaba más cerca de mí:

—¿Me podrías decir qué es ese pequeño edificio hacia el que se dirige la camioneta de Will?

—Ese es el lugar donde guardamos el abono, señorita.

—¡Ah, perfecto! No te olvides de decirle a Will dónde he dejado su vehículo —respondí con una complacida sonrisa al tiempo que le entregaba las llaves al asombrado vaquero, que contemplaba junto a mí cómo se estrellaba la camioneta—. Muy bien… Y ahora, si me hicieras el favor de indicarme dónde se encuentra…

—Will está ocupado con los libros de cuentas. Seguramente se encuentre en estos momentos en su despacho, en la casa, y…

—Me parece estupendo, pero no busco a Will, sino a Olivia o a Abigail Walter.

—Las señoras Walter se encuentran en la pequeña clínica veterinaria. Creo que están en plena organización del acto benéfico que llevan a cabo todos los años.

—¡Magnífico! ¿Podrías llevarme hasta allí? —pregunté a ese

dubitativo hombre, que aún no sabía qué hacer. Pero mi bonita sonrisa, que nunca fallaba, y mis dulces palabras lo llevaron a decidirse a acompañarme al lugar—: Si no me llevas tú mismo, entonces tendré que volver a coger prestado algún vehículo de este rancho y lo aparcaré de la misma manera que el anterior.

El hombre reaccionó con alarma ante mi resplandeciente sonrisa y mis palabras y, mientras contemplaba la camioneta de Will aparcada entre la mierda, se precipitó hacia su vehículo y se ofreció amablemente a ser mi guía durante lo que durase mi visita a ese lugar, algo que seguramente se acabaría en cuanto Will se enterara de que yo me encontraba en su rancho y acudiese en mi busca para volver a pedirme una cita o, tal vez, para echarme de allí.

* * *

—No creo que este año tengamos nada nuevo o impresionante que ofrecer para llamar la atención de la gente. Estoy segura de que en esta ocasión Clementine Brans va a ganarme y a llevarse a todos a su propia fiesta, la cual, como siempre, celebrará en la misma fecha y a la misma hora que la mía solo para tocarme las narices —le contaba Abigail Walter a su sobrina Gillian a través de la videollamada que estaban manteniendo, en la que Gillian informaba a su tía de que en esas vacaciones tal vez no podría volver a casa por algún que otro suspenso. Y Abigail, ignorando los problemas de Gillian, continuó exponiendo los suyos acerca de la organización de su fiesta mientras se desplomaba sobre el programa que aún estaba sin terminar.

—¡Vamos, Abigail! No te desanimes. Ya sabes que los chicos del rancho siempre nos ayudan en la fiesta prestándose a ser subastados y que los hermanos Walter siempre serán un aliciente más que atrayente para las mujeres solteras del pueblo —apuntó Olivia, intentando animar a su amiga mientras su sobrina Gillian las miraba con reprobación.

—No pretenderéis volver a subastar a mis tíos, ¿verdad? —inquirió Gillian con mal humor.

—Por supuesto, pero ya sabes que será por una buena causa, cariño —respondió Olivia.

—Sí, pero ya solo nos quedan dos Walter solteros. Todas las mujeres dan por imposible pujar por Jacob o por Clay, ya que saben demasiado bien que a nosotras no nos van a ganar pujando por nuestros maridos —señaló Abigail sin hacerle caso a la joven de rubios cabellos con puntas verdes y fríos ojos azules que la miraba reprobadoramente desde la pantalla de su teléfono.

—¿Podríais dejar de torturar a mis tíos solteros en vuestra fiesta…? —protestó Gillian.

—No te preocupes, si estoy muy enfadada con Jacob en el momento en que se celebre la subasta, puede que no puje por él… —anunció Olivia.

—Eso no mejorará la situación de mis tíos —protestó Gillian hacia su alocada tía.

—No, pero así no solo torturaré a los solteros.

—Eso es mentira: si te cabreas con Jacob, lo comprarás igualmente por un precio desorbitado y luego le harás limpiar los platos vestido con un ridículo disfraz de criada como hiciste la última vez —apuntó Abigail con una sonrisa, provocando que la adolescente volviera a fulminarlas con la mirada.

—Vale, es posible que estemos perdiendo la baza de los atrayentes y solteros Walter y que necesitemos algún escándalo nuevo que le dé vida a nuestro evento, pero yo no pierdo la esperanza de que este surja en cualquier instante, ya que a los Lowell suelen perseguirnos las situaciones más escandalosas, lo queramos o no —declaró Olivia, intentando mantener la esperanza.

—Pero ya no eres una Lowell, Olivia: ahora eres una Walter, y ese pueblo es demasiado aburrido como para que ocurra algo mínimamente interesante en él —le recordó Gillian a su tía justo antes de que una chica asomara su curiosa naricilla en esa habitación, sorprendiéndolas a todas.

—¡Hola! Espero no interrumpir, pero no creo que disponga de mucho tiempo para hablar con vosotras antes de que Will se entere de que he aparcado su vieja y querida camioneta en el cobertizo del estiércol y acuda a echarme de aquí, así que me presentaré sin más y os diré qué estoy haciendo aquí.

»Me llamo Madison Mitchell, soy copropietaria del local de estriptis de Bodhi, y este año me gustaría colaborar con la fiesta benéfica que organizáis vosotras aportando unos calendarios. No pienso mostrar en ellos ningún desnudo, sino otras facetas de esas chicas que todos se niegan a ver. Quiero hacerlas brillar emulando a algunas estrellas famosas del cine del pasado, de las que se caracterizarán, para proporcionarles una oportunidad más allá de la que les conceden los habitantes del pueblo, que las ven siempre de la misma manera, estén o no sobre el escenario haciendo su espectáculo.

»Sin embargo, nadie más que nosotras sabrá lo que hay realmente dentro de esos calendarios hasta que los compren y los abran, por lo que se venderán mucho a causa del morbo que suscita la posibilidad de ver a mis chicas en diversas posturas sexys. Finalmente, en la página de diciembre pienso dejar una sorpresita —declaró esa mujer, relatando de carrerilla su descabellado plan y dejando boquiabiertas a sus interlocutoras, incluida a la adolescente que intentaba saber qué relación tenía esa mujer con su tío Will.

—¿Quién es esa mujer?

—¡El aliciente de nuestra próxima fiesta benéfica! —anunció Olivia mientras Abigail daba por concluida su conversación con Gillian.

—¡Eh! ¡Ni se te ocurra colgarme sin decirme quién es esa mujer! —protestó Gillian, a lo que Abigail contestó acercando lentamente su dedo a la pantalla mientras sonreía con gesto malvado. Luego cortó la videollamada y silenció su teléfono por completo.

—¿Qué te dije? —señaló Olivia a su amiga, recordándole que la novedosa locura que ambas esperaban para que su fiesta fuera todo un éxito se hallaba en esos instantes frente a ellas.

—¿Qué me decís? ¿Puedo formar parte de vuestro evento? —quiso saber Madison.

—¡Por supuesto, querida! De hecho, sin ti no habría fiesta o, al menos, no una tan escandalosa como la que queremos organizar —anunció Olivia mientras invitaba a Madison a sentarse—. Yo soy Olivia Walter, y esta asombrada pelirroja es Abigail. Y ahora, ¿por qué no nos cuentas más detalles de ese escandaloso proyecto antes de que aparezca algún enfadado Walter por la puerta intentando hacerte cambiar de opinión? —dijo Olivia, señalando al trabajador que la había conducido hasta ese lugar y que ahora corría con su camioneta hacia la casa, seguramente para dar aviso a Will de la presencia de Madison y también para revelarle la cuestión del calendario, provocando que, como siempre hacían los hombres de ese lugar, comenzaran a pensar mal, haciendo que surgieran un millón de malentendidos de los que, por supuesto, las organizadoras de ese evento se iban a aprovechar para darle publicidad.

* * *

—Estoy seguro de que Madison vendrá al rancho para devolverme la camioneta y pienso aprovechar ese momento. No lo desperdiciaré, y mediré mis palabras hasta conseguir que perdone mis mentiras. Madison no es una chica rencorosa y…

—Espera, Will, ¿estamos hablando de la mujer que te dejó una abultada cuenta que pagar en un restaurante de lujo y que te robó la camioneta haciendo que tuviera que ir a recogerte?

—Bueno, es que entonces estaba un poco enfadada conmigo. Pero ella es una chica muy dulce y muy pronto se le pasará.

—Pues yo creo que aún sigue algo molesta contigo —dijo Jayden, señalando con asombro dónde había dejado esa mujer la camioneta de Will.

—¡¿Eh?! ¡Pero ¿qué mierdas está pasando?! —gritó Will mientras corría hacia su camioneta, seguido de cerca por las burlas de su jocoso

hermano.

—¡Ni yo mismo lo habría descrito mejor, hermano!

—¿Se puede saber cómo ha ocurrido esto? —exigió Will a sus trabajadores, que aún intentaban sacar el vehículo del pequeño cuartillo en el que se había incrustado, esparciendo abono por todo el lugar.

—Una mujer llegó hace un rato diciendo que quería devolverle su camioneta, jefe. Era una bonita chica rubia de inocentes ojos azules, pero muy despistada, a la que se le olvidó echar el freno de mano después de estacionar en la cuesta, por lo que su vehículo acabó rodando sin control hasta estrellarse contra el cobertizo del abono —declaró Bill, uno de los trabajadores que trataba de solucionar ese estropicio.

—Sí…, «inocente y despistada» —repitió Will entre dientes, conociendo demasiado bien a esa mujer como para confundir sus vengativas acciones con un error—. ¿Dónde está ahora? —preguntó Will entre gruñidos, comenzando a perder la paciencia con Madison.

—No lo sabemos, jefe. Desapareció poco después de que se estrellara la camioneta.

—¡¿Alguien sabe dónde está ahora mismo esa mujer?! —gritó Will a la espera de una respuesta, sabiendo que Madison no había acudido hasta su rancho únicamente para devolverle su camioneta, sino que seguramente se traería entre manos algún otro descabellado plan que lo llevaría de cabeza.

Todos los hombres a su alrededor guardaron silencio, haciéndole saber que esa mujer era demasiado lista para ellos, hasta que, de repente, el silencio fue roto por uno de sus nuevos empleados, que corría en su dirección.

—¡Chicos! ¡Las chicas de Bodhi van a colaborar este año en la fiesta benéfica haciendo unos calendarios! ¡Yo no me pierdo esos desnudos, sobre todo si sale la rubita que está hablando ahora mismo con Olivia y Abigail y que dice ser la socia de Bodhi! —declaró alegremente ese joven, sin percatarse de los gestos de advertencia de sus compañeros, que lo avisaban del mal humor que exhibía Will en esos momentos.

—Dime algo: ¿esa «rubita» ha dejado algún mensaje para mí? —preguntó Will acercándose con paso amenazante al chico, quien, por lo visto, no sabía cuándo debía cerrar la boca.

—Sí, jefe: me pidió que le hiciera saber dónde había aparcado su camioneta —contestó el joven al tiempo que le entregaba las llaves del vehículo, avivando el enfado de Will.

—Perfecto, pues te toca a ti sacarla de ahí. Mientras tanto, yo me llevo el vehículo que estás utilizando —ordenó Will, cambiándole las llaves a su trabajador para marchar con paso decidido hacia una de las

furgonetas que utilizaban para las reparaciones, un vehículo en el que ya lo esperaba su hermano Jayden—. ¿Se puede saber qué haces aquí?

—¿Bromeas? No pienso perderme tu reencuentro con esa mujer —respondió Jayden, consiguiendo que Will le gruñera, gruñidos que aumentaron de intensidad después de que Jayden añadiera—: Y, de paso, quiero reservar uno de esos calendarios.

La respuesta de Will no se hizo esperar: cogiendo a su hermano de las solapas de su camisa, lo sacó a rastras de la camioneta para luego marcharse apresuradamente del lugar en busca de una mujer que siempre conseguía sacar lo peor de él.

* * *

No estaba furioso porque Madison me hubiera robado la camioneta, ni porque hubiera destrozado el pequeño y destartalado edificio donde guardábamos el abono, ni porque hubiera llenado mi camioneta de mierda al estrellar mi vehículo. Estaba furioso con ella porque iba a hacer unos calendarios donde saldría desnuda, convirtiéndose en la fantasía de cualquier hombre, cuando yo quería que únicamente fuera la mía.

Sabiendo al fin dónde podría encontrarla en esos momentos, no dudé en dirigirme rápidamente hacia el lugar donde se reunían mis cuñadas al tiempo que cruzaba los dedos, rogando para que no fuera demasiado tarde y pudiera impedir la elaboración de esos calendarios antes de que todos se emocionaran más de la cuenta con ellos. Para mi desgracia, en cuanto entré por la puerta de la clínica veterinaria supe que era demasiado tarde para hacerlas desistir de ese proyecto.

—Voy a contratar a un famoso fotógrafo de Nueva York para que haga las fotografías de los calendarios —dijo Olivia, provocando que Abigail no tardara en prestar también su ayuda para sacar adelante esa loca idea.

—Pues yo voy a encargarme de decorar el despacho de los Walter para hacer un estudio adecuado donde ese fotógrafo pueda trabajar sin problemas. Propongo que lo mantengamos todo en secreto hasta el último momento y…

Y antes de que esas tres mujeres se sumergieran de lleno en ese proyecto que no tenía ni pies ni cabeza, entré precipitadamente en la estancia. Y tras ignorar a mis cuñadas, me dirigí hacia la responsable de todo ese escándalo y me la eché al hombro.

—¡Pues yo voy a hablar con Madison sobre esos calendarios!

Esa mujer no se inmutó lo más mínimo por mi comportamiento. En lugar de eso, se acomodó mejor sobre mi hombro y me anunció, burlándose de mí:

—No te pongas así, Will. Si quieres salir en mi calendario, tan

solo tienes que decírmelo. Aunque no seas una de las chicas de Bodhi, yo te hago un hueco.

Sus jocosas palabras consiguieron que acelerara mi paso hasta la camioneta y que depositara a Madison con brusquedad en el asiento del pasajero mientras buscaba un lugar lo suficientemente apartado para que nadie pudiera interrumpir nuestra conversación.

Unos minutos más tarde, cuando detuve el vehículo, no dudé en volverme hacia ella e increparla con los miles de preguntas que se agolpaban en mi mente por culpa de sus acciones, con las que me volvía loco la mayor parte del tiempo.

—Dime que no planeas hacer un calendario de las chicas de Bodhi para la fiesta benéfica de mis cuñadas y, sobre todo, que tú no piensas salir en él.

—No planeo hacer un calendario de las chicas de Bodhi… —declaró Madison evitando mi mirada, mintiéndome con descaro. Y cuando atraje su esquivo rostro hacia mí, añadió—: Planeo hacer cientos de calendarios de las chicas de Bodhi, ya que si solamente hago uno no obtendremos demasiadas ganancias.

—¿Y tú? ¿Tú saldrás en él?

—Sí, aunque todavía no he decidido en qué mes. Si quieres que te guarde uno para ti…

—No, lo que quiero es que no poses para ese calendario.

—¿Y eso por qué? —preguntó ella, desafiándome con la mirada a que le confesara que para mí era algo más que el mero encargo que me había dejado su padre, que era la mujer que deseaba para algo más que una sola noche y que era la persona que, poco a poco, se estaba haciendo un hueco en mi corazón.

Unas palabras que yo aún no estaba preparado para expresar en voz alta ni ella lista para oírlas, pues en esos instantes estaban rodeadas de demasiadas mentiras. Así que, sin saber qué contestar, salí de la camioneta, abrí la puerta del pasajero, le desabroché el cinturón y volví a cargármela al hombro para dirigirme hacia un pequeño edificio donde guardábamos el heno, que en esos momentos debía de estar vacío.

Cuando llegué a mi destino, la dejé en el suelo y, tras sentarme sobre una pila de heno, le ordené provocativamente mientras la devoraba con la mirada:

—Desnúdate.

—¡¿Qué?! —gritó Madison indignada.

Yo sabía que me estaba comportando como un canalla, pero esperaba que con mi conducta se diera cuenta de lo que conllevaría hacer esos calendarios, de las miradas lascivas que recibiría de parte de todos los que la contemplaran entre esas páginas y luego la observaran fuera de ellas tan solo como un objeto de su deseo, sin

llegar a conocer a la gran chica que podía ser Madison.

—Si quieres hacer esos calendarios, muéstrame lo que vas a enseñarle al fotógrafo para el que pretendes posar y, después, a los cientos de personas que puedan acabar comprándolos. Si no puedes aguantar mi mirada, es evidente que no podrás aguantar la de los demás —la desafié sin apartar mis ojos de ella, queriendo enseñarle una lección. Pero, una vez más, fue ella quien me la dio a mí cuando aceptó mi reto y comenzó a desnudarse.

Sin apartar su mirada de la mía, Madison se desprendió de su ropa. Primero se deshizo de su chaqueta vaquera arrojándola a un lado. Luego alzó lentamente su camiseta de tirantes, enseñándome poco a poco su delicada y blanca piel, mostrándome un excitante sujetador de encaje que hizo que yo tuviera que apretar los puños a ambos lados de mi cuerpo para contener mi deseo de tocarla, de acariciarla, de hacerla mía y de mostrarle hasta dónde llegaba mi pasión.

A continuación, tras arrojarme de un modo burlón la camiseta, me sonrió ladinamente y comenzó a desabrocharse la falda para dejarla caer despacio hasta el suelo. Entonces me miró orgullosamente, ataviada solo con su ropa interior negra y unas botas vaqueras negras y doradas que hacían juego con ella.

Luego se encaminó hacia mí y, mientras yo me preguntaba cuánto tiempo más podría contener mis codiciosas manos, que solo querían tocarla, alzó mi barbilla con un dedo para que la mirara a los ojos y solo la viera a ella, cosa que me hizo desearla aún más.

—¿Crees que esto es lo que debo mostrarles a todos en esos calendarios o piensas que debo desprenderme de alguna prenda más? —preguntó tentadora mientras jugaba con el tirante de su sujetador, haciéndome sudar, para luego volver a ponerlo en su sitio mientras me reprendía—: ¿Por qué creéis todos que ese calendario será de chicas desnudas?

—Porque se trata de las chicas de Bodhi.

—¡Ah, claro! Y, por supuesto, ellas solo pueden salir en un calendario de esa manera, ¿verdad? —preguntó Madison fijando su acusadora mirada sobre mí, haciéndome sentir culpable.

—No creo que nadie lo comprase si fuera de otra forma —contesté, ateniéndome a la verdad.

—¡Oh, sí! Lo harán, porque, aprovechándome de los chismes y de vuestros prejuicios, voy a hacer que la curiosidad os lleve a todos a adquirir ese calendario, incluido tú —dijo ella mientras me señalaba victoriosamente con un dedo.

—¿Y por qué debería comprar uno de esos calendarios, si puede saberse? —pregunté intentando burlarme de su confianza.

—Porque, gracias a ti, he decidido que entre sus páginas habrá

un excitante y erótico semidesnudo. Y no sabrás de quién es hasta que lo compres —declaró exhibiendo una pícara sonrisa tras la que guardaba alguno de sus trucos. No obstante, lleno de preocupación por ella, y también de celos, cogí su mano y la arrastré hasta mi regazo.

—No quiero que nadie más que yo pueda contemplarte así —le susurré, apresándola entre mis fuertes brazos.

—¿Así, cómo, vaquero: fuerte, decidida, luchadora? —replicó apartándose un poco de mí mientras me observaba.

—Seductora, excitante, tentadora e irresistible para cualquier hombre…, sobre todo para mí —anuncié a la vez que una de mis manos se enredaba entre sus cabellos.

Tras atraerla hacia mi boca, comencé a devorar sus tentadores labios acallando cualquier protesta que pudiera salir de ellos. Con mi beso quería dejarla lo suficientemente aturdida como para que no pudiera pensar en otra cosa, quería seducirla como un canalla para que accediera a mis exigencias, por eso mi lengua irrumpió en su boca reclamando su deseo, buscando sin clemencia su rendición y no permitiendo que su dubitativa lengua se alejara, y me diera una respuesta tan ávida como la mía.

Las manos de Madison, que en un principio habían intentado alejarme, ahora apretaban mi camisa entre sus cerrados puños mientras su cuerpo se arqueaba hacia el mío, y solo cuando de sus labios salió un gemido de rendición, yo le permití tomar aliento.

—¿Por qué no te olvidas de esos calendarios? —le pedí, intentando persuadirla para que cambiara de opinión mientras mis besos comenzaban a deslizarse dulcemente por su cuello, haciéndola gemir mi nombre.

—No —se negó ella a pesar de todo. Y jugando tan sucio como yo, comenzó a mecerse contra mi dura erección a la vez que me susurraba al oído—: Dime, Will, ¿cuántos de mis calendarios vas a comprar?

Sus palabras me molestaron, pero sus movimientos sobre mi regazo provocaron que yo también gimiera ante su audacia al mismo tiempo que una de mis manos agarraba con firmeza ese travieso trasero, marcando el ritmo que deseaba.

Mi otra mano descendió por su cuerpo lentamente, haciéndola estremecer, calentando su suave piel con mi tacto. Pasé mis dedos por encima del sugerente sujetador y jugué con el cierre delantero mientras acariciaba su piel, causando que sus pezones se alzaran dándome la bienvenida en cuanto la desprendí del sujetador. En ese momento ella tapó con timidez sus desnudos senos con las manos y yo, intentando burlarme de su idea de posar desnuda cuando apenas era capaz de mostrar sus pechos ante mí, la provoqué:

—Vamos, Madison. Admite lo que tú y yo sabemos: no vas a ser capaz de hacer esos calendarios y, evidentemente, el desnudo que aparezca entre sus páginas no será el tuyo —declaré, alzando irónicamente una ceja ante su evidente vergüenza. Pero ella, tan decidida como siempre a salirse con la suya, me dirigió una mirada desafiante antes de apartar sus manos para dejarlas a sus costados, mostrándome abiertamente su desnudez.

En ese momento, incapaz de evitar los tentadores frutos que se exponían ante mí, acerqué una mano sin llegar a tocarlos, haciendo que su cuerpo temblara de anticipación ante el placer de mis caricias. Mi boca se acercó a ellos, y, sin que mis labios llegaran a rozar su piel, solo la toqué con mi aliento a la vez que susurraba cerca de sus erectas cumbres.

—¿De verdad vas a mostrarte así ante otro hombre? —le pregunté alzando mis ojos hacia ella. Y, tras recibir de Madison una decidida mirada, resolví marcar su cuerpo con mi deseo para que no pudiera hacerse esas malditas fotografías.

Mi mano, que hasta entonces se había mantenido impasible, rozó sutilmente sus erguidos pezones haciendo que ella se arqueara hacia mí, buscando más de mis caricias. Cuando acogí entre ellas sus exuberantes pechos, no dudé en estimularlos con mis caricias y en agasajarlos con mis dedos pellizcando levemente sus erguidas cumbres.

Haciéndola gemir mi nombre, conseguí que Madison volviera a buscarme meciéndose una vez más contra mi erección al tiempo que sus senos se rozaban contra mis labios, tentándome. Sus movimientos lograron que finalmente mi boca se hundiera entre ellos, y, haciéndome con sus enhiestos pezones, comencé a excitarlos con mi boca, succionándolos a mi gusto, obteniendo más de un gemido de placer de sus tímidos labios y una marca en su blanca piel de la que ella apenas se percató en medio de su goce.

Y, queriendo que ella sintiera el mismo descontrolado ardor que me embargaba a mí, mi mano guio su trasero para marcar el ritmo de sus tentadores movimientos contra mi duro miembro, que me reclamaba que lo sacara de su encierro y me hundiera profundamente en el cálido interior de esa hermosa y excitante mujer.

A continuación, deseando oír más de esos gemidos que llevaban mi nombre, mis dientes rozaron sus sonrosadas cumbres, mordiéndolas sutilmente, haciéndola gritar cuando un leve dolor la embargaba, dolor que calmaba de inmediato con las atenciones de mi juguetona lengua antes de volver a torturarla en un ciclo de placer con el que intentaba castigarnos a ambos por desear algo que no podíamos tener, ya que sucumbir a ese deseo podía acarrearnos demasiados problemas. No obstante, Madison representaba para mí un deseo al

que cada vez podía resistirme menos, pese a saber las consecuencias que podía traerme rendirme ante él.

—Olvídate de esos calendarios… —volví a susurrarle al oído, dispuesto a salirme con la mía aunque fuera haciendo trampas—. No creo que con las marcas que tienes en la piel puedas hacerte ninguna fotografía desnuda —declaré, haciendo que reparara en las señales que mi pasión había dejado sobre ella.

Para mi asombro, después de dar un gritito de indignación al ver sus senos enrojecidos, se vengó de mí mordiendo mi cuello, logrando que el poco control que yo aún tenía para contener mi deseo se esfumara por completo. Y más aún después de oír su nueva respuesta a mi petición:

—No.

Así pues, dispuesto a obtenerlo todo de ella, quise que Madison se derritiera entre mis brazos mientras grababa en su cuerpo la idea de que yo era el único hombre que podía contemplarla así.

Sorprendiéndola con mi brusquedad, rompí su insinuante tanga, acabando de este modo con la ínfima barrera que cubría su húmedo sexo, y extraje mi palpitante miembro de su encierro. A continuación, rocé con la punta de mi dura erección su zona más sensible, haciendo que sus maldiciones aumentaran, a la vez que ella se mecía con más desesperación contra mí.

Sus uñas marcaron mi espalda cuando comencé a guiarla hasta el clímax, sin dejarla llegar y sin introducirme en ella como ambos deseábamos, solamente rozándome contra su húmedo sexo, tentándola con el placer sin llegar a concedérselo del todo.

Cuando sus caderas trataron de perseguir su deseo, mis fuertes manos la retuvieron impidiéndole moverse, y Madison me maldijo una y otra vez.

—¿Vas a olvidarte de esos calendarios? —pregunté de nuevo cuando ella estaba a punto de llegar a su orgasmo y yo estaba al límite de mi control.

—¡No! —se negó empecinadamente, volviendo a morderme para luego susurrarme al oído—: Porque, tanto desnuda como vestida, esas fotografías seguirán mostrando lo mismo: simplemente me mostrarán a mí. Y yo nunca me avergonzaré de ser la persona que soy —declaró, haciendo que la deseara aún más.

Mis manos en esta ocasión dejaron de retener sus imprudentes caderas, que convulsionaron contra mi miembro rozándose a placer, consiguiendo su propio orgasmo mientras yo tan solo deseaba hundirme profundamente en su interior.

Tras ver a Madison tener su orgasmo, la tumbé sobre el heno, dispuesto a hundirme hondamente en ella, cuando unas voces provenientes del exterior me llamaron a gritos, acabando de lleno con

ese tórrido momento en el que yo quería amar a esa chica sin testigo alguno de nuestra pasión, a pesar de que mi duro miembro no pensara lo mismo en esos instantes.

—¡Mierda! Será mejor que te vistas. Te llevaré a casa después de hablar con mis hombres y con mi molesto hermano —le dije mientras me alejaba de ella y comenzaba a recomponer mi aspecto, sin dejar de echar una fría mirada hacia el exterior, donde esas voces insistían en reclamarme.

Madison, exhibiendo la vergüenza que antes había olvidado para enfrentarse a mí, se vistió tímidamente en un rincón. Un momento después, cuando pasó por mi lado hacia la salida, vi una de mis marcas en su cuello y sonreí complacido mientras le recordaba:

—No puedes salir desnuda en esos calendarios. Si es para ganar algo de dinero, sabes que yo puedo prestártelo —le dije, sin saber cuán equivocadas eran mis palabras hasta que la vi cerrar sus ojos como si se sintiera profundamente decepcionada conmigo.

Cuando los volvió a abrir, su desafiante mirada, con la que siempre retaba a todos, se clavó en mí.

—Sí, claro… ¿Por qué otro motivo iba a elaborar esos calendarios una niña mimada como yo si no fuera por conseguir más beneficios? —inquirió dirigiéndome una sonrisa irónica que no me gustó. Y aún menos cuando añadió, quitándome la pequeña victoria que había conseguido sobre ella—: ¿Sabes? Aún no hemos decidido cuándo vendrá el fotógrafo, por lo que tal vez estas marcas ya no estén para entonces y no haya problemas para hacerme esas fotografías —comentó mientras acariciaba distraídamente su cuello—. En cuanto a lo de llevarme a casa, no te preocupes: ya me llevo yo —declaró enseñándome una llave junto a un llavero en forma de sombrero vaquero de color rosa chillón que sabía que pertenecía a Olivia.

Finalmente, se esfumó mi oportunidad de seguir hablando con ella y de aclarar mis confusos sentimientos, que siempre me llevaban a decir las palabras más inadecuadas, Madison se alejó de mí y yo intenté seguir sus pasos entre las miradas curiosas de mis trabajadores y los cuchicheos que comenzaban a alzarse sobre nosotros.

Cuando llegamos a su vehículo, traté de pedirle disculpas por mi comportamiento, intenté explicarle una vez más por qué me molestaba tanto la idea de que ella apareciese en esos calendarios cuando ni yo mismo entendía mis ofuscados sentimientos, pero antes de que ninguna palabra pudiera salir de mi boca, Madison se volvió enfadada hacia mí y, mientras sujetaba la puerta del coche, me dijo:

—¿Sabes una cosa, vaquero? Solamente sabrás si soy yo la que saldrá desnuda entre las páginas de ese calendario cuando lo compres. Si no quieres que nadie vea ese desnudo, tienes una solución muy sencilla: comprarlos todos… Al fin y al cabo, creo haber oído por ahí

que te sobra el dinero.

Con sus palabras, me recordó cómo había jugado con ella ocultándole cuál era mi verdadera situación, aunque tuviera un buen motivo para comportarme así, un motivo que aún no podía revelarle.

La maliciosa sonrisa con la que se despidió de mí antes de subirse a ese coche y abandonarme sin mirar atrás me anunció que o bien no me creía capaz de comprar esos calendarios, o bien comenzaba a conocerme demasiado bien y, con sus retadoras palabras, tan solo estaba sacando a relucir la despiadada habilidad que los Mitchell mostraban a menudo en sus negocios cuando pretendían ganar a toda costa sin importarles nada más.

Capítulo 10

Estaba furiosa con el hombre que solo seguía viendo en mí a una niña mimada que se movía por dinero. En un principio, mi idea del calendario solo pretendía darle publicidad a mi negocio, pero ahora quería utilizarlo para concederles a esas chicas el lugar que todos les negaban y que nadie pudiera echarlas de esa fiesta a la que nunca las habían invitado. Y si luego resultaba que éramos las que más dinero recaudábamos para ese evento benéfico, mucho mejor: así podríamos restregárselo por las narices a otros negocios y a ciertas personas.

En esos instantes había avanzado mucho en mi proyecto, pero el encuentro con Will me había amargado el día. Aun después de haberle dado una lección la noche anterior al desvelar todas sus mentiras, ese hombre tenía el atrevimiento de juzgarme, de creer que con esos calendarios lo único que buscaba era ganar dinero, sin importarme nada más.

Dejándose guiar por lo que todos decían, Will no me había dejado explicarle cuál era mi idea para los calendarios, en los que todos creían que las mujeres que trabajábamos en el local de Bodhi saldríamos desnudas. Así que, bastante cabreada, estaba más que decidida a que, si conseguía llevar a buen término mi idea, iba a hacer que apareciera un desnudo entre sus páginas solo para darles la razón a todos esos chismosos, aunque no sería el que ellos esperarían.

El coche que Olivia me había prestado para que pudiera desplazarme me había proporcionado la oportunidad de dejar a Will atrás sin tener que oír más de esas palabras con las que solo conseguía cabrearme y de alejarme de él antes de que mi estúpido corazón se acelerara por esos besos, esas caricias y esa pasión que había compartido conmigo con la única intención de tratar de convencerme para que hiciera lo que él quería.

Las desafiantes palabras que me había arrojado sin permitirme ofrecerle ninguna explicación me habían llevado a convertirme en esa chica atrevida que nunca antes había sido y, mientras lo era, caí estúpidamente en el deseo que sentía hacia el único hombre que había sido mi apoyo en los peores momentos, a pesar de que luego se equivocara continuamente conmigo.

Al tiempo que yo le entregué mi pasión sin reservas, rindiéndome a él sin condiciones, Will me mostró con sus palabras y con sus actos que su deseo había constituido una herramienta para conseguir lo que

deseaba de mí. Las marcas que había dejado en mi piel no fueron debidas al descuido de un apasionado momento, sino un movimiento calculado para intentar manejarme a su antojo, y eso era algo que yo no pensaba permitir.

Si Will no me hubiera juzgado precipitadamente, si me hubiera escuchado en vez de exigirme que hiciera lo que él quería, le habría explicado cuáles eran mis planes y calmado sus temores. Pero como él no se había tomado ni siquiera unos segundos para escucharme, yo no pensaba tomármelos para explicarle nada.

Harta de los hombres que únicamente pensaban lo peor de mí, me sentí muy dispuesta a darle una lección a otro de ellos cuando vi al encantador Samuel Rocher encandilando a Tina una vez más con sus falsas palabras y su aún más falsa riqueza.

Por lo que me habían contado Will y Nina, a ese hombre le gustaba jugar con las mujeres, disfrutaba haciendo apuestas sobre ellas y sintiéndose superior mientras presumía de su fortuna. Ese tipo me recordaba demasiado a mi ex, un hombre que se escudaba en el dinero para suplir todas sus carencias y que se sentía superior al denigrar a otros. A mis ojos resultaba más que evidente que pretendía que Tina fuese su nueva víctima, algo que no pensaba permitir.

Cuando me dirigí hacia ellos, Tina se apresuró a adentrarse en el local de Bodhi como si esa relación fuera un secreto que quería mantener oculto o, más bien, como si no estuviera preparada para oír de nuevo los consejos de una amiga acerca de un hombre en cuyas promesas ella quería creer, a pesar de sospechar que tan solo le haría daño.

—El local aún no está abierto —dije en cuanto llegué junto a Samuel, que no dudó en ofrecerme una de sus más encantadoras y falsas sonrisas, a la que contesté de la misma manera.

—Lo sé, lo sé… Únicamente estaba disculpándome con Tina por el rudo comportamiento que tuvieron mis amigos aquí la última vez.

—¡Ah! ¿Y por qué no te disculpas también con uno de los dueños…? ¿Por qué no te disculpas conmigo? —declaré en tono coqueto, haciendo que sus ávidos ojos se fijaran en mí y que a su rostro asomara por unos instantes esa sonrisa depredadora que evidenciaba lo mucho que le gustaba jugar con las mujeres—. He oído que te gusta invitar a las chicas a caros restaurantes…, y yo nunca he estado en ninguno —le dije en voz baja y seductora mientras, comportándome como la niña caprichosa que se suponía que era, acariciaba distraídamente su pecho con uno de mis dedos por encima de su camisa.

—No sé si sería lo más adecuado ahora mismo, ya que le he prometido una cena a Tina —se excusó él, mirando hacia la puerta por la que había desaparecido la chica a la que ya había embaucado.

—Bueno, si no estás dispuesto a invitarme a uno de esos elegantes lugares, tal vez tenga que aceptar la proposición que siempre me hace Will Walter —contesté, apartándolo de mí con la misma mano con la que lo había estado acariciando, estableciendo una distancia entre nosotros.

Y mientras me alejaba de él moviendo seductoramente mis caderas, fui contando mentalmente los segundos que su ego tardaría en saltar después de ver a uno de sus objetivos alejándose de su alcance.

—Espera, no te vayas. Creo que podré realizar un cambio de planes e invitarte a esa cena para ofrecerte una debida disculpa —dijo Samuel cuando mi cuenta apenas había llegado a cinco, apresurándose a retener mi mano entre las suyas.

Con ello me demostró que las apuestas que había hecho con mi nombre valían mucho más que las de Tina, así como que Samuel creía que yo era una de esas mujeres a las que podía hacer sentir inferior con su dinero, sin llegar a sospechar que, para mí, ese dinero y esos lujos con los que pretendía impresionarme ya no tenían ningún valor.

—¡Perfecto! ¡Me siento muy emocionada ante la perspectiva de esa cena! —dije, sin mentir en ningún momento, pues realmente me sentía muy emocionada de poder demostrarle a ese despreciable sujeto que a su juego podían jugar dos.

—¡Estupendo! En ese caso, te recogeré el jueves a las ocho. Vístete como quieras: seguro que estarás hermosísima con cualquier cosa que te pongas.

—Gracias —le dije, sonriendo estúpidamente mientras recordaba la estricta etiqueta que exigían algunos elegantes restaurantes para dejar pasar a sus clientes. Y mientras reflexionaba sobre cuál de mis vestidos de marca usaría para dejar en ridículo sus trajes de segunda, recibí un mensaje que me hizo sonreír complacida y que esperase con más impaciencia todavía esa cita—. ¡Qué bien! ¡Acabo de recibir el mensaje de que mi coche por fin está arreglado y de que lo tendré listo justo para ese día! Si no te importa, Samuel, nos veremos en el restaurante: ¡estoy deseando volver a conducir mi pequeño vehículo!

—Por supuesto que no me importa, guapa. Si me das tu número de teléfono, te enviaré la dirección de ese elegante restaurante francés, pero te esperaré en la puerta, ya que no quiero que te sientas perdida. Eso sí, si bebes demasiado no te permitiré conducir de vuelta.

—¡Oh, muchas gracias! Nadie había sido tan atento y caballeroso conmigo antes, Samuel —repuse, echándome falsamente en sus brazos mientras sonreía con malicia, un gesto que él no pudo contemplar, pero que sí hizo Bodhi desde la puerta, dirigiéndome una de sus reprobadoras miradas al intuir que estaba planeando algo—. ¡Oh, mira! Bodhi me reclama. Nos vemos el jueves.

Aproveché la furiosa mirada que Bodhi me dirigía como excusa para alejarme de Samuel y este, creyendo que iba dirigida a él, dio un paso atrás a la vez que me dejaba libre.

Yo corrí hasta Bodhi, y cuando estuve junto a él, me despedí de Samuel con una alegre sonrisa, provocando que Bodhi gruñera y que Samuel saliera corriendo hacia su coche.

—¿Estás planeando darle una lección a ese tipo? —susurró Bodhi sin dejar de fulminar a Samuel Rocher con la mirada.

—Por supuesto —contesté yo entre dientes sin mirarlo, manteniendo en mi rostro una falsa sonrisa para Samuel.

En cuanto ese tipo desapareció de escena, también lo hizo mi sonrisa. Entonces me volví hacia Bodhi y le adelanté lo que pensaba hacer.

—Ya que tus advertencias parecen no ser lo suficientemente intimidantes como para mantenerlo alejado de las chicas, tal vez recibir un poquito de su propia medicina lo lleve a pensar dos veces si volver a jugar con una mujer o, por lo menos, con las mujeres que trabajan en este establecimiento. ¿Se puede saber por qué no has sacado antes la basura, Bodhi? —me quejé, haciéndole ver que ese tipo era un problema del que debería haberse deshecho hacía tiempo.

—Porque una de mis reglas es no meterme en la vida privada de mis trabajadoras —respondió mi socio al tiempo que sus ojos se dirigían hacia Tina, que mostraba un rostro lloroso que me contemplaba con resentimiento—. Por cierto, ¿qué crees que dirá Will Walter sobre esa cena que celebrarás precisamente con el hombre del que él ha intentado alejarte todo el tiempo?

—Vaya, veo que en mi vida sí te metes… —lo increpé al tiempo que fijaba mis ojos en él a la espera de su respuesta.

—Tú no trabajas para mí, eres mi socia —declaró Bodhi con descaro, empleando la misma excusa que usaba yo en ocasiones para fastidiarlo.

—No me importa lo que diga ese vaquero. Will no es menos mentiroso que Samuel y, en muchas ocasiones, me juzga tan estúpidamente como él. Mientras que Samuel solo ve el dinero que no tengo, Will nada más ve el que tuve. Y yo, con dinero o sin él, lo único que quiero es que me vean a mí.

—Entiendo por tus palabras que ese hombre sigue siendo un idiota, así que procura no enamorarte de él o, al menos, no lo hagas hasta que deje de comportarse como un necio —manifestó Bodhi, preocupándose de verdad por mí y haciendo que a mi rostro asomara una sonrisa, hasta que añadió, mostrándome los murmullos que comenzaban a formarse entre las chicas, que volvían a dirigirme unas miradas con las que me señalaban otra vez como el enemigo—: Ellas no te lo van a agradecer.

—Es posible… No obstante, yo seguiré adelante con esa cita. Y para celebrar ese evento, pienso acudir con mi coche, que no tardará en llegar del taller. ¿Qué te parece? —dije enseñándole la fotografía de mi caro descapotable de lujo, ante lo que Bodhi simplemente sonrió.

—Recuerda hacer una fotografía de ese tipo cuando acabes con él.

—No te preocupes, la haré.

—De acuerdo… Ahora, si has terminado de perder el tiempo, a trabajar.

—¡Por Dios, Bodhi: yo nunca pierdo mi tiempo! Hasta hace unos minutos he estado planificando nuestra participación en el evento benéfico de Olivia y Abigail Walter.

—Pensaba que solamente ibas a devolverle la camioneta que le tomaste prestada a Will.

—Eso hice: se la dejé aparcada en un lugar muy adecuado para él en cuanto pisé su rancho —respondí, enseñándole otra fotografía donde mostraba cómo había estacionado la camioneta de Will, lo que hizo que Bodhi prorrumpiera en carcajadas—. Y luego me dio tiempo a hablar con Abigail y Olivia Walter para conseguir su ayuda en mi proyecto. Como puedes ver, ha sido una visita fructífera, aunque aún no he pensado en lo más importante de esos calendarios…

—¿Ah, sí?¿De qué se trata?

—De cómo vas a salir tú en ellos y en qué mes —respondí, haciendo que Bodhi perdiera su sonrisa mientras me gruñía.

—¡A trabajar!

Sin embargo, a pesar de sus bruscas palabras, antes de que me alejara de él, mi socio me cogió de un brazo y me advirtió, al tiempo que me observaba con preocupación:

—Hacer lo que crees correcto no siempre es fácil y puede doler mucho. Puede que las personas que te rodean no comprendan tus motivos para actuar como lo haces y te juzguen precipitadamente, viéndote como ellos quieren verte y no como eres en realidad.

—¡Bah! Eso no será nuevo para mí —respondí, recordando las miradas que me echaba constantemente cierto vaquero desde que me conoció como una niña mimada, las que me dirigía la gente por trabajar en ese local y las que había recibido de las personas que me habían visto perderlo todo y que pensaron que sin mi dinero yo ya no tenía ningún valor.

—Es verdad, pero eso no significa que duela menos —apuntó Bodhi, al que abracé como agradecimiento. A pesar de su rudo aspecto, ese hombre tenía un gran corazón.

Cuando entré en el local, las chicas ya no me miraban como amigas. Las risas cómplices que habíamos compartido hasta ese

momento habían desaparecido, e incluso Nina, que sabía mejor que nadie cómo era ese tipo, me miraba resentida.

—¿Sabías que Samuel estaba saliendo conmigo? —me increpó Tina mientras me enseñaba un mensaje con el que ese hombre posponía su cita con ella y se excusaba, dejándome a mí como lo peor.

Comprendiendo que esos airados ojos que tenía ante mí no buscaban una respuesta y no querían saber mis motivos, sino solo gritarme su resentimiento, no busqué ninguna explicación que darle y simplemente me atuve a la verdad, a pesar de que esta doliera.

—Sí. Por lo visto, las apuestas que ese tipo ha hecho con sus amigos sobre a quién se llevaría a la cama en esta ocasión estaban entre tú y yo. Tras ver ese mensaje, yo diría que las mías son más altas —declaré, ganándome una bofetada de Tina.

—¡¿Por qué lo has hecho?! —inquirió.

Y como sus ojos seguían sin buscar una respuesta a pesar de mis palabras, no me molesté en darle ninguna.

—¿No es evidente? Porque he apostado por mí misma y quería ganar ese bote.

La furiosa mano de Tina volvió a alzarse, pero, para mi asombro, Bodhi la detuvo. Y dirigiendo hacia las chicas una airada mirada que nunca había visto en él, gritó:

—¡A trabajar!

Una vez todas se hubieron alejado, Bodhi colocó algo de hielo en mi mejilla y, tras soltar un suspiro de resignación, me reprendió.

—¿Por qué no te has defendido? ¿Por qué no les has recordado que eres dueña de este negocio y que puedes echarlas a la calle en cualquier momento?

—Porque ninguna de ellas cree que sea la dueña de este lugar. Además, yo no soy así, Bodhi.

—Eres demasiado blanda.

—Sí, no soy como mi padre, pero estoy aprendiendo a ser fuerte. No obstante, quiero hacerme fuerte con mi propia lucha, no pisoteando a los demás —dije haciéndole ver que no pensaba tomar ninguna represalia contra esa bofetada.

—No, tú no eres como Fitzgerald: eres mejor que él —manifestó Bodhi, sorprendiéndome por completo, ya que mi padre hasta hacía poco había sido un triunfador al que muchos admiraban, y yo, una persona a la que nadie notaba.

—Gracias —le respondí, agradecida al comprobar que había alguien que me miraba sin ver en mí el dinero que había tenido, el lugar en el que ahora trabajaba o la persona que había sido, sino que, simplemente, me veía a mí—. Bodhi, esas son las palabras más bonitas que me han dicho en la vida.

—Entonces las personas que has tenido hasta ahora a tu

alrededor son idiotas.

—No, solo unas mentirosas —apunté, recordando las falsas alabanzas de unas mujeres que se declararon mis amigas o las de un hombre que juró amarme hasta que se me acabó el dinero—. Por eso tus palabras valen mucho más, porque son de verdad.

—¿Y las de ese Walter que te persigue?

—Will nunca tiene palabras bonitas para mí.

—¡Venga ya! Seguro que te ha dicho alguna… Pero te lo advierto: no debes caer bajo su influjo, ya que ese tipo de hombre es el más peligroso. Dicen que los Walter son unos conquistadores y… —continuó Bodhi, persiguiéndome hacia el interior de nuestro establecimiento, dándome el preocupado discurso propio de un padre, lo cual me recordó al mío, que no tenía en esos instantes a mi lado, llevándome a preguntarme si él estaría viviendo tantas dificultades como yo sufría para hacerme un lugar en el mundo más allá del que una vez tuve gracias al dinero.

* * *

—Fitzgerald, ¿de verdad me estás diciendo que mientras tu hija está trabajando como camarera en la barra del bar de mi cochambroso local, creyendo que lo ha perdido todo, tú estás tan tranquilo, disfrutando de unas vacaciones en una isla paradisíaca? —preguntó Bodhi muy enfadado al hombre que continuamente lo molestaba para saber de su hija. Unas llamadas que él a veces atendía y otras no, solo para darle a ese orgulloso hombre una lección.

—Madison merecía saber lo dura que es la vida.

—Ya, y de todos los negocios que tienes, tenías que dejarle precisamente este —comentó Bodhi al tiempo que no dejaba de vigilar a esa inocente chica y de espantar con su ruda mirada a todos los lobos que pretendían acercarse a ella.

—¡Eh! ¡Que ese negocio lo eligió Will Walter de una lista que le mostré! Creo que en ese momento estaba algo resentido conmigo porque acababa de negarme a devolverle la parte que tengo de su rancho y le pedí a cambio que cuidara de Madison.

—Y pese a ello, ¡¿lo dejaste elegir un negocio para tu hija?!

—Pensé que era buena idea que Madison trabajase contigo. Es una muy buena lección para ambos. Por cierto, te llamaba para saber cómo está Maddie y para pedirte que vigiles a Will, ya que he oído que los Walter son demasiado encantadores con las mujeres —declaró Fitzgerald preocupado, mientras Bodhi contemplaba en esos instantes cómo Will, el supuesto conquistador, se acercaba a la barra y, tras atraer la atención de Madison, las primeras palabras que salían de su boca no conseguían encandilarla en absoluto:

—Dime que no vas a salir con ese idiota.

—Pues, la verdad, no veo dónde está el encanto de ese Walter —dijo Bodhi mientras daba un paso hacia Madison para defenderla de ese celoso hombre.

Pero antes de que lo hiciera él, ya se había encargado la propia Madison de defenderse, demostrándoles a todos que ella no era una persona con la que se pudiera jugar al echarle un chorro de sifón en la cara a Will, tras lo que le anunció despreocupadamente:

—En efecto, no voy a volver a salir contigo, idiota. En cuanto a Samuel Rocher, eso no te concierne. Por cierto, te recuerdo que aquí solo puedes sentarte si vas a pedir una copa. Si no vas a tomar nada, ahí está la puerta.

Ante el asombro de Bodhi, ese hombre, a pesar de sus errores, parecía estar interesado en Madison de verdad, por lo que, tras limpiarse el rostro con las manos, se sentó a la barra a la espera de poder convencer a esa mujer de que Samuel no era el hombre adecuado, sin llegar a comprender que ese tipo solo era una más de las personas a las que ella quería darles una lección.

—¿Bodhi…? ¿Estás ahí…? ¿Me puedes contar lo que está pasando con mi hija? ¿Acaso ese hombre está yendo detrás de ella a pesar de mis advertencias?

—Fitzgerald, llegará el día en el que no podrás comprar todo lo que tú quieres.

—Ese vaquero sabe muy bien lo que puede perder si se acerca a Madison.

—Ya… ¿Y qué harás cuando a él ya no le importe perderlo? —preguntó Bodhi, dejando a Fitzgerald en silencio. Y antes de que volviera a preguntar por su hija, Bodhi aleccionó a ese hombre al que pocos se atrevían a reprender—: ¿Quieres saber cómo está tu hija? Pues ven a verla.

A continuación cortó la llamada sin importarle demasiado las represalias de ese poderoso sujeto que se creía con el derecho de instruir a otros, cuando él también tenía que aprender la lección de que no podía comprarlo todo con su dinero, comenzando por el amor. Luego, que la historia entre esos dos llegara a buen término o no dependería de si ambos le otorgaban un precio justo a ese amor.

* * *

—Cien dólares —dije colocando el dinero sobre la mesa para que Madison me prestara atención y dejara de pasearse sirviendo a otros y solo me sirviera a mí. Pero lo único que conseguí con mis palabras fue que dejara la botella junto a mí—. ¡Venga ya! ¡Por este precio lo mínimo que merezco es tener a mi lado un rostro amigo con el que

conversar! —protesté.

Creí que había conseguido convencerla cuando Madison enfiló hacia mí, pero, para mi sorpresa, esa desquiciante chica cogió mi botella y dibujó en la etiqueta el rostro de un monigote sonriente antes de volver a dejarla junto a mí y alejarse.

Yo intenté retener su mano, recibiendo un gruñido de advertencia de Bodhi que me hizo soltarla tan solo después de advertirle una vez más acerca de ese hombre que únicamente quería jugar con ella.

—¿Por qué vas a salir con ese idiota, si sabes que es un mentiroso que quiere jugar contigo?

—¡Oh! No lo sé… Tal vez se deba a que me he acostumbrado a salir con tipos así —contestó, fijando su acusadora mirada sobre mí.

—¡Eh! ¡Yo no soy así! —repliqué indignado, enfrentándome a su acusadora mirada. Pero mis palabras no fueron demasiado convincentes, ya que aún había demasiadas mentiras entre nosotros, lo que hacía que surgiese mi indecisión y que esta pareciese un intento de jugar con ella como quería hacer ese impresentable de Rocher, en vez de la consecuencia de los confusos sentimientos que se enfrentaban en mi interior, temeroso de la posibilidad de perderla a ella, mi rancho o a los dos.

—¡Ah, claro! Por supuesto, tú nunca me mientes… —dijo Madison, agrandando mi herida. E incapaz de comprender todavía por qué había accedido a salir con ese despreciable sujeto, me guie una vez más por lo que decían los rumores.

—Si lo que quieres es volver a ir a uno de esos caros restaurantes, siempre puedo llevarte yo…

—¡Cómo me conoces! ¡Has dado en el clavo! Mi único sueño es volver a pisar uno de esos caros restaurantes cuyo menú me sé de memoria desde que tengo uso de razón —declaró ella irónicamente—. Y, por supuesto, para disfrutar una vez más de ese selecto y exclusivo ambiente, estaría dispuesta hasta a rebajarme a ir con un tipo como tú o alguien similar…

—¡No me compares con ese tipo! —exclamé bastante enfadado, recordando todos los desagradables rumores que rodeaban a Samuel Rocher.

—¿Por qué no debería hacerlo cuando tú mismo lo haces todo el tiempo? En tu mente solo quedó grabado ese momento en el que me comporté como una niña mimada y nada de lo que haga lo borrará, ¿verdad? Decidiste cómo soy mucho antes de llegar a conocerme siquiera, y no te permites saber más de mí. Dices que no te pareces a Samuel Rocher, pero yo no veo demasiada diferencia entre vosotros, salvo una: cuando él me mira, ve el dinero que no tengo, mientras que tú ves el que tuve. Ambos me ponéis un precio con el que no estoy de acuerdo, y quiero sacaros a ambos de vuestro error —dijo Madison,

sin dejarme demasiado claro por qué salía con ese hombre, pero insinuando que no se dejaría engañar.

—Ese tipo es peligroso —volví a advertirle, ya que había oído que a Samuel le gustaba echar algo a la bebida de sus acompañantes.

—¿Tanto o más que tú? —replicó ella.

Y tomando conciencia del daño que le había hecho desde que nos conocimos, solo por mi propia conveniencia, no pude contestar a su pregunta, por lo que la dejé marchar al tiempo que mis ojos la seguían y yo me hacía la promesa de protegerla sin importarme lo que pudiera perder o ganar con ello.

Y mientras antes mi corazón solo había deseado recuperar la tierra que adoraba, ahora me gritaba estúpidamente que deseaba ver a Madison a salvo de todos los indeseables que la rodeaban, incluido yo.

* * *

Hasta que llegó mi día de descanso y la fecha señalada para mi cita con un impresentable, las mujeres que trabajaban a mi lado y que me habían hecho un hueco en sus vidas me ignoraron por completo.

A pesar de saber cómo era ese tipo, muchas de ellas me culpaban por haberle hecho daño a Tina al apartar a Samuel Rocher de ella, un hombre que muchas de las chicas sabían que solamente era basura.

No me gustaba ver el rostro lloroso de Tina ni tampoco recibir sus miradas de odio, pero prefería eso a ver cómo ese hombre le rompía el corazón, así que me convertí en la mala de esa historia ante todas ellas, en la mujer sin corazón que iba caprichosamente detrás de los hombres ricos. Y cuando mi coche al fin llegó al local de Bodhi, dejándolas a todas asombradas, me convertí en esa niña mimada que jugaba con todos los hombres con su dinero.

—Entonces, ¿tu historia era cierta? ¿Eres una niña rica? —inquirió Nina, mirándome acusadoramente como si no se lo hubiera explicado ya una decena de veces.

—Y resulta evidente que crees que puedes comprarlo todo con tu dinero, incluido un hombre —añadió Tina, mirando con desprecio mi caro vestido y las llaves del lujoso coche que el mensajero depositaba en mis manos en esos instantes.

—No, nada de eso. Aprendí por las malas que el dinero no puede comprarlo todo. Pero dime, Tina, en tu opinión: ¿qué hombre merecería la pena si pudiera comprarlo? —pregunté antes de subirme a mi caro vehículo y dejar atrás esas miradas que me tachaban de ser una mujer mimada y caprichosa que no sabía hacer otra cosa que malgastar su dinero, aunque esa noche estaba más que decidida a gastar el de otro mientras le daba una lección.

* * *

Samuel Rocher era hijo de un acaudalado ranchero de las inmediaciones y estaba acostumbrado a tenerlo todo gracias al dinero de su padre. No siempre compraba las cosas de las marcas más caras debido a una restricción que su progenitor había impuesto en sus tarjetas de crédito, pero sus amistades y otras personas que lo rodeaban no sabían el valor de esos artículos y se dejaban deslumbrar por su opulencia mientras a Samuel le encantaba presumir de su superioridad, tanto en estatus como en dinero.

Con veintiséis años, se trataba de un joven de cabellos castaños y ojos marrones, de metro ochenta y cinco de altura y elegante porte, provisto de un agradable rostro que gustaba a las mujeres, algo de lo que se aprovechaba a menudo.

En esos instantes Samuel sonreía complacido ante la nueva conquista que llevaría a cabo esa noche: otra de las hermosas chicas que trabajaban en ese escandaloso bar, que no tardaría en quedar deslumbrada por su riqueza.

Aprovechándose de ello, él le demostraría la gran diferencia que había entre ambos. Y cuando Madison se sintiera lo suficientemente avergonzada e intimidada, la haría sentirse como una diosa antes de llevarla a su cama para luego olvidarse de ella a la mañana siguiente, demostrándole así cuál había sido siempre su lugar.

Había que admitir que esa chica había sido difícil de conseguir, ya que parecía tener un aire de princesa. Incluso osaba anunciar continuamente ante todos que era la socia de Bodhi en vez de una de sus trabajadoras, algo que nadie se creía, obviamente. Madison había constituido una ardua conquista, entre otras cosas porque uno de los hermanos Walter parecía haberse fijado en ella. Por suerte para él, Will era uno de los hermanos más tranquilos, un frío hombre de negocios que no se inmutaba ante nada y al que solo lo alteraban sus cuentas, así que el que Samuel jugara con esa chica no le traería ningún problema.

Al llegar al lujoso restaurante francés La Maison de San Antonio, donde había llevado a sus anteriores conquistas, Samuel dejó su lujoso vehículo aparcado no muy lejos de la entrada para poder presumir de él delante de Madison, que, por lo que señalaba su ostentoso reloj, llegaba tarde.

—Mi cita se está retrasando un poco, Albert. Ella decidió venir con su propio coche, así que no te espantes por el destartalado vehículo que traiga ni te escandalices si su indumentaria carece de la debida etiqueta para este distinguido lugar, ya lo solventaré con el *maître* de alguna manera, posiblemente con una muy generosa propina, ¿de acuerdo? —manifestó despreocupadamente mientras

daba un adelanto de la propina al aparcacoches para que estuviera pendiente de cualquier vehículo desvencijado que entrara en las instalaciones.

Y cuando entró en el aparcamiento una vieja camioneta que casi se caía a trozos, Albert la miró con espanto mientras Samuel sonreía complacido. O por lo menos lo hizo hasta que de ese vehículo se bajó Will Walter.

—Te puedo asegurar que esa no es mi cita, Albert. No tengo tan mal gusto… —susurró Samuel al empleado del restaurante con tono guasón.

Albert, a pesar de sus palabras, lo miró un tanto dubitativo. No obstante, como conocía bien a los Walter o, mejor dicho, su dinero, el muchacho se apresuró a atenderlo.

—Hola, Albert. Siento traer este vehículo, pero están limpiando a fondo el mío y tenía que elegir entre este trasto o el escandaloso todoterreno rosa de mi cuñada Olivia, algo que por nada del mundo pienso conducir —declaró Will mientras le entregaba al chico las llaves de su camioneta y añadía—: Dile a François que preparen mi mesa habitual, por favor. En esta ocasión vengo solo, pero puede que alguien acabe acompañándome antes de terminar la cena —manifestó, dirigiendo una retadora mirada a Samuel—. Creo que esperaré fuera mientras me preparan mi mesa —finalizó, con lo que puso a Samuel bastante nervioso.

Confiando en los rumores que decían que Will era un hombre calmado que nunca perdía la paciencia, Samuel se asombró cuando, contra todo pronóstico, ese Walter se dirigió hacia él con una furiosa mirada en el rostro. A continuación, cogiéndolo por las solapas de la camisa, lo alzó del suelo unos centímetros sin aparente esfuerzo antes de anunciarle amenazadoramente:

—Como le hagas daño a esa chica, te las verás conmigo, Rocher.

—¿No se supone que tú eres el más calmado de los Walter? —preguntó Samuel, sorprendido por el irracional comportamiento que ese tipo nunca había mostrado antes. Y todo por una mujer.

—Lo soy. Yo, al contrario que mis hermanos, aún no te he atado de pies y manos como a un novillo ni te he metido en mi maletero mientras pienso dónde enterrar tu cadáver, pero tú solo dame tiempo y un motivo…

—Solo es una cena… —declaró Samuel nervioso.

—Ya… Precisamente porque he oído hablar de tus cenas es por lo que estoy aquí haciéndote esta advertencia. Con esa chica no se juega.

—¿Y tú? ¿Tú sí puedes jugar? —preguntó Samuel molesto, recibiendo un brusco gruñido de Will, que no dudó en agarrarlo del cuello de su camisa con más brusquedad hasta casi dejarlo sin aliento.

Y mientras ambos hombres medían sus miradas y se retaban, el

coche más lujoso y llamativo que jamás habían visto en ese caro restaurante entró en el lugar al tiempo que atronaba a través de sus poderosos altavoces una escandalosa canción que anunciaba a todos que la persona que iba dentro llamaría enormemente la atención.

El dueño de ese lujoso vehículo recibió la mirada curiosa de todos los clientes y empleados del establecimiento, y cuando Albert se apresuró a atender a ese adinerado cliente, ante el asombro de Samuel fue Madison quien salió de ese coche acicalada con un elegante vestido de marca de un exclusivo diseñador.

Samuel quedó boquiabierto ante la aparición de esa mujer mientras Will se limitaba a sonreír complacido y decidía contestar a su pregunta antes de soltarlo con brusquedad:

—No, yo tampoco tengo permitido jugar con esa mujer. Pero Madison a menudo lo hace, sobre todo cuando quiere darnos una lección.

Capítulo 11

La Maison, el exquisito restaurante francés al que Samuel me había invitado, se asemejaba a una típica acogedora casa francesa con un amplio aparcamiento, uno de esos lugares que no habría dudado en pisar cuando tenía dinero y a los que yo estaba más que acostumbrada.

Después de hacer una entrada bastante llamativa acompañada por una música adecuada para mi situación, todos se quedaron boquiabiertos. En primer lugar, el aparcacoches quedó embobado cuando la puerta del conductor de mi moderno vehículo se alzó verticalmente como si del superdeportivo de lujo del protagonista de alguna famosa película de espías se tratase, y luego me ayudó a salir amablemente al tiempo que aceptaba las llaves de mi descapotable de edición limitada con visible ilusión.

Por su parte, las mujeres presentes contemplaron con una envidia muy patente mi vestido negro, un exclusivo y carísimo modelo que había salido en las más selectas revistas de moda y que muy pocas chicas podían llegar a adquirir. Ese elegante atuendo deseado por muchas mujeres contaba con una parte superior de estilo griego con broches plateados en los hombros y una suave capa de gasa a mi espalda. Por su lado, la parte inferior se ceñía a mi cuerpo evidenciando mis curvas y exhibiendo una larga abertura en uno de los lados, la cual llegaba hasta mi cadera y permitía entrever una de mis torneadas piernas a cada paso que daba por el lugar con mis altas sandalias plateadas a juego con mi minúsculo bolso.

El peinado que había elegido para la ocasión, al carecer de dinero para la peluquería, había sido dejar suelta mi rubia melena, y como única joya que lucir había seleccionado el colgante de herradura que me había regalado un hombre al que aún no sabía qué lugar darle en mi vida.

En cuanto salí del vehículo vi cómo había pasado el tiempo mi pareja mientras aguardaba mi llegada: Will lo tenía sujeto amenazadoramente de las solapas de su camisa en una disputa que había sido interrumpida por el asombro que esos dos sujetos mostraban mientras me miraban, tan boquiabiertos como todos los demás. En ese momento Will sonrió con malicia hacia Samuel y le susurró algo antes de soltarlo y dirigirse hacia el interior del establecimiento con una sonrisa.

Y antes de que ese tipo se me escapara y yo no pudiera darle una lección, me dirigí hacia Samuel y me agarré de su brazo para animarlo a seguir con su juego, por el que se iba a llevar más de una sorpresa esa misma noche.

—¿Ese es tu coche? —me preguntó Samuel, recuperando el habla tras la sorpresa inicial.

—Sí, fue el regalo de un viejo conocido que se marchó de mi lado hace ya algún tiempo —dije, sin aclarar que ese «viejo conocido» no era otro que mi padre y que no estaba junto a mí porque en esos instantes se encontraba huyendo a causa de sus deudas, haciendo así que Samuel creyera por mis palabras que mi coche era un caro regalo de algún viejo amante que había muerto, un regalo del que ese hombre creía que yo no conocía su valor, como atestiguaron sus siguientes palabras.

—Si alguna vez quieres venderlo, yo podría comprártelo. Pero, claro, como se trataría en ese caso de un vehículo de segunda mano, deberíamos revisar su valor a la baja… —declaró decidido a estafarme, pero en lugar de rechazarlo simplemente opté por cambiar de tema.

—No digas tonterías, seguro que tu coche es mucho mejor que el mío… ¿Cuál es el tuyo, por cierto? —le pregunté, haciéndome la tonta. Y cuando él lo señaló algo avergonzado, ya que cualquier coche al lado del mío parecería vulgar, yo disfruté del momento—. ¡Oh, pobrecito! Pero no te preocupes: seguro que, con el tiempo, podrás conseguir uno mejor —le dije, volviendo a hacerme la tonta a la vez que lo arrastraba hacia el *maître*, que aguardaba en recepción, dispuesta a disfrutar al máximo de esa cena, aunque mi acompañante tal vez no pudiera decir lo mismo.

El *maître* contempló mi elegante indumentaria con aprobación mientras asentía satisfecho con la cabeza. Por el contrario, mirando con disgusto a Samuel, tuvo que simular una tos antes de recordarle la etiqueta del lugar:

—Caballero, los botones de la camisa deben estar todos cerrados y la corbata, recta.

Samuel, aún impactado por mi coche y mi espectacular entrada, no había recordado recomponer su aspecto después de su encontronazo con Will. Y mientras yo lo ayudaba con la corbata, no dudé en hundir el dedo en la llaga al mencionarle:

—No te preocupes, Samuel: esta es una exigencia que siempre hacen en los lugares tan elegantes como este. Aunque tu corbata o tu camisa no sean de marca, ellos no tienen problema alguno con ese detalle…, siempre y cuando vistas bien, claro está. ¡Hala! ¡Arreglado! ¿Podría conducirnos hasta nuestra mesa, por favor? —me dirigí amablemente al *maître* después de ayudar a Samuel.

El amable empleado de La Maison se apresuró a escoltarme educadamente hasta nuestra mesa mientras ignoraba por completo a mi cita y me daba una vuelta por el local.

El establecimiento poseía bonitos suelos de madera hasta la zona del comedor, donde contaba con una vistosa moqueta dotada de intrincados diseños. El salón comedor se dividía en dos áreas diferenciadas: por un lado estaba la sala exterior, que limitaba con las paredes del establecimiento donde se hallaban los grandes ventanales exteriores y pequeñas mesas de madera junto a cómodos sillones negros acompañando a la elegante barra de un bar, y por otro lado se hallaba la sala interior, más íntima y donde nos encontrábamos nosotros, delimitada y separada de la otra zona por una pared de espejos que se cruzaban con medias columnas romanas. Del techo colgaban ostentosas lámparas de araña y, repartidas por todo el lugar, redondas mesas de madera con sus impolutos manteles blancos y sus centros de mesa conteniendo vistosas flores de penetrante aroma y tenues y pequeñas velas. De fondo sonaban unas melodiosas canciones francesas que me recordaron los viajes que había hecho en múltiples ocasiones a ese país de ensueño junto a mis padres, provocándome una leve punzada de nostalgia.

Cuando llegamos a la mesa, Samuel estaba bastante enfadado. Y más todavía cuando se percató de que nos habían sentado muy cerca de un vaquero que no dejaba de fulminarlo con la mirada y de dirigirle gestos sutiles, pero amenazadores, con los que le indicaba que lo estaba vigilando.

En el momento en el que el camarero nos entregó la carta del restaurante, el bajo ego de mi cita volvió a subirse y, tras arrebatármela de las manos, me anunció jactancioso:

—Es posible que te resulte un poco complicado elegir algo de esta carta, ya que está en francés, pero no te preocupes: yo pediré por los dos.

—¡Oh, tranquilo, Samuel! He estudiado cinco idiomas, incluido el francés, por supuesto —declaré recuperando la carta, muy dispuesta a pedir lo más caro que hubiera en ella.

Por lo visto, el francés de Samuel era bastante limitado, ya que cuando me puse a hablar sobre Francia con Antoine, nuestro camarero para esa velada, él apenas pudo seguir nuestra conversación. Eso me dio pie a pedir las cosas más caras de la casa sin que se enterase, incluido un vino muy exclusivo del que pensaba disfrutar. Un momento después, en medio de mi animada conversación, me detuve un instante para dirigirle una altiva mirada a mi compañero antes de preguntarle:

—¿Quieres que pida por ti?

—No, gracias —masculló Samuel entre dientes antes de reclamar

groseramente la atención de Antoine y pedir lo más barato.

Ante su comportamiento, el camarero profirió un grosero insulto hacia Samuel en su idioma, disfrazándolo de halago bajo una falsa sonrisa.

—¿Qué ha dicho? —me preguntó Samuel, dirigiéndome una inquisitiva mirada.

—¡Oh! Algo sobre tu familia y tus modales. Sin duda, todo alabanzas —dije, rememorando las imaginativas expresiones con las que Antoine se había acordado de los miembros de la familia de Samuel mientras lo maldecía.

—¿Se puede saber dónde aprendiste francés? —preguntó mi cita con brusquedad, aparentemente un tanto molesto porque mi educación fuera superior a la suya, por lo que ya no podía dejarme en ridículo ni presumir como indudablemente habría hecho con todas las chicas con las que había quedado con anterioridad.

Por supuesto, yo no tuve ningún problema en hablarle de mi vida anterior, y mientras hablaba y Samuel se mostraba cada vez más intimidado, aproveché su distracción para incrementar más y más nuestra cuenta.

Al finalizar la cena, mis elegantes modales continuaron siendo impecables, pero los suyos no lo fueron demasiado cuando le trajeron la abultada factura.

—¡¿Cinco mil dólares por una cena?! —exclamó ofuscado, intentando encontrar un error en la cuenta mientras yo le comentaba al camarero en francés que el vino había sido exquisito y que felicitara al chef por la excelente comida.

—¿Qué pasa, querido? No me habrás invitado a esta cena sin tener dinero para ello, ¿verdad? —pregunté haciéndome la sorprendida, tapándome escandalizada la boca con una mano mientras representaba el papel de la niña rica, mimada y estúpida que había sido hasta hacía poco.

—¿Se puede saber quién se gasta esa cantidad de dinero en una simple cena? —me increpó mi acompañante, recibiendo más de una molesta mirada de los clientes que hicieron que Samuel se avergonzara, tanto o más de lo que él había pretendido que me sintiera yo en esa cita.

—Bueno, es lo habitual cuando se pide un buen vino, ¿no? —respondí haciéndome la tonta mientras el *maître* se acercaba para exigirle a mi acompañante que pagara lo que debía.

Mientras tanto, Will, sentado a su mesa, desde donde nos había estado vigilando durante toda la velada, alzó su copa hacia mí felicitándome por mi actuación al tiempo que me dedicaba una gran sonrisa.

Cuando Samuel terminaba de pagar la cuenta, yo me levanté de

la silla y comencé a despedirme.

—Bueno, la velada ha sido fantástica, Samuel. Muchas gracias por esta agradable cena: ¡cuando quieras volver a invitarme tan solo tienes que decírmelo!

A continuación, sin esperar su respuesta, me dirigí hacia la salida porque sabía cómo podría reaccionar ese tipo después de todo el dinero que se había gastado si no conseguía lo que quería. Para mi desgracia, no fui tan rápida a la hora de recuperar mi coche y Samuel me atrapó en la entrada de ese caro restaurante.

—¿Adónde crees que vas? —me preguntó, cogiendo bruscamente mi brazo mientras me volvía hacia él para que le prestara atención.

—A mi casa, claro…

—Después de todo el dinero que me he gastado en ti, lo mínimo que podrías hacer es agradecérmelo de alguna manera.

—Pero si ya te lo agradecí antes, ¿no me oíste mientras pagabas nuestra abultada cuenta? Bueno, no me importa repetirlo: muchas gracias por todo, Samuel. Ha sido una velada fantástica y una cena estupenda —le dije tras soltarme de su agarre mientras le apretaba efusivamente la mano—. Si eso no te parece suficiente agradecimiento, puedo darte unos cupones de descuento para el local de Bodhi… o una foto de Bodhi en tanga, si lo prefieres.

—No estoy para bromas. Tú ya sabes que lo que quiero es a ti.

—¡Ah, no! Lo siento, Samuel, pero yo no estoy en el menú. Ni tampoco las chicas que trabajan en el local de Bodhi, así que deja de acercarte a ellas o volveré a darte una lección y, créeme, entonces no solo perderás tu orgullo y tu dinero —le dije, dejando de fingir al enfrentarme a ese hombre, muy dispuesta a convencer a Bodhi de que le diera una paliza en cuanto volviera a aparecer por nuestro local.

—¿Sabías lo que tenía planeado para ti?

—¿Lo de tus apuestas? ¿O la parte en la que hacías que las chicas se sintieran insignificantes para llevártelas a la cama consiguiendo que se sintieran especiales porque alguien tan superior se dignara posar sus divinos ojos sobre ellas? Por supuesto que lo sabía. Y dime una cosa…, ¿te ha gustado sentirte tan insignificante como tú hacías sentir a tus acompañantes cada vez que las llevabas a restaurantes como este, haciéndote pasar por alguna clase de dios sobre la Tierra, cuando no eres más que calderilla?

—Es posible que hayas tenido mucho dinero, pero ahora no tienes nada: eres como todas las demás chicas que trabajan en el local de Bodhi —manifestó Samuel como si esas palabras fueran un insulto. Por supuesto, como yo no me sentí insultada, él se molestó.

—¡Uf! ¡Menos mal que me has comparado con ellas, porque, si me hubieras comparado contigo, que eres una basura de tercera categoría, me habría sentido bastante ofendida!

—¡Vas a ser mía! —exclamó ese despreciable sujeto, acorralándome contra la pared. Y en el instante en que yo comenzaba a sentirme mareada y empezaba a sospechar que ese hombre había puesto algo en mi bebida durante algún instante de despiste para conseguir lo que deseaba, lo quisiera yo o no, vi cómo acudía en mi auxilio el hombre que me había protegido desde que lo había perdido todo.

—Creo que hay alguien que no está de acuerdo con esa afirmación —dije señalando detrás de Samuel mientras mi vista se nublaba de forma irremediable.

—No creas que voy a caer en ese viejo truco —declaró Samuel estúpidamente.

—Tú mismo… —repliqué con despreocupación mientras veía cómo Will le daba un par de golpecitos en un hombro para llamar su atención.

Y cuando Samuel se volvió, Will le propinó un fuerte puñetazo que lo tiró al suelo. Antes de que yo perdiera la conciencia, Will me cogió entre sus fuertes brazos, haciéndome volver a creer en él a pesar de las mentiras con las que en ocasiones engañaba a mi ingenuo corazón.

* * *

Tenía entre mis brazos a la mujer que deseaba, a la mujer que me hacía dejar atrás mi seria fachada y convertirme en un hombre bastante irracional, la persona a la que le ocultaba muchos secretos y para la que yo era uno de los principales culpables de su desdicha, la chica para la que tan solo tenía mentiras, la mujer que, si llegaba a descubrir todo lo que escondía, me odiaría… y, aun así, yo era tan egoísta que solamente quería amarla mientras me guardaba para mí esos secretos que nos separarían.

Sin saber adónde llevar a Madison después de que se desmayara entre mis brazos, la metí en mi camioneta y conduje hacia mi rancho con la idea de introducirla silenciosamente en mi habitación sin que nadie se enterara. Allí podría descansar de esa mala experiencia que había vivido junto a Samuel y a la mañana siguiente la llevaría al bar de Bodhi antes de que mis hermanos se enteraran de su presencia en nuestro hogar.

Pero en cuanto aparqué la camioneta supe que mis planes de entrar en silencio en mi hogar estaban a punto de esfumarse. Por lo visto, la droga que le había dado ese degenerado de Samuel no era algo con la que adormecerla, sino que, por el contrario, la sustancia parecía poseer efectos excitantes que llevó a Madison a perder todas sus inhibiciones. Lo primero que hizo fue ponerse a cantar *Diamonds*

Are a Girl's Best Friend imitando a la antigua y famosa actriz Marilyn Monroe, pero, careciendo de talento alguno, Madison berreó a pleno pulmón que los diamantes eran sus mejores amigos mientras me hacía un bailecito que me llevó a pensar que había más de una razón por la que Bodhi la mantenía alejada del escenario.

—¿Podrías intentar guardar silencio para que nadie nos descubra y que yo no tenga que dar un montón de explicaciones a mis hermanos? —le pedí, algo que ella simplemente ignoró mientras seguía destrozando la canción y huyendo de mí.

Tras dar un suspiro de resignación, me crucé de brazos mientras la miraba enfadado a la espera de que terminara con la maldita canción y me dejara meterla en la casa.

—¿Has acabado ya? —pregunté bastante molesto cuando adoptó una rara pose con la que me lanzó un beso antes de quedarse en silencio.

Madison entonces me miró. Y como no me vio demasiado emocionado con su actuación, comenzó de nuevo la maldita canción. En ese momento, varios de los perros del rancho comenzaron a aullar, haciéndole los coros, y yo ya no pude más. De modo que, antes de que nos descubrieran, me quité mi corbata para amordazarla y me la eché al hombro con la intención de salir corriendo.

Tras descartar la entrada principal de la casa, y viendo que la puerta trasera que daba a la cocina tampoco sería una opción, pues mis hermanos estaban reunidos en ella, busqué una ventana abierta por la que adentrarme con mi escandalosa carga.

La única que encontré adecuada a mis propósitos era la del pasillo, que, para mi fortuna, se hallaba cerca de las habitaciones, así que, con toda la delicadeza que pude, alcé a Madison para que entrara por ella y luego entré yo.

Para mi desgracia, cuando logramos introducirnos en casa, oí los característicos y fuertes pasos de uno de mis hermanos. Nervioso, cerré las cortinas para ocultar a Madison detrás, pero, antes de hacerlo, no me olvidé de advertirle a esa mujer que se mantuviera quieta y en silencio.

—¡Escóndete!

Al volverme me encontré de frente al más serio de mis hermanos, Jacob, el cabeza de familia, que me miraba intrigado debido a mi extraña postura delante de las cortinas. Yo era plenamente consciente de que en mi cara estaba grabada la palabra «culpable» cuando Jacob me preguntó al tiempo que me contemplaba con extrañeza:

—¿Qué escondes detrás de esas cortinas?

—¿Yo? Nada —respondí mientras detrás de mí se veía un bulto corriendo espantado de un lado a otro, evidenciando mi mentira.

Mi hermano, ignorándome por completo, me echó a un lado y se

dirigió hacia las cortinas para abrirlas mientras yo rogaba en silencio porque Madison se hubiera ocultado en uno de los lados. Sin embargo, por lo visto no era demasiado buena jugando al escondite, ya que, cuando Jacob descorrió las cortinas, encontró su trasero incrustado en la ventana a medio cerrar.

Mi hermano, intrigado, abrió la boca en dos ocasiones para decir algo, pero, al no encontrar las palabras, me dejó por imposible y manifestó:

—Definitivamente, no quiero saber lo que está pasando.

Luego se dio la vuelta y volvió por donde había venido, dejándome a solas con el gran problema que en ocasiones representaba esa mujer en mi vida desde que la conocí.

—¿Esta es tu forma de esconderte? —reprendí al inquieto trasero que se removía en esa ventana, sin decidirme aún a ayudarla.

Y cuando al fin la saqué de ese aprieto y bajé su mordaza a la espera de una respuesta racional, Madison no me la dio.

—Estoy del todo segura de que tu hermano no me reconocerá cuando volvamos a encontrarnos.

Mi respuesta a sus palabras fue volver a ponerle la mordaza y cargármela de nuevo al hombro para dirigirme hacia mi habitación, rogando no cruzarme con ningún contratiempo más en mi camino, y más específicamente, que no me topara con ninguno más de esos familiares cotillas a los que en esos instantes no quería enfrentarme.

Una vez llegamos a mi habitación sin más problemas, dejé mi carga sobre la cama para que descansara. Luego me volví un instante para buscarle algo más cómodo con lo que Madison pudiera pasar la noche mientras yo planeaba dormir en el sofá del estudio. Pero en ese momento supe que no podía dejar sola a Madison por nada del mundo cuando la vi rodar por la cama como una croqueta, intentando desabrocharse el vestido. Esa mujer cayó estrepitosamente al suelo y desde allí puso una postura con la que parecía que intentaba seducirme, pero lo único que consiguió fue una sonrisa mientras le tendía mi mano para levantarla del suelo.

—Prométeme que, si te quito la mordaza, no comenzarás a aullar como una loca…, perdón, a cantar, quería decir —dije, recibiendo una fulminante mirada de ella.

Tras guardarme la corbata en un bolsillo por si volvía a necesitarla, le pedí a Madison que se diera la vuelta. Ella lo hizo obedientemente, por lo que suspiré aliviado. Pero eso fue únicamente hasta que mis manos comenzaron a bajar la cremallera de su vestido y mis dedos tocaron su ardiente piel, haciéndome tardar más de lo necesario cuando unos apasionados gemidos comenzaron a salir de sus labios a la vez que su excitado cuerpo se aproximaba más a mí en busca de mis caricias.

—No quiero que pienses mal de mí, solo te estoy ayudando con la cremallera de tu vestido para que puedas cambiarte de ropa y estés más cómoda. En cuanto puedas quitártelo tú sola, te daré la ropa que he encontrado para ti y podrás cambiarte en el cuarto de baño —declaré, haciendo un gran esfuerzo de voluntad para retener mis manos y no caer ante la tentación que Madison representaba en esos instantes para mí.

Luego di un paso hacia atrás esperando a que se alejara. Pero, para mi asombro, ella alzó las manos y, con unos insinuantes movimientos de sus caderas, hizo que su vestido cayera al suelo para, a continuación, volverse hacia mí luciendo únicamente un escueto tanga rojo que hizo que me mordiera un puño mientras me preguntaba cuánto tiempo más podría seguir siendo un hombre decente.

—Ya me he quitado mi vestido, y ahora, ¿qué hacemos? —me preguntó atrevidamente a la vez que se acercaba a mí y me enfrentaba. Pero como la que hablaba en esos momentos no era ella, sino la droga que ese tipejo le había dado, yo levanté sus brazos lentamente con mis manos y la sorprendí cuando lo siguiente que hice fue ponerle una de mis enormes camisetas, que la cubría por completo.

—Ahora te vistes —respondí cuando terminé de ponérsela.

Madison me miró con enfado.

—¡Esto no es lo que yo necesito! —exclamó intentando volver a desnudarse.

—Sí lo es —me reafirmé, luchando con ella para que la prenda se quedara en su lugar. Finalmente, sin saber qué hacer, reaccioné por instinto y cogí la corbata que llevaba en el bolsillo, até con ella las manos de Madison como normalmente hacía con los novillos en el rodeo y luego la dejé en la cama antes de adentrarme en el baño para darme una ducha fría.

Como castigo por haberla atado de esa manera, ella se dedicó a cantarme una de sus espantosas canciones, actividad que detenía cada vez que abría la puerta y la fulminaba con la mirada, por lo que mi baño fue corto y molesto hasta que decidí volver a colocarle una mordaza.

Cuando ya creía que había acabado con todos mis problemas y salía del baño solo con una sonrisa y una toalla atada a la cintura mientras secaba mi pelo con otra, mi sonrisa desapareció por completo al ver que mi hermano Jayden abría la puerta de mi cuarto.

—Vengo a hacerte una pregunta sobre… —Por supuesto, sus palabras murieron en sus labios en cuanto vio a Madison y sus ataduras—. Eh…, vaya… Ahora tengo más de una pregunta que hacerte… —apuntó mientras señalaba hacia la cama.

—No es lo que crees, solo la estoy salvando de un pervertido… —traté de explicarme, hasta que recibí la acusadora mirada de mi hermano, que me indicaba que Jayden pensaba que el pervertido era yo—. ¡Eh! ¡Yo no soy el pervertido que iba detrás de ella! Yo soy… —Y entonces me interrumpí al no saber cómo continuar—. Es algo complicado…

—Déjalo, mejor que me lo explique ella —propuso Jayden, reacio a marcharse de mi habitación. Intenté avisarlo de lo que ocurriría si le retiraba la mordaza, pero él la bajó antes de que yo tuviera tiempo a decirle nada—. ¿Qué haces aquí? —preguntó mirando seriamente a Madison, seguramente dispuesto a desafiarme si esa mujer le decía que no quería estar a mi lado.

Ella le devolvió una mirada tan seria como la que le dedicaba Jayden, y en cuanto abrió la boca supe lo que pasaría. En esta ocasión, Madison comenzó a berrear una nueva canción en la que afirmaba que quería pasar una noche loca. Y cuando se puso a cambiar libremente la letra original, anunciando la parte de mí que quería besar y que no era precisamente la boca, la fulminé con la mirada y la cogí en brazos antes de anunciar:

—Lo que tú necesitas es una ducha fría. —En ese momento me volví hacia mi molesto hermano y lo increpé—: ¿Alguna pregunta más?

—No, no quiero saber nada más de tus extraños juegos… Son demasiado para mí —declaró Jayden, alzando las manos y saliendo de mi habitación antes de que pudiera explicarle nada.

Y como era muy peligroso dejar a Madison sola para correr detrás de mi hermano, me limité a confiar que él guardaría silencio mientras la mujer que llevaba en mis brazos parecía que no podía hacerlo.

—Por lo menos, mientras estés debajo del agua te callarás —musité aliviado mientras la desataba y la metía bajo un chorro de agua helada. Pero, ante mi desconcierto, esa mujer siguió cantando—. ¡¿Se puede saber qué tengo que hacer para que te calles?! —le pregunté, harto de sus berridos.

Y esas fueron las palabras que precedieron a mi perdición, ya que, tras dedicarme una maliciosa sonrisa, Madison se arrojó a mis brazos para reclamar mis besos, haciendo que el agua helada de la ducha fuera insuficiente para calmar mi deseo.

Mientras su tímida lengua buscaba respuesta de la mía y sus manos se entrelazaban detrás de mi cuello, mis impacientes manos apretaron con fuerza su trasero y la alzaron contra mi cuerpo. Haciéndole notar la dura evidencia de mi deseo, la acorralé contra la pared. Ella rodeó mis caderas con sus piernas y me atrajo, meciéndose contra mi erección y poniéndome realmente difícil la opción de rechazarla. No obstante, recordando cómo habíamos llegado hasta allí,

no quise que se lamentara por pasar la noche conmigo.

—Si nos acostamos hoy tan solo porque ese tipo ha echado algo en tu bebida, mañana te arrepentirás de ello —le dije cuando pude separarme de su tentadora boca, mirándola con seriedad a los ojos para confirmar que ella era consciente de la situación.

—Si esta noche me acuesto contigo, puedo asegurarte que no será por lo que me haya echado Samuel en la bebida, sino porque te deseo. En cuanto a lo de arrepentirme de ello, solo lo haría si me escondes algo, si vuelves a mentirme y a hacerme daño —declaró, haciendo que desviara los ojos de los suyos al oír esas palabras. Y, guardando silencio sobre todo lo que le ocultaba, simplemente tomé su boca.

Madison aceptó mi beso abandonándose al placer, y finalmente yo me rendí ante esa pasión que nos embargaba, de la que tal vez no se arrepentiría mañana, pero sí lo haría el día en que descubriera todas mis mentiras.

Acallando mi conciencia con el sabor de su deseo, deslicé mis besos por el cuello de Madison. Luego hice que levantara los brazos por encima de la cabeza y contemplé con mi ávida mirada la mojada camiseta blanca que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, convirtiéndola en una excitante imagen que no quería dejar de ver.

—Nunca me había gustado tanto esa camiseta como ahora mismo —declaré, viendo cómo el tejido mojado se volvía casi transparente y se pegaba excitantemente a su ardiente piel.

Tras cerrar el grifo de un agua helada que no suponía ningún remedio para nuestro ardor, mis manos se dirigieron hacia esos turgentes senos que me tentaban con sus excitados pezones. Después de acoger esos sugerentes frutos entre ellas, los agasajé con mis caricias hasta provocar que varios gemidos salieran de la boca de Madison.

Mostrándome un poco perverso, acaricié sus pechos y pellizqué sus pezones por encima de la húmeda tela, haciendo que ella se arqueara en busca de mis manos. Luego bajé el amplio cuello de la gran camiseta que ella llevaba dejando casi totalmente expuestos sus senos, provocando que sus pezones se rozaran continuamente con el borde del húmedo cuello.

Dispuesta a vengarse porque le negara mis caricias, Madison se movió rozando su húmedo sexo contra mi erección, haciendo que mi toalla cayera al suelo y que mis manos se impacientaran. Al final no fueron estas las que acogieron sus excitados senos desnudos, sino mi boca, al tiempo que utilizaba las manos para agarrarla firmemente del trasero con intención de guiarla y colocarla sobre mí.

Madison gritó mi nombre al mismo tiempo que mi boca torturaba sus sonrosados pezones con mis besos, con mi lengua y con mis dientes, que los rozaban levemente castigando su osadía mientras sus

caderas buscaban algo más de lo que estaba dispuesto a darle.

Las manos de Madison se agarraron con fuerza a mis hombros y sus uñas me marcaron la espalda cuando yo solamente le concedía un poco del placer que podía darle, sin permitirle llegar hasta el final.

Entonces, deseando oír más de esos gritos de placer que llevaban mi nombre, arranqué bruscamente el fino hilo de su tanga y acaricié la húmeda entrada de su sexo con mi firme falo, tentándola con lo que podía darle, pero reteniendo sus caderas para no dárselo todavía.

Ella clavó las uñas en mi piel con más fuerza, mostrándome su frustración al tiempo que su tentador cuerpo, que se movía contra mí, me mostraba su deseo.

Contemplé con satisfacción su irrefrenable pasión mientras ella intentaba que yo perdiera la cordura, tentándome. Pero lo que me llevó finalmente a dejar de lado la razón y a hundirme en ella no fue el ardiente cuerpo que tenía ante mí, sino sus palabras, que me hacían ver que me conocía demasiado bien.

Fijando sus ojos sobre los míos, me sonrió y acarició mi rostro a la vez que me susurraba al oído unas palabras que ni yo mismo sabía que necesitaba oír hasta que lo hice:

—Will, aunque me ocultes aún muchos secretos que puedan hacerme daño, nunca me arrepentiré de esta noche.

Sus palabras hicieron que me olvidara de todo lo que no fuera ella, por lo que, sujetando con fuerza sus caderas, me adentré profundamente en Madison al hacerla descender con brusquedad sobre mi duro miembro.

Mi ritmo fue abrumador y exigente. Mis manos la desprendieron de su camiseta para eliminar todas las barreras que había entre nosotros, y mi boca, incapaz de resistir la tentación, probó una y otra vez el sabor de su dulce piel.

Madison se arqueaba contra la pared de la ducha entregándose a mí a la vez que mi boca la devoraba y mi duro miembro marcaba un ritmo cada vez más exigente para nuestra pasión. Ella dio rienda suelta a su placer y comenzó a moverse contra mí, a seguir el ritmo de mis embestidas y a pedirme más, y yo, queriendo complacerla y que no olvidara nunca esa noche, se lo di todo.

Aumenté el compás de mis embestidas, buscando hundirme más en el apretado interior que me acogía. Mis manos la guiaron sin clemencia alguna hasta el éxtasis y ella comenzó a abandonarse al placer incrementando el movimiento de sus caderas, hasta que acabó convulsionándose sobre mi duro miembro.

Finalmente, empezó a morderse uno de sus puños para evitar que cualquiera pudiera oír sus gritos de placer, pero yo, tras apartar su mano, la besé acallando el nombre que salía de sus labios y el perdón que quería salir de los míos por todo lo que le ocultaba.

Después de que ambos llegáramos juntos al clímax, permanecimos unos segundos abrazados antes de que las lánguidas piernas de Madison dejaran de sostenerla y comenzase a deslizarse hacia el suelo de la ducha.

Por suerte, mis fuertes brazos la retuvieron. Luego me senté con ella en brazos para, en esta ocasión, accionar el agua caliente. Al mismo tiempo que enjabonaba su adormilado cuerpo, Madison volvió a soltar algún que otro excitado gemido que me hizo reaccionar, sobre todo cuando mis manos enjabonadas tocaban sus sensibles senos o su aún excitado sexo.

No obstante, decidí dejarla descansar después de esa ajetreada noche. O, por lo menos, lo decidí yo, ya que mi erguido miembro no cooperaba demasiado mientras secaba nuestros cuerpos y los cubría con unas toallas.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó una Madison medio dormida cuando volví a cargarla entre mis brazos.

—Ahora a dormir… —decidí mientras me dirigía a la cama, dispuesto a dejarla descansar, ya que, al parecer, la excitación de esa droga había desaparecido.

—¿Y él está de acuerdo? —preguntó ella con una sonrisa burlona, señalando la dura erección que se mostraba con toda facilidad a pesar de la toalla que llevaba enroscada en torno a mi cintura.

—Lo estará —gruñí, descontento conmigo mismo y con la facilidad con la que mostraba siempre mi deseo a esa mujer, una respuesta ante la que Madison simplemente se rio a carcajadas, provocando que mi erección aumentara y que perdiera la toalla, haciéndome saber lo difícil que iba a ser para mí esa noche, en la que ninguno de los dos estábamos seguros de poder dormir.

Capítulo 12

Cuando me desperté a la mañana siguiente tenía junto a mí a un vaquero desnudo con una satisfecha sonrisa en el rostro. Al contrario de lo que pasaba con algunas drogas, no había olvidado ninguna de las locuras que había hecho la noche anterior con ese hombre. No había borrado de mi mente sus besos, sus caricias, su forma de hacerme el amor o de abrazarme con cariño. Unos recuerdos que me llevaron a acariciar con ternura su fuerte pecho. Pero a medida que acudían a mí esos apasionados recuerdos, también lo hacían otros que me llevaron a apartarme de Will y a contemplarlo bastante enfadada, como rememorar la manera de introducirme a hurtadillas en su casa o su forma de atarme como a un novillo.

Entonces me aparté de él para vestirme, y mientras lo hacía, no dejé de lanzarle fulminantes miradas al hombre que descansaba plácidamente en esa cama. Como mi mente no dejaba de reclamar venganza por el humillante trato recibido, no dudé en coger las corbatas que él había utilizado conmigo y atarlo a su cama, no tan hábilmente como él había hecho, pero sí lo suficiente como para quedar satisfecha con mi pequeña revancha.

Para mi desgracia, mientras ejecutaba mi venganza, alguien llamó a la puerta de la habitación antes de abrirla, sin darme tiempo a esconderme. Un hombre de rasgos similares a los de Will, con una amable sonrisa en los labios, me pilló in fraganti atando a ese vaquero, que, por lo visto, cuando dormía lo hacía tan profundamente que no era capaz de despertarse con facilidad.

El tipo desplazó su mirada desde mí, mientras me hallaba forcejeando con las corbatas para atar a mi presa, hasta Will, que permanecía parcialmente tapado con las sábanas sin percatarse de nada al tiempo que roncaba como un camión. Tras abrir y cerrar en varias ocasiones la boca, como si fuera a preguntarme algo, finalmente ese hombre renunció a lo que pensaba decir y, como si quisiera fastidiar a Will, se limitó a señalarme:

—Esa no es la forma adecuada de atar a mi hermano. Mejor prueba con esto —propuso tendiéndome una cuerda. Luego, para mi sorpresa, pasó a darme indicaciones acerca de cómo hacerlo.

Finalmente, cuando ambos quedamos satisfechos, salí de esa habitación sin que el bello durmiente se despertara.

—Soy Clay Walter. Si quieres, puedes venir a la cocina a

desayunar con los demás y nos explicas qué haces aquí, además de atar a Will.

—No, gracias —me negué, declinando ese interrogatorio de tercer grado disfrazado de amable invitación a desayunar. Así que, como no quería conocer a más miembros de la familia Walter ni tampoco sabía dónde se encontraba la salida, me dirigí hacia la ventana por la que había entrado la noche anterior en esa casa. Para sorpresa de Clay, la abrí y salí por ella.

Sin saber cómo ir a mi trabajo o recuperar mi coche, enfilé hacia el camino de entrada del rancho dispuesta a hacer autostop. Por suerte, me topé con Abigail y Olivia. Al parecer, esta última llevaba a la guardería a sus mellizos, Melody y Daniel, dos angelitos de casi tres años, de cabellos rubios y ojos azules, que me miraron con curiosidad, pero menos que la que sentían mis amigas cuando me subí al coche.

Mientras Abigail conducía, Olivia no paraba de acribillarme a preguntas sobre mi cita con Samuel y cómo había terminado con Will, aunque trataba de disimular para que sus hijos no supieran de lo que estábamos hablando.

—Me enteré de que ayer saliste con una serpiente, ¿cómo es que al final acabaste dejándote atrapar por un zorro?

Mientras reflexionaba sobre cómo responder a esa pregunta, desde el interior de la casa se oyeron los airados alaridos de un vaquero que gritaba mi nombre.

—Tito Will te está llamando —dijo dulcemente Melody mientras me señalaba.

—Vale, os lo contaré todo. Pero será mejor que arranquéis el coche cuanto antes, ya que puede que Will esté un poco enfadado conmigo en estos instantes —dije, apremiando a mis amigas a salir del lugar.

—¿Un poco, dices? —replicó Abigail escéptica, alzando una impertinente ceja para luego pasarme su teléfono, donde me mostró una imagen que le había llegado de su marido, en la que se veía a Will atado de pies y manos como un becerro en un rodeo.

—Bueno, vale: mucho —rectifiqué tras ver la foto.

—¡Oh, tienes mucho que contarnos! Pero mejor lo dejamos para otro momento —declaró Abigail tras recuperar su teléfono y arrancar el coche.

—¡Quiero quitarme la ropa! —se quejó repentinamente Daniel, tal vez queriendo llamar la atención, ganándose con ello una fulminante mirada de su madre.

—Ya te he dicho que los adultos no van corriendo por ahí desnudos, ni haciendo el baile de la pililla a los desconocidos…

—Pero mamá…

—Y a los conocidos tampoco —añadió Olivia, conocedora de las

habituales protestas de su hijo.

Pero sus maravillosas palabras aludiendo a lo responsables que eran los adultos se estropearon un poco cuando vimos aparecer detrás de nosotras a un hombre en pelotas, quien, mientras salía de la casa a la carrera cubierto tan solo con una sábana, volvió a reclamarme a gritos.

—Tu tío no vale como ejemplo —manifestó Olivia mientras detenía a su hijo, que comenzaba a desabrocharse el cinturón para quitarse la ropa—. En estos momentos resulta evidente que no es un hombre muy racional, ¿por qué será? —dijo fijando sus ojos sobre mí, declarándome culpable.

No obstante, yo ignoré esa mirada y seguí huyendo sin darle tiempo a Will a que me atrapara. Aunque, a juzgar por su forma de llamarme, no tuve ninguna duda de que, con mentiras o sin ellas, volvería a buscarme.

* * *

De todas las mujeres que Bodhi había cuidado a lo largo de los años, ninguna se lo había puesto nunca tan difícil como Madison, una chica demasiado inocente para el duro mundo al que su padre la había arrojado con descuido después de sobreprotegerla y mimarla en exceso.

Los hombres más importantes de la vida de esa chica habían resultado ser unos mentirosos de primera categoría que iban a hacerle mucho daño, un daño que tal vez doliera más del que habría recibido al perderlo todo, ya que reconstruir su vida a partir de mentiras la llevaría inevitablemente a derrumbarse por completo en cuanto se desvelase la verdad.

Y mientras tanto, Bodhi, en medio de todo, aún no se decidía a revelar lo que esos hombres le ocultaban y se limitaba a contemplar cómo esa chica luchaba duramente cada día por encontrar su lugar. «Un lugar que se le resiste demasiado», pensó al observar cómo todas las chicas del local miraban hacia la puerta y, al contrario que él, sus miradas no mostraban preocupación por Madison, una mujer que creían que había jugado con ellas.

Bodhi, incapaz de resistir más su inquietud sobre su despreocupada socia, enfiló hacia la puerta. Y justo cuando se disponía a salir para coger su coche e ir a buscarla, vio el caro descapotable de Madison aparcando junto al local. La joven no tardó en salir de él, ataviada con el mismo vestido que lucía la noche anterior, muy arrugado, y Bodhi, sabiendo que esa noche no había dormido en su sofá y recordando la reputación de Samuel, no tardó en preguntarle bruscamente a su socia, tratando de no dejar entrever su

preocupación, aunque sí su enfado, por la actuación de algunos hombres:

—¿Algún tipo se ha aprovechado de ti?

—No… —negó ella, haciendo que Bodhi suspirara aliviado. Pero eso solamente fue antes de que Madison continuara con su explicación —: He sido yo la que se ha aprovechado de ellos. Primero de Samuel Rocher, haciendo que la cuenta de la cena a la que me había invitado con malas intenciones alcanzara los cinco mil dólares. Después me aproveché de Will Walter, el hombre con el que he pasado la noche. Y esta mañana he sido retenida por sus cuñadas, a las que he tenido que ayudar con la planificación de su fiesta, además de contestar a las preguntas de un arduo interrogatorio durante el almuerzo, de ahí que llegue tarde.

—Y Will, ¿se ha comportado? —preguntó Bodhi al tiempo que se crujía los nudillos, muy dispuesto a darle a ese mentiroso una nueva advertencia antes de que le hiciera daño a Madison.

—Más o menos, pero tranquilo: he sabido cómo tratarlo —declaró Madison mientras le mostraba una foto de ese tipo atado como un becerro que le sacó una sonrisa y le hizo saber que esa chica no necesitaba de su ayuda para darles una merecida lección a esos hombres.

—Entonces, por ahora ya te has enfrentado a lo peor.

—No, lo peor está aún por venir —anunció Madison mientras ponía las manos sobre la manija de la puerta, temiendo enfrentar la mirada de unas mujeres que ya la habían juzgado y declarado culpable al saber del dinero que una vez tuvo y con el que tan despreocupadamente jugó.

—¿Qué temes? —preguntó Bodhi, intentando darle fuerzas a esa temblorosa mano que aún no se decidía a empujar la puerta.

—Temo a la gente que me mira… —respondió ella, señalando su caro vestido para luego fijar unos angustiados ojos en Bodhi y continuar con su explicación—: pero que no me ve.

—Entonces hazte ver para que nadie dude de cuál es tu lugar —contestó él, haciéndole saber que nadie la echaría de allí. Y, tras apoyar sus manos sobre la de su socia, la ayudó a abrir esa puerta y a enfrentarse a lo que más temía.

Para asombro de Bodhi, las mujeres a las que no les gustaba ser juzgadas por los ojos de la gente del pueblo no dudaron en juzgar precipitadamente a Madison. El caro coche de fuera les decía que Madison había sido la niña mimada que ella siempre había afirmado ser, y sus costosos vestidos les indicaban que no lo había perdido todo, a pesar de hallarse en ese recóndito lugar.

—Buenos días, chicas —saludó Madison, recibiendo una despectiva mirada de esas mujeres hacia su elegante vestido. Y

mientras ella seguía caminando hacia el interior del local, se dio cuenta de que una de las cajas que contenía sus vestidos descansaba abierta sobre una de las mesas.

Cuando Madison llegó hasta ella, detectó alguna que otra sonrisa de satisfacción en los labios de las chicas que la rodeaban y, antes de mirar en el interior, ya sospechaba lo que encontraría en ella. No obstante, intentando todavía creer en las personas que la rodeaban, metió las manos en la caja para sacar algunos de sus caros vestidos… hechos jirones.

Negándose a dejar asomar sus lágrimas, tan solo sonrió a las mujeres que esperaban ver su dolor antes de coger entre sus brazos esa caja y llevarla a la habitación donde guardaba sus escasas pertenencias.

Bodhi, que nunca solía meterse en la relación que mantenían las chicas que trabajaban en su bar, no pudo evitar dar un paso hacia adelante cuando Madison desapareció en su cuarto y Tina anunció con satisfacción:

—Se lo tenía merecido.

—Sí, tienes razón. Se lo merece por mostrarse tan confiada e inocente después de haberlo perdido todo y de que su abogado la llamara notificándole que podía recuperar algunas de sus pertenencias. De todos los caros juguetes y recuerdos que tenía para escoger, ella eligió esos vestidos con la estúpida idea en mente de que serían perfectos para vosotras, unas mujeres que Madison quería que salieran elegantemente vestidas en unos calendarios benéficos que mostrasen a todos otra faceta vuestra más allá de los desnudos que exhibís en vuestro trabajo.

—Nosotras nunca le pedimos eso —declaró Tina, empeñada en no sacar a Madison del papel de niña mimada que le había atribuido.

—No, pero a ella no le gustó ver cómo os trataba la gente y quiso regalaros ese lugar que siempre os negaban en ese famoso acto benéfico que organizan los Walter en su rancho cada año. Pero no os preocupéis, creo que hoy habrá aprendido la lección y se dará cuenta de lo que queríais enseñarle: que las personas que son dura e injustamente juzgadas en base a ciertos prejuicios suelen ser las más crueles a la hora de juzgar con severidad a otros mientras olvidan el dolor que se siente en esa situación.

Tras las palabras de Bodhi, muchas de las chicas bajaron la cabeza avergonzadas.

—¡Pero ella solo es una niña mimada que toma todo lo que quiere! —exclamó Tina, aunque sus palabras ya no sonaron tan seguras como antes.

—Si eso es lo que piensas de Madison, es que no la conoces en absoluto y resulta evidente que tampoco quieres conocerla, así que

limítate a mantenerte alejada de ella. Muchas personas le han hecho daño, y no quiero que esa chica sufra más porque, si te paras a recordar por unos instantes tu propia historia, seguro que podrás acordarte de cuánto duele que te traicionen y, seas rico o pobre, esa es una herida que no se puede cerrar con facilidad —dijo Bodhi antes de abandonar la estancia, recordándoles a todas que el dinero no podía evitar el sufrimiento.

Y mientras Bodhi caminaba hacia su despacho para cuidar una vez más de esa problemática chica, al rememorar la sonrisa de esa distinguida mujer se percató de que sus elegantes formas y su sonrisa eran su forma de ocultar las heridas que le causaban las personas que no querían ver más allá de las etiquetas que en muchas ocasiones, para bien o para mal, podía llegar a provocar el dinero.

* * *

Ataviada en esos instantes con mi ropa de faena, unos ceñidos vaqueros y una apretada camiseta con publicidad del bar, observé los vestidos rotos que tenía entre las manos y me pregunté de nuevo por qué la gente podía llegar a ser tan cruel, por qué pensaban esas chicas que, para mí, un vestido representaba el dinero que había costado en lugar de un grato recuerdo de los momentos que había pasado llevándolo.

Quizá la respuesta era que ellas creían que el dinero lo curaba todo y por eso se permitían hacerles daño a otros sin comprender que el dinero no podía curar ninguna herida. Tanto la gente con dinero como la que no tenía nada me había mostrado una gran lección: lo crueles que podían ser al medir a una persona, no por sus acciones, sino por el dinero que poseen o han poseído. En esos instantes, yo había sido tachada de «rica niña mimada» y, a pesar de no tener nada ahora, se habían permitido destrozar mis recuerdos con esa pobre excusa.

Harta de todos los que me mostraban que nunca tendría un lugar, lloré abrazando un vestido roto. Me lo había comprado mi padre con gran orgullo para mi graduación, una prenda que para algunas solamente simbolizaría riqueza y opulencia, pero que para mí representaba un feliz recuerdo de un momento en el que mi padre hizo una pausa en sus ajetreados negocios para acompañarme a decenas de tiendas buscando el vestido perfecto para celebrar un momento tan importante de mi vida. Por más años que pasaron, siempre guardé en mi armario esa prenda, y la observaba con cariño cada vez que ese hombre me fallaba, para recordar que hubo un tiempo en el que mi padre estuvo ahí para mí.

Al recordar que ahora mi familia no estaba a mi lado, no pude

evitar abrazar con fuerza ese vestido rasgado y dejar salir esas lágrimas que mostraban lo profundas que podían ser mis heridas, a pesar de que intentara ocultarlas detrás de una sonrisa.

De repente sentí una fuerte mano en mi hombro y, al alzar la mirada, contemplé el intimidante rostro de Bodhi, un hombre al que muchos temían, a pesar de tener un gran corazón.

—Te diría que solo es un vestido, pero por tus lágrimas puedo ver que es algo más.

—Hoy quería darles a todas la gran noticia de que ya teníamos los vestidos para que posaran para los calendarios, pero supongo que esta es su respuesta a mi idea… —dije metiendo una mano en esa caja, de la que solo saqué retales.

—No te preocupes, yo sé que las convencerás.

—¿De verdad lo crees? ¿A qué viene ahora esa esperanza en mí, cuando antes eras el primero en decir que fracasaría a la menor oportunidad?

—Fácil, no pienso salir en todas las páginas de ese calendario…, y a saber las ideas que se te pueden ocurrir con los demás vestidos que tienes guardados —declaró Bodhi, dejándome claro que contaba con su apoyo.

Tras limpiar mi rostro, deposité mi vestido en esa caja, que más tarde tiraría. Y sonriéndole a Bodhi, me cogí de su brazo mientras lo acompañaba al exterior con una sonrisa con la que nadie vería mis heridas.

—No te preocupes: esos vestidos no son de tu talla… —dije haciendo que suspirara aliviado, hasta que añadí solo para burlarme de él—: Aunque si les hacemos unos arreglos…

Las risas que sacaron de mí los gruñidos de mi socio me volvieron a poner en pie para enfrentarme a todo, y eso era algo que necesitaría esa noche, en la que probablemente volvería a encontrarme con los dos hombres con los que había salido la noche anterior.

—¿Necesitas ayuda? —me preguntó Bodhi tras ver a Will y a Samuel en el bar antes de dejarme detrás de la barra.

Y yo, tras coger uno de los adornos del bar, una gran cuerda que no dudé en estirar entre las manos, les ofrecí a ambos tipos una perversa sonrisa antes de contestarle a mi protector socio:

—No, Bodhi. Yo me basto y me sobro para darles una lección.

Sus carcajadas me hicieron saber que me creía. En cuanto a esos dos sujetos, Samuel se mantuvo alejado demostrándome que había aprendido la lección, pero no podía pensar lo mismo respecto a Will cuando vi que su hermano tenía que retenerlo en su silla en más de una ocasión mientras su furiosa mirada me advertía de que aún teníamos muchas cosas de las que hablar.

* * *

—¡Vale, semental! No te desaté esta mañana para que volvieran a atarte ahora… —comentó Jayden, reteniendo de nuevo los pasos de su habitualmente racional hermano, el cual, siempre que estaba cerca de esa chica perdía la compostura y se convertía en un sujeto completamente ilógico.

—Tengo muchas cosas que aclarar con Madison.

—Sí, después de cómo te encontré esta mañana, no tengo ninguna duda de ello.

—Eso fue cosa de Clay, que le enseñó a utilizar las cuerdas para atarme. Sin él, Madison me habría atado con una simple corbata.

—¡Ah, eso lo aclara todo! —anunció Jayden con ironía, esperando que su sensato hermano al fin se diera cuenta de lo ridícula que resultaba esa situación—. Por cierto, ¿puedes explicarme cómo es que te fuiste a cenar solo y volviste al rancho con la cita de Samuel Rocher? —preguntó a continuación. Y antes de que Will contestara, ya lo hicieron por él los rumores que comenzaban a oírse por el local.

Desde una mesa cercana, los hermanos Walter pudieron oír a dos jóvenes trabajadores de su rancho a los que les gustaban las apuestas que no tenían demasiado claro que Samuel Rocher hubiera ganado en esta ocasión.

—¿Sabes lo que me ha contado un camarero del restaurante La Maison? Por lo visto, anoche le dieron a probar a ese hombre de su propia medicina. Salió con Madison Mitchell, y quien quedó como un idiota fue él: esa mujer llegó al restaurante en un coche de lujo de esos que solo se ven en las películas, con un vestido carísimo, y conversó en un perfecto francés con el camarero para pedir su comida… ¡La cuenta final ascendió a la escandalosa suma de cinco mil dólares! —señaló Tom, una de las últimas adquisiciones de su rancho para cubrir los trabajos temporales.

—¡Joder! ¡Pues sí que sale caro salir con esa mujer! Pero a lo que importa: ¿Samuel se acostó con ella o no? —preguntó Matthew, su inseparable compañero.

—La verdad es que nadie lo sabe, ya que salió del restaurante sola mientras Samuel pagaba y luego este fue tras ella. Pero, por la pinta de Samuel y ese ojo morado que lleva, para mí que la respuesta es que no.

—¿Se lo preguntamos a Madison? —sugirió Tom, levantándose de su mesa. Pero tras ver a Bodhi limpiando la barra del bar con un tipo antes de arrojarlo fuera de su local porque se había acercado demasiado a la chica, decidieron volver a sentarse.

—Mejor lo dejamos para otro día —propuso Matthew, animando a su amigo a disfrutar esa noche solo del espectáculo y de las bebidas.

—A esos dos pienso ponerles turno doble esta semana… —anunció Will vengativamente después de oír los rumores sobre Madison.

—Creo que eso es un poco infantil de tu parte, Will. Después de todo, fuiste tú quien se quedó con la chica.

—Bueno, ahora que ya sabes qué fue lo que pasó, creo que es hora de que vaya a hablar con Madison sobre la pasada noche —dijo él mientras trataba de volver a levantarse de su silla, algo que Jayden no permitió.

—¿Tú crees que esa es la cara de una mujer que quiere hablar contigo? —le preguntó Jayden a su hermano mientras señalaba la pérfida sonrisa que Madison mantenía en el rostro y no se alejaba demasiado de una cuerda que tenía cerca de ella—. Y más aún: ¿crees que ese es el rostro de un hombre que va a permitir que te acerques a hablar con ella? —añadió señalando la intimidante figura de Bodhi, que esa noche no dejaba de gruñir a todo aquel que se aproximara demasiado a la barra.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer?

—Tan solo esperar al momento adecuado para acercarte a ella, hermano. Y, definitivamente, este no lo es —respondió Jayden mientras veía cómo Bodhi limpiaba la barra con otro tipo que le había pedido a Madison algo que no era, precisamente, una bebida.

—¡Mierda! ¿Y cómo sabré que es el momento oportuno para acercarme a ella? —inquirió Will al tiempo que fijaba sus ojos en la muchacha y se acababa su copa de un trago para pedir otra a la vez que la desafiaba con la mirada.

—No te preocupes, hermano: cuando llegue el momento, lo sabrás —declaró Jayden intentando animarlo cuando, en verdad, tras contemplar el furioso y vigilante rostro de Bodhi, no tenía ni idea de cuándo podría ser ese momento.

* * *

«Definitivamente, ¡este es mi momento!», me dije cuando Samuel se acercó a mí con su ojo morado, rodeado por los cuchicheos y alguna que otra risita de los hombres que poblaban el local de Bodhi, que me aseguraban que los rumores sobre lo que había sucedido en ese restaurante comenzaban a rondar por todo el pueblo.

—¿Qué ocurre, Samuel? ¿No tuviste suficiente con una cena y vienes a pedirme otra cita? —le pregunté en tono burlón.

—No, pero te advierto que si alguien me pregunta pienso decirle que me acosté contigo —declaró él—. Y si intentas negarlo, piensa: ¿a quién creerán los vecinos del pueblo? ¿A ti, una chica del bar de estriptis, o a mí, el hijo de un acaudalado ranchero?

—En ese caso yo no tendría más remedio que decir la verdad: que pasé la noche con Will Walter, algo que, por supuesto, él no negará y… ¡Oh! Entonces todo el mundo supondrá que montamos un trío, pues la gente siempre piensa lo peor. ¿Te parece bien que dejemos a la imaginación de los cotillas la explicación de cómo te puso Will ese ojo morado y dónde la metiste para que te diera ese puñetazo? —dije con sorna, haciendo que Samuel apretara fuertemente los puños, lleno de ira.

—¡Maldita seas! Si me preguntan, solo diré que tuve una cita espantosa contigo.

—¡Oh, Samuel! Me ofendes, con lo que yo me divertí… —declaré burlona antes de cambiar mi tono de voz por otro más serio mientras le advertía que se habían acabado sus juegos y sus apuestas con las chicas de ese local—. No vuelvas a aparecer por aquí ni a intentar jugar con una de las chicas que trabajan en este lugar. Si lo haces, los rumores que comenzarán a correr sobre ti no serán tan leves como una cita fallida. Y aunque nadie me crea a mí, una chica que trabaja en este local de mala reputación, ¿quién no creería a Will Walter, un hombre que fue testigo de lo canalla que puedes llegar a ser al intentar conseguir lo que quieres?

—Esto no se quedará así —amenazó ese sujeto, bastante molesto conmigo, dirigiéndome una mirada llena de odio. Pero como esa no era la primera ni la única advertencia que había recibido, no me amilané y volví a ponerlo en su lugar.

—Por supuesto que no… ¡Bodhi, la barra necesita otra pasadita! —exclamé con una bonita sonrisa al tiempo que señalaba a ese despreciable sujeto, haciendo que mi socio pillara la indirecta, aunque Samuel no llegó a cogerla a tiempo y fue utilizado por Bodhi para dar brillo a la barra antes de ser arrojado fuera del bar.

—¡Creo que este es mi momento! —exclamó Will, sorprendiéndome al levantarse de pronto de su silla e intentar dirigirse hacia la barra apartando a cada instante a su hermano de su camino, un hermano un poco más racional que él, que le aconsejaba que ese no era el momento de acercarse a mí.

Mientras Will se aproximaba, Bodhi volvió de sacar la basura de dos patas sacudiéndose las manos y le echó una de sus gélidas miradas a Will a la vez que anunciaba:

—Algunos nunca aprenden.

—Déjalo, Bodhi. Quiero saber qué ha venido a decirme —detuve a mi socio, permitiendo que Will se acercara.

—¡Ayer te aprovechaste de mí! —manifestó Will, haciendo que yo escondiera mi rostro avergonzado entre las manos mientras todas las miradas de los curiosos que aún no sabían con quién había pasado la noche se clavaban en Will, poniendo fin a sus dudas—. Y vengo

para pedirte que vuelvas a hacerlo —continuó ese hombre, abriendo sus brazos en una decidida invitación y con una desvergonzada sonrisa en sus labios.

Y yo, devolviéndole la sonrisa, le contesté como realmente se merecía.

—¡Bodhi, creo que la barra sigue un poco sucia! —grité, haciendo que la fulminante mirada de mi socio se fijara en Will al tiempo que su hermano Jayden reaccionaba con rapidez y lo arrastraba hacia la salida antes de que Bodhi lo alcanzara.

* * *

Podría haber dicho otras palabras más adecuadas, pero cuando Madison me dio la oportunidad de hablar, todos estaban demasiado pendientes de nosotros, y tras oír esos rumores, yo solo quise que quedara claro con quién había pasado Madison la noche.

Fue un comportamiento posesivo y fuera de lugar por el que me llevaría más de una regañina de mis cuñadas, pero mi comportamiento no era nada racional cuando estaba cerca de Madison, y no pensaba en otra cosa que no fuera volver a tenerla a mi lado.

Sabiendo que no me dejarían entrar de nuevo en el bar de Bodhi, decidí esperar en la puerta a que ella se decidiera a hablar conmigo. Así, bajo la estricta mirada de Bodhi, pasé horas a la intemperie, sentado en el bordillo de la acera delante de esa puerta hasta que Madison se dignara salir por ella.

—Te informo, vaquero, de que fuera de este establecimiento no se sirven bebidas. No obstante, como te debo una, voy a hacer una excepción —me dijo antes de poner un botellín de cerveza en mis manos y tomar un sorbo del suyo para luego preguntarme—: ¿De qué quieres hablar?

Tras levantarme del suelo y aceptar ese trago, me acerqué a ella intentando aclarar cuál era nuestra situación.

—Quiero saber dónde estamos.

—En estos instantes, fuera del local de Bodhi —contestó ella jocosamente.

Tras su respuesta, me mesé nerviosamente los cabellos y volví a preguntarle:

—Lo que quiero decir es… ¿qué tipo de relación tenemos, Madison?

—No lo sé.

—Entonces dime, ¿qué tipo de relación quieres que tengamos? —pregunté, acortando la distancia entre nosotros para ponerla nerviosa y evidenciar que yo no le era indiferente. Madison dio un paso hacia

atrás y volvió a establecer entre nosotros esas barreras que habían desaparecido la noche anterior.

—Eso es algo que tampoco sé, porque eres el hombre que más me ha ayudado desde que lo perdí todo, pero también eres una de las personas que más daño me han hecho con sus mentiras. Dices que te gusto, pero también que estar a mi lado y cuidarme solo es una obligación que te han impuesto para cumplir con una promesa que le hiciste a mi padre. Me ayudas a levantarme cuando la gente me hace daño con sus prejuicios, pero también me hundes cuando tú mismo me juzgas con más severidad que nadie por lo que fui, sin verme ni pararte a conocer cómo soy ahora. Creo que la pregunta que deberías hacerte a ti mismo, Will, es: ¿qué soy yo para ti?

—No lo sé —respondí, tan confuso como ella, ya que pronunciar un «te quiero» rodeado de tantas mentiras habría sonado muy falso, y todavía no me atrevía a desvelar esas mentiras que me podían llevar a perderlo todo, tanto mi rancho como a ella.

—Entonces, hasta que tengas claro quién soy para ti, no vuelvas a hacerme esa pregunta.

—Anoche…

—Lo de anoche solamente fue un momento de debilidad del que no me arrepiento, pero que no quiero repetir.

—¿Por qué? —pregunté confundido con la mujer que se había derretido entre mis brazos la noche anterior, que afirmaba que no se arrepentía de los momentos que había pasado a mi lado, pero que tampoco me daba otra oportunidad.

—Porque sé que puedo desearte, pero no sé si puedo llegar a amarte cuando me haces daño continuamente y me ocultas muchas cosas. Permíteme aprender de mis errores y proteger mi corazón porque, no sé si lo sabes, Will, que te rompan el corazón duele, tengas mucho dinero o no —declaró Madison, alejándose de mí.

Y yo, sabiendo que no tenía derecho a retenerla, la dejé marchar preguntándome cuándo podría alcanzarla y, si lo lograba, cuánto tardaría en perderla desde el momento en el que se desvelaran todas las mentiras y ella descubriera que mi protección siempre había tenido un precio, uno que yo no había averiguado lo elevado que era hasta que fui a enamorarme de esa mujer.

Capítulo 13

Eddy Houston sentía que, desde que había terminado su relación con Madison, su padre se mostraba muy tirante con él. Primero Charles le había echado una gran reprimenda a su hijo por estropear el coche de la chica, algo que había traído como consecuencia la cancelación de sus tarjetas de crédito, haciendo que se quedara sin el dinero que tanto le gustaba gastar. Y ahora lo retenía en casa hostigándolo continuamente con sus sermones, ¡incluso pretendía que trabajara para sufragar la reparación del vehículo de Madison, una elevada suma de dinero que reclamaba la aseguradora!

La verdad era que Eddy la echaba de menos o, mejor dicho, echaba de menos su dinero, ya que, ahora que no tenía a nadie que pagara sus caprichos, no podía ir en contra de su padre ni huir de sus reprimendas con facilidad. No le habría importado comenzar una relación con Nicole o con Bethany, otras niñas mimadas que gastaban despreocupadamente su asignación, pero la pega era que, al contrario que Madison, ellas dos eran demasiado egoístas y solo gastaban el dinero en sí mismas.

Sin poder ir a ningún lado, Eddy disfrutaba tomando el sol en la piscina de su hogar hasta que los airados gritos de su padre interrumpieron su siesta.

—¡Hoy mismo te vas de viaje!

—¿Al fin has entrado en razón y vas a dejar de torturarme por lo que le hice a esa chica? Muy bien, dime, ¿adónde iré con mamá: a una isla paradisíaca, a un caro *spa*, a la casa de verano…? —preguntó Eddy, recordando alegremente que él siempre era el sustituto de su padre para acompañar a su madre cuando este estaba muy atareado con su trabajo.

—Irás a un remoto y perdido pueblo de Texas, donde te encontrarás con Madison Mitchell y te disculparás por los desperfectos que le causaste a su coche.

—¡¿Qué?! ¡Ah, no! ¡De eso nada! No pienso ir en busca de esa mujer ni mucho menos arrastrarme para pedirle perdón a esa pobretona. Que se contente con el dinero del seguro.

—¡Escúchame bien, inútil! Me he enterado de que Fitzgerald nos hizo creer a todos que perdió su dinero solo como estrategia para darle una lección a su hija y librarla de unos cuantos parásitos que se aprovechaban de ella y de su dinero. Adivina quién era uno de esos

parásitos… —declaró Charles mientras fijaba su airada mirada en su hijo.

—¿Qué? ¿Entonces Madison sigue siendo una niña rica? —preguntó Eddy, esperanzado con la idea de volver a conquistar a esa incauta.

—Sí, solo que ella no lo sabe.

—Entonces, si le ofrezco mi ayuda en su actual situación apurada, tal vez podría conquistarla de nuevo, ¿no?

—¡Escúchame bien, idiota! ¡Ni se te ocurra acercarte a esa chica salvo que sea para pedirle perdón! No quiero enfadar más a Fitzgerald. Gracias a tu bromita de destrozarle el coche a su hija, ahora ese hombre nos tiene en su lista negra y ha provocado que me abran una investigación fiscal. Además, en otros negocios que tengo fuera de mi trabajo, todas mis inversiones fracasan y las personas que antes eran mis socios capitalistas están dejando de invertir porque Fitzgerald les ha sugerido que no es apropiado colaborar conmigo. ¡Ese hombre me está cerrando todas las puertas y tú eres el único culpable, así que me importa muy poco cómo llegues a conseguirlo, pero quiero que te disculpes con esa chica! ¡Me da igual si tienes que arrastrarte o besar los pies de esa mujer, pero debes conseguir que Madison te perdone para calmar el enfado de Fitzgerald!

—Pero, papá, tú siempre me has enseñado que un Houston nunca se disculpa.

—Pues vas a aprender a hacerlo si no quieres que corte para siempre el dinero de esas tarjetas de crédito de las que tanto te gusta presumir.

—¡Joder! ¡Está bien! Iré en busca de Madison y le pediré perdón. Pero dime una cosa: si ella no sabe que es rica, ¿dónde se aloja? ¿De qué vive?

—No lo sé, creo que en estos momentos está regentando un negocio sin mucho futuro en un recóndito pueblecito, puede que una pequeña tienda o un *spa*. No sé mucho más. Tú solo búscala y pídele perdón.

—De acuerdo, lo haré. Otra cosa, papá, ¿tú sabes quién era el hombre que se quedó junto a ella cuando supuestamente lo perdió todo?

—Seguramente sea un tipo al que Fitzgerald compró de alguna manera para que cuidara de su mocosa. Si se entromete en tu camino, simplemente ofrécele un precio mayor que lo que sea que le pague Fitzgerald y apártalo a un lado. Sea como sea, quiero el perdón de esa chica para lograr que ese rencoroso empresario deje de hacerme la vida imposible, así que no vuelvas a casa hasta haber conseguido tu objetivo. ¿Está claro? —preguntó Charles a su hijo mientras le entregaba una tarjeta para los gastos de ese viaje, la cual Eddy se

apresuró a coger con una celeridad que a su padre no le gustó demasiado.

—Por supuesto, papá. Cuenta conmigo —anunció él complaciente.

Pero mientras se alejaba para prepararse para el viaje, a su rostro asomó una maliciosa sonrisa.

—Me pregunto qué harás cuando descubras que todo por lo que estás pasando es culpa de tu querido padre y que el hombre que siempre está a tu lado permanece allí solo porque alguien lo ha comprado —susurró Eddy para sí mientras planificaba un viaje que distaba mucho de ser como su padre había planeado.

* * *

Cuando los rumores de la lección que había recibido Samuel se esparcieron por el pueblo, las chicas de Bodhi comenzaron a sentirse avergonzadas por su comportamiento con Madison. Ahora entendían por qué había acudido a esa cita, y comprendieron que, con dinero o sin él, seguía siendo esa impertinente y molesta mujer que siempre las defendía. No obstante, sin saber cómo acercarse de nuevo a Madison, las chicas continuaron manteniendo las distancias.

¡Quién podía imaginar que esas barreras que habían interpuesto entre ellas serían eliminadas por un idiota que les mostraría que, tuvieran dinero o no, las chicas siempre podían toparse con un canalla que trataría de aprovecharse de ellas y dañar su corazón!

En los pueblos de los alrededores empezaron a hablar sobre un niño rico que había llegado al lugar con un caro descapotable y que, mientras se pavoneaba en todos lados con su dinero, no dejaba de preguntar por Madison. Todos pensaron que se trataba de un tipo adinerado al que ella había embaucado para casarse por su dinero, sin llegar a sospechar que la realidad era justamente la opuesta: que era ese hombre quien perseguía a una mujer a la que aún creía una incauta para volver a conquistarla, a ella y al dinero que Madison no sabía que tenía.

Eddy Houston se enteró de la situación real de Madison después de preguntar por los alrededores, y no pudo evitar sonreír con satisfacción mientras se dirigía al bar de estriptis en el que esa chica trabajaba para burlarse de una muchacha que, aun creyendo que lo había perdido todo, se había negado a aceptar el dinero de un Houston por no ir acompañado de una disculpa.

Pensando que ahora que Madison estaba en una situación bastante desafortunada esa disculpa se podría comprar, Eddy no dudó en entrar en ese local presumiendo de su dinero y del fajo de billetes que pensaba gastar esa noche.

—Esto será suficiente para una disculpa —musitó orgullosamente para sí mientras entraba en el local y comenzaba a buscar a Madison por el escenario de ese club, que, definitivamente, un niño rico como él no estaba acostumbrado a pisar.

Al contrario que en el pueblo, en cuanto Eddy preguntó por Madison no fue recibido con una amable sonrisa, sino por la mirada hostil de todas las camareras. Cuando se atrevió a revelar que era su exnovio solo consiguió que le dejaran violentamente sobre su mesa la bebida que había pedido. Y en el momento en que intentó inventarse una lacrimógena historia sobre cómo ella lo había abandonado, para su asombro, una de esas mujeres escupió en su cerveza antes de dejarla a su alcance.

Al ver que por ese camino no iba a conseguir nada, Eddy trató de pasar al recurso del soborno dejando sobre su mesa varios billetes de cien dólares, animando a las chicas a que le comunicaran la ubicación de Madison. La respuesta de esas mujeres fue coger el dinero de la mesa antes de limpiarla y desaparecer sin brindarle ningún tipo de información ni dirigirle la palabra.

Finalmente, un rato más tarde, mientras Eddy reflexionaba sobre cuál debería ser su siguiente paso, Madison entró en el local a través de la puerta de la oficina del establecimiento y no se desplazó por las mesas como camarera ni formó parte del espectáculo como bailarina, sino que ocupó un lugar detrás de la barra. Eddy se levantó de su mesa y se dirigió hacia ella con decisión, dispuesto a recordarle a esa mujer todo lo que él podía comprar y ella no, sin sospechar en ningún momento que había cosas que él nunca podría obtener solo con su dinero.

* * *

Sabía que no me esperaba una noche demasiado agradable cuando las hostiles miradas de las chicas volvieran a seguirme, cuando mis compañeras se alejaran de mí para ignorarme, cuando atendiese a hombres que pensaban que en esa barra podían pedir algo más que una cerveza o un whisky, o después de que Will se sentara en su lugar acostumbrado para fulminar a todo aquel que se acercase a mí mientras insistía en reclamarme que le entregara mi corazón sin darme nada a cambio, salvo sus mentiras.

Sin embargo, nunca imaginé que la noche sería tan espantosa hasta que apareció mi ex ante mí nada más ocupar mi lugar tras la barra. La sonrisa de ese tipo, que antes me había conquistado, ahora me parecía demasiado falsa y bastante retorcida, sobre todo cuando no pudo ocultar la satisfacción con la que me miraba, creyéndose superior a todos los que lo rodeaban.

Bodhi no tardó en detectar esa nueva amenaza que se cernía sobre mí, y como Eddy caminaba por el local con aires de gallito como si pudiera comprarnos a todos, constaté que a mi exnovio le faltaba muy poco para limpiar la barra del bar, estrenando adecuadamente el traje nuevo que lucía en esos instantes.

Por supuesto, yo detuve a Bodhi con un gesto de mi mano, ya que ese hombre que se acercaba a mí era uno al que no me importaría volver a aleccionar en persona. Bodhi, sabiendo de lo que yo era capaz, dio un paso atrás mientras hacía señas con las que me advirtió de que estaría vigilando a ese tipo.

Y en ese momento, justo cuando creía que tenía la situación controlada, Will entró por la puerta y vio a Eddy. Tras un segundo de estupor y sorpresa, Will comenzó a crujirse los nudillos y se encaminó hacia él, pero antes de que llegara hasta Eddy, atajé el rudo comportamiento de ese vaquero fulminándolo con la mirada al tiempo que le ordenaba con un gesto que se sentara a su mesa, ya que quería enterarme de las razones por las que Eddy estaba allí.

Como Will sabía que las opciones que tenía eran sentarse en su sitio o que Bodhi lo condujera con su amabilidad habitual a la salida, el vaquero me obedeció a regañadientes sin dejar de vigilar a mi ex, emitiendo algunos molestos gruñidos que espantaban a todos los clientes que pasaban por su lado.

En cuanto Eddy se sentó delante de mí sin percatarse de cómo lo había librado de dos buenas palizas, de tres si se contaba la que yo me estaba conteniendo de darle, lo recibí con la misma falsa sonrisa que usaba a menudo con los clientes.

—¿Qué quieres beber? —le pregunté mientras él apoyaba los codos sobre la barra. Luego entrelazó los dedos de las manos y apoyó la barbilla sobre ellas para contemplarme desde esa posición, creyéndose Dios.

—Pero qué bajo has caído, Madison…

—Lo siento, Eddy, pero este lugar de la barra es solo para pedir una copa. Para mantener conversaciones estúpidas es allí —contesté señalando el intimidante semblante de Bodhi, que provocó que Eddy me pidiera una bebida.

—Está bien, ponme algo de beber mientras mantenemos una conversación.

—¿Puedes decirme el cóctel o licor que quieres? —pregunté, intentando aguantar a ese tipo mientras observaba cómo Will arrastraba con descaro su silla, acercándola cada vez más hacia nosotros para oír nuestra conversación.

—No sé, cualquier cosa. Sorpréndeme —declaró Eddy con despreocupación, por lo que yo le serví una cerveza que prácticamente era todo espuma y, de regalo, le escupí en el vaso antes de ponerlo

delante de él.

—Esta bebida ya me la ha puesto una de tus compañeras y, definitivamente, no es de mi agrado —anunció Eddy mientras hacía a un lado la cerveza, rechazándola. No obstante, yo le cobré el doble de su precio habitual.

—¡Mierda! Nina se me ha adelantado al mostrarte nuestra bebida especial de la casa —dije, adivinando cuál de mis compañeras podía haber tenido ese gesto con Eddy si la había ofendido, y él, con su comportamiento de niño mimado, solía ofender a todos cuantos se cruzaban en su camino.

—Verás, Maddie: vengo a hablar contigo sobre nuestra relación —manifestó Eddy, provocando otro gruñido de un hombre que se acercaba cada vez más a nosotros mientras arrastraba su silla, disimulando muy mal que estaba intentando espiar esa conversación.

—¿Te refieres a esa relación que ya no tenemos? —pregunté, algo confusa con Eddy, un indeseable que me había dejado muy clara la posición que tenía en su vida cuando perdí todo mi dinero.

—Sí, esa… Creo que me precipité un poco al romper contigo, así que he venido hasta aquí dispuesto a darte otra oportunidad.

—¿Eh? ¡Ah, no! Muchas gracias, Eddy, pero con una vez tuve más que suficiente para descubrir lo despreciable que eres. Caer dos veces en la misma trampa sería demasiado hasta para mí.

—No digas tonterías, Madison. En la situación en la que te encuentras, no puedes permitirte rechazar a un hombre adinerado como yo, así que tú tan solo tienes que hablar con la aseguradora de tu coche para que no intente seguir cobrándonos una suma más que exagerada y yo permitiré que te quedes en uno de mis apartamentos, donde podrás volver a llevar la despreocupada vida de niña rica que siempre has tenido, pero en esta ocasión bajo mi protección.

—Vamos a ver si entiendo lo que me estás diciendo, Eddy. Tú, el hombre al que cuando yo tenía dinero le concedía todos sus caprichos sin que me diera ningún regalo de vuelta, el novio que me dejó tirada como la mierda cuando me quedé sin nada, el mismo tipo que me dio la espalda en el peor momento de mi vida, en el que habría agradecido hasta el infinito el más ínfimo gesto de apoyo que hubiera recibido, el inmaduro personaje que destrozó mi coche solo por despecho, aun sabiendo que eso era lo único que me quedaba para seguir adelante, ese mismo sujeto se presenta ante mí diciendo que me concede el inmenso honor y privilegio de volver con él… Creo que no me he explicado demasiado bien y por eso no has entendido mi contestación, así que esta vez presta suma atención: esta es mi respuesta —le dije. Entonces formé un círculo con mis dedos pulgar e índice y me lo llevé a la boca para hacer una larga pedorreta con la que pretendí expresar mi respuesta ante la sublime proposición de

Eddy.

Cuando terminé, mi exposición dejó boquiabiertos a más de un cliente, hizo que la música cesara, que Will sonriera detrás de su cerveza, que la chica que bailaba en el escenario se cayera de la barra y que todos los ojos se centraran en el tipo que aún me miraba completamente sorprendido.

—Bien. ¿Te ha quedado ya clara cuál es mi respuesta a tu magnífica propuesta, Eddy? Pues hala, si no quieres otra cerveza o sentarte a una de las mesas libres para hacer alguna consumición, tendré que pedirle a alguien que te acompañe al exterior de nuestro establecimiento —declaré señalándole a Bodhi y su serio semblante, que ya se dirigía hacia nosotros.

—¡Sí quiero algo! ¡Quiero un baile privado del propietario de este local! —declaró Eddy en voz alta para que todos lo oyeran al tiempo que ponía tres mil dólares sobre la barra y me recorría de arriba abajo con una lasciva mirada que me decía que él sabía que ese local me pertenecía.

Will se levantó violentamente de su silla, que para ese momento se encontraba a varios metros de la mesa junto a la que debería haber estado, con la clara intención de pegarle una paliza a mi ex. Yo, por mi parte, estuve a punto de arrojarle ese dinero a la cara, pero, para mi asombro, Bodhi negó con la cabeza, dándome a entender que él sabía cómo tratar a los tipos como Eddy. Tras coger el dinero y echarle una seria mirada a Eddy, mi socio le dijo con brusquedad:

—Tú sígueme para tu baile privado.

Eddy me sonrió satisfecho, creyéndose vencedor, mientras las camareras lo acomodaban en una mesa cercana al escenario y Bodhi le hacía señas a la chica que estaba en él para que volviera al camerino y a otra de ellas para que cambiara la música. Supuse que cuando todo estuviera preparado me mandaría llamar y yo tendría una larga discusión con él porque no pensaba bailar para Eddy ni por todo el dinero del mundo.

Todos los clientes se acercaron con curiosidad para ver si ese hombre conseguía hacerme bailar al son de su dinero y Will se quedó cerca de la barra, dispuesto a sacarme de ese lugar antes de que alguien me ordenara subir al escenario. Pero, para sorpresa de todos, fue Bodhi el que se subió al escenario y, mientras sonaba la famosa melodía de la película *Nueve semanas y media*, le dedicó un bailecito sexy a mi ex mientras se quitaba la camisa y enseñaba su pecho peludo y sus michelines a la audiencia.

—¡Uf! Esto me puede… —oí decir a Will, que fue el primero en salir por la puerta.

—¡Esto no es lo que yo he pedido! —gritó Eddy, histérico, mientras las chicas animaban a Bodhi en su primer estriptis, yo lo

grababa en vídeo y los hombres del local huían espantados, gritando exageradamente que alguien les arrancara los ojos.

—Por supuesto que es lo que has pedido: yo soy dueño del cincuenta y cinco por ciento de este negocio. Por tanto, esto es lo que has pedido. Tú solo dime cómo de íntimo quieres este bailecito y yo lo haré —declaró Bodhi mientras hacía girar su camisa por encima de su cabeza, convirtiéndose en el ídolo de todas sus empleadas, que lo animaban a gritos.

—Quiero… quiero que me devuelvas mi dinero —exigió mi ex, ante lo que Bodhi respondió desabrochándose el pantalón y metiendo el fajo de billetes en sus calzoncillos.

—Pues ven a recuperarlo, guapetón —dijo haciendo un sexy movimiento de cadera que nos impresionó a todas e hizo que el resto de la clientela, que todavía no había salido corriendo, ahora sí lo hiciera al tiempo que Eddy se apresuraba a imitarlos.

La música terminó entonces y todas las chicas aplaudimos y silbamos a Bodhi. Este, tras recomponer su aspecto, bajó con parsimonia mientras observaba con semblante serio el local vacío.

—Bueno, ahora ya sabéis por qué nunca me subo al escenario. Vamos a cerrar por hoy, ya que, gracias a un idiota, hemos ganado suficiente dinero como para tomarnos el resto de la noche libre —anunció antes de meter parte del dinero en la caja registradora y un buen fajo en el bote de las propinas, regalándonos un descanso a todas.

En ese momento, al contemplar el tenso ambiente que me rodeaba, decidí aprovechar mi tiempo para reabastecer el bar. Y mientras iba al almacén a por unas cervezas, vi que las chicas comenzaban a hacer de nuevo alguna de las suyas al reunirse alrededor de una de las cajas que contenían mis vestidos, murmurando entre ellas y escondiendo algo en el interior de una.

—¡Otra vez no! —exclamé furiosa, acercándome a ellas para apartarlas de mi camino, decidida a enfrentarlas para que no rompieran ninguno más de mis preciados recuerdos. Pero, para mi asombro, cuando abrí esa caja, en su interior me encontré con los vestidos que ellas habían roto con anterioridad torpemente remendados, como si se tratase de un intento de pedirme perdón.

—Lo sentimos —dijeron cada una de ellas, bajando la cabeza.

—Ahora sé que fuiste detrás de Samuel para que ese tipo no me engañara y que lo avergonzaste para que no siguiera yendo detrás de las demás. Nina me contó cómo había jugado con ella, pero yo no quise escucharla. Lo siento, Madison, fui una necia. Si quieres, puedes pegarme —propuso Tina, ofreciéndome su mejilla. Y ante el asombro de todas, le propiné una sonora bofetada para devolverle la que ella me había dado en una ocasión.

—Ahora estamos en paz —dije mientras una de las chicas me pasaba una cerveza y a Tina un poco de hielo.

—¿De verdad ese tipo despreciable era tu ex? —preguntó Anna mientras Marla añadía:

—¡Cuéntanos tu historia!

Y finalmente, sin verme como a una niña rica o pobre, esas mujeres simplemente me vieron a mí tal y como era mientras escuchaban mi historia sobre cómo había aprendido que existían cosas que el dinero nunca podría comprar, entre ellas, la amistad.

—A pesar de que Bodhi ha espantado a todos los clientes, aún tenemos a un habitual en la puerta —anunció Nina cuando regresó de colocar el cartel de «Cerrado».

—Este te lo dejamos a ti —dijo Anna con una sonrisa que me hacía saber quién era ese hombre que me esperaba. Y mientras cogía una cerveza para hablar con ese vaquero al que aún no sabía si concederle o no la oportunidad de acercarse a mí, me pregunté si, del mismo modo que había descubierto el valor de la amistad, podría hacerlo ahora con el del amor sin que llegaran a romperme el corazón.

* * *

Queriendo saber qué narices hacía ese niñato en Texas, esperé fuera del bar de Bodhi a que o lo sacaran a patadas o a que saliera disparado de ese lugar mientras Bodhi continuaba con su bailecito. Calándome el sombrero hasta las cejas, me apoyé en la pared junto a la puerta para contemplar al nutrido grupo de hombres que salía corriendo del bar, haciéndome saber que Bodhi seguía sobre el escenario.

Unos minutos más tarde salió ese tipo que tanto daño le había hecho a Madison y entonces, sin previo aviso ni clemencia, lo agarré de las solapas de su camisa y lo estampé contra la pared para satisfacer mi curiosidad sobre lo que buscaba en ese lugar.

—¿Qué haces aquí?

—No creo que seamos lo suficientemente cercanos como para que yo tenga que responder a tu pregunta —declaró orgullosamente ese sujeto, sin mostrar ningún miedo.

—¡Oh! No te preocupes: eso lo soluciono yo ahora mismo —dije irónicamente mientras apoyaba mi antebrazo en su cuello para dejarlo casi sin respiración, a la vez que me acercaba a él y le susurraba amenazadoramente al oído—: ¿Qué tal ahora? ¿Estamos ya lo suficientemente cerca como para que me expliques por qué estás persiguiendo a Madison?

—¡Estoy de vacaciones! —exclamó ese sujeto cuando lo dejé respirar.

—¡Claro que sí! Este recóndito paraje de Texas localizado en el culo del mundo es el lugar favorito de los niños de papá como tú —declaré irónicamente, volviendo a ejercer presión—. Volvamos a intentarlo, y esta vez con la verdad.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡He venido a pedirle perdón a Madison! —manifestó Eddy, molestándome con esa descarada mentira, pero cuando lo miré a los ojos comprobé que decía la verdad.

—Pues tu forma de disculparte con ella apesta.

—Creí que no necesitaría mucho para que me perdonara. Después de todo, esa chica cree que ha perdido su fortuna, aunque tú y yo sabemos que no es así, ¿verdad? —manifestó ese sujeto, sorprendiéndome, haciendo que lo soltara. Eddy comenzó a lucir ante mí una maliciosa sonrisa al hacerme saber que él también estaba al tanto de los juegos de Fitzgerald.

—Si crees que voy a permitir que te acerques a Madison para hacerle más daño, estás muy equivocado —declaré amenazando a ese despreciable individuo que cuando miraba a Madison tan solo veía su dinero.

—No creo que tengas derecho a reprocharme nada. A fin de cuentas, la persona que más daño le está haciendo a Madison eres tú —respondió ese tipejo mientras arreglaba presumidamente su traje, sin que yo pudiera rebatir unas palabras que sin duda eran ciertas.

—¡No te acerques a ella! —insistí, aún lleno de furia contra ese sujeto, pero también hacia mí mismo, por el daño que seguía causándole a esa mujer.

—Venga, vale… Hablemos de negocios de hombre a hombre: ¿cuánto quieres por apartarte de mi camino mientras vuelvo a conquistar a Madison? ¿Mil dólares? ¿Dos mil? ¿Tres mil? —inquirió Eddy insultantemente al tiempo que sacaba un fajo de billetes delante de mí y comenzaba a contarlos.

—Nadie puede comprarme.

—Pues no es eso lo que he oído de mi padre. Por lo visto, Fitzgerald Mitchell ya te ha comprado, así que ahora lo único que pretendo es conocer cuál es tu precio para igualarlo o superarlo… Creo que con tres mil dólares será suficiente. Después de todo esa chica, con dinero o sin él, no vale demasiado —comentó Eddy al tiempo que metía el dinero en el bolsillo delantero de mi camisa, provocando que estallara la ira que estaba conteniendo a duras penas.

En ese instante saqué el dinero de Eddy de mi bolsillo y ese idiota sonrió satisfecho, creyendo que me había comprado.

—¡Tú no sabes lo que vale esa mujer! —declaré con furia, mirando con desprecio el dinero. Y antes de que Eddy volviera a hacerme una nueva oferta, introduje el fajo de billetes entero en su sucia boca, dándole así mi respuesta, que completé después de agarrar

a Eddy por su caro traje y, como si de un saco se tratase, procedí a cogerlo en volandas y arrojarlo al contenedor de basura más cercano.

—No creo que podamos reciclar ese tipo de basura —manifestó burlonamente una voz a mi espalda, señalando los caros pantalones del traje de Armani, que eran lo único que quedaba a la vista de ese tipo.

Cuando me volví lo hice con miedo a que Madison hubiera oído algo de mi conversación con Eddy, pero al ver una pícara sonrisa en su rostro supe que había llegado justo mientras estaba metiendo a ese individuo en el contenedor.

—¿A qué has venido en esta ocasión, Will? —preguntó ella, intentando alejarse nuevamente de mí.

—¿No es obvio? A tirar la basura —bromeé, señalando al sujeto que intentaba salir del contenedor sin conseguirlo. Y cuando la suave risa de Madison me cautivó, añadí—: No quiero que nadie más vuelva a hacerte daño.

—¿Porque se lo prometiste a mi padre? —preguntó Madison, exhibiendo una sonrisa irónica en los labios.

—No, porque me duele aquí cada vez que te veo llorar —respondí golpeando mi duro pecho donde se encontraba mi estúpido corazón, que siempre se alteraba demasiado en presencia de esa mujer.

—No puedes protegerme de todo, Will. Mi padre lo intentó y entonces tuve que aprender por las malas que, en ocasiones, esas lágrimas son necesarias para tomar fuerza y volver a levantarnos. No soy tan débil como crees, no me hundo con facilidad, pero me agrada saber que te preocupas por mí más allá de esa promesa que le hiciste a mi progenitor. Eso me permite albergar esperanzas de que cuando estás a mi lado lo haces por mí, y no por las palabras de un magnate que siempre conseguía comprar a todos hasta que se quedó sin su dinero.

—Créeme, Madison: aunque todo esto empezara por la promesa que le hice a tu padre, todo ha ido cambiando a medida que iba conociéndote mejor —dije, incapaz de resistir por más tiempo el gritar lo que sentía por ella, tal vez porque presentía que muy pronto todo podía terminar en cuanto Madison descubriera la verdad y yo no tuviera la oportunidad de explicarme—. Me preguntaste el otro día qué eres tú para mí, y quiero responderte ahora. Para mí eres la mujer que me vuelve loco y hace que me olvide del racional hombre de negocios que suelo ser ante los demás. Eres la persona que a menudo me da la lección que merezco cuando la juzgo precipitadamente. Eres la chica a la que quiero proteger, a pesar de que tú misma sabes hacerlo perfectamente sola. Eres la mujer a la que no quiero ver sufrir y cuyas lágrimas me duelen demasiado. Eres ese complicado problema

que se cruzó en mi camino y para el que no tengo una solución. Eres esa niña rica de la que siempre he huido como de la peste, pero también eres esa chica valiente y tenaz que se levanta ante todas las dificultades que se cruzan en su camino. Eres una mujer que, para mí, no tiene precio y sí un valor tan elevado que no sé si podré alcanzar a pagarlo en alguna ocasión, pero, aun así, quiero seguir intentándolo y ganarme un pequeño hueco en tu vida. Eres, simplemente, Madison… —dije mostrándome completamente sincero, aunque solo en lo relativo a lo que sentía por ella.

Para mi sorpresa, ella se arrojó a mis brazos y, con los ojos llenos de lágrimas, me susurró al oído:

—Al fin me ves.

—Ven conmigo esta noche —le propuse mientras limpiaba esas lágrimas, deseando hacerlas desaparecer cuando estuviera entre mis brazos.

—¿Para qué quieres estar conmigo? ¿Para protegerme como le prometiste a mi padre?

—No, te quiero a mi lado para que tú me protejas a mí —confesé colocando su mano sobre mi pecho, encima de donde latía mi intranquilo corazón, un corazón que solo se calmaba cuando Madison estaba entre mis brazos.

—Solo esta noche —respondió ella, acomodándose entre ellos con una sonrisa que me prometía muchas más.

Pero, sabiendo que esa sonrisa desaparecería cuando ella supiera todas las cosas que le ocultaba, la apreté más fuerte contra mi pecho y repetí, sabiendo que esa era nuestra realidad:

—Solo una noche más.

Capítulo 14

Tras prometerle una noche más, Will me estrechó entre sus brazos con desesperación, como si sintiera que esa sería la última vez que me tendría entre ellos. Y yo permití que lo hiciera a pesar de ser consciente de que, al darle una oportunidad a ese hombre para que se acercara a mí, ponía en riesgo mi corazón. Pero es que esa noche necesitaba a alguien que me dijera que me amaba, aunque fuera mentira.

Al reencontrarme con el hombre que amé en el pasado y comprobar lo falso que había sido su amor, me dolió rememorar algunos de los momentos que pasé con él creyendo ciegamente en sus palabras.

Ahora estaba al corriente de que el amor en ocasiones tenía un precio. Y aunque sabía que Will no me quería por mi dinero, ya que no me quedaba nada, mi corazón aún dudaba si concederle o no una oportunidad. No obstante, dispuesta a volver a confiar en alguien a pesar del daño que me habían hecho, tomé su mano y me dejé guiar esa noche hacia esa locura que mi corazón gritaba que era el amor.

Después de mandarle un mensaje a Bodhi para que no se preocupara, me subí a la camioneta de Will, donde ambos nos mantuvimos en silencio, por temor a que alguna de nuestras confusas palabras pudiera poner fin a nuestro deseo y a ese precipitado encuentro.

En esta ocasión Will no me llevó a su casa, sino a un elegante hotel alejado de ese pueblo repleto de cotillas.

El silencio que manteníamos se volvió algo incómodo y me hizo dudar de ese hombre por unos instantes y de lo acertado de mi decisión. No tenía claro si esa noche sería un momento que no podría olvidar jamás o uno del que siempre me arrepentiría, pero en cuanto entramos en el ascensor del hotel, como si Will percibiera todas mis dudas, me acogió fuertemente entre sus brazos y reclamó mis labios en un apasionado beso que me hizo olvidar todo lo demás.

Su boca me devoraba mientras su lengua me buscaba y exigía de mí una ardiente respuesta que igualara su deseo. Yo le respondí con timidez y me agarré a él, sin poder utilizar en esta ocasión el alcohol como excusa para justificar lo que sentía hacia ese hombre. Mi deseo seguía mezclándose con las dudas sobre si me arrepentiría de amar a Will.

De pronto, las puertas del ascensor se abrieron para dar paso a otras personas. Will interrumpió nuestro ardiente beso pero se negó a soltarme y pegó su frente a la mía mientras me susurraba íntimamente:

—¿Te arrepientes de tu decisión?

Sin saber qué contestarle, me mantuve en silencio y Will se apartó de mí, dándome la oportunidad de alejarme de él y de todos los secretos que seguramente me guardaba.

—Hoy no —dije al fin, cogiendo su mano mientras volvía a atraerlo hacia mí. Cuando las puertas del ascensor volvieron a abrirse, nos bajamos.

Y sin que nos importaran nada las miradas curiosas que se clavaron en nosotros, Will me cogió en brazos y aligeró su marcha hacia la habitación, tal vez temiendo que cambiara de parecer.

En cuanto abrió la puerta, me dejó en el suelo y se apartó de mí para recorrer mi cuerpo con la mirada, como si quisiera grabar en su mente todos los momentos de esa noche.

—¿Qué ves? —le pregunté desafiante, queriendo saber si Will volvería a etiquetarme con una de sus prejuiciosas ideas o si, por el contrario, me veía solo a mí. Pero ese hombre me sorprendió con su reacción cuando colocó una de mis manos sobre su pecho para hacerme notar los acelerados latidos de su corazón al tiempo que me confesaba, borrando de mi mente todas las dudas acerca de esa noche:

—Veo a la mujer a la que le he entregado mi corazón.

Queriendo sentir que ese amor que manifestaba no era una mentira, comencé a desabrochar con impaciencia su camisa, deseando tocar su piel y percibir la veracidad de sus palabras. Will me ayudó a despojarlo de esa prenda, que arrojó despreocupadamente por encima de su hombro, y me dejó a mí que continuara con esa seducción en la que yo tomaba todo sin dar nada, tal vez porque aún le tenía miedo a ese amor y al precio que este podía exigirle a mi herido corazón.

Anhelando volver a sentir la ardiente mirada de ese hombre sobre mí, me deshice de mi camiseta, poniéndome a su par, y lo senté sobre la cama empujando su desnudo pecho. Entonces no supe cómo continuar y lo contemplé con dudas.

—Ven aquí —dijo Will algo impaciente, queriendo dirigir mis pasos. Pero aunque lo obedecí, no dejé que me conquistara porque, en esa ocasión, me tocaba a mí hacerlo y dejar una huella tan grande en su corazón como la que él dejaba en el mío cada vez que me rendía a su deseo.

Recordando los juegos de nuestra primera noche, me puse atrevidamente de rodillas ante Will y mis manos tocaron con timidez su abultado pantalón para, tras obtener algún que otro gemido de ese hombre, hacerme con su cinturón.

Will, que había mantenido las manos sobre sus rodillas sin hacer ningún movimiento por miedo a que huyera de él, se sorprendió al ver que usaba su cinturón para atar sus muñecas.

—¿De verdad crees que esto puede retenerme? —me preguntó, sonriendo irónicamente hacia sus ataduras y hacia mí.

—No pierdo nada por intentarlo —declaré desafiándolo. Y antes de que Will protestara o intentara deshacerse de su amarre, abrí atrevidamente sus pantalones y saqué su duro miembro de su encierro, degustando sus gemidos de rendición después de probar su firme deseo con mi lengua.

Recorriendo de arriba abajo su firme erección, lo hice maldecir mi nombre. Mis manos lo sujetaron con firmeza, marcando un ritmo pausado a su placer mientras mi lengua lo saboreaba. Cuando llegué a su húmeda punta, introduje su pene en mi boca intentando abarcarlo por completo, moviéndome lentamente para acostumbrarme a él, pero la paciencia de la que Will siempre solía hacer gala había desaparecido por completo y, tal y como me había advertido, sus ataduras no pudieron retener su crudo deseo y colocó sus manos sobre mis cabellos, guiando mi boca mientras sus caderas se movían al ritmo que deseaba a la vez que maldecía haber perdido el control. Nuestros ojos se cruzaron mientras yo disfrutaba de su rendición y, de repente, él se apartó de mí.

—Necesito algo más… —anunció mientras me ayudaba a levantarme. Después de acercarme a su cuerpo, me susurró al oído—: Te necesito a ti.

Sus palabras me conquistaron. No obstante, al contemplar su cinturón en torno a sus muñecas creí tener todavía las riendas de esa seducción, algo que Will contradijo al alzar sus brazos atados para pasarlos por encima de mi cabeza y rodearme con ellos. A continuación, ese hombre me sorprendió al utilizar sus hábiles dedos para desabrochar ágilmente mi sujetador a la vez que con los dientes apartaba esa prenda de mi cuerpo, haciéndome temblar de placer en el instante en el que sus labios y sus dientes rozaron mi piel, prometiéndome demasiado. Los brazos que me retenían me acercaron a él, recordándome un implacable deseo que se rozó contra mí.

—Desnúdate —me ordenó entonces. Y al ver que mis temblorosas manos no se movían, bajó su boca por mi cuello lentamente, haciendo que me arqueara en busca de más de sus caricias. En el instante en el que llegó hasta mis erguidos pezones, Will los devoró sin piedad, haciéndome gritar su nombre—. ¿O prefieres que sea yo el que te desnude? —añadió con una maliciosa sonrisa en los labios mientras su cabeza seguía hundida entre mis pechos.

—No… no puedes… hacer eso… —dije entrecortadamente, recordando sus ataduras. Una afirmación con la que solo conseguí que

él sonriera todavía más perversamente antes de hacerme saber lo errónea que era mi afirmación.

Después de levantar sus brazos para dejar de abrazarme, parecía que Will me dejaría libre, pero, para mi sorpresa, se puso de rodillas, abrió el cierre de mis vaqueros con sus manos y bajó lentamente la cremallera con su boca. Creí que no podría llegar más allá, pero volvió a sorprenderme cuando su lengua empezó a recorrer lentamente el fino encaje que cubría mi sexo, haciendo que me humedeciera con los roces de esa lengua, que quería sentir directamente sobre mi piel.

Sus atrevidas manos apartaron un poco mi pequeño tanga para probarme, tal y como ambos deseábamos. Y cuando uno de sus dedos se introdujo en mi apretado interior, acompasándose con los tentadores movimientos de su lengua, mis caderas comenzaron a moverse, y entonces fui yo, con mis inquietos y apresurados movimientos, quien lo ayudó a desprenderme definitivamente de mis pantalones mientras gemía su nombre.

Con una perversa sonrisa en los labios, Will me condujo hacia la cama sin que apenas me diera cuenta. Tras tumbarme sobre ella, me quitó las botas y los pantalones, que tenía a la altura de las rodillas.

Luego Will se apartó por un instante de mi cuerpo, ataviado solo con un liviano y minúsculo tanga, a la espera de su siguiente movimiento. Para mi asombro, él se limitó a tumbarse en la cama a mi lado para susurrarme al oído:

—Ahora te toca a ti desnudarme.

Yo lo miré con enfado y frustración y no me mostré demasiado delicada a la hora de quitarle la ropa, provocando sus carcajadas con mis acciones.

—¡Qué impaciente estás por aprovecharte de mí! —bromeó Will mientras terminaba de arrancarle los pantalones—. Pero, cielo, antes de que continuemos me apetece un dulce bocado, así que, ¿por qué no asciendes por mi cuerpo y buscas el bombón que suelen colocar en este hotel debajo de la almohada?

Creyendo en sus palabras, a pesar de que estas fueran acompañadas por una pícara sonrisa, no dudé en subirme sobre su duro cuerpo y rozarme insinuantemente contra él al tiempo que intentaba alcanzar mi objetivo. Por la posición que Will había adoptado en esa cama, para llegar a la almohada tenía que colocar mi sexo muy cerca de su boca, algo que me hizo dudar, pero también me excitó. Al no querer mostrarme cobarde, y tras comprobar que las manos de Will permanecían atadas e incapacitadas para realizar algún movimiento hacia mí, me confié y seguí mi camino hasta que mis manos tocaron la almohada. Y justo cuando comenzaba a buscar debajo de ella sentí la lengua de Will rozando mi sexo, haciéndome estremecer de placer.

Decidida a ganar en ese juego, intenté alejarme de la atrevida boca de ese hombre. Pero cuando me moví, sus atadas manos tiraron de mi tanga para devolverme bruscamente a mi lugar. A continuación, Will hundió su lengua más profundamente en mi interior, volviéndome loca.

Sabiendo que su perverso juego terminaría en cuanto encontrara el bombón debajo de la almohada, una de mis manos siguió buscándolo mientras la otra se apoyaba en la cama con dificultad, intentando no ceder ante el placer con el que ese hombre me abrumaba.

—¿Estás… seguro… de que hay… un bombón… bajo la almohada? —pregunté entrecortadamente, cada vez más confusa, haciendo que él parara por unos instantes su tortura para anunciarme con despreocupación:

—Tú sigue buscando.

Mi mano se dirigió de nuevo hacia el lugar indicado mientras las caricias de la ávida lengua de Will se hacían más profundas y rápidas, provocando que moviera mis caderas en busca del placer que me prometía.

Con cada uno de mis movimientos, mis enhiestos pezones se rozaban con las sábanas, aumentando mi placer. Finalmente, dejé de buscar el bombón y me limité a agarrarme con fuerza a las sábanas al tiempo que maldecía el nombre de ese hombre que me arrastraba irremediablemente hacia una dulce locura en medio de mis gritos de placer. Tras mi orgasmo, me derrumbé sobre la cama y me aparté del perverso de Will y de las indecentes acciones que podía realizar a pesar de sus ataduras.

—No había ningún bombón debajo de esa almohada, ¿verdad? —pregunté, fulminándolo con la mirada.

—¿Quieres seguir buscándolo? —respondió con una sonrisa mientras se relamía maliciosamente, haciéndome saber que el «dulce bocado» que había querido probar era yo.

Mi mirada de enfado continuó fija sobre él, y cuando Will alzó sus manos hacia mí para que lo desatara, quise vengarme y le anuncié orgullosamente:

—Esas se quedan así. Veamos qué puedes hacer con ellas cuando tus trucos ya no te sirvan conmigo.

Luego le di la espalda mientras me abrazaba a una de las almohadas. Sonriendo satisfecha, pensé que Will no podría volver a seducirme, pero, ante mi asombro, cuando ese hombre llegó hasta mí, me dio la vuelta con facilidad y me puso de rodillas sobre el lecho para adentrarse en mi interior de una profunda embestida que me hizo morder la almohada.

—¿Te parezco lo suficientemente hábil? —preguntó

seductoramente mientras sus manos, todavía atadas con su cinturón, sostenían mi trasero y me movían a su antojo sobre su firme erección a la vez que marcaba un ritmo abrumador que pronto me hizo gemir su nombre.

Mi sensible cuerpo no tardó en responder a sus duras acometidas, que se volvieron más profundas y rápidas mientras lo buscaba todo de mí. La almohada que tenía bajo mi cuerpo apenas servía para acallar mis gritos de pasión, y cuando mis caderas comenzaron a buscarlo, acomodándose al inclemente ritmo que Will había establecido en pos del placer, ambos llegamos al clímax gritando el nombre del otro.

Acabé derrumbándome de nuevo sobre la cama, agotada, y observé a ese hombre, que aún no había abandonado el interior de mi exhausto cuerpo, quitándose el improvisado amarre de sus manos con la boca. Luego volvió a encerrarme entre sus brazos para murmurar junto a mi oído:

—Veamos ahora lo que soy capaz de hacer sin restricciones…

Y enterrando mi avergonzado rostro en la almohada, me rendí a ese hombre, dudando aún de su amor, pero no de su deseo, el cual me llevaría a recordarlo más allá de esa noche que le había dado.

Lo que ocurriera a la mañana siguiente dependería enteramente de lo sincero que fuera conmigo esa noche, en la que yo necesitaba algo más que una pasión ardiente para volver a abrir mi corazón.

* * *

—¡Mierda! ¡Se me ha vuelto a escapar! —exclamó Will con frustración, golpeando la vacía cama de ese hotel con la almohada, decepcionado por no haber sabido convencer a Madison para que se quedara a su lado—. ¿Y ahora qué hago para volver a acercarme a ti? —se lamentó en voz alta. Y como si el destino quisiera recordarle la razón por la que no podía acercarse demasiado a esa mujer a pesar de lo mucho que la deseara, recibió una llamada que no pudo ignorar.

—¿Cómo está mi hija? —preguntó Fitzgerald abruptamente en cuanto él contestó, sin molestarse en saludarlo siquiera, mostrándole a Will que Bodhi debía de haberse cansado de su juego y no le cogía el teléfono, por lo que él era el único que podía responder a esa pregunta.

—En estos instantes, dolorida —contestó Will, rememorando en su mente y con una sonrisa en los labios la agitada noche que habían tenido, sin aclararle a ese preocupado padre la razón por la cual Madison estaría algo dolorida, una razón que, sin duda, lo metería en problemas.

—Claro, seguramente se debe al hecho de haber vuelto a ver al estúpido de su exnovio, ¿verdad? Puede que ese reencuentro la haya

hecho revivir el dolor de su ruptura, pero estoy convencido de que era necesario que Madison pasara por ese mal trago para que mi hija pudiera seguir creciendo y madurando y continuar adelante con su vida.

—¡Espera un momento! ¿Sabes que Eddy Houston se ha pasado por aquí? ¡No me digas que fuiste tú quien envió a ese idiota a encontrarse con Madison! —declaró Will, furioso con ese hombre.

—No, no lo envié yo. Fue su padre quien lo obligó a buscar a Madison para pedirle disculpas..., aunque sí reconozco que los Houston recibieron un empujoncito de mi parte cuando me dediqué a acosar los negocios de Charles Houston hasta llevarlos cerca de la bancarrota. Sin embargo, lo importante es que estos recapacitaron y estuvieron dispuestos a pedir perdón a mi niña. Por eso les di la dirección del lugar donde se encontraba.

—¿En serio? ¡Pues te voy a contar cómo le pidió perdón ese gallito con aires de grandeza a tu hija! Ese imbécil entró en el local de Bodhi regodeándose, creyéndose superior, y le propuso a Madison volver con él como si le estuviera haciendo un favor y esa fuera la única solución a todos sus problemas. Y cuando ella lo rechazó, quiso humillarla comprando un baile privado del propietario de ese local, lo cual demuestra que Eddy sabía que ella era dueña del club de estriptis, ¡información que solo podía haber obtenido de ti!

—¿Y dónde estabas tú mientras sucedía todo eso? —preguntó Fitzgerald con tono airado, recordándole a Will que él tenía la obligación de cuidar de su pequeña.

—¿Yo? Huyendo del vergonzoso bailecito privado que Bodhi le dedicó a ese niño mimado como propietario mayoritario del local, aleccionándolo adecuadamente acerca de lo que podía y no podía comprar con su dinero.

—No deberías haberte separado de Madison, tu deber es protegerla y…

—Ella sabe protegerse muy bien por sí sola. No obstante, si estás tan preocupado por Madison, ¿por qué no abandonas de una maldita vez tu pretensión de darle una lección a tu hija y acabas con este juego? Cuéntale la verdad y pídele perdón a Madison antes de que sea demasiado tarde y ya no pueda perdonarnos a ninguno de los dos por todo lo que le estamos haciendo.

—¿Estás seguro de que quieres que se lo cuente todo? ¿Incluso el papel que has representado tú mismo en esta historia? ¿Quieres que le diga cómo te he comprado para vigilarla? ¿Quieres que le cuente quién fue el que eligió ese negocio para que ella lo dirigiera, solo por despecho y ganas de vengarse de mí? ¿Quieres que Madison sepa quién es la persona que, pese a saber toda la verdad en todo momento, la ha llevado al desastre, aunque luego le tendiera su mano para que

se levantara de él? Piénsalo detenidamente, Will: ¿a quién crees que le costará más perdonar, a mí, su padre, o a ti, un hombre que, pese a despreciar a la gente que gasta con despreocupación su dinero, se deja comprar con facilidad?

—No quiero que se lo digas porque sé que la verdad me alejará de Madison y hará que me odie —confesó Will furioso, dejando ver lo que sentía por esa mujer…, para luego añadir lleno de arrepentimiento—: Pero también sé que es lo mejor para ella. Por eso quiero terminar con esta farsa, a pesar de todo lo que puedo perder cuando así sea.

—Tu rancho sigue siendo muy valioso para ti, ¿verdad, Will? —preguntó Fitzgerald con satisfacción, creyendo que eso era lo único que le importaba a ese hombre.

—Mi rancho no es lo único que perderé cuando todo esto acabe —declaró él, haciéndole ver que un Walter podía preocuparse por algo más que por sus tierras.

—Espero que no te hayas atrevido a tocar a mi pequeña… —manifestó Fitzgerald con un amenazante tono de voz.

—La relación que mantengo con Madison es algo que solo nos incumbe a nosotros dos —contestó Will, sonriendo por primera vez con satisfacción al hablar con ese arrogante hombre que siempre manejaba a todos a su antojo.

—Te prometo que, como te hayas atrevido a tocarle un pelo a mi pequeña, venderé la parte de tu rancho a decenas de accionistas, troceándola y añadiendo una cláusula que te impedirá recuperar esa propiedad ni siquiera aun después de que yo muera. ¿Me oyes? ¡Mi hija no se toca! ¡Mi hija…!

—¿Quieres saber cómo está tu hija? ¿Quieres saber si mantengo algún tipo de relación con ella? Pues lo tienes muy fácil, Fitzgerald: llámala y pregúntale —manifestó Will antes de colgar a ese hombre—. Por el bien de ambos, espero que hagas esa llamada, Fitzgerald —murmuró luego en medio de la silenciosa habitación del hotel, sabiendo que no podría resistirse a acercarse a Madison para mostrarle su amor…, aunque lo que finalmente le acabara mostrando tan solo fueran sus mentiras.

* * *

—Estoy haciendo una llamada muy importante —anunció Fitzgerald a Beatrice, su mujer, que ojeaba despreocupadamente una revista mientras descansaba sobre una tumbona junto a la piscina del caro hotel al que por fin su marido la había llevado de vacaciones como tantas veces le había prometido con anterioridad, alejándose un poco de su absorbente trabajo.

—Espero sinceramente que esa llamada sea a nuestra hija —declaró ella mirando reprobadoramente a su marido, un personaje al que le encantaba aleccionar a todos sin comprender que, en ocasiones, él mismo merecía recibir una lección.

—No, es a mi abogado. Vamos a diseñar la estrategia para arruinar a los Houston.

—¡Ah, qué bien! Esa llamada sin duda te acercará más a tu hija… —dijo Beatrice irónicamente mientras dejaba la revista que estaba mirando, perdiendo la paciencia con su marido.

—¡Esos individuos son unos estúpidos que, aun conociéndome, se han atrevido a meterse con mi niña! Pues ahora van a comprobar que mis advertencias nunca son en vano —contestó Fitzgerald antes de volver a su importante llamada—. Escúchame bien, Terry: vas a comprar todas las acciones de…

—Tú ya sabías cómo se comportarían los Houston cuando se lo quitaras todo a Madison. De hecho, contabas con ello para darle una lección a tu hija, así que no te atrevas a tomarte la revancha por algo de lo que tú, y solo tú, eres el principal responsable —manifestó ella, arrebatándole el móvil a su marido y, tras colgar el teléfono, lo mantuvo lejos de su alcance y de su vengativo carácter.

—¡Pero Beatrice: el despreciable de Eddy Houston no solo cortó su relación con nuestra hija, sino que destrozó su descapotable de lujo por despecho! ¡Y luego Charles Houston se negó a pedirle disculpas a Madison o admitir su error, tan solo porque creía que ella ya no tenía dinero ni el poder que este conlleva para que la respaldara!

—Ya… Ese asunto se arregló convenientemente con el seguro del coche, y más tarde te tomaste cumplida venganza al hacer que muchos de tus conocidos retiraran sus participaciones de los negocios de los Houston. ¿Se puede saber por qué quieres hundir aún más a esa familia?

—¿Por qué? ¡Pues porque, después de mis advertencias, ese estúpido de Eddy Houston, en vez de ir a pedirle perdón a Madison, ha ido a burlarse de ella y del negocio que está dirigiendo, tratando de avergonzarla y humillarla, y eso no se lo consiento! ¡Así que devuélveme el teléfono, que tengo que castigar a ese idiota! También quiero tomar medidas para controlar mejor a ese vaquero al que compré para que vigilara y cuidara de nuestra pequeña y que, a mi parecer, se está acercando demasiado a Madison.

—Fitzgerald, eres un genio en los negocios, pero como padre protector dejas bastante que desear: pusiste a un hombre joven y soltero, que pertenece a una familia cuyos hombres tienen fama de conquistadores empedernidos, a vigilar a nuestra atractiva hija… De verdad, no sé qué otro resultado esperabas conseguir —comentó irónicamente Beatrice a su marido mientras continuaba alejándole su

teléfono—. Por cierto, ¿qué tipo de trabajo está realizando nuestra niña para que las burlas de Eddy te hayan afectado tanto?

—Está dirigiendo un… un tipo de club…, pero eso no es lo importante: ¡lo importante es que nadie hace llorar a mi niña y se va de rositas!

—No, solamente su insufrible padre —declaró Beatrice, fulminando a Fitzgerald con la mirada, recordándole todo lo que le había hecho a Madison hasta ese momento mientras, conociéndolo como lo conocía, insistía en preguntar por el negocio de su hija—. Fitzgerald, ¿qué tipo de negocio le dejaste a nuestra hija para que lo administrara?

—Está relacionado con el entretenimiento, y no está sola, ella es la copropietaria y lo dirige junto con el dueño de ese establecimiento, un tipo llamado Bodhi —contestó él evasivamente al tiempo que se aflojaba la corbata ante la inquisitiva mirada de su esposa, que había aumentado de intensidad al oír un nombre que no le inspiraba demasiada confianza.

—¡Fitzgerald! —exclamó Beatrice en tono de advertencia, buscando la respuesta a sus dudas.

—¡Yo no lo elegí! ¡Lo hizo Will Walter después de enfadarse conmigo por reclamar su ayuda en vez de ponerle un precio a la parte de su rancho que él quería recuperar!

—¿Qué clase de negocio, Fitzgerald? —volvió a preguntar Beatrice amenazadoramente. Y al no recibir respuesta alguna de su marido, cogió el teléfono requisado y anunció—: Está bien, no te preocupes. Me lo dirá nuestro abogado.

Y, tal y como Beatrice sospechaba, en cuanto ella contactó con Terry a través del móvil de su marido, antes siquiera de que ella pronunciara una sola palabra, su abogado comenzó a quejarse de su trabajo y a desvelar todos los secretos que Fitzgerald quería ocultarle. En medio de esas quejas, Beatrice arrojó el teléfono de vuelta a su marido.

—Cógelo. Te hará falta para hacer un nuevo hueco en tu apretada agenda y programar un viaje para ir a ver a tu hija y pedirle perdón o, en su defecto, para ir preparándote para una demanda de divorcio en la que no serán tus rivales comerciales los que te busquen la ruina, sino tu futura exmujer, que se quedará con la mitad de todo —amenazó vengativamente, dándole un ultimátum a ese hombre que se dedicaba a aleccionar a otros sin percatarse de que él mismo también merecía aprender algunas cosas que lo llevaran a tomar conciencia de que no podía jugar con la gente a su antojo.

—Pero Beatrice… —rogó ese orgulloso personaje que nunca suplicaba, consiguiendo con sus débiles quejas que una furiosa mujer se volviera hacia él para increparlo.

—¡¿En serio, Fitzgerald?! ¡¿Un club de estriptis?! —gritó ella—. ¡¿Has permitido que nuestra niña termine dirigiendo un club de estriptis mientras creía que no tenía ninguna otra opción?!

—No es enteramente mi culpa y…

—Tú decides: o consigues el perdón de tu hija, o una demanda de divorcio de tu esposa —declaró Beatrice tajantemente, logrando que Fitzgerald atendiera al teléfono y escuchara todas las quejas que tenía su abogado hacia él y su forma de darle una lección a su hija del modo más equivocado, uno en el que las mentiras podían abrir una gran brecha entre ellos que nunca lograría cerrar con su dinero.

—¡Venga ya, Terry! ¡Es mi hija! ¿En qué problemas podría meterse Madison? —inquirió Fitzgerald, intentando tranquilizar a su abogado y sus múltiples reprimendas. No obstante, después de recordar cómo se comportaba Madison en ocasiones, comenzó a dudar de sus propias palabras, e incluso, por primera vez, del descabellado plan que había puesto en marcha para enseñarle a su hija una lección sobre cuán avaricioso podía ser el mundo y cómo de estúpidas las personas que gastaban el dinero sin ser conscientes de su verdadero valor—. Estoy seguro de que, después de esto, mi hija aprenderá a gastar prudentemente su dinero… —manifestó Fitzgerald ante la nueva ronda de quejas de su amigo. No obstante, después de que este le comunicara que lo único que había reclamado su hija de todos los bienes que estaban a su alcance eran sus ostentosos vestidos, no pudo evitar añadir algo confuso—: O tal vez no.

* * *

Varios días después de mi reencuentro con mi ex, finalmente llegó algo que necesitaba para seguir con mi vida. Tras recoger mi paquete en la pequeña tienda del viejo Billy, un establecimiento que se dedicaba a vender herramientas de todo tipo y que también alquilaba buzones con un apartado de correos, tuve a mi alrededor a una decena de cotillas que querían saber qué había comprado.

La verdad era que, después de perderlo todo, estaba aprendiendo el valor del dinero y a no malgastarlo como había hecho cuando tan solo era una niña rica que no tenía que mirar las etiquetas del precio de ninguna prenda, sino solo señalarlas para que acabaran en mi armario. A pesar de ello, mis compañeras no estaban del todo de acuerdo conmigo con que mi forma de gastar el dinero fuera la más adecuada.

—¿Es en esto en lo que te has gastado todos tus ahorros? —inquirió Nina, mirando escépticamente un tanga de encaje rosa junto al sugerente sujetador a juego que sacó de la caja que yo no había dudado en abrir en el mostrador de esa concurrida tienda.

—Me ha salido bastante caro, pero, definitivamente, vale la pena.

—¿Me puedes decir qué es esto? —preguntó Tina con curiosidad cuando sacó dos hilos llenos de perlas falsas unidos entre sí por unos lazos negros.

—Ropa interior —respondí mientras colocaba ese trozo de tela en la posición correcta para que se percatara de que era un tanga, haciendo que los curiosos se acercaran cada vez más para escrutar qué otros secretos guardaba esa caja.

—¿Y se puede saber para qué es todo esto? —preguntó Tina, sabiendo que últimamente mantenía las distancias con Will. Una distancia que yo le había impuesto al concederle únicamente una noche y que él parecía estar dispuesto a seguir al pie de la letra, alejándose nuevamente de mí.

—Esto es un complemento especial para los calendarios que estamos haciendo —declaré en voz lo suficientemente alta como para que todos lo oyeran, haciendo que Nina y Tina sospecharan que esa actuación formaba parte de alguno más de mis alocados planes y me susurraran sus dudas al oído.

—¿Pero no decías que ninguna de las chicas posaría de esta manera en esos calendarios?

—Y no lo harán, pero los demás no tienen por qué saberlo, ¿verdad? Además, Bodhi me prometió que, si conseguía llevar a buen término mi idea de los calendarios, él saldría en ellos posando con lo que yo quisiera, y todavía no me he decidido por el modo de sorprender al público —susurré a Nina en respuesta, para luego gritar a pleno pulmón—: ¿Qué opináis: rojo o verde?

Y mientras efectuaba esa pregunta no dudé en sacar de la caja, a la vista de todos los presentes, un escandaloso tanga rojo y otro verde que ninguno de los curiosos se percató de que eran para hombre, añadiendo más chismes sobre esos calendarios que cada vez ganaban más popularidad entre el público.

—¡No serás capaz! —exclamó Tina con una sonrisa, haciendo que todos se preguntaran de lo que yo sería o no capaz mientras miraban esa ropa interior.

—¡Oh, sí! ¡Sí lo seré! El fotógrafo viene el lunes, y creo recordar que, para el miércoles, Olivia me ha asegurado que estarán preparados los decorados improvisados en una de las instalaciones del rancho La Carreta. Tú solo espera y verás: te prometo que esos calendarios van a hacer gritar a más de un hombre —declaré, sin especificar que ese grito podía ser de espanto cuando vieran el atrevido semidesnudo que estaba preparando para ellos.

A continuación, tras coger mi paquete la mar de orgullosa con mi estrategia de marketing, enfilé hacia la salida. Por el camino conseguí que Nina y Tina se rieran a carcajadas mientras les mostraba distintas

y llamativas piezas de ropa interior femenina que había comprado, avivando todavía más la atención y la imaginación de esos curiosos que se preguntaban quién se pondría esos conjuntos para posar en el calendario, sin sospechar quién sería el afortunado.

Tras recibir una llamada de Olivia, que se interesaba por conocer cómo iba mi maravillosa labor de promoción y publicidad, de la que no le había comentado nada, puse la caja en manos de Nina al tiempo que no dudaba en asegurarle a una de las organizadoras del evento benéfico donde pondríamos a la venta los calendarios lo bien que irían las ventas de estos, gracias a la reacción de los curiosos del pueblo.

—No te preocupes, Olivia: estoy totalmente convencida de que no tendremos ningún problema con la venta de esos calendarios…

Para mi desgracia, mientras hacía esa afirmación muy segura de mí misma me crucé con la furiosa mirada de un vaquero gruñón que frunció el ceño ante la palabra «calendario».

—Bueno…, casi ninguno… —añadí mientras jugaba distraídamente con el tanga de perlas que aún tenía en las manos, provocando que la mirada de extrañeza de Will se fijara en esa prenda, que yo me apresuré a guardar en la caja antes de que ese hombre averiguara lo que era y se acercara más a mí, poniendo en peligro todo mi plan—. Es posible que encontremos alguno…, pero no será nada que no sepa solucionar —terminé, esquivando a Will y poniendo en práctica una maniobra evasiva para evitar el problema que podría representar ese vaquero mientras se empeñaba en que yo no hiciera esos calendarios, unos calendarios que yo estaba más que decidida a que todos y cada uno de los cotillas de los alrededores tuvieran en su hogar.

Capítulo 15

Después de hablar con Fitzgerald decidí mantener las distancias con Madison. Podría decir que lo había hecho por ella, ya que no se merecía que me siguiera acercando solo con engaños, pero la verdad era que lo hacía por mí, ya que tenía miedo de que su padre acabara haciendo lo correcto y realizara esa llamada para revelárselo todo, tras lo que Madison pasaría a mirarme con odio en vez de con deseo.

Sin embargo, pese a mis esfuerzos, no me resultaba nada sencillo mantenerme alejado de la mujer que deseaba, sobre todo después de ir a la tienda del viejo Billy para adquirir material para la reparación de las cercas y encontrármela saliendo del lugar cargada con un extraño paquete que había dejado boquiabiertos a todos los clientes.

—¿Qué crees que contendrá ese paquete? —susurró mi hermano Jayden mientras pasábamos junto a Madison y ella me sonreía con malicia, jugando entre sus manos con una especie de collar de perlas que se apresuró a guardar en la caja tras notar mi mirada de curiosidad.

—Seguramente alguna cara pertenencia que ha conseguido recuperar a través de su abogado —dije despreocupadamente, recordando que la vez anterior Madison había conseguido hacerse con los regalos que le había hecho a su prometido.

Pero la conversación que mantenían algunos de los trabajadores de mi rancho que estaban en esa tienda comprando parte de su equipo de trabajo, y que aún no se habían percatado de mi presencia, no tardó en sacarme de mi error.

—¿De verdad las chicas del local de Bodhi posarán con esa ropa para esos calendarios? —inquirió Tom, incitándome a acercarme a ese corro de cotillas.

—Ya has oído a la copropietaria del bar: en efecto, esa ropa es esencial para los calendarios. Y según ella, el fotógrafo llegará el lunes y el miércoles comenzarán las sesiones fotográficas en el rancho La Carreta… ¡Y nosotros tenemos la suerte de trabajar ahí! ¡Podremos verlo todo! —declaró su amigo Matthew emocionado.

—¡Yo no me lo pierdo! —exclamó Lex, una nueva y joven incorporación de última hora, al que no tardé en fulminar con la mirada mientras me quedaba con sus caras para encargarles las tareas más pesadas del rancho, de modo que no les sobrara tiempo para buscar dónde se llevarían a cabo esas sesiones fotográficas que habían

preparado mis cuñadas.

—Creo que voy a encargar varios de esos calendarios antes de que salgan a la venta…, sobre todo después de comprobar lo que había en esa caja. ¡No puedo esperar a ver lo que vestirán esas chicas, en especial la dueña de ese sitio! —manifestó Tom, acabando con mi paciencia y haciendo que diera un paso hacia él sin que apenas me diera cuenta.

Mi hermano, acostumbrado a que mi fachada imperturbable desapareciera cada vez que se nombraba a Madison, puso una mano sobre mi hombro para que contuviera mi genio.

—Recuerda: no debes perder la paciencia. Tan solo tienes que preguntarles por lo que había en esa caja sin evidenciar lo que sientes por esa mujer ni dejarte provocar por sus palabras, ya que es uno de nuestros empleados temporales al que nos costaría sustituir en esta época del año.

—No te preocupes, sé cómo debo comportarme —respondí tomando aire mientras decidía hacer oídos sordos a las palabras de esos hombres.

Pero mi intención de mantener la fría postura de siempre falló por completo cuando uno de ellos comenzó a describir cómo deseaba que posara Madison en esos calendarios, por lo que, en cuanto llegué hasta el más bocazas de esos hombres, lo agarré por las solapas de su cazadora al tiempo que lo increpaba con una mirada furiosa que no admitía discusión.

—¿Qué había en la caja que llevaba Madison?

—¿Eh? Pero ¿qué hace, jefe? Por lo que hemos oído de ella, solo es ropa interior —declaró Tom, sorprendido y asustado por mi impetuosa reacción. Su respuesta me dejó de piedra e hizo que lo soltara abruptamente ante la impresión que sentí al recordar lo que yo había creído que era un simple collar. A continuación, fijando mi mirada en otro de esos hombres, no dudé en preguntarle para cerciorarme de que había oído bien.

—Entonces, esas perlas con las que ella jugaba mientras salía por la puerta…, ¿qué eran?

—Eran la pedrería de un minúsculo tanga —respondió Matthew con una sonrisa, llevándome a proferir un gruñido de disgusto ante las acciones de esa imprudente mujer—. Admítelo, jefe: tú también quieres hacerte con uno de esos calendarios, ¿verdad? —preguntó a continuación, recibiendo una maliciosa sonrisa de mi parte mientras intentaba mantener la compostura ante ellos y les anunciaba:

—Uno que vosotros no tendréis tiempo de comprar, ya que, desde ahora, voy a ajustar vuestros horarios de trabajo para que tengáis turno doble desde el miércoles.

Luego me froté las manos al tiempo que me dirigía hacia la salida

soltando alguna que otra risa malvada al pensar en el tortuoso trabajo que les endosaría a ese trío para que no pudieran ni oler esos calendarios, y mucho menos espiar la sesión fotográfica que se llevaría a cabo en mi rancho.

Cuando estaba cerca de la puerta, la mano de mi hermano volvió a posarse en mi hombro para recordarme qué había ido a hacer a ese lugar, algo que había olvidado por completo después de cruzarme con Madison.

—Me alegro de que hayas logrado mantener la compostura con tus empleados, hermano. Ahora, ¿por qué no compramos los materiales para arreglar las cercas, que es para lo que hemos venido aquí?

—Encárgate tú, porque aunque pueda mantener la compostura con los trabajadores de nuestro rancho, no puedo hacer lo mismo con Madison. Tengo algo que hacer y no puedo perder el tiempo en este lugar.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber qué es eso que tienes que hacer? —me interrogó mi escéptico hermano, alzando impertinentemente una de sus cejas.

—Impedir que alguien se ponga algo de esa maldita caja para posar en unos calendarios —respondí, dispuesto a acabar con estos tanto como Madison estaba decidida a ponerlos a la venta. Podía dar gracias a Dios porque las mujeres que organizaban esa locura formaban parte de mi familia y siempre estarían dispuestas a ayudarme cuando se lo pidiera.

* * *

—Creo que el plan de marketing de Madison ha funcionado —anunció Olivia a Abigail cuando vio cómo la camioneta de su cuñado Will entraba precipitadamente en el terreno cercano a la clínica veterinaria y, tras aparcar con descuido, caminaba con rapidez hacia ellas.

—¿Te dijo Madison en qué consistía ese maravilloso plan suyo para aumentar las ventas? —preguntó Abigail despreocupadamente mientras seguía revisando los detalles de la organización de su evento.

—No, pero si tenemos suerte tal vez nos lo diga Will —declaró Olivia antes de que su cuñado se precipitara en la estancia bastante alterado, haciendo que ambas mujeres confirmaran que estaba volviendo a echar un pulso con Madison y, a juzgar por su aspecto inquieto y preocupado, no había duda de que ella iba ganando.

—He venido a pedir vuestra ayuda —informó Will antes siquiera de saludar a sus cuñadas, ganándose su atención hacia el apremiante problema que lo había llevado hasta allí, aunque ellas ya sospechaban

que ese problema tenía nombre de mujer—. Quiero que, como las afectuosas cuñadas que sois, como parte fundamental de esta familia para la que sois esenciales, me prestéis vuestra ayuda en un asunto que solamente vosotras podéis solucionar.

—¿De verdad? Adelante, Will, cuéntanos qué ocurre: somos todo oídos —manifestó Olivia, concediéndole los minutos que ese hombre se merecía por sus halagos.

—Quiero que impidáis que Madison lleve a cabo esa locura suya de los calendarios. No creo que os resulte difícil: con que le digáis que el fotógrafo ha cambiado de opinión y le neguéis un lugar donde realizar esas sesiones fotográficas, no podrá seguir adelante con esa alocada idea. Me ayudaréis, ¿verdad?

—Por supuesto… —comenzó a responder Abigail, luciendo una falsa sonrisa, para luego añadir con gesto serio—: que no.

—¡Pero sois mi familia! ¡Tenéis que ayudarme!

—Mi primo Raymond tiene un lema que en ocasiones me gusta seguir: «En las apuestas no hay familia que valga». Y esos calendarios son una apuesta con la que hemos decidido arriesgarnos, así que, sintiéndolo mucho, no vamos a ayudarte con este asunto —declaró Olivia contundente. Luego le preguntó—: Dime, ¿cuántos calendarios me has dicho que quieres?

—¡Ninguno! ¡Solo quiero que esos calendarios no se fabriquen! ¿Acaso no veis cómo tratan en el pueblo a las chicas de Bodhi? ¡La venta de esos calendarios solo empeorará la situación de esas chicas y, sobre todo, la de Madison! —declaró Will, mesando frustrado sus cabellos y dejando entrever algo de sinceridad al mostrar su preocupación por Madison.

—Will, ¿cómo crees que serán las imágenes de esas chicas en los calendarios? —preguntó Abigail, decidiendo apiadarse un poco de ese hombre…, hasta que este abrió la boca y toda su buena intención desapareció por completo.

—Desnudos, ¿de qué otra forma iban a posar las chicas que trabajan en ese local?

—Ah, claro. Por supuesto —respondieron irónicamente ambas mujeres, poniendo los ojos en blanco ante su respuesta.

—¡La propia Madison me aseguró que habría un excitante semidesnudo entre las páginas de ese calendario! ¡Y esta mañana ha estado en la tienda del viejo Billy para recoger un paquete que ella declaró ante todos los presentes que era esencial para crear esos calendarios y en el que solamente había sugerentes conjuntos de ropa interior! —informó Will, haciendo saber a sus cuñadas cuál había sido la loca estrategia de marketing que había llevado a cabo Madison sin que los habitantes del pueblo se dieran cuenta de ello, incluido él—. ¿Por qué me preguntáis por algo tan obvio? ¿Acaso me ha engañado y

en ese calendario no saldrá nadie posando con esos conjuntos?

—Si Madison dice que saldrá alguien posando con uno de esos modelitos, no tengo duda de que será cierto, pero, la verdad, no sé de quién podría tratarse… —aseguró Abigail, ignorando qué otros trucos guardaría su nueva amiga bajo la manga.

—¿Te digo cómo puedes saberlo antes que nadie, Will? Compra la primera tirada completa de los calendarios —aconsejó Olivia, recordándole la despiadada forma de hacer negocios de su primo Raymond, un tramposo chantajista que nunca desaprovechaba la oportunidad de hacer dinero.

—¡Maldita sea! ¡Está bien! Espero que esto sea suficiente… —manifestó Will finalmente, extendiendo un cuantioso cheque que esas taimadas mujeres no tardaron en arrebatarle de las manos—. Y ahora que habéis conseguido estafarme, ¿podríais preguntarle a Madison quién posará con la ropa interior que ha recibido esta mañana?

—Nosotras solo te estafamos por una buena causa, Will —respondió Abigail, recordándole a su cuñado que todos los beneficios derivados de la venta de esos calendarios irían destinados a la asociación de mujeres con la que ella colaboraba, mientras Olivia cogía su teléfono para hacer esa llamada.

—¡Hola, Madison! Me ha dicho un pajarito, muy grande y muy gruñón, que alguien del bar de Bodhi va a posar en los calendarios que estamos preparando con uno de los conjuntitos de ropa interior sexy que has recibido esta mañana, ¿podrías revelarme quién será esa persona? —preguntó Olivia a su amiga en cuanto esta contestó al teléfono. Y, unos instantes después, tras recibir su respuesta, Olivia no pudo dejar de sonreír ante la jugada que Madison había preparado para todos con los dichosos calendarios—. Definitivamente, me has convencido para comprar algunos para los barracones de los trabajadores… —manifestó antes de despedirse.

Y, tras susurrarle a Abigail la respuesta que le había dado Madison, esta también decidió encargar alguno.

—¿Y bien? ¿Quién posará con esa ropa interior? —preguntó Will, mirando extrañado la taimada sonrisa de esas mujeres.

—Lo siento, no puedo contestar a esa pregunta. Solo puedo decirte que te sorprenderás mucho —anunció Olivia antes de intentar volver a su cometido y ser perseguida por un insistente individuo que nunca podría llegar a imaginar quién sería finalmente la estrella de esos calendarios.

* * *

—Bodhi, ¿qué opinas? ¿El rojo o el verde? —preguntó Madison mientras recibía una fulminante mirada de su socio y un prolongado

gruñido hacia cada una de sus opciones—. No me decido… El rojo ha recibido más gruñidos de tu parte, pero has mirado más airadamente el verde, por lo que no me queda claro cuál te gusta más —declaró pensativa mientras las chicas se preparaban para su viaje al rancho La Carreta, donde disfrutarían de una sesión fotográfica en la que, por un día, brillarían como estrellas.

»¡Venga ya, Bodhi, que tú lo tienes más fácil que las demás! Únicamente tienes que elegir entre dos modelitos —insistió, recibiendo como respuesta un nuevo gruñido y que su socio le arrebatara los tangas y volviera a depositarlos en la caja antes de arrojar esta a una papelera.

»Eso ha sido muy infantil por tu parte —dijo ella, apresurándose a recuperar la caja.

—¡Escúchame bien, Madison! ¡No pienso utilizar ninguna de las prendas que hay en esa caja para posar en tus calendarios!

Tras oír su respuesta, Madison vació con descaro el contenido en la mesa más cercana para luego añadir mientras señalaba la caja vacía:

—Estoy de acuerdo contigo. No utilices nada de lo que hay en el interior de esa caja… ¿Qué me dices de lo que hay fuera? —inquirió jocosamente, ganándose un nuevo gruñido de su socio y que este le diera la espalda para irse, hasta que ella, reteniendo su brazo, le recordó—: Me lo prometiste, Bodhi. Dijiste que, si conseguía los medios para llevar a cabo mi plan de elaborar esos calendarios, tú posarías en ellos.

—¡Pero nunca dije que lo haría de esa manera! —protestó Bodhi una vez más ante el vestuario que esa mujer había elegido para él.

—Bodhi, en cuanto oyeron que haríamos unos calendarios, todas las personas de los alrededores asumieron que las chicas que trabajaban en este local no podrían salir en ellos de otra manera más que desnudas, lo cual no me gustó nada. Pero como eso es lo que demanda el público, estoy dispuesta a proporcionarles un semidesnudo a la vez que una lección que se merecen desde hace tiempo… ¡Ayúdame, por favor!

—Más te vale que no vea ninguno de esos calendarios en este establecimiento —anunció Bodhi, dando finalmente su brazo a torcer a la vez que cogía uno de los modelitos de la mesa, haciendo saber a todos los presentes que cedía ante esa mujer y sus locas ideas.

—¿Ni en tu oficina tampoco? Mira que ya he encargado varios y… —insistió Madison, persiguiendo a su socio después de que este comenzara a huir de ella, provocando que sus compañeras sonrieran ante la forma que tenía esa mujer de lograr todo lo que se propusiera. Y en esa ocasión Madison se había propuesto encontrarles a ellas un lugar que nadie les había proporcionado nunca, además de mostrar

ante todos una imagen diferente de la que todos les daban a esas chicas cuando entraban en el bar.

* * *

Cuando llegamos al rancho La Carreta para la sesión fotográfica, las chicas iban cargadas con varias maletas repletas de vestidos y yo, con la provocativa caja, que atraía alguna que otra curiosa mirada.

Abigail y Olivia habían preparado una de las habitaciones de la casa principal para que hiciera las veces de estudio de un fotógrafo que el primo de Olivia le había recomendado. Enzo Durand, un hombre de mi edad que me presentaron mis amigas el día anterior y a quien le entusiasmó mi idea para elaborar esos calendarios, era una persona franca y divertida que sin ninguna duda conseguiría que mis compañeras se abrieran ante él y se sintieran seguras en el momento de hacer las fotos.

Por otra parte Linda, su ayudante, era una joven arisca que desde el primer momento me había mirado con aire despectivo y que estaba segura de que no miraría de forma distinta a mis compañeras. No obstante, ese día, en el que me encontraba muy cerca de alcanzar mi objetivo, estaba dispuesta a todo, y no existía ningún problema al que no pudiera enfrentarme. O eso al menos era lo que pensaba, hasta que mi caja y yo nos topamos con un vaquero que se interpuso en mi camino para dirigir una mirada de reprobación hacia mí y otra hacia la caja.

—Veo que sigues empeñada con la idea de hacer esos calendarios.

—En efecto. Y yo he oído que tú persistes en tu idea de evitar que salgan a la venta. Sin embargo, por mucho que insistas, no hay nada que puedas hacer para impedirlo, vaquero —declaré retando a ese hombre, que fijó su airada mirada en la caja que yo cargaba, haciendo que la apartara de su alcance y la colocara a mi espalda—. La caja no se toca.

—Está bien, te prometo que no la tocaré —anunció Will, haciendo que bajara la guardia para luego acorralarme entre sus brazos, logrando finalmente que la caja se me cayera al suelo—. Pero pienso estar presente en esa sesión fotográfica.

—¡No puedes! —me negué espantada, sabiendo lo nerviosa que podía llegar a ponerme ese hombre.

—Soy uno de los dueños de este rancho. No puedes impedirme que esté allí.

—Tu presencia pondrá nerviosas a mis empleadas —anuncié, consiguiendo que una maliciosa sonrisa asomara a los labios de ese vaquero mientras se acercaba más a mí.

—¿Estás segura de que las únicas que se pondrán nerviosas serán tus empleadas? —susurró íntimamente junto a mi oído, haciéndome recordar con demasiado detalle las noches que había pasado entre esos fuertes brazos que me rodeaban.

—Por supuesto, tú no me afectas en absoluto —declaré, colocando mis manos sobre su fuerte pecho para intentar alejarlo. Pero al final acabé acariciándolo distraídamente, provocando que aumentara la intensidad de la perversa mirada que dirigía hacia mí y hacia esa comprometida situación en la que nos encontrábamos.

—¡Oh! Si estás tan segura de eso, entonces no tienes ningún motivo para negarme que asista a esa sesión fotográfica. Prometo comportarme… —susurró Will, cogiendo una de las manos que jugaban distraídamente con su pecho para llevarla hasta su boca y besarla cariñosamente.

—Tú no sabes comportarte. O por lo menos no lo haces cuando estás conmigo —le recordé, haciendo que su boca mordiera juguetonamente uno de mis dedos, dándome la razón y provocando que me apresurara a esconder las manos a mi espalda.

—Si tan nerviosa estás, siempre puedes suspender esa sesión fotográfica e, incluso, la elaboración de esos calendarios —propuso Will con una sonrisa satisfecha en los labios, haciendo que lo fulminara con la mirada y diera un paso atrás, sabiendo lo que Will perseguía conseguir con sus acciones.

—Agradezco tu preocupación por mí, pero la sesión fotográfica sigue adelante —dije volviéndome para recoger mi caja del suelo. Y desafiando la decidida mirada de ese vaquero, seguí mi camino.

Para mi desgracia, tal y como Will me había prometido, me siguió por todas partes, haciendo que su vigilante presencia apartara de mi camino a un buen número de trabajadores del rancho bastante cotillas.

En cuanto llegué al estudio en el que Enzo se afanaba en preparar varios fondos, pude observar cómo el grandioso escritorio y el gran sillón de madera que había contemplado en mi última visita habían sido retirados del lugar junto al par de sillas que siempre los acompañaban. El aparador con las bebidas que tenía su lugar entre las grandes estanterías repletas de libros permanecía en su sitio para ser utilizado como fondo, al igual que el cómodo sofá, que había sido colocado en un rincón de la estancia para usarlo cuando estuviéramos cansadas.

La habitación había sido dividida en dos partes por unas sábanas que colgaban del techo, concediéndoles intimidad a las chicas para que se cambiaran y también creando un área en la que Linda podría trabajar con el maquillaje y el atrezo. Los grandes focos, el trípode y una mesa donde Enzo había depositado su material, junto con los

fondos que el fotógrafo estaba disponiendo en esos instantes sobre una de las paredes, habían convertido ese lugar en un auténtico estudio profesional de fotografía frente al cual mis compañeras de fatigas sonreían.

En cuanto di un paso en esa estancia para unirme a ellas en esa aventura, Olivia y Abigail me dejaron pasar, pero se interpusieron en el camino de ese fornido vaquero, haciéndole frente.

—No puedes pasar —anunció Abigail, haciendo que mirara a Will con una sonrisa victoriosa desde detrás de la barrera que representaban mis amigas, a las que no dudé en utilizar como escudo para protegerme de ese hombre que, en ocasiones, me alteraba demasiado.

—¡Esta es mi casa! —se quejó Will, sin querer dar su brazo a torcer a pesar de saber cómo eran sus cuñadas cuando alguien las provocaba.

—¿Vas a salir en esos calendarios? —preguntó Olivia al tiempo que recorría el cuerpo de Will de arriba abajo, desnudando a su cuñado con la mirada mientras evaluaba cuántos calendarios vendería si salía en ellos.

La despiadada mirada que Olivia solía mostrar para los negocios hizo que Will diera un paso atrás espantado mientras yo, desde detrás de mis amigas, jugaba burlonamente con uno de los conjuntos de lencería que había sacado de la caja para enseñárselo a Will, poniéndolo tan nervioso que ya no pudo continuar con esa discusión que, de todos modos, todos sabíamos cuál sería su resultado.

—¡Pero Bodhi está ahí dentro, y dudo mucho de que él salga en esos calendarios! —protestó infantilmente Will mientras señalaba al hombre que, al contrario que todos los demás de ese rancho, tan solo quería salir de esa habitación.

Y con la intención de no estropear la sorpresa que tenía guardada para esos calendarios y acabar con la oportunidad que Bodhi estaba buscando para huir de mí y de esa sesión fotográfica, coloqué en manos de mi socio la caja que yo llevaba al tiempo que le decía a Will:

—Bodhi es esencial en esta sesión fotográfica: ¡es el encargado de vigilar la caja!

Mis palabras hicieron que tanto Bodhi como Will gruñeran llenos de descontento: Bodhi, por constatar que no podría escapar de su promesa, y Will, por comprobar que no podría hacer nada para que lo dejaran entrar en esa habitación.

—Vuelvo a preguntártelo, ¿vas a salir en esos calendarios, Will? —insistió Olivia, cruzándose de brazos, bastante molesta con la insistencia de ese hombre por intentar sabotear la sesión fotográfica.

—No, pero…

—Entonces no tienes nada que hacer en esta habitación —

anunció Abigail antes de dejar ir la puerta y cerrarla en las narices de Will, prohibiéndole la entrada a ese lugar y alejándolo de mí, para mi tranquilidad.

—Bueno, chicas: ahora que hemos acabado con todos los curiosos que…, bueno, con casi todos —comenzó Olivia, quien, tras fulminar con la mirada los rostros que se apiñaban en el exterior de la ventana intentando espiar lo que ocurría, bajó la persiana para acabar con sus intentos de espionaje—. ¡Ahora sí! ¡Demos comienzo a la sesión fotográfica! —declaró animadamente, dirigiendo a las chicas tras las cortinas que habían improvisado para que se cambiaran mientras Lidia preparaba en un rincón el maquillaje y los abalorios para convertir a mis compañeras en una copia de esas estrellas del pasado, unas mujeres que en su tiempo habían sido poco valoradas por algunos estrictos ojos que solo juzgaban el exterior de una persona, sin detenerse a ver que en su interior había mucho más.

Bajo la mano de Enzo todas las chicas brillaron. Tina, con su llamativo pelo rojo y uno de mis elegantes vestidos de noche negros, se convirtió en una espectacular Gilda que se deshacía de sus largos guantes con los dientes, emulando una acción que en su tiempo interpretó Rita Hayworth.

Nina, por su parte, con su corta y morena melena alisada, un vestido dorado que yo solo había utilizado en una ocasión y algunos complementos de atrezo cedidos por Linda, fue una perfecta Cleopatra similar a la encarnada magistralmente por Elisabeth Taylor. Marla se decantó por imitar a Ava Gardner posando con un vestido de leopardo bastante corto que solo me había puesto en una ocasión para una fiesta de Halloween. Anna, con su melena rubia y su alegre sonrisa, quiso emular a Jane Fonda vestida con sus famosas mallas de ejercicio de los ochenta y, por supuesto, yo me decanté por Marilyn Monroe, y con un vestido rosa y unos falsos diamantes, me transformé en la despampanante chica de *Los caballeros las prefieren rubias*, donde la protagonista creía más en las joyas que en los hombres, que siempre la decepcionaban.

En la segunda tanda de fotografías, Tina, con una larga peluca pelirroja y el improvisado lomo de un falso caballo que Enzo fabricó con varios de mis abrigos, se convirtió en la atrevida lady Godiva, a la que una vez dio vida Maureen O’Hara. Era una imagen sensual y atrevida que no mostraba nada, aunque lo insinuaba.

Nina se convirtió en una perfecta gata sobre el tejado de zinc al posar en una cama con un sugerente vestido blanco. Marla quiso imitar a Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*. Anna utilizó uno de mis trajes remendados para crear la estrambótica indumentaria de chica sexy espacial que había interpretado Jane Fonda en *Barbarella*, y yo quise ser Marilyn una vez más, en esta ocasión como la

protagonista de *La tentación vive arriba*.

Sin embargo, mientras preparaba mi vestido llegó la hora de tomarnos un largo descanso, así que todos abandonaron esa habitación excepto yo, que quería que todo saliera a la perfección. Mientras me encontraba detrás de los improvisados biombos que hacían las veces de vestuario, oí que alguien entraba en la habitación.

Estuve dispuesta a salir para reprender al intruso que había ido a curiosear hasta que reconocí las voces de Linda y de Enzo y decidí no revelar mi presencia mientras los oía preparando la cámara y los siguientes escenarios. Y, como siempre ocurría cuando alguien se escondía para escuchar a hurtadillas, nunca oía algo agradable.

—¡Aún no me puedo creer que estés desperdiciando tu valioso tiempo viniendo a este rancho de mala muerte para hacer unas fotografías para unos calendarios por los que cobrarás lo mínimo! —protestó Linda mientras perseguía a Enzo por la habitación.

—Son para un acto benéfico, Linda —contestó Enzo tras dar un suspiro de resignación, como si estuviera más que acostumbrado a sus reproches—. Además, aunque no sean modelos profesionales, las chicas son bonitas y les ponen mucho empeño a esas fotografías.

—¿De verdad crees que alguien querrá ver a las chicas de ese escandaloso lugar posando como si fueran unas elegantes estrellas del cine? ¡Por Dios! ¡Solo se ven mínimamente bonitas porque llevan caros vestidos, por la magia de mi maquillaje y por tu fabulosa cámara! ¡Sin todo ese añadido son vulgares, no valen nada!

—Estoy aquí haciéndole un favor a un amigo, así que hazme tú un favor a mí y deja de torturarme con tus quejas, Linda. Centrémonos en terminar este trabajo lo más rápidamente posible para poder volver a casa y fotografiar a estrellas de verdad —declaró Enzo antes de salir por la puerta acompañado por Linda.

Mientras estaba detrás del biombo había tenido que apretar mis puños llenos de ira a causa de las palabras que oía, por las que otros, de nuevo sin conocerme lo más mínimo, osaban asignarme un valor a mí y a las personas que me rodeaban, una opinión con la que yo no estaba de acuerdo.

Al salir de detrás del biombo y encontrarme sola en esa habitación vacía, no pude contener mis lágrimas, llenas de dolor e impotencia. De repente, mientras estas se deslizaban por mi rostro sin que fuera capaz de detenerlas, oí cómo alguien entraba en la habitación. Al alzar la cabeza me sorprendí al hallar delante de mí a Will, que me contemplaba con cariño, sin decidirse a acercarse o no.

—¿Cuánto has escuchado de lo que decían Enzo y Linda? —le pregunté, queriendo saber si había oído lo suficiente como para entender el porqué de mis lágrimas.

Por toda contestación, Will se limitó a abrir los brazos, dispuesto

una vez más a convertirse en mi apoyo, y entonces yo supe que lo había oído todo. A continuación, siguiendo un impulso, corrí hacia esos brazos que siempre me ayudaban a levantarme, olvidando que a veces era él quien me hundía.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —me preguntó ese hombre mientras limpiaba mis lágrimas con sus rudas manos, que siempre serían cálidas para mí.

—¿No es evidente? Cambiar de vestuario… —dije sustituyendo mis lágrimas por una sonrisa, decidida a otorgarme un valor más alto del que todos me concedían, procurando que en esta ocasión no pudieran poner como excusa unos caros vestidos para juzgarme, porque, cuando esos adornos que muchos valoraban demasiado abandonaban nuestro cuerpo, solo quedaba la desnuda realidad de quienes éramos.

Capítulo 16

Cuando mis cuñadas me mandaron a buscar a Madison para recordarle que debía tomarse un descanso antes de proseguir la sesión fotográfica, me alegré porque al fin me dejaran entrar en esa habitación y, sobre todo, acercarme a esa mujer a la que protegían celosamente.

Al constatar que Madison no estaba sola, me quedé unos instantes en la puerta, indeciso, lo que me permitió oír a Linda y a Enzo hablando sobre los calendarios, que, al contrario de lo que yo había creído hasta ese momento, no contendrían ningún desnudo, sino imágenes de hermosas mujeres imitando a algunas actrices del pasado en su mejor momento.

Esa revelación me hizo respirar tranquilo, pero el resto de la conversación que oí me dejó un mal sabor de boca, sobre todo cuando supuse que Madison seguía en esa habitación, tal vez escondida, escuchando lo que decían de ella.

Enzo y Linda pasaron despreocupadamente por mi lado sabiendo que yo era uno de los dueños del lugar y, cuando no hubo nadie a mi alrededor, me adentré en la habitación transformada en estudio fotográfico para encontrarme con Madison y esas lágrimas con las que siempre dejaba salir su dolor antes de levantarse más fuerte que nunca.

Sin saber qué decir para consolarla, simplemente le abrí mis brazos y ella los aceptó tomando de mí lo que necesitaba. En ese momento, sin recordar que se suponía que estaba en contra de esos calendarios, le ofrecí mi ayuda y ella la aceptó, acabando con la tranquilidad de la que había disfrutado por unos instantes cuando Madison decidió cambiar la indumentaria que tenía previsto utilizar y me pidió algo completamente inusual.

—Necesito un saco de arpillera, uno de los que utilizáis normalmente para guardar patatas y cosas así, pero que esté limpito.

—¿Se puede saber para qué quieres eso? —pregunté, totalmente perdido con la forma de razonar de esa mujer.

—¿No es evidente? Para hacerme un vestido.

—Dudo que alguna estrella posara en su día vestida con un saco de patatas —respondí, revelando que sabía de qué iban realmente esos calendarios.

—Pues te equivocas: una lo hizo cuando la prensa la provocó.

—¡Uf! ¡Está bien! Voy a preguntarle a Clara, nuestra ama de llaves, a ver si encuentra un saco que pueda servirte —propuse, algo confuso ante su afirmación.

—Bien…, entonces tendremos que dejar mi fotografía para la última y continuar con el desnudo parcial y la foto grupal para el mes de enero…

—¡Espera! ¡Espera un momento! Creí que al final no habría ningún desnudo… —protesté, molesto con los engaños de esa mujer.

—Pues creíste mal.

—¿Y quién será la que pose desnuda en ese calendario? —pregunté bastante intranquilo mientras Madison, sin contestar a mi pregunta, se limitaba a sonreírme con malicia antes de empujarme hacia la salida, metiéndome prisa para que cumpliera con su encargo.

—Tú tráeme ese saco y ya hablaremos sobre el desnudo. O, si lo prefieres, también podemos conversar sobre lo que llevaré debajo de ese saco… —señaló provocativamente en mi oído, haciéndome dudar. Y aprovechándose de ello, no dudó en echarme sin piedad de esa habitación.

Unos minutos más tarde fui en busca de Clara para preguntarle por ese saco de patatas con la intención de cumplir con la extraña petición de Madison. Tras comentarle para qué era, la anciana ama de llaves me sonrió complacida, ya que, al parecer, ella también conocía la historia que Madison quería rememorar con ese saco de patatas.

—¡Ah! Ya sé de qué famosa actriz irá esa chica en los calendarios.

—En ese caso, ¿podrías decírmelo? —pregunté, nuevamente intrigado.

—No, ya lo averiguarás. Si esa mujer ha guardado silencio sobre esto es porque quiere dejar a más de uno boquiabierto con su elección, incluido a ti —anunció Clara mientras insistía en acompañarme llevando una pequeña caja de costura para adaptar el saco que había encontrado al cuerpo de Madison.

Cuando llegamos a la habitación donde se estaba llevando a cabo la sesión fotográfica, ella me esperaba en la puerta. Antes de que yo abriera la boca para anunciarle que había conseguido su encargo, Clara me arrebató el saco y miró a Madison emocionada.

—Si has cambiado de vestido es porque alguien te ha provocado como hicieron con ella, ¿verdad? —preguntó Clara, sonriéndole de una manera cómplice—. Entonces… ¡vamos a hacer que se coman sus palabras! —añadió antes de coger la mano de Madison y arrastrarla consigo hacia el baño del pasillo.

Y como sucedía últimamente en esa casa, cuando intenté seguir a Madison, una puerta se cerró delante de mis narices, así que resolví acudir al estudio para explicarles a mis cuñadas y al impaciente fotógrafo que se estaba preparando para las últimas fotografías.

Un rato más tarde, Madison reapareció causando sensación con su inusual indumentaria ajustada a su cuerpo, acompañándola con unas plataformas transparentes hechas con cuerdas de color naranja que hacían juego con las letras también naranjas del saco y un collar, unos pendientes y una pulsera de falsos diamantes que solo se lucirían con un elegante atuendo, no con un saco de arpillera remodelado.

Yo aproveché la conmoción que Madison causó en todos los presentes para colarme en la habitación y no perderme las poses de esa perfecta imitación de Marilyn Monroe, que, con su característico lunar y su rubia y corta melena, intentaba representar esa mujer, como finalmente adiviné.

Mientras algunas de las compañeras de Madison susurraban extrañadas a causa de esa inusual vestimenta, mis cuñadas solo sonrieron al ver cómo ella, con sus aires de princesa, caminaba elegantemente hacia el escenario. Enzo la vio en ese momento, pues había estado vuelto de espaldas terminando de arreglar algunos detalles del fondo elegido para esa fotografía, y entonces agachó por unos instantes la cabeza, como si se sintiera culpable y estuviera arrepentido de sus palabras.

—Pero ¿qué demonios llevas puesto? ¿A quién se supone que intentas imitar con eso? —preguntó Linda, sin mostrar ningún tipo de arrepentimiento y exhibiendo un tono bastante impertinente.

Y antes de que Madison le contestara, Enzo lo hizo en su lugar.

—A la gran Marilyn Monroe en una sesión fotográfica que algunos periodistas nunca pudieron olvidar…

Tras contestar, Enzo cogió su cámara entre las manos y, sonriendo a la chica que le había dado una lección, pareció decidido a igualar esas míticas fotografías que un lejano día quedaron en el recuerdo de muchos.

—¿Es que acaso no conoces la anécdota del saco de patatas, Linda? —preguntó Madison sin dejar de posar, dedicando una sonrisa burlona a la cámara en todo momento—. No te preocupes, yo te la cuento: en cierta ocasión, cuando Marilyn fue a recoger un premio vestida con un hermosísimo vestido rojo de terciopelo algo provocativo para su época, unos cuantos periodistas la criticaron. Una en particular la tachó de «barata y vulgar» por lo escotado del vestido e intentó burlarse de ella declarando que habría sido mejor que fuera a recoger el premio vestida con un saco de patatas. Tras leer estas declaraciones, el estudio para el que trabajaba Marilyn decidió hacer una sesión fotográfica de la actriz posando vestida de esa manera, demostrando a todos que, incluso con un saco de patatas, Marilyn estaba espectacular —relató Madison distraídamente mientras seguía posando para las fotos. Luego, haciendo una pausa, fijó su decidida mirada sobre Linda y Enzo, haciéndoles ver con sus palabras que

había escuchado su conversación—. Soy bonita llevando un vestido elegante y lo seguiré siendo ataviada con un vulgar y basto saco de patatas. Mi ropa no me otorga ni me quita valor, eso lo hace mi personalidad. Un buen fotógrafo muestra a todos no solo la belleza que se ve a simple vista, sino también aquella otra que los demás no pueden llegar a vislumbrar, y una buena ayudante de un buen fotógrafo juzga a las personas más allá de los rumores que las rodean porque, si no, todos pueden ser vulgares a sus ojos, sin llegar a darse cuenta de que la única vulgar es ella.

Sus palabras hicieron que Enzo volviera a bajar el rostro, avergonzado ante la mirada de Madison. Linda apretó los puños con frustración y se dispuso a replicarle, pero él no lo permitió.

—Linda, sal de esta habitación.

—Pero, Enzo, yo…

—No puedo ser menos que Earl Theisen, el gran fotógrafo que en su día hizo brillar a una mujer ataviada con un simple saco de patatas —declaró Enzo con una sonrisa llena de decisión que dirigió tanto a sí mismo como a su cámara—. Y tú no podrás seguir siendo mi ayudante si cada vez que miras a Madison solamente ves un vulgar saco de patatas. Así que espérame fuera —ordenó finalmente ese hombre al que Madison había dado una lección, mientras mis cuñadas, sin perder el tiempo, acompañaron a esa chica fuera de la estancia.

Para mi desgracia, de camino se dieron cuenta de que yo me había colado en el lugar y, sin piedad alguna, Olivia me cogió de una oreja y me arrastró hacia la salida.

Clara acompañó a Linda a la cocina, donde le haría un café que estaba seguro de que sería el más amargo que algún invitado de mi casa hubiera probado jamás. Mientras tanto, yo me puse a caminar intranquilo delante de la puerta del estudio.

La sonrisa de ese joven fotógrafo no me gustaba en absoluto, y que esta fuera dirigida a Madison mientras ella iba ataviada solo con un saco de patatas, aún menos. No obstante, respetando las normas de mis cuñadas, no me adentré de una patada en el estudio y me limité a caminar de un extremo del pasillo a otro, aunque, eso sí, cada pocos segundos llamaba a la puerta para saber si el fotógrafo había terminado ya su trabajo.

En el instante en que una enfadada Abigail me informó de que las fotografías habían terminado antes de que volviera a tocar a esa puerta por milésima vez, yo me adentré en el lugar y, sin dejar que Madison tuviera tiempo de cambiar su atuendo, me la cargué al hombro.

—¡Eh! ¿Qué haces? —exclamó ella, bastante nerviosa.

—Llevarme el saco de patatas que tengo que devolver.

—¿No puedes esperar a que me lo quite primero?

—No, ya que es mucho más interesante cargar un saco de patatas que lleva una chica dentro. Además, tú y yo tenemos una conversación pendiente sobre el desnudo de esos calendarios —le recordé a Madison. Y cuando comenzaba a darme algún que otro golpecito de protesta en la espalda, mi mano se dirigió curiosa hacia su trasero buscando el borde del saco, haciendo que se pusiera más nerviosa cuando añadí—: Entonces, hablemos sobre lo que llevas debajo de este saco…

Sus protestas cesaron al momento y sujetó el saco contra su cuerpo con una mano mientras con la otra se agarraba a mi hombro, provocándome una sonrisa de satisfacción cuando me anunció:

—Será mejor que hablemos de ello en tu habitación.

Tras sus palabras, corrí hacia mi habitación cargado con un peculiar saco de patatas que atrajo muchas miradas de curiosidad, entre ellas, las de mis hermanos Clay y Jayden, que se cruzaron con nosotros y me observaron completamente extrañados. Tras abrir la boca como si quisieran preguntarme algo, decidieron dejarme por imposible y, simplemente, guardaron silencio.

En cuanto entré en mi habitación, dejé a Madison en el suelo y cerré la puerta, tras lo que me crucé de brazos, a la espera. Observándola con una mirada inquisitiva, estaba más que decidido a que me contara quién se había desnudado delante de la cámara de Enzo. Intenté que mi mirada la pusiera lo suficientemente nerviosa como para que no pudiera hacer otra cosa que hablar de ese desnudo antes que de la ropa que llevaba debajo del saco, pero mi mirada falló en algún momento, al parecer.

—Tú eliges: o me aclaras quién ha posado sin ropa ante la cámara de ese fotógrafo o me revelas lo que llevas debajo de ese saco —le señalé manteniéndome de brazos cruzados, recordándole las dos opciones que ella me había ofrecido para que la ayudara a obtener ese saco. Y mientras lo hacía, yo mantenía una rígida postura que la avisaba de que nada de lo que hiciera me haría cambiar de opinión. Sin embargo, cometí un error al olvidar que esa mujer siempre hacía lo que menos me esperaba, consiguiendo alterarme de tal manera que la persona habitualmente racional que yo solía ser frente a otros desaparecía por completo ante ella.

—El tema de esas fotografías está fuera de discusión, será una sorpresa para todos hasta que salgan los calendarios. Y, por supuesto, no pienso hablarte sobre mi ropa interior, ya que es algo muy íntimo y personal —dijo Madison, sonrojándose tímidamente mientras sus manos intentaban tirar del saco hacia abajo.

—Entonces, ¿qué piensas hacer para pagar por el favor que te he hecho? —le pregunté con una sonrisa satisfecha, pensando que, si no me decía la verdad sobre esos calendarios, por lo menos podría

intentar conseguir una nueva cita.

—Mejor te enseño lo que llevo debajo del saco —declaró ella, provocándome y devolviéndome una sonrisa con la que me anunciaba que me había vuelto a ganar al tiempo que me sorprendía al subirse el saco que llevaba por vestido para enseñarme un escueto tanga que se limitaba a dos delgadas tiras de falsas perlas sujetando un fino encaje negro con unos sugerentes lazos a los lados que reclamaron toda mi atención, haciendo que me olvidara de todo lo que no fuera ella.

—Tú ganas —dije alzando las manos y rindiéndome por completo a la vez que me acercaba a ella y caminaba a su alrededor, contemplándola cada vez más intrigado.

—¿Qué haces? —preguntó Madison, algo avergonzada, cuando una de mis manos rozó su desnudo trasero, haciéndola temblar.

Después continué acariciando esas perlas que atrapé para dar un leve tirón, haciéndola gemir cuando estas se movieron rozando su sensible sexo. Y sin poder contenerme, me arrodillé ante esa mujer y susurré provocadoramente junto a su sexo:

—Ver lo que quieres enseñarme.

Sin darle tiempo a replicar, mi lengua probó el dulce sabor de su deseo mientras jugaba con esas perlas sin apartarlas de mi camino, provocando que se rozaran sin piedad contra la zona más sensible de su cuerpo.

Las piernas de Madison comenzaron a temblar mientras gemía extasiada sin saber si acercarse o alejarse de ese placer que su ardiente cuerpo comenzaba a experimentar. Mis manos cogieron su firme trasero, impidiéndole huir de mí, y aumenté un poco más su deliciosa tortura al tirar del fino hilo de su tanga, causando de nuevo que las perlas de esa prenda se rozaran con más intensidad contra su clítoris a la vez que mi lengua continuaba atormentándola con sus roces, tan solo buscando una respuesta ante su agónico placer.

Las manos de Madison insistían en seguir sujetando el saco, sin atreverse a tocarme, intentando poner una ínfima barrera entre nosotros. Pero yo respondí aumentando las caricias de mi lengua y mi perverso jueguecito con las perlas hasta que finalmente logré que soltara el saco, se agarrara a mis cabellos y comenzara a gritar mi nombre al tiempo que sus caderas perseguían el placer que yo le prometía una y otra vez, sin dejarla llegar hasta él.

—Quiero ver todo lo que quieres enseñarme… —susurré, dándole un respiro con mi lengua pero no con mis perversas manos, que todavía jugaban con los inusuales adornos de su tanga.

Comprendiendo lo que deseaba, Madison se despojó del saco y lo arrojó a un lado, permitiéndome descubrir por fin cómo se veía el provocador conjunto de ropa interior que me había perseguido en mis calenturientos sueños desde que vi a esa enloquecedora mujer jugando

con la ropa interior de aquella tentadora caja.

Mis ojos devoraron el atractivo cuerpo de Madison en lencería. La parte superior consistía en un sujetador de encaje negro abierto que acogía sus senos, tapándolos solo con un fino hilo vertical de perlas que caía justamente encima de sus excitados pezones. No tuve dudas de que ese hilo no era para ocultar su cuerpo, sino para excitarlo, cuando ella se movió y volvió a gemir ante mí.

—Dime que no has enseñado a nadie más este atrevido conjunto —murmuré sin dejar de jugar con el deseo de esa mujer.

—Se lo… enseñé… a todos —contestó entrecortadamente, haciendo que me tensara, hasta que vi una sonrisa provocadora en su rostro con la que siempre me engañaba. Sus palabras consiguieron que tirara con más ímpetu de las perlas de su tanga, haciéndola gemir por la sorpresa, y que mi boca la devorara con más fruición, obligándola a sujetarse firmemente a mí cuando estaba a punto de llevarla al clímax.

—Dime la verdad —le exigí, sin dejarla llegar al orgasmo mientras hacía que esas perlas se rozaran contra su sexo, pero no lo suficiente como para darle lo que su cuerpo me reclamaba. Tras sacar algún gemido de rendición de sus labios y alguna que otra maldición, finalmente Madison cedió ante mí.

—Todos… vieron… ese conjunto —declaró, consiguiendo que una de mis manos cogiera su trasero para que no pudiera huir del deseo que mi lengua reclamaba de ella, mientras mi otra mano ascendía por su cuerpo para comenzar a jugar con las finas perlas que adornaban su sujetador, buscando que se rozaran continuamente con sus enhiestos pezones al tiempo que Madison se arqueaba contra mi mano, pidiéndome mucho más—… cuando lo saqué… de su caja… —añadió entrecortadamente, jugando conmigo, incitándome a demostrarle que yo no era un hombre a quien provocar cuando la devoré implacablemente mientras mis manos seguían jugueteando con esas inusuales prendas. Finalmente, las pecaminosas atenciones de mi lengua y los roces de las perlas la condujeron a un orgasmo arrebatador.

Cuando sus temblorosas piernas comenzaron a ceder, me levanté y me convertí en su apoyo, uno que ella no rechazó al recostar su espalda contra mi duro pecho para luego confesarme, aumentando mi deseo:

—Pero nadie, salvo tú, sabe cómo me queda este conjunto.

Decidido a que ella misma viera cómo le quedaba esa pecaminosa ropa con la que tan solo quería volverme loco, la giré hacia el gran espejo que adornaba mi habitación para que contemplara en él su excitante reflejo a la vez que mis brazos la rodeaban, dispuesto a que observara también a la apasionante mujer en la que podía convertirse cuando estaba entre ellos.

—Creo que es hora de que tú también veas cómo te queda… —susurré perversamente en su oído al tiempo que mi mirada devoraba su desnudo cuerpo, haciéndola estremecerse de excitación.

Mis manos no tardaron en ascender lentamente por su piel, grabando en ella el calor de mis caricias hasta abarcar unos turgentes senos que me reclamaban. Dedicándole una perversa sonrisa a la apasionada imagen que esa mujer mostraba ante mí, besé su cuello mientras mis dedos movían esas perlas de un lado a otro, jugando con sus sonrojados y excitados pezones, que se alzaban expectantes, buscando el roce de mis manos.

Mientras Madison comenzaba a mover su trasero contra mi duro deseo, haciendo que mi miembro se impacientara con sus roces, una de mis manos descendió por su plana barriga y por su ombligo hasta llegar al fino hilo de ese pequeño tanga, que no ocultaba nada. Tras hacerme con él, comencé a tirar de él con suavidad, muy poco a poco, a lo que ella respondió gimiendo y clavando sus manos en mi brazo, incapaz de decidir si detener mi mano o pedirme más.

Yo solventé todas sus dudas cuando coloqué sus manos sobre el gran espejo para que se apoyara en él al tiempo que me dedicaba a continuar con mi juego, saturando su cuerpo de deseo con la intención de comprobar dónde estaba su límite y dónde se hallaba también el mío frente a esa irrefrenable pasión que siempre nos embargaba.

Sin poder resistirme, jugué una vez más con esas finas perlas hasta que el cuerpo de Madison se apoyó más contra el espejo y ella comenzó a mover las caderas contra mi mano, buscando mis caricias. Tras apartar a un lado el fino hilo de su tanga, introduje un dedo en su húmedo interior, consiguiendo que gritara mi nombre. Y mientras lo hacía, mi otra mano descendió por su cuerpo para seguir jugando con su deseo y mover esas sugerentes perlas sobre su sensible clítoris. Sus senos golpeaban contra el espejo, moviendo al mismo tiempo las perlas de su sujetador, lo que provocaba que aumentase todavía más su excitación.

En ese instante yo, perdiéndome en la imagen de esa encendida mujer que quería guardar para mí, saqué mi duro miembro de su encierro y lo rocé contra su húmedo sexo a la vez que le susurraba fríamente:

—Mírate: esta es una imagen que quiero ver solamente yo. —Luego sorprendí a esa mujer que contemplaba con asombro su excitada imagen en el espejo adentrándome en ella de una ruda embestida.

Marcando un ritmo implacable, frenético y hambriento, la conduje hasta el placer que su cuerpo buscaba continuamente durante nuestros juegos. Agarrando con fuerza su trasero, no tuve piedad con esas caderas que se movían demasiado lentamente para mi gusto y las

dirigí con apremio hacia el clímax que ambos anhelábamos, perdiendo todo mi control.

Madison mordió uno de sus puños apoyados sobre el espejo con la intención de apagar sus gritos de pasión, y yo disfruté cada segundo de esa imagen, en la que, por unos instantes, ella era mía y nadie podía alejarla de mí.

Mi miembro se hinchó más en su interior y aumenté la profundidad y el ritmo de mis acometidas para acabar rindiéndome al placer y llevándonos a los dos a un orgasmo ardiente y arrebatador donde yo grité su nombre y ella intentó acallar el mío, a pesar de que nuestras miradas se cruzaron en ese espejo, haciendo evidente que yo era el único responsable de que ella hubiera llegado al clímax.

Con las piernas temblorosas y el cuerpo medio apoyado en el espejo, resultaba obvio que Madison no podría mantenerse en pie por mucho tiempo más, así que, dándole la vuelta, la cogí entre mis brazos para llevarla a la cama.

Mientras ella se abrazaba a mí, una de sus manos buscó mi rostro para que fijara mis ojos en ella, unos ojos que no podían ocultar todo lo que sentía por esa mujer después de ese apasionado momento.

—Y esta es la imagen que quiero ver solo yo… —declaró, pidiéndome que la amara únicamente a ella.

En ese momento quise confesarle lo mucho que la quería, pero, tras recordar todas las mentiras que nos rodeaban, guardé silencio como un cobarde. Ella, sin esperar más de mí, se acurrucó entre mis brazos y dejó que la llevara a mi cama, aceptando lo que mi cuerpo le gritaba y mi boca callaba: que ella era la única mujer que siempre tendría un hueco en mi corazón.

Apretándola con fuerza contra mi pecho, supe que, cuando Madison abandonara mis brazos, volvería a alejarse de mi lado y a levantar esa barrera que en realidad debería tener siempre en torno a ese confiado corazón frente a un mentiroso tan grande como era yo.

* * *

—¿Me puedes explicar qué excusa tienes para llegar a estas horas? —preguntó Bodhi, mirando reprobadoramente a la chica que había llegado tarde al trabajo después de dejarse conquistar de nuevo por un hombre que le guardaba demasiados secretos. Unos secretos que Bodhi no era quién para revelar, pero que cada vez le pesaban más, al ser consciente del daño que estos podían causarle a esa ingenua mujer.

—Un saco de patatas —contestó Madison, haciendo que Bodhi dejara de sentir lástima por ella para pasar a fulminarla con la mirada.

—Si no conociera la historia de ese saco y quién te ha retenido, te

despediría en este mismo instante.

—No puedes: soy la propietaria del cuarenta y cinco por ciento de este negocio.

—Entonces considérate un cincuenta y cinco por ciento despedida… —anunció Bodhi antes de señalarle su lugar detrás de la barra, al que Madison acudió después de sacarle la lengua a su socio con gesto burlón y saludar a las chicas, que la recibían con una amistosa sonrisa.

Mientras Madison reflexionaba sobre si habría sido un error haberse acostado de nuevo con Will, otro hombre de su pasado apareció por la puerta del local, recordándole que no debía abrir su corazón con tanta facilidad.

Aparentemente, Eddy Houston no había tenido suficiente con el baile que Bodhi le había dedicado, y había regresado a ese establecimiento sin haberse desprendido aún de sus aires de gallito. Una vez más, se acercó a la barra, detrás de la cual se hallaba Madison, dedicándole una sonrisa de satisfacción, un gesto que ella cortó de raíz cuando se dirigió a su socio con tono burlón:

—Bodhi, tu admirador ha llegado. Creo que quiere otro bailecito.

La respuesta de Bodhi fue señalar a ese tipo para luego dedicarle desde lejos un insinuante movimiento de caderas que hizo que más de un cliente buscara la salida con la mirada.

Madison, apiadándose un poco del espantado hombre que tenía ante sí, puso fin a los bailecitos de Bodhi, logrando que más de un cliente suspirara aliviado.

—Déjalo, parece que hoy solo ha venido a por un trago.

Cuando Bodhi dejó de menear las caderas, Eddy continuó su camino hasta la barra. Tras sentarse en un taburete decidió evitar cometer por segunda vez su error y le pidió a Madison una bebida concreta.

—Un whisky con hielo. Del más caro y fuerte que tengas —pidió, consiguiendo que en esta ocasión ella le sirviera una minúscula cantidad de whisky en un vaso de tubo lleno de hielo hasta arriba. Eso sí: lo hizo luciendo en todo momento una amable, aunque falsa, sonrisa—. Creo que deberíamos hablar —comentó Eddy, una propuesta que fue respondida por Madison con una nueva y amable sonrisa mientras ponía un enorme bote de propinas delante de él, indicándole lo que tenía que hacer si quería mantener una conversación con ella en la barra.

»No estarás insinuando que tengo que pagar para poder mantener una conversación con mi novia, ¿verdad? —inquirió Eddy molesto.

—Exnovia, en realidad. Y tú eliges: o metes los billetes en el bote o lo haces en el tanga de Bodhi —señaló ella despreocupadamente mientras iba a atender a otro cliente, consiguiendo al final que Eddy

comenzara a meter algunos billetes en el bote. Y solo cuando ella estuvo conforme con la cantidad que ese niño mimado había gastado en su bar, Madison se dignó prestarle algo de atención.

—Quiero comentarte algo que no sabes y que tal vez deberías saber sobre…

—Si es sobre ti, no quiero saber nada. Sé de buena tinta lo decepcionante que puedes llegar a ser como novio y como persona, Eddy. Me lo demostraste el día de mi cumpleaños y me lo volviste a demostrar desde el instante en el que entraste por primera vez en este bar —anunció Madison, dándole la espalda una vez más a ese hombre, intentando ignorarlo. Pero las siguientes palabras de Eddy detuvieron sus pasos.

—No se trata de mí, sino de Will Walter y de la relación que tiene con tu padre.

—¿En serio? ¡Vaya! ¿Qué sabes tú del favor que Will le está devolviendo a mi padre al cuidar de mí?

—¡Por Dios! ¿Eso es lo que te ha dicho ese tipo para acercarse a ti? Will Walter tan solo es uno más de los sujetos que tu padre compra con su dinero. La única diferencia que hay es que, por lo visto, él tiene un precio más elevado que los demás y sabe mentir mejor…, o por lo menos sabe mentirte mejor a ti —dijo Eddy, mesando nerviosamente sus cabellos mientras lucía una sonrisa irónica.

—En estos instantes mi padre no puede comprar a nadie. Te recuerdo que se ha quedado sin nada por una mala inversión, todos sus bienes han sido confiscados y se encuentra en paradero desconocido huyendo de todo.

—¿Tu padre? ¿Ese gran magnate conocido por ser un negociador extremadamente duro, detallista y meticuloso que deja bien atados todos los asuntos en cada una de sus negociaciones? ¿Quieres decir que ese pez gordo enormemente despiadado cuando se trata de conseguir lo que quiere ha cometido un error tan grande en una simple inversión que lo ha llevado a perderlo todo? —preguntó Eddy irónicamente, haciendo que Madison comenzara a dudar de la situación—. Recapacita un poco con esa hueca cabecita que tienes… ¿No te parece muy conveniente que la noticia de que lo habías perdido todo te la dieran justo después de esa gran celebración en la que gastaste tanto y por la que recibiste tantas reprimendas de parte de tu familia? ¿Y qué me dices de Will Walter? Qué conveniente que estuviera allí justo en ese momento para poder ayudarte, ¿no te parece?

—Will estaba allí para entregarle a mi padre los papeles de este negocio.

—¿Un negocio que tu padre tenía a tu nombre?

—Seguramente papá comenzaba a sospechar lo que ocurría y

buscó el modo de que pudiera salir adelante por mí misma cuando todo estallara.

—Ya…, y en vez de poner a tu nombre cualquier otro negocio de los cientos que poseía tu padre, Fitzgerald te dejó este tugurio de mala muerte, ¿no? —sonrió Eddy con ironía, señalándole ese lugar—. Madison, si no quieres admitir la verdad, no lo hagas. Pero recuerda cómo es tu padre y reflexiona acerca de si estos duros momentos que estás viviendo ahora mismo no podrían deberse a una de esas lecciones que tu padre podría querer enseñarte mientras maneja a todos a tu alrededor como simples peones de su retorcido juego —manifestó Eddy, poniendo fin a su copa y comenzando a levantarse, haciendo que en esta ocasión fuera Madison quien lo buscara a él.

—¡Espera! ¿Y quién sería Will en ese juego?

—¿No es obvio? El lacayo de tu padre, el hombre que más firmemente atado tiene Fitzgerald y al que mejor puede manejar para que te enseñe una de esas lecciones que duelen. Will Walter es el mayor mentiroso de todos los que te rodean, el que más cosas te oculta y el que más daño va a hacerte, tanto con sus mentiras como con la verdad. Si aún dudas de mis palabras, únicamente tienes que preguntarte qué hago yo aquí.

—¿Y qué es lo que haces tú aquí, Eddy? —preguntó Madison confusa, no queriendo creer a ese hombre. Pero conocía a su ex, y vio que no mostraba su falsa cara ante ella, sino la de verdad.

—Hasta ahora, jugar al juego que quería mi padre, que a su vez seguía el juego que marcaba el tuyo. ¿Pero sabes una cosa? Me he cansado de jugar y de dejarme manipular, y si saliéndome del papel que me han señalado fastidio a mi padre, al tuyo y a ese vaquero que se las da de santo, mejor que mejor.

—¿Y si me haces daño a mí? ¿Te arrepentirás de ello, Eddy? —preguntó Madison, sabiendo que su exnovio era de ese tipo de personas que no se arrepentían de sus acciones, ya fueran buenas o malas.

Pero, para su asombro, en vez de alejarse en silencio, Eddy detuvo sus pasos, apretó los puños y se volvió hacia ella para anunciar con una irónica sonrisa con la que se burlaba tanto de él mismo como de su familia:

—Un Houston nunca se arrepiente de sus acciones, nunca se equivoca y nunca pide perdón. No obstante, si algún día dejo de serlo, puede que me arrepienta por cómo te he tratado en más de una ocasión y te pida ese sincero perdón que nunca sale de nuestra boca. Pero, por ahora, sigo siendo un Houston, Madison. Por cierto, me voy de este pueblo porque he oído que tu padre viene de camino y seguro que pretende darme una lección que no quiero recibir. Espero sinceramente que cuando Fitzgerald llegue, reciba de tu parte lo que

se merece —declaró Eddy antes de marcharse de ese bar y dejar a Madison sumida en un mar de dudas a causa de sus sinceras palabras, que habían calado en ella más profundamente que sus mentiras.

Capítulo 17

Después de que Eddy me hiciera una última visita antes de marcharse, dudé más que nunca de todo lo que me había ocurrido desde que conocí a Will. Recordé el descontento de mi padre por el dinero que gastaba tan despreocupadamente, esas quejas suyas que yo continuamente ignoraba y las charlas que evitaba mientras me escabullía al club para seguir con mi superficial vida.

También recordé la fama de despiadado que tenía Fitzgerald Mitchell en el mundo de los negocios y cómo, en ocasiones, intentaba solucionar sus problemas familiares de la misma manera que lo hacía con sus empresas.

Era perfectamente posible que Eddy estuviera en lo cierto en esta ocasión, pero me surgía la duda de si mi ex se había acercado a mí con la verdad o tan solo quería hacerme sufrir una vez más antes de alejarse.

Yo no quería pensar ni por un segundo que ese padre al que adoraba podría haber jugado conmigo de una manera cruel y retorcida en vez de sentarse a explicarme cómo era el mundo, sin pararse a pensar que lo que más me dolería de ese engaño no sería precisamente quedarme sin nada, sino que me hubiera mentido.

Tampoco deseaba creer que Will, el hombre que tantas veces me había tendido amigablemente su mano, tenía un precio que mi padre había pagado, no solo para que me ayudara, sino para que contribuyera a hundirme colaborando en la lección que supuestamente él quería darme.

Si creía en las palabras de Eddy, entonces tenía ante mí a dos hombres que querían darme una lección sobre el dinero, con la que, hasta el momento, únicamente me habían enseñado que todos teníamos un precio y que el mío era demasiado alto como para que ninguno de los dos lo pudiera pagar, ya que, después de tantas mentiras, solo quería la verdad.

Decidiendo no amargarme el día y olvidarme de todo el daño que recibiría si las palabras de Eddy eran ciertas, me concentré en servir las bebidas. Esa noche no quería ver a ninguno de esos hombres que rondaban mi vida y me hacían daño, pero, para mi desgracia, Will volvió a aparecer en esa barra que a menudo ocupaba con la excusa de protegerme, aunque puede que también lo hiciera para vigilarme e informar a mi padre.

Esta vez, mientras me dirigía hacia él, me llevé dubitativamente una mano al collar de herradura que lucía en el cuello, preguntándome por primera vez si esa joya realmente valía el precio que yo le estaba dando, el valor que le estaba concediendo mi corazón o si, finalmente, al estar rodeado de mentiras, ese regalo de Will no valía nada.

—¿Qué haces aquí? —pregunté mientras veía cómo Will inspeccionaba los alrededores, seguramente buscando la presencia de ese exnovio que se había despedido de mí, al parecer para siempre.

—Tomándome una copa, ¿qué, si no? —respondió él, levantando su cerveza. No obstante, sus ojos no dejaron de mostrarse alertas a todo cuanto nos rodeaba.

—Por más que lo busques, no vas a encontrar a Eddy. Se ha marchado apresuradamente del pueblo, aunque antes ha pasado a despedirse de mí y a pedirme perdón…, a su manera, claro.

—¡Vaya! Pensaba que me sería mucho más difícil deshacerme de ese hombre —anunció Will, bastante satisfecho con la huida de Eddy, mientras le daba un tranquilo sorbo a su cerveza.

—Aunque es posible que tus modales lo hayan impresionado lo bastante como para provocar que quisiera salir corriendo, en realidad Eddy se marcha porque ha oído que mi padre viene de camino —le revelé, consiguiendo que Will se atragantara con su cerveza, ante lo que yo golpeé con saña su espalda con la excusa de ayudarlo mientras comenzaba a sospechar de todas sus mentiras—. ¿No te parece increíble que el nombre de Fitzgerald Mitchell siga intimidando a las personas, a pesar de que ahora mi padre carezca de poder y de dinero? —le pregunté, dándole la oportunidad a Will de revelar todos sus engaños. Entonces abrió la boca, como si fuera a decir algo, pero de inmediato volvió a cerrarla, manteniéndose en silencio.

—Fitzgerald es un personaje al que hay que temer, tenga dinero o no —dijo finalmente, poniéndose serio, seguramente recordando lo que perdería si no seguía siendo la marioneta de mi padre.

—Y dime, Will, si mi padre siguiera teniendo su poder y su dinero, ¿podría comprarte? —le pregunté mirándolo a los ojos, buscando la verdad en ellos, una verdad a la que no quería enfrentarme a pesar de mi pregunta.

—No le doy demasiado valor al dinero, creo que hay cosas mucho más importantes —contestó, mirándome a mí como si yo fuera ese «algo» más importante para él.

—No has respondido a mi pregunta —señalé exhibiendo una sonrisa irónica, dándome cuenta en ese momento de que Will, en efecto, tenía un precio, aunque intentaba ocultármelo.

—Tal vez, si alguien encontrase algo que me importara demasiado, podría llegar a comprarme, pero eso no quita que pudiera

arrepentirme de ello más tarde —respondió fijando sus ojos en mí, como si me pidiera con ellos un perdón que no se merecía si no confesaba antes cada una de sus mentiras, algo de lo que Will parecía no estar dispuesto a hablar.

Ambos guardamos silencio. Yo, intentando no averiguar más de las verdades que Will me ocultaba y que me llevarían a separarme de ese hombre odiándolo un poco. Y Will, tratando de ocultar el daño que me estaba haciendo mientras me rompía el corazón.

—¿Te arrepientes de haberte acostado conmigo? —preguntó Will, acariciando mi rostro con una mano.

—No… —dije apartándome de él, recordando que ese no era el momento ni el lugar para hablar de nosotros. Y tras poner un paso más de distancia añadí, no tan segura de lo que sentía por ese hombre —: Aún no.

—Voy a esperarte hasta que termines tu turno. Tenemos que hablar…, tengo… tengo muchas cosas que contarte —me dijo preocupado, como si tuviera miedo de algo.

Solo a causa del sincero arrepentimiento que percibí en sus ojos me permití darle una oportunidad. Y aunque lo ignoré el resto del tiempo, cuando recogimos y cerramos el bar, me dirigí hacia la salida en busca de un hombre que no sabía si me esperaba con la verdad o con más mentiras.

—Te va a hacer daño —anunció Nina, bloqueando la puerta por unos instantes, haciéndome saber que todas mis compañeras estaban de acuerdo con esa afirmación. Y cuando las observé, cada una de ellas se detuvo en su tarea mientras me miraban con preocupación, queriendo decirme lo mismo que Nina me indicaba en esos instantes —. Y cuando eso suceda, cuando te rompa el corazón…

—¿Estarás aquí para soltarme uno de esos merecidos sermones? —terminé en lugar de ella, sabiendo lo que me merecía por seguir siendo esa ilusa chica que todavía era capaz de confiar ciegamente en las personas, incluso en aquellas que resultaba evidente que guardaban muchos secretos que podrían hacerme daño.

Para mi sorpresa, la respuesta de Nina fue darme un gran abrazo.

—Estaré aquí para ti, aunque, por supuesto, negaré rotundamente que te he abrazado —bromeó Nina antes de ponerse seria y aconsejarme—: No cometas nuestros mismos errores. No le entregues tu corazón a un hombre que solamente puede darte mentiras.

—Tengo miedo de averiguar el precio que mi padre ha podido ponerle a Will —confesé, admitiendo la espina que llevaba clavada en mi corazón desde que conocí a ese hombre, una duda que había intentado ignorar mientras me enamoraba de él, pero que ya no podía seguir ignorando.

—Lo entiendo, pero eso es algo que tienes que saber para seguir

adelante y para determinar si ese amor merece la pena —dijo Nina, apartándose de mi camino.

—Sí, lo sé. Por eso mismo voy a concederle una noche más para que me revele sus mentiras —declaré, decidida a conocer la verdad sobre Will y mi padre—. Pero… ¿y si duele demasiado? —pregunté, dando un paso hacia la puerta y deteniéndome, hasta que oí a Nina recordándome quién era ahora, más allá de la niña mimada que un día fui.

—Entonces sonreirás a la persona que te ha hecho daño, como siempre haces, te volverás a levantar y después le darás esa lección que nadie se atrevería a darle a un Walter. Y ahora, ve a enfrentarte a ese vaquero y no le permitas que te rompa el corazón —declaró Nina, animándome a seguir adelante, a descubrir toda la verdad sobre Will y a averiguar si el amor de ese hombre tendría un valor incalculable para mí o uno tan bajo que acabaría abriendo una nueva herida en mi corazón.

* * *

En cuanto Madison salió del local de Bodhi, sin saber cómo explicarle lo que le había hecho, cómo me había dejado comprar, no por el dinero de su padre, sino por las tierras que tanto valorábamos mi familia y yo, la llevé a mi rancho.

En esta ocasión no detuve mi camioneta delante de la casa principal, sino que conduje a lo largo de esas extensas y hermosas tierras que los Walter tanto nos habíamos esforzado en cuidar y mantener dentro de nuestra familia.

Recordando un lugar cercano a una pequeña laguna desde donde se podían contemplar las estrellas, fui hacia allí. Una vez llegados a nuestro destino, saqué una pequeña lámpara portátil para acomodarla en la parte trasera de mi camioneta, donde normalmente llevaba la carga, así como unas mantas en las que acurrucarnos mientras intentaba explicarle a Madison el valor que tenía para mí todo lo que me rodeaba, incluida ella, alguien a quien mi corazón había comenzado a atesorar.

Tras hacerle un hueco entre mis brazos, la apreté fuertemente junto a mi pecho. Y sin saber cómo comenzar a explicarme, me limité a empezar por el principio.

—Este era el lugar preferido de mis padres. Cuando éramos pequeños, a veces cogían la camioneta y nos traían a este sitio para que contempláramos las estrellas. Y mientras las veíamos, ellos nos recordaban todo lo que habíamos conseguido gracias a nuestro esfuerzo y nos señalaban que esta tierra siempre sería algo que uniría a nuestra familia. Con el tiempo, tras la pérdida de mis padres, mis

hermanos dejaron de venir aquí. Yo todavía hago alguna que otra visita cuando quiero rememorar las lecciones que ellos un día me dieron.

—Cuando mi padre estaba a mi lado nunca tenía tiempo para darme lecciones sobre la vida. Siempre estaba demasiado ocupado con sus negocios, y cuando me dedicaba un hueco en su ocupada agenda, lo único que me enseñaba era todo lo que su dinero podía comprar. Nunca observé las estrellas con él, pero sí lo hacía sola desde la azotea de algún lujoso rascacielos donde él celebraba alguna de sus fiestas de negocios en las que no tenía tiempo para hablar con su hija.

—Somos muy diferentes —dije, sin saber si aún me merecía a esa mujer.

—Lo somos. No obstante, las estrellas que contemplábamos eran las mismas —anunció Madison, alzando su mano hacia el cielo como si quisiera alcanzarlas, y yo, cogiendo esa mano que era lo único que quería alcanzar, la llevé a mis labios para besarla e intentar buscar las palabras con las que confesar todas mis mentiras.

—Yo valoro esta tierra muchísimo… Desde pequeño, esto siempre ha sido lo más importante para mí.

—Qué pena que no hayas encontrado otra cosa en la vida que valga tanto para ti como este lugar… —susurró Madison mirándome con tristeza, sin que yo pudiera adivinar si esta iba dirigida hacia mí o hacia sí misma. Entonces intenté decirle lo que significaba ella en mi vida, cómo su presencia me había hecho debatirme en más de una ocasión entre las tierras que eran mi vida y la mujer que llevaba en mi corazón.

—Madison, yo… —comencé, buscando cuidadosamente las palabras más adecuadas, pero ella las acalló con un beso, como si intuyera lo que iba a decirle y solo deseara posponer ese momento.

Ante esa oportunidad yo volví a ser ese cobarde que aún se resistía a confesar la verdad, sabiendo que esa verdad podría separarnos como nunca lo haría el dinero o los diferentes ambientes en los que ambos habíamos vivido hasta que nos conocimos.

—Regálame un momento digno de recordar bajo estas estrellas —me susurró Madison al oído mientras se sentaba a horcajadas sobre mi cuerpo y me atraía con sus dulces caricias—. Dame algo que puede valer mucho, o nada, cuyo precio dependerá de lo que este decida… —continuó poniendo una mano sobre mi pecho buscando mi corazón, que latía aceleradamente solo por ella—. Ámame esta noche y, aunque sea solo por una vez, concédele un valor incalculable a ese amor —me reclamó, haciendo que la atrajera hacia mi cuerpo para abrazarla con más fuerza contra mi intranquilo corazón y que mi boca buscara la suya en un apasionado beso en el que lo quise todo de ella.

Las manos de Madison se aferraron a mis cabellos mientras su

lengua me buscaba exigiendo mi pasión. Yo la acerqué a mí haciéndole notar mi impaciencia por adentrarme en su apretado interior y ella, sin dejar de abrazarme, se rozó contra mi duro miembro, provocando que me precipitara a desprenderla de su vestido.

Mis besos abandonaron su boca para descender por su cuello, buscando saborear la dulzura de su piel y marcar su cuerpo con mi deseo. Mientras las manos de Madison desabrochaban mi camisa con impaciencia por marcarme con sus uñas como yo hacía con cada uno de mis besos, mi lengua probaba su sabor descendiendo hacia sus turgentes senos.

Sin poder evitarlo, succioné esas alzadas cumbres por encima de su excitante ropa interior de encaje blanco que me mostraba sus sonrosados pezones, tentándome a conseguir esos gemidos con los que me volvía loco. Y al mismo tiempo que yo buscaba sin piedad que ella se rindiera, Madison me conducía por el mismo camino acariciando sugerentemente mi cuerpo a la vez que se mecía contra mi erección.

Desprendiéndome con rapidez de mi camisa, dirigí sus manos hacia mi pecho para que siguiera tocándome. Ella, jugando conmigo, arañó mi duro torso y lo recorrió lentamente con sus uñas hasta llegar a mi cinturón. Tras desabrochar este y también mis pantalones, se hizo con mi duro miembro, acariciándolo dulce y enloquecedoramente entre sus suaves manos, sacando de mí más de un gemido que llevaba su nombre.

Yo, por mi parte, sin mostrar clemencia alguna, mordí levemente uno de sus enhiestos pezones para castigar su osadía mientras mi mano apartaba a un lado la ínfima barrera que suponía su tanga para acariciar su húmedo sexo, comprobando hasta dónde llegaba su deseo.

En el preciso momento en el que sus manos aumentaron el ritmo de sus caricias, yo también lo hice e introduje un dedo en su interior, imponiendo un ritmo que guiara sus ardientes caderas mientras yo abría el cierre delantero de su sujetador con los dientes, consiguiendo al fin que mi lengua pudiera degustar libremente el sabor de los sugerentes frutos que se balanceaban ante mi boca, tentándome cada vez que Madison movía su cuerpo en busca de su placer.

Cuando las caricias de nuestras manos nos parecieron insuficientes para saciar nuestro deseo, ella guio mi duro miembro hacia su húmeda entrada, limitándose a rozarse contra él, sin permitir que me adentrara por completo en su interior.

Los gemidos que salieron de la boca de Madison, que buscaba su placer con mi cuerpo sin concederme la libertad de obtener el mío, me llevaron a maldecirla. Mi boca se vengó de ella torturando sus sensibles senos con sutiles mordiscos que luego calmaba con mi lengua. Y mientras ella clavaba sus uñas en mis hombros, yo,

agarrando con firmeza su trasero, hice que descendiera abruptamente sobre mi firme erección, dándonos a ambos lo que deseábamos.

Alzando implacablemente su cuerpo, la llevé a sentir toda la intensidad de mi pasión y de mi deseo, que aumentaba al tiempo que me hundía una y otra vez en ese apretado interior que me reclamaba.

Madison no tardó en acompasarse e igualar mis movimientos. Mis acometidas se volvieron más profundas, y el ritmo que ambos imponíamos para llegar al clímax se volvió más apremiante. Impacientes por conseguir la satisfacción que nuestros cuerpos exigían, la abracé con fuerza contra mí y, mientras yo llegaba al orgasmo gritando el nombre de la mujer que siempre removería mi mundo, ella mordió mi hombro acallando el mío, distanciándose una vez más de mí.

Se derrumbó sobre mi cuerpo y yo la acomodé entre mis brazos, dejándola descansar. Luego nos arropé con la manta para contemplar, no las estrellas de ese lugar, con las que siempre me gustaba soñar, sino a la mujer que se había hecho un hueco en mi corazón.

Madison se durmió confiadamente entre mis brazos. Entonces pensé que a la mañana siguiente aún tendría tiempo de explicárselo todo y, creyendo que tendría una nueva oportunidad para darle un valor a ese amor que ella me reclamaba, susurré lo que sentía por esa mujer.

—Te quiero —dije, pensando que no me oiría.

—Mentiroso… —susurró Madison muy bajo y medio adormilada, haciéndome pensar que esas palabras que había oído eran un error, sobre todo cuando continuó durmiendo confiadamente entre mis brazos.

Sin embargo, mi intranquilo corazón me avisaba de que ella se estaba preparando para alejarse de mí, en esta ocasión para siempre, y de que el único responsable de ello era yo, un hombre lleno de mentiras que solo le habían causado dolor.

* * *

Había vuelto a cometer una vez más la locura de acostarme con ese vaquero, y en esta ocasión lo había hecho a sabiendas de que iba a romperme el corazón. Tras pasar la noche bajo las estrellas, Will me llevó a su casa, a su habitación, donde yo continué fingiendo que no había oído su «te quiero» mientras él simulaba que no había oído mi respuesta tachándolo de mentiroso.

Will volvió a decepcionarme guardando silencio, y mientras él estaba en la ducha, me pregunté cuánto tiempo más podría seguir ignorando sus engaños sin que se me rompiera el corazón.

Tumbada en su cama, recordaba las veces que me había ayudado

a enfrentarme a mis dificultades. Pero también acudían a mi mente las ocasiones en las que yo había caído, y no podía evitar preguntarme cuántas de ellas habían sido planeadas por mi padre y puestas en práctica por Will.

Desde que lo conocí, sabía que ese hombre me guardaba muchos secretos. Que su ayuda podía tener un precio, como a menudo me repetían las personas que me rodeaban. Después de la pasada noche, yo sospechaba cuál era ese precio, y también intuía que no podía competir con él.

Odié a mi padre por la manera en la que habría chantajeado a Will con su rancho, y también lo odié a él un poco por haberse dejado chantajear. Pero a pesar de todas las sospechas que circulaban por mi mente, que me llevaban a preguntarme cuánto me dolería descubrir el precio de Will, no podía negar que me había enamorado de ese hombre.

Al ser consciente de la realidad de mis sentimientos, oculté mi avergonzado rostro debajo de la almohada de la cama mientras rememoraba los apasionados momentos que había compartido con él. De repente, el teléfono que Will había dejado descuidadamente en la mesilla de noche sonó, y yo reconocí el número de la persona que lo llamaba, una persona con la que no había podido contactar desde el día de mi cumpleaños.

Tras levantarme de la cama y ponerme una camisa de Will que había sido arrojada despreocupadamente por la habitación, acepté la llamada y utilicé una de las tretas que a menudo usaba mi madre para enterarse de algún secreto: me mantuve en silencio y esperé a que mi padre expusiera lo que quisiera decirle a Will.

—Espero que no hayas desoído mis palabras y hayas mantenido las distancias con mi niña, Will. Te recuerdo que tengo en mi poder parte de tu rancho, una parte que no pienso devolverte hasta que hayas cumplido nuestro trato y mi hija haya aprendido la lección. ¿Will? ¿Me oyes? ¿Will?

Oír las palabras de mi padre y confirmar que mis sospechas eran ciertas me dolió más de lo que pensaba. No obstante, como había aprendido desde que lo perdí todo, me sobrepuse a ese dolor y me enfrenté a él.

—¿Qué lección tengo que aprender, papá? —le pregunté, paseándome por la habitación inquieta, nerviosa y enfadada, pero muy interesada en lo que tanto Will como mi padre querían enseñarme.

—¡¿Madison?! ¡¿Qué haces tú con el teléfono de Will Walter? —inquirió él muy alterado al comprobar que existía algo que no podía controlar.

—Por lo visto, a pesar de tus advertencias, Will no sabe mantener

las distancias conmigo. Pero ahora no quiero hablar de eso, papá: estoy mucho más interesada en saber qué lección querías que aprendiera y qué papel desempeña Will en esta historia.

—Eh… Madison, hija, eso es algo que sería mejor que habláramos en persona.

—Puede ser, pero ¡qué casualidad! Cuando yo quería llamarte para hablar contigo o con mamá, parecía como si mi número estuviera bloqueado para vosotros, cosa que veo que no sucede con otras personas, como Will Walter, por ejemplo. Así que creo que lo mejor sería que comenzaras a explicarte antes de que a mi teléfono le dé por bloquear vuestros números y yo decida desaparecer como hiciste tú.

—Madison, voy de camino. Tan solo tienes que esperar un poco más para que podamos mantener esa conversación con calma y…

—¡No quiero esperar más! ¡Quiero saber qué maldito juego retorcido has comenzado conmigo y, sobre todo, quiero saber el papel que Will tiene en él! —exigí enfadada, decidida a confirmar todas las mentiras que rodeaban a ese hombre, aunque se me partiera el corazón.

—Will solamente tenía que cuidarte mientras yo fingía mi ruina a la vez que te mostraba lo dura que era la vida sin lo que siempre has tenido.

—¿A qué te refieres exactamente con eso? ¿Al amor de mi familia? ¿A un hogar al que regresar? —lo increpé airadamente, recordando todo el miedo que había pasado al encontrarme sola y sin nada, sin nadie que me ayudara, hasta que hallé junto a mí una mano amiga que al final había resultado una mentira, pues se había mantenido junto a mí únicamente porque mi padre la había comprado para que me hundiera en la desesperación y luego me sacara de ella.

—El dinero —contestó fríamente mi padre, haciendo que varias silenciosas lágrimas se deslizaran por mi rostro al constatar lo poco que me conocía.

—De todo lo que perdí el día de mi cumpleaños, eso fue lo último que eché de menos.

—No sabía qué hacer contigo, no me escuchabas…

—¿Y qué te parece haber hecho un hueco en tu apretada agenda para dedicarme algo de tiempo, para hablar conmigo y explicármelo todo, en lugar de jugar a ser Dios con tu hija como haces con todos los demás? —dije cortando sus excusas.

—Madison, la vida es difícil y el dinero no puede comprarlo todo. Esa es una lección que, más tarde o más temprano, tenías que aprender —dijo mi padre, haciéndome daño una vez más porque sus palabras no mostraban ningún arrepentimiento por el infierno que me había hecho pasar.

—Muy bien. Gracias por la lección, papá. Tienes toda la razón:

hay algunas cosas que el dinero no puede comprar. Creo que ahora es tu turno de aprender esa misma lección —dije antes de colgar, decidida a que entendiera todo el daño que me había causado y que, en esta ocasión, ni su dinero ni sus caros regalos podrían comprar mi perdón como había hecho desde que era pequeña cada vez que me fallaba.

Tras finalizar esa llamada, me di la vuelta para encontrar ante mí al mayor mentiroso de todos. Por su rostro arrepentido, pude ver que había escuchado parte de la conversación, pero yo, al contrario que él, no oculté nada: ni mis lágrimas, ni mi dolor.

—En el momento en que nos conocimos me dijiste que tú eras algo que yo no podría comprar con mi dinero. Se te olvidó aclararme que eso se debía a que mi padre ya te había comprado antes —solté arrojándole su teléfono, que cogió al vuelo para dejarlo despreocupadamente sobre la mesilla de noche antes de acercarse a mí, tal vez pretendiendo explicarse o excusar alguna de sus acciones.

Pero entonces, recordando la primera mirada de odio que me dirigió el día que nos conocimos o las veces que sus ojos me habían juzgado como a una niña mimada, atreviéndose a ponerme un precio, no quise escuchar ninguna más de sus mentiras.

—Madison, yo…

—No quiero más mentiras —le exigí, consiguiendo que se mesara nerviosamente los cabellos, incapaz de mirarme a los ojos. Y cuando al fin los alzó para contarme la verdad, esta no dolió menos que sus mentiras.

—Tienes que comprender que este rancho es mi vida, es muy importante para mí y para mi familia. Tenía que recuperar la parte de esta propiedad que en una ocasión le vendí a tu padre en un momento de necesidad. Cuando acudí a él con esa intención, tu padre estuvo de acuerdo en devolverme mi parte del rancho, pero no me pidió dinero, sino que le hiciera un favor.

—Ya y, por supuesto, eso te excusa de hacerle daño a otros.

—Madison, yo solo estuve junto a ti para ayudarte…

—Y para ponerme la zancadilla cada vez que me levantaba, no creas que no conozco a mi padre. Eddy me recordó antes de irse lo despiadado que puede ser Fitzgerald Mitchell, y al final todo concuerda: el tétrico motel en el que nos alojamos, la tienda donde vendí mis pulseras, incluso el negocio que me dejó para tener algún ingreso. Papá puede ser muy cruel a la hora de darle a alguien una lección. Lo que nunca imaginé es que tú también pudieras llegar a serlo.

—¡Madison, escúchame! Es cierto que al principio de todo, cuando apenas te conocía y pensaba que eras solamente una niña mimada y malcriada, estaba de acuerdo con la lección que tu padre

quería darte, pero luego todo cambió… —dijo Will cogiéndome de los hombros, reclamando que lo viera a él y su supuesta sinceridad, pero yo solo veía ante mí a un mentiroso.

—Ya…, ¿y qué derecho tenía a darme una lección sobre el valor del dinero un hombre que desde el principio se dejó comprar con toda facilidad? ¡Un hombre que me tendía una mano amiga que siempre tuvo un precio, un hombre que se acostaba conmigo rodeado de mentiras que ocultaba por su propia conveniencia! —grité mientras lo empujaba una y otra vez, lejos de mí—. ¡Dime, Will! ¿Te lo has pasado bien? ¿Te has divertido humillando a esta pobre niña rica que aún quería confiar en alguien, que aún quería creer que el amor no tenía un precio, que aún pensaba que alguien podría llegar a amarla o a valorarla más allá del dinero que poseía su familia? ¿Te has divertido hundiéndome una y otra vez? Seguramente la mejor parte para ti fue cuando la estúpida y mimada niña rica a la que tanto odiabas te entregó toda su confianza como una ilusa, ¿no?

—Madison, yo no te odio. Yo… ¡yo te amo! —exclamó él, mesando sus cabellos con frustración para luego mirarme y alzar su mano, esperando alcanzarme.

Yo me aparté de esa mano, que Will bajó. Y mientras me vestía para marcharme de ese lugar, él no tuvo ninguna duda de que ya era demasiado tarde para alcanzarnos, tanto a mí como a mi corazón. No obstante, antes de irme, le confirmé lo que ambos sabíamos: que con sus mentiras me había perdido.

—No quiero un amor como ese, Will, me merezco alguien que me quiera solo a mí y que no se pueda comprar con tanta facilidad. Y ese, definitivamente, no eres tú —le recordé.

Y tras limpiar mis lágrimas, volví a levantarme una vez más para seguir adelante con mi vida, sabiendo que había cosas a las que no quería ponerles un precio, entre las cuales se encontraba el amor.

* * *

Las chicas miraban con extrañeza cómo Madison se había permitido ese día colgar el cartel de «Cerrado» en el exterior del local para, a continuación, ponerse detrás de la barra a servir varios chupitos, que colocó en fila. Y cuando esas mujeres pensaban que iba a invitarlas a una copa, para su sorpresa, tras poner una música melancólica, comenzó a beberse ella sola todos y cada uno de los chupitos.

—¿Qué significa esto? —gruñó Bodhi tras quitar el cartel de «Cerrado» del exterior, que Madison no dudó en arrebatarle para volver a colocarlo en la puerta.

—Significa que esta noche celebramos una fiesta privada que

paga mi padre. Los invitados a esta interminable borrachera somos yo y yo misma —declaró ella. Y después de dar unos golpecitos al cartel, volvió a colocarse detrás de la barra para rellenar los pequeños vasos con un fuerte y caro licor.

—¡Ah! Por fin tu padre ha hecho lo correcto y te ha dicho la verdad, ¿no? —preguntó Bodhi, consiguiendo que Madison se riera irónicamente de esa situación al darse cuenta de que ella parecía ser la única idiota que no sabía lo mentiroso que podía ser su padre. Su risa, acompañada por lágrimas de dolor, hizo que todas las chicas se acercaran con preocupación a esa mujer que nunca se derrumbaba a pesar de las dificultades que surgieran ante ella…, hasta el momento…

—¿Tú también lo sabías, Bodhi? ¿A ti también te ha comprado? Al parecer yo era la única que no se había enterado de nada. En cuanto a tu comentario, eso de que mi padre, el gran Fitzgerald Mitchell, haga lo correcto, no cuentes con ello. He sido yo la que se ha enterado por sí sola de todos sus secretos. Tan solo he tenido que coger el teléfono de Will haciéndome pasar por él ante una llamada de mi padre.

—Cielo, no hay dinero suficiente en el mundo que me lleve a aguantarte ni a ti ni tus borracheras —declaró Bodhi, arrebatándole a Madison la botella con la que volvía a rellenar por tercera vez la interminable fila de chupitos.

—Entonces, ¿por qué me ocultaste la verdad?

—Estaba esperando a que Fitzgerald o ese vaquero hicieran lo correcto. Veo que deposité demasiada confianza en esos tipos. De todas formas, no me correspondía a mí decirte la verdad, sino a ellos. Yo solo soy un espectador de esta disputa en la que mi negocio se encuentra en medio.

—Venga ya, confiesa: ¿cuánto te ha pagado mi padre para que me dejaras quedarme en este lugar y no me echaras a patadas, para que me dieras un trabajo que creía que hacía por mí misma y un lugar que en realidad no tengo? Y a vosotras, ¿cuánto os ha pagado para que os hicierais mis amigas?

—Te pones demasiado deprimente cuando bebes —declaró Nina, arrebatándole la botella a Bodhi antes de que Madison pudiera alcanzarla.

—Será mejor que la mantengamos fuera de su alcance —anunció Tina, haciéndose con la botella a su vez para colocarla en uno de los estantes.

—Sí, y también sería buena idea que no la dejemos ponerse detrás de la barra —apuntó Anna, impidiéndole a Madison volver a adentrarse en ella para evitar que cogiera otra bebida alcohólica.

—Y, sobre todo, nada de música triste que pueda deprimirla más

—declaró Marla, cambiando la canción.

Entre todas consiguieron que Madison aceptara sentarse en uno de los taburetes y, tras rendirse, se dedicó en medio de su borrachera a juguetear con los vasos de chupito, que ahora estaban vacíos.

—¡Tengo derecho a emborracharme! ¡Y más todavía cuando soy copropietaria de un bar!

—Solo te devolveré la botella si me cuentas por qué quieres emborracharte —le dijo Nina con decisión, poniendo la botella abruptamente sobre la barra.

—Porque el hombre que siempre me tendía su mano para ayudarme fue comprado por mi padre.

—Eso era algo que ya sospechabas —le señaló Nina, recordándole las advertencias que siempre le habían hecho sobre Will.

—Sí, pero nunca creí que esa misma mano que me levantaba también me había hundido sin piedad siguiendo las órdenes de mi padre, que pretendía darme una de sus malditas lecciones —contestó Madison con aspereza—. Ya no sé lo que es verdad o no, solo quiero olvidar que nadie quiere estar a mi lado, salvo que mi padre lo compre o salvo que yo tenga ese dinero que todos valoran demasiado y que yo he comenzado a odiar.

—En mi caso, como sigo siendo más pobre que las ratas, puedo asegurarte que tu padre no me ha comprado —anunció Tina mientras abrazaba a esa chica en la que solo veía a una compañera y una amiga que la había ayudado cuando le hizo falta.

—Yo no llego a fin de mes, así que es evidente que tampoco he recibido ningún soborno —apuntó Anna uniéndose a ese abrazo, que era lo único que había pedido esa chica a la que algunos necios aún veían como una niña mimada.

—Dile a tu padre que admito cualquier tipo de pago: en efectivo, con tarjeta, Bizum o en forma de una mansión en el Caribe, pero, hasta entonces, este abrazo es por cuenta de la casa —manifestó Nina, uniéndose a las demás.

—¡Eh! ¡Yo también soy una muerta de hambre, así que no pienso quedarme fuera de este abrazo! —exclamó Marla antes de acoplarse.

—En fin, qué se le va a hacer… Es evidente que ninguno de nosotros está de humor para abrir esta noche —declaró Bodhi mientras era atraído por alguna de las chicas para que se uniera a ese abrazo colectivo, que terminó con más lloros y mocos por parte de todas.

—Vas a tener tu borrachera, pero la vas a tener en condiciones: ¡acompañada de tus amigas! —anunció Nina, poniéndose tras la barra al tiempo que comenzaba a rellenar la interminable fila de chupitos.

—¡Eso! ¡Y luego le pasamos la factura a tu padre! —añadió Tina, haciéndose con el primero de los vasos.

—¡Y que la pague a medias con Will Walter! —propuso Anna, siendo la siguiente en vaciar su copa.

—¡Y para terminar, los ponemos a ambos en la lista negra de este local! —dijo con decisión Marla tras tomarse su bebida de un trago.

—No creo que a mi padre le pese demasiado pagar esta cuenta o que a ese vaquero le importe mucho que le impidamos la entrada —repuso Madison, un tanto deprimida por no poder resarcirse ante las personas que le habían hecho tanto daño.

—Entonces, seamos un poco malas y compremos a ese vaquero… —manifestó Nina, volviendo a rellenar las copas.

—Pero ¿qué dices? —preguntó Madison, confusa con las palabras de su compañera, hasta que vio cómo las demás chicas sonreían complacidas hacia Nina, mostrándose de acuerdo con su loca idea.

—Resulta que cuando Olivia Lowell, ahora Olivia Walter, llegó al rancho La Carreta hace varios años, consiguió convencer a los trabajadores de ese lugar para que participaran activamente en la subasta benéfica de su amiga Abigail —comenzó a explicar Tina.

—Y… ¿a que no adivinas qué fue lo que Olivia logró que se incluyera en esa subasta, algo que siempre llama la atención de todas las mujeres del lugar? —añadió Marla, consiguiendo que Madison la contemplara intrigada.

—¡Los hermanos Walter! —anunció Anna—. Verás: todos los empleados del rancho entran en la subasta, incluidos esos atractivos hermanos. Quien gana la puja puede disponer un día completo de esos hombres, ya sea para invitarlos a una cita o para ponerlos a realizar algún trabajo para el que sean aptos.

—¿En serio? ¡Oh! ¡No sabéis cuánto me alegro de saber que aún soy una niña rica que puede desperdiciar su dinero de la manera que se le antoje! —manifestó Madison sonriendo a sus amigas, aunque fuera de una forma un tanto maliciosa.

Después de ver que Madison no estaba sola y comprobar que las chicas comenzaban a animarse, Bodhi dio un paso atrás, dejando que su bar se convirtiera en esa ocasión en el escenario de una interminable y alocada noche de chicas, en la que todas ellas se dedicarían a animar a esa mujer que, con dinero o sin él, valía muchísimo.

—¿Y tú adónde vas? —preguntó Nina tras volver a cambiar la música y percatarse de que Bodhi se dirigía hacia la salida.

—A sacar la basura —anunció él con una maliciosa sonrisa. Y conociendo bien lo sobreprotector que podía ser Bodhi en ocasiones, Nina no dudó de a qué tipo de basura se refería, aunque eso era algo que él no aclararía y sobre lo que Nina guardaría silencio al recordar que más de una persona se merecía un adecuado escarmiento.

Capítulo 18

El bar El Rancho era un establecimiento con unos resplandecientes suelos de madera donde solía sonar agradable música *country* mientras la gente del lugar disfrutaba de una fría cerveza y hablaba de su duro trabajo. También había algún que otro valiente que acudía al establecimiento para probar suerte con el toro mecánico y algunas parejas a las que les gustaba pisar la improvisada pista de baile mientras pedían a la banda local, que se hallaba en un pequeño escenario, sus canciones favoritas.

Las conversaciones más animadas siempre tenían lugar en la vieja barra del bar, donde los parroquianos discutían con Richard, el dueño del establecimiento, sobre las proezas en el ruedo de algún famoso vaquero.

Las mejores hazañas adornaban las paredes del bar a través de enmarcados recortes de prensa que destacaban entre otros inusuales adornos, como algún viejo lazo de rodeo o sombreros vaqueros.

Los hermanos Walter aparecían en muchos de ellos. Sin embargo, el más memorable recorte de prensa que Richard guardaba con gran cariño era uno protagonizado por Olivia Walter, que aparecía en la imagen atrapando con una patética lazada a Jacob, el hombre que ahora era su marido.

Will y Jayden Walter no habían ido hasta allí ese día para recordar sus hazañas de rodeo o para disfrutar del cálido y hogareño ambiente del local, sino que, tras alejarse de la concurrida barra, Will pretendía ahogar sus penas en alcohol, a la vez que Jayden le quitaba cada dos por tres la botella, intentando mantener esa conversación que Will quería evitar a toda costa, tal vez porque le dolería demasiado admitir todo lo que había perdido.

—La he perdido, hermano, he perdido mi parte del rancho. A partir de ahora no tengo dudas de que Fitzgerald venderá a unos extraños mi parte, haciendo que deje de ser el negocio familiar con el que siempre soñaron nuestros padres.

—¿Y a Madison? ¿A ella también la has perdido? —preguntó Jayden, sabiendo que el profundo dolor que mostraba su hermano no era solo por su tierra.

Y tras un largo silencio con el que resultaba evidente que quería evitar contestar a esa pregunta, Will tomó un largo trago de la botella antes de admitir dolorido:

—Sí… A ella también…

Al no querer ver a su hermano rindiéndose antes de comenzar a luchar, Jayden no tuvo piedad con él y lo provocó como solo Jayden sabía hacer para impedir que Will se hundiera en el dolor y la autocompasión.

—Hombre, que hayas perdido a Madison después de cómo te has comportado con ella lo comprendo, pero en cuanto al rancho…, este es demasiado grande como para que vayas perdiéndolo por ahí —manifestó Jayden burlonamente, haciendo que Will alzara su rostro enfadado y olvidara por un momento la botella.

—No estoy para bromas estúpidas.

—Yo tampoco, pero la verdad es que no sé cómo animarte…, por eso he llamado a Jacob y a Clay, para que me ayuden —anunció el menor de los Walter en el preciso momento en que sus hermanos mayores hacían su aparición en ese concurrido lugar e ignoraban los saludos del resto de los parroquianos enfilando hacia la mesa donde se encontraban ellos dos.

—Vamos a ver, ¿cuál es ese problema tan apremiante del que tenemos que hablar? —preguntó Jacob, el más serio de los Walter mientras Clay, por su parte, manifestaba con su habitual tono jocoso:

—¡Hola! ¿Dónde están esas cervezas a las que Will iba a invitarme?

Jacob y Clay se miraron el uno al otro, confundidos al comprobar que habían sido convocados a ese lugar con excusas diferentes. Entonces ambos miraron al liante de Jayden, que era quien los había llamado, para recibir una explicación a su comportamiento. Sin embargo, cuando observaron el deprimente aspecto que mostraba Will, guardaron silencio y ocuparon un lugar en esa mesa, dispuestos a ayudar a su hermano cuando más los necesitaba.

—¡Hola, chicos! Os he llamado para comentaros que Will cree que ha perdido su parte de nuestro rancho, la cual en su día vendió a Fitzgerald Mitchell, aquel viejo amigo de nuestro padre.

—¿Cómo? Vamos a ver, Will, ¿en qué te basas para pensar que no vas a recuperar tu parte del rancho? Fitzgerald Mitchell siempre ha sido un hombre muy sensato y racional en los negocios —señaló Jacob, negando con la cabeza al recordar lo mucho que se preocupaba Will por los pormenores de las transacciones y cómo solía exagerarlo todo.

—Ese hombre no me pidió dinero a cambio de devolverme mi parte del rancho, sino que le hiciera un favor: yo debía proteger a su hija mientras él le daba una lección sobre el valor del dinero dejándola sin nada.

—Bueno, tal vez no sea tan racional como pensaba, pero ¿qué es eso tan terrible que has hecho para enfadarlo?

—Me he acostado con su hija —anunció Will, dejando boquiabierto a su serio hermano Jacob.

—Pues sí, definitivamente has perdido tu parte del rancho familiar —declaró Clay con tono burlón, recibiendo una fulminante mirada de sus hermanos, por lo que decidió ir a la barra en busca de ese trago que todos los Walter necesitaban en ese momento.

—Bueno, y ahora que todos sabemos lo que va a ocurrir, ¿por qué no hablamos de lo verdaderamente importante? ¿Qué vas a hacer para recuperar a esa mujer? —preguntó Jayden a su hermano, queriendo que admitiera la verdad: que se arrepentía mucho más de haber perdido a Madison que de haber perdido su parte del rancho, lo cual lo hacía sentirse culpable hacia sus hermanos y hacia sí mismo.

—Te digo que he perdido una parte de nuestra tierra, una parte de lo que nuestros padres consiguieron con su duro trabajo y por la que tanto nos esforzamos en recuperar después de las deudas que nos dejó Evan, ¿y a ti solo te importa lo que yo podría hacer para recuperar a Madison? —se quejó Will, quien, furioso ante las despreocupadas palabras de su hermano menor, lo cogió violentamente de las solapas de su camisa sin que este se inmutara.

—No, eres tú el que solo piensa en esa mujer y por ello lo ha perdido todo. Yo únicamente te señalo lo evidente. ¿Crees que a alguien le importa si le has hecho daño a Madison para recuperar lo que es tuyo? Después de todo, ¿ella no era solo una herramienta, una niña mimada con la que has jugado a tu gusto al tiempo que disfrutabas de ello? —declaró Jayden con una sonrisa sarcástica, provocando que Will diera un grito airado hacia su hermano antes de propinarle un puñetazo y que ambos comenzaran una trifulca en el local.

—¡Eh, Will! Creo que he hallado el modo de solucionar este problema, ¿por qué no utilizas a la hija de Fitzgerald para recuperar tu parte del rancho y…? —empezó a proponer Clay mientras volvía de la barra cargado con varias cervezas, usando las palabras más inadecuadas para ese momento, las cuales provocaron que los airados puños de Will se dirigieran hacia él. Por suerte, lo hicieron después de que Clay hubiera colocado las cervezas sobre la mesa.

—Pero ¿qué le pasa? ¡Tan solo iba a proponerle que hablara con esa mujer para que ella convenciera a su padre de que nos devolviera la parte del rancho de Will! —manifestó Clay a Jacob, y, aprovechando que Will había vuelto a centrarse en Jayden, se tomó un respiro de los puños de su hermano para darle un trago a su cerveza.

—Creo que nuestro hermano ha perdido mucho más que una parte de nuestro rancho. Y parece que eso le duele demasiado como para aliviarlo solamente con una botella de whisky o unas cuantas

cervezas.

—Pues por la reacción de Will buscando una borrachera y la ira que expresan sus puños, estamos hablando de una mujer.

—Sí, no lo dudo. Como tampoco dudo de que Jayden lo está provocando para que admita todo lo que siente por ella y actúe de una vez —añadió Jacob mientras observaba esa pelea despreocupadamente desde su asiento, decidiendo que intervendría solo en el momento oportuno.

—¡¿Insinúas que ella me importa más que mi tierra, que mi familia, que todo por lo que he luchado hasta ahora?! —gritó Will furioso, intentando golpear a su insolente hermano pequeño, un hombre que sabía evitar muy bien sus puños y que, tras devolverle uno de sus duros golpes, tumbó a Will en el suelo.

—¡Dímelo tú! —exclamó Jayden mientras le dedicaba una sonrisa irónica que hizo que Will lo mirara desde el suelo, derrotado.

—Entonces, si ella me importa tanto como afirmas, ¿por qué le he hecho tanto daño? —musitó mesando sus cabellos con frustración, mostrándoles a sus hermanos la verdadera razón por la que la botella de whisky que descansaba sobre la mesa estaba casi vacía.

—Porque, aunque en las relaciones de negocios eres muy bueno, en lo que respecta a las personales eres nefasto, Will, sobre todo cuando se trata de mujeres que pueden recordarte a nuestra cuñada Francesca, la mujer que fue la perdición de nuestro hermano Evan —respondió Jayden, tendiéndole una mano para que se levantara y volviera a su mesa, no para ahogar sus penas en alcohol, sino para que encontrara una solución.

—No sé qué me ha ocurrido. Permanecer a su lado vigilando sus pasos mientras su padre le daba una lección solo fue una forma de conseguir lo que deseaba después de que Fitzgerald me pusiera entre la espada y la pared. Se suponía que Madison solamente era una mera herramienta que usaría para obtener lo que quería. Sin embargo, esa mujer se fue metiendo bajo mi piel.

»Yo, que al principio la juzgué y la acusé de ser una niña mimada que me estorbaba en mi camino para recuperar mi parte del rancho, no pude evitar ir descubriendo su valor poco a poco. Había ocasiones en las que seguía empecinándome en verla como la chica rica, frívola y consentida que al principio creía que era.

»Ahora veo la ironía de la situación: cuando nos conocimos le dije a Madison que yo era un hombre que no se podía comprar y, sin embargo, la realidad es que siempre tuve un precio. Y también es cierto que yo, el hombre que siempre ha intentado protegerse de ese tipo de mujer caprichosa y superficial para que no me hicieran el mismo daño que Francesca le causó a Evan, al final fui quien le hizo daño a Madison.

—Hermano, lo que ha ocurrido está muy claro: te has enamorado —intervino Jacob, colocando una mano sobre un hombro de Will, mostrándole su apoyo ante esa locura que en una ocasión lo llevó a él mismo a sentirse tan desesperado como en esos instantes se sentía Will.

—Sí. Y ahora mismo te sientes perdido porque te has equivocado mucho con ella —declaró Clay, recordando su propia historia y los errores que había cometido con su mujer, Abigail.

—La solución obvia es pedirle perdón, y por eso estás aquí: porque no sabes cómo disculparte con Madison cuando ni tan siquiera eres capaz de perdonarte a ti mismo por el daño que le has causado —señaló Jayden a su hermano, haciéndolo reflexionar una vez más.

—Nada más empezar ese juego que me traía con Fitzgerald quise acabar con esa locura, pero al final no hice nada salvo seguir adelante justificándome con que, si ponía fin a los planes de Fitzgerald, Madison no tendría a nadie a su lado que la ayudara. También me preocupaba la posibilidad de que su padre encontrara a otra persona a la que comprar para que colaborara con él en su intento de darle una lección a su hija y que esta se aprovechara de Madison.

»Cada vez que me sentía tentado de abrir la boca y contarle toda la verdad me ponía a mí mismo una nueva excusa para no hacerlo y, al final, mi falta de elección fue una elección en sí misma, guardé silencio y con ello acabé dañando a Madison, provocando que ella me odiara a causa de todas mis mentiras y silencios, pero no menos de lo que me odio yo.

—Tal vez si le explicas la situación y le dices lo que sientes como estás haciendo con nosotros… —propuso Jacob a su desesperado hermano, que volvió a hacerse con la botella de whisky.

—¿Crees que no lo he intentado? Pero ella tiene razón: no tengo ninguna justificación que excuse el daño que le he hecho. Ni siquiera la tengo para recuperar mi parte de nuestro hogar.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó Clay, recordando su historia de amor y la dificultad de conseguir un perdón, sobre todo cuando uno se equivocaba tanto.

—Por lo pronto, emborracharme para intentar olvidar lo idiota que he sido —anunció Will, dando un nuevo sorbo de la botella.

—Sabes que, aunque lo olvides hoy, mañana lo recordarás, ¿verdad? —preguntó Jayden, arrebatándole la botella a Will para dar él mismo un largo trago.

—Sí, lo sé —confirmó Will con una irónica sonrisa antes de volver a recuperarla.

—En ese caso, ¿qué otra cosa podríamos hacer tus hermanos, sino acompañarte en esta borrachera? —declaró Clay, cogiendo la botella de whisky para beber un trago antes de que Jacob se hiciera con ella,

dando su silenciosa aprobación a esa reunión en la que todos los Walter compartirían un trago y apoyarían a Will en las decisiones que tomara en la vida.

* * *

Lo que decidió Will Walter después de acabarse varias botellas junto a sus hermanos fue volver a pelearse con ellos en medio de ese bar. Y cuando se encontraba en el suelo, abatido por varios contundentes puñetazos que Richard, el dueño del establecimiento, había decidido propinarles a ese fastidioso individuo y a sus ebrios hermanos, se dedicó a pedir perdón a todo aquel que pasara por su lado.

Bodhi entró en ese momento en el bar, dispuesto a darle una paliza a Will, pero no tardó mucho en descubrir que él mismo se había encargado de ello. Mirando con reprobación al hombre que yacía en el suelo junto a sus hermanos y con una botella vacía entre las manos, Bodhi no desistió de darle una lección a ese tipo, aunque esta no fuera con sus puños, sino con un más que merecido sermón.

—Venía a darte una paliza por las lágrimas que le has hecho derramar a esa chica, pero ya veo que alguien se ha encargado de ello, posiblemente tu conciencia. No creo que valga la pena darte ni un mísero puñetazo más, así que simplemente te informaré de que no puedes volver a poner un pie en mi bar.

—Perdón —dijo Will, que, en medio de su borrachera, volvía a disculparse con todos, quizá porque la mujer con la que realmente quería disculparse tal vez no aceptaría jamás su petición de perdón.

—No es a mí a quien tienes que dedicarle esas palabras —declaró Bodhi, negando con la cabeza—. Ni a ellos. Ni a esa botella. Esas palabras de disculpa se las tienes que decir a la mujer a la que tanto has dañado con tus mentiras. ¿Por qué no pruebas a acercarte a ella con la verdad, para variar? Quizá de esa manera tus palabras tengan más peso y valgan más de lo que valen ahora mismo.

»¿Sabes una cosa? Madison es una mujer entre un millón, y ni tú ni Fitzgerald os habéis dado cuenta de lo que vale esa muchacha. O a lo mejor es al revés y sí sois conscientes de que su precio es muy alto, demasiado como para que cualquiera de vosotros pueda pagarlo: ella solo pide esa sinceridad y ese amor que le habéis negado con este juego, con el que, por necios, ambos la habéis perdido. No te acerques a ella si solo vas a hacerle daño… —finalizó Bodhi antes de dejar a ese hombre hundido bajo el peso de la verdad que llevaban sus palabras, dejándole claro que la única forma de recuperar a Madison era arriesgándolo todo, o incluso más aún: demostrándole que su amor tenía un valor más elevado que el que habían tenido sus mentiras.

* * *

Cuando Fitzgerald llegó hasta ese recóndito lugar de Texas en el que se encontraba su hija, su esposa Beatrice no dejó de dirigirle miradas llenas de reprobación. Al preguntar por la dirección del local de Bodhi a los habitantes del pequeño pueblo más próximo, unos vecinos que no tenían palabras amables para ninguna de las personas que trabajaban en ese bar, Beatrice mantuvo un silencio sepulcral dirigido hacia su marido a la vez que aumentaba la hostilidad de sus miradas.

Después de que Fitzgerald llamase a su abogado para acabar confirmando que Madison dormía en el sofá cama de la oficina del dueño de ese local, Beatrice comenzó a rellenar unos papeles que llevaba en su bolso desde hacía algún tiempo, algo que hizo sudar a su marido.

—¿Qué es eso, Beatrice? —preguntó Fitzgerald al tiempo que intentaba averiguar qué eran esos papeles que su esposa ocultaba de él, algo que ella no permitió.

Y tras guardarlos precipitadamente de nuevo en su bolso, anunció con una fría sonrisa:

—Algo de lo que te enterarás en su debido momento. Y ahora, vayamos en busca de nuestra hija para ver cómo está.

—No te preocupes, Beatrice, el dueño de este local me ha tenido informado en todo momento de los movimientos de Madison. Te puedo asegurar que no ha cometido ninguna locura —anunció Fitzgerald con seguridad antes de entrar en el bar y encontrarse a su hija dormida sobre la barra del establecimiento en compañía de una decena de vasos de chupito, alguna que otra botella vacía y cuatro mujeres tan dormidas como ella.

La mirada que le dedicó en ese momento su esposa a Fitzgerald no fue demasiado tranquilizadora.

—¡¿Qué significa esto, Madison?! —gritó él ofuscado, haciendo que su hija y sus compañeras de borrachera comenzaran a despertarse mientras se llevaban las manos a sus doloridas cabezas.

—Que el bar está cerrado… —respondió una soñolienta Madison, levantándose de la incómoda barra con una servilleta pegada en una de sus mejillas. Y mientras antes cualquier reencuentro con su padre la habría llevado a correr hacia sus brazos, en ese momento Madison permaneció detrás de la barra y se sirvió la copa que necesitaría para seguir adelante con esa conversación.

—¡Esa no es forma de hablarle a tu padre! —se quejó Fitzgerald al darse cuenta de lo distante que se mantenía su hija.

Por su parte, Beatrice se acercó a la barra y se sentó en uno de los

taburetes para pedirle a Madison:

—Ponme a mí también una de esas.

Madison miró con asombro a su madre, que nunca había probado nada más fuerte que algún jerez. No obstante, le sirvió esa copa mientras esperaba a ver cuál sería el siguiente movimiento de su padre, un hombre que a menudo disculpaba sus faltas con dinero.

Tras un fuerte carraspeo, Fitzgerald hinchó el pecho y, como si él no hubiera cometido ningún error al engañar a su hija del modo tan miserable en que lo había hecho, comenzó un discurso con el que pretendía que todo volviera a la normalidad.

—Madison, creo que es el momento de que vuelvas a casa, pues veo que ya has aprendido la lección que quería enseñarte —dijo dejando a su hija boquiabierta mientras su esposa le dirigía una furiosa mirada.

Y antes de que Madison pudiera mostrarle a su padre que esas no eran las palabras más adecuadas para pedirle perdón, ya lo hizo su madre por ella dándole a ese hombre de paso la lección que se merecía.

—¿Esa es la forma en la que le pides perdón a tu hija, Fitzgerald?

—Bueno, sí… No…, es que no creo que este sea un lugar adecuado para ella, así que pienso que ya es hora de que regrese a casa con nosotros y… —declaró el aludido mientras intentaba evitar la airada mirada que se clavaba en él.

—Ya…, que regrese a casa…, algo que no sé si podrás hacer tú —manifestó Beatrice, quien, tras darle un buen trago a su bebida, se dirigió con paso decidido hacia su marido para dejar en sus manos los papeles que habían llamado la atención de Fitzgerald con anterioridad.

—¿Qué es esto? —preguntó él, bastante alterado, mirando con asombro los documentos que tenía entre sus manos.

—Una demanda de divorcio por la que, en vez de quedarme solo con la mitad de tus cosas, me quedaré con todo excepto con lo que llevas puesto, para que aprendas esa lección que tan libremente pretendes enseñar a los demás.

»Hasta ahora me he mantenido al margen porque los dos tenéis un carácter fuerte que siempre acaba chocando. Sé que pretendías aleccionar a Madison y que ella necesitaba esa lección para saber quién permanecía a su lado solo por su dinero y quién lo hacía por ella misma.

»Estaba convencida de que para lograr tu meta llevarías a cabo alguna de tus jugarretas, pero siempre tuve la esperanza de que al final de este proceso te sentarías con tu hija y le dedicarías el tiempo necesario a explicarle cuán difícil es en ocasiones la vida, tengas o no ese dinero con el que tanto te gusta manejar a la gente.

»Pero no. Nunca le dedicaste ese tiempo. Te limitaste a hacerla caer una y otra vez, dejaste el trabajo sucio en manos de otros, como también dejaste en manos de otros esos abrazos de consuelo que deberían haberla acogido cuando más necesitaba el apoyo de su padre. Creí que tu lección se limitaría a quitarle el dinero y nada más, pero cuando me enteré a través de nuestro abogado de que no era así, me puse furiosa. No obstante, hice un enorme esfuerzo de voluntad y me obligué a esperar para verte arrepentido, esperé para ver cuánto tardabas en darte cuenta de que te habías pasado de la raya y esperé para ver cuándo le pedías perdón a nuestra hija. Hasta ahora…, he decidido que ya no voy a esperar más.

»Ahí tienes la puerta, Fitzgerald. No quiero que vuelvas a aparecer ante mí o ante nuestra hija hasta que hayas aprendido la lección. Y más vale que lo hagas rapidito, o esta demanda de divorcio seguirá su implacable curso.

—¡Madison, dile algo a tu madre! —reclamó Fitzgerald pidiendo la ayuda de su hija, sin recordar que ella no estaría muy dispuesta a dársela en esos instantes.

—¡Bien por ti, mamá! Voy a crearte un perfil en una página de citas, y con lo guapa y rica que eres, no tardarás en encontrar un buen partido.

—¡Madison! —protestó Fitzgerald.

—Señor Mitchell —replicó ella formalmente—, aún no hemos abierto el establecimiento, así que lo invito a marcharse de aquí o me veré obligada a llamar a seguridad.

—¡Pero ¿qué dices?! ¡No puedes echarme de un negocio que es mío!

—Era tuyo —aclaró Madison—. Ahora, el cuarenta y cinco por ciento de este negocio se encuentra a mi nombre, y tengo potestad para ejercer el derecho de admisión.

—Pero tu madre…

—Ella se queda, tú no.

—¡Voy a hablar con Bodhi sobre esto y…!

—¡Perfecto! Mira, ahí lo tienes. Acaba de llegar —anunció Madison mientras veía entrar por la puerta a su socio, que, tras echarle una mirada indiferente a Fitzgerald, lo ignoró para dirigirse hacia ella.

—¿Necesitas que limpie la barra con él? —preguntó Bodhi mientras medía con la mirada al magnate.

—No, pero tal vez sí que saques la basura.

—¿Eh? ¡Ni se te ocurra, Bodhi! ¡Recuerda quién tiene parte de tu negocio y…! —exclamó Fitzgerald mientras él se arremangaba la camisa.

—Lo recuerdo: la tiene ella —declaró Bodhi señalando a Madison

mientras continuaba su camino hacia Fitzgerald.

—Sí, la tiene, de momento… Pero recuerda cuánto te ayudé en el pasado y lo que puedo hacer si me enfadas… —amenazó Fitzgerald, logrando que Bodhi se detuviera ante él.

A continuación, cruzándose de brazos y negando con la cabeza, Bodhi aleccionó a ese hombre del mismo modo en que él siempre quería hacer con otros.

—Lo recuerdo, Fitzgerald, de la misma manera que tú deberías recordar todo lo que le has hecho a tu hija, en vez de intentar ignorarlo convenientemente mientras simulas que no ha pasado nada. Ahora, espero que esto también lo recuerdes y que en el futuro no me guardes rencor: solo sigo órdenes —dijo Bodhi antes de agarrar a ese hombre de la chaqueta de su traje y, tras coger impulso, lanzarlo al exterior. Luego cerró la puerta de su local antes de colocar el cartel de «Cerrado», tomándose el descanso que todos se merecían ese día.

Bodhi se dirigió entonces a la barra para servirse la copa que iba a necesitar para seguir tratando con esa familia y observó detenidamente a la madura y elegante mujer que tenía sentada ante él antes de preguntarle:

—Cuénteme. ¿Qué es lo que la trae por aquí?

—Es una larga historia… —respondió Beatrice Mitchell, comenzando con su relato y haciendo que Bodhi se preguntara en cuántos problemas más podría meterlo esa condenada familia.

* * *

Después de que mis padres llegaran al pueblo, los rumores comenzaron a extenderse. Tras conocer a esa rica pareja, ya nadie dudó de que yo fuera realmente una niña rica y todos empezaron a creer que mi trabajo dirigiendo el bar de Bodhi había sido solamente un juego para mí, un mero entretenimiento, y muchos comenzaron a tratarme mejor intentando congraciarse conmigo, aunque tal vez debería decir con mi dinero, para ser más precisos.

De inmediato pasé de dormir en el sofá de Bodhi a hacerlo en la lujosa *suite* de un hotel de las inmediaciones junto a mi madre. Sin embargo, todavía no sabía qué quería hacer con mi vida, por lo que continué trabajando en el local de Bodhi.

Me resistía a la idea de irme de ese lugar, al menos hasta que se celebrase la fiesta benéfica de Olivia y Abigail, pues quería ver la cara que ponían algunos cuando al fin se hicieran con los calendarios. Deseaba que mis nuevas amigas me acompañaran a ese evento con las cabezas bien altas y que nadie nos pudiera negar un lugar en él. Deseaba que mi negocio fuese uno de los que más dinero aportasen a esa recaudación benéfica, porque me habría encantado ver cómo más

de uno tenía que morderse la lengua ante esas chicas a las que siempre denigraban.

Ansiaba ver el resultado de esa fiesta, pero también quería quedarme en ese recóndito lugar de Texas hasta haber ayudado a alguna de mis amigas con sus problemas, hasta haber devuelto su negocio al preocupado Bodhi y hasta que averiguara qué iba a hacer cuando me alejara de todos, incluido el hombre que me había roto el corazón.

En esos instantes odiaba y amaba por igual a Will Walter, una persona que creí que en algún momento se alzaría para demostrarme que yo estaba equivocada y que su amor por mí no podía comprarse. Para mi desgracia, Will sí tenía un precio, y el dinero que yo volvía a tener después de la llegada de mi padre y la presencia del temido Fitzgerald Mitchell en ese lugar parecían haber silenciado esas palabras de amor que con tanta efusividad me había dedicado en alguna ocasión.

Esa noche, como todas las noches desde que mi madre había llegado, el ambiente en el bar de Bodhi era un poco tenso debido a la presencia de una elegante mujer de mediana edad vestida con las más lujosas ropas, que permanecía sentada ante la barra deleitándose con un cóctel que yo intentaba aprender a servir. Mientras tanto, como no podía ser de otro modo, Bodhi fulminaba con la mirada a todo aquel que se acercara demasiado a la barra.

—Señora, su insistencia por acudir a mi establecimiento me está vaciando el local —dijo Bodhi molesto por las pérdidas que tenía desde que mi madre me visitaba, pues eran pocos los hombres que se quedaban mucho tiempo a disfrutar de sus copas o de los bailes exóticos del lugar.

—¿De verdad? Lamento las pérdidas que están ocasionando mis visitas. Espero que esto contribuya a paliarlas —declaró mi madre al tiempo que dejaba sobre la barra un cheque por un importe que suplía con creces las ganancias de todo un mes.

Tras ver el cheque, a Bodhi se le iluminaron los ojos.

—Si quiere, lo puedo vaciar aún más —se apresuró a decir.

—No, Bodhi, no es necesario. No quiero molestar a los parroquianos, solo hablar con mi hija —declaró mi madre con los modales más exquisitos.

Por supuesto, algunos clientes no eran tan refinados como ella, pero como no habían pagado tanto por un lugar junto a la barra, en cuanto uno de esos hombres soltó una grosería hacia la exquisita dama que se encontraba en el lugar, Bodhi limpió la barra con él, un gesto con el que creí que mi madre se mostraría escandalizada. Sin embargo, ella se limitó a alzar su copa como agradecimiento mientras Bodhi limpiaba el local.

—Hay que admitir que el servicio de seguridad de este sitio es excelente —opinó, observando cómo, después de limpiar la barra con ese tipo, Bodhi lo arrojaba a la calle sin miramientos—. Pero las bebidas aún dejan mucho que desear… Querida, eres nefasta en esto —anunció mi madre tras darle un sorbo a su bebida rosa, que, según el polvoriento libro que yo había seguido, debería haber sido roja. A pesar de ello, continuó disfrutando de su copa mientras me hacía la pregunta que se hacían todos, sobre todo Bodhi, ese hombre que no dejaba de contemplar con asombro cómo dos finas damas tomaban cócteles en su escandaloso bar como si fuera el más distinguido de los clubes—. Bueno, hija, ¿cuándo nos vamos?

—Aún tengo muchas cosas que hacer aquí, mamá.

—Ya… La fiesta benéfica, los calendarios, devolverle a Bodhi su negocio y ayudar a las chicas… —contó mi madre, enumerando las razones que le había dado para no irme todavía—. ¿Y no tendríamos que añadir a la lista también a ese vaquero del que resulta evidente que te has enamorado, cariño?

—No, mamá… Por lo visto, no valgo lo suficiente para ese hombre. A él solo le importa su rancho, el motivo que utilizó mi padre para comprarlo y que me vigilara.

—Tu padre puede ser muy convincente a la hora de manejar a las personas. Pero ¿estás totalmente segura de que, mientras ese hombre se dejaba manejar, no se enamoró de ti como tú de él, Madison?

—Aunque así fuera, mamá, ¿cómo podría saber yo que el amor que Will me declarase ahora es de verdad y no una mera estratagema para recuperar su rancho? Un hombre que se dejó comprar desde el principio y que me ha hecho daño para recuperar su hogar no me inspira demasiada confianza si jura amarme, aunque ese amor se haya convertido en real —dije, recordando el último y desesperado «te quiero» de Will, unas palabras que llegaron demasiado tarde para que yo pudiera confiar en ellas.

—Cariño, no eres la única que ha tenido dudas a la hora de amar a alguien. ¿Sabías que, antes de ser el rico empresario que es ahora, tu padre solamente era un humilde joven que comenzó a trabajar de chico de los recados en el elitista club del que somos socios?

—Bromeas, ¿verdad? —dije asombrada, ya que desconocía esa parte de Fitzgerald Mitchell, el adinerado empresario que parecía haber nacido con una cuchara de oro, aunque, al parecer, no había sido así.

—Tu padre perseguía a los socios más ricos del lugar intentando aprender de ellos y de sus inversiones, envidiaba a esos hombres y quería lograr una posición igual. Era muy ambicioso, y en el club lo sabían. Por eso, cuando se enamoró de mí, la única hija de un rico comerciante, todos creyeron que fue algo muy conveniente, incluso

yo.

»No obstante, tu padre era muy convincente y consiguió que le entregara un trocito de mi reacio corazón. Mientras salía con él, a cada instante me embargaban las dudas sobre si me querría a mí o mi fortuna. Tu abuelo resolvió esas dudas poniendo sobre la mesa un cheque en blanco a su nombre con el que Fitzgerald podría cumplir todas sus ambiciones. A cambio de eso, debía renunciar a mí, pero tu padre no lo aceptó y renunció al dinero.

»Sin embargo, en mi familia todavía pensaban que Fitzgerald había actuado así porque calculaba que casarse con la hija única de un adinerado hombre de negocios le aportaría a la larga más beneficios que un simple cheque, por más ceros que tuviera, por lo que mis padres pusieron muchas trabas a nuestra relación y metieron muchas más dudas en mi cabeza.

»Un día, tu padre se presentó ante tus abuelos y les preguntó directamente qué tenía que hacer para que aceptaran nuestra relación. Tu abuelo, acostumbrado a manejar un imperio comercial, le respondió que tenía que ser dueño de, por lo menos, veinte negocios fructíferos, y luego estableció una cantidad irracional de dinero que debía ganar con ellos.

»Mi padre creyó que con estas condiciones Fitzgerald acabaría rindiéndose, ya que le había puesto una tarea casi imposible, pero, ante mi asombro, tu padre reunió todo el dinero que tenía ahorrado, lo invirtió sabiamente y, con lo que ganó, poco a poco fue alcanzando su meta.

»Como no quería que mi padre lo barriera del mercado, Fitzgerald no invirtió su capital en grandes negocios donde podría conseguir con más facilidad el dinero que buscaba, sino en pequeños negocios a los que mi padre apenas prestaría atención.

»Mi abuelo, tu bisabuelo Arnold, viendo su empeño en ganar a mi padre para poder casarse conmigo, lo ayudó con algunos consejos y algo de capital. Y como tu abuelo no había especificado en sus tratos que tu padre tuviera que tener el control absoluto de todos esos negocios, acabó siendo socio y copropietario tan solo de una pequeña parte de esos centenares de empresas en las que él había invertido. Esos negocios abarcaban elementos muy dispares, incluyendo desde una pastelería o una peluquería hasta…

—Hasta un local de estriptis —dije, completando por mi madre esa parte de la historia.

—Exacto. Y mientras tu padre amasaba ese dinero para estar a mi lado, a mí nadie me contó nada, ni me consultaron para saber si estaba de acuerdo o no con ese estúpido pulso que mi padre y Fitzgerald mantenían. Incluso tu padre se alejó un poco de mí, haciéndome dudar más de su amor mientras mi familia decidía

guardar silencio sobre lo que estaba ocurriendo y trataban de convencerme de que me había abandonado.

»Así transcurrieron un par de años, hasta que decidí rehacer mi vida sin Fitzgerald. Tus abuelos comenzaron a presentarme a posibles candidatos para un matrimonio conveniente. Y cuando parecía que había encontrado a un hombre perfecto para mí, tu padre apareció y estropeó esa cita, ya que, al contrario de lo que todos pensaban, Fitzgerald había tenido un golpe de suerte y, tras hacer una loca inversión en el rancho de un amigo por el que nadie apostaba nada, este comenzó a ser rentable y le permitió a tu padre ganar el dinero que le faltaba para satisfacer los exigentes requisitos de tu abuelo.

»Ese fue el momento en el que Fitzgerald se sinceró conmigo y me reveló el pacto que había hecho con mi padre. Al principio me enfadé muchísimo con los dos, pues habían decidido dirigir mi vida sin contar conmigo. Pero tras un tiempo de reflexión, y ayudada por las continuas e incansables muestras de amor de tu padre, finalmente volví con él, pues me había demostrado cuánto me amaba.

»Tu abuelo, en un último intento por alejar a tu padre de mí, me desheredó porque pensaba que eso lo desalentaría definitivamente. Y la respuesta de Fitzgerald fue hacerme viajar de inmediato a Las Vegas y casarnos a lo loco en el primer casino que encontramos tras bajar del avión, sin cambiarnos de ropa siquiera después de un vuelo de cuatro horas —se rio Beatrice, rememorando esos gratos recuerdos con los ojos humedecidos—. Después de eso, tu padre utilizó los contactos que había hecho durante ese tiempo para ganar su propia fortuna y nos casamos por todo lo alto en una ceremonia extremadamente lujosa un año después…

—El rancho que ayudó a mi padre a ganar ese pulso con el abuelo fue el de Will, ¿verdad? —inquirió Madison.

—Sí, exactamente. En cuanto Fitzgerald ganó algo de dinero le devolvió a su amigo la parte de su rancho que le había comprado para que fuera un negocio familiar como él deseaba desde el principio. Muchos años después, tras la muerte de su amigo, uno de sus hijos acudió a pedirnos ayuda para poder conservar su rancho y tu padre se la dio.

»Años más tarde, cuando Will Walter vino a recuperar su tierra, tu padre pensaba devolvérsela sin pedirle nada de dinero a cambio…, pero entonces surgió un problema contigo y con tus amistades y él, en vez de pararse a hablar contigo, inició una de sus maquinaciones, que, a mi parecer, ya ha llegado demasiado lejos… Como ves, hija, tú no eres la única que duda sobre si el amor que tiene a su alcance es de verdad o no, y menos aún cuando hay dinero de por medio.

—Ya… ¿Y cómo lo averiguo, mamá? Me cuesta mucho confiar en un hombre que me ha vendido desde el principio —dije mostrándole a

mi madre lo mucho que aún me dolía el papel que había representado Will en toda esa historia.

—Habla con tu padre y convéncelo para que le devuelva a ese hombre lo que quiere. Luego pon un cheque en blanco sobre la mesa para valorar ese amor y descubre cuánto vale. Al igual que esos cheques, el amor puede valer mucho o puede no valer nada: todo dependerá del valor que le otorgue la persona que lo recibe. Así es como puedes poner a prueba ese amor —me aconsejó mi madre, animándome a que no abandonara la idea de amar a ese hombre hasta que descubriera si ese amor era real o no.

Y fue entonces cuando decidí no poner más excusas a mi regreso y enfrentarme a mi padre para darle una oportunidad a ese hombre, del que aún temía saber la verdad, porque mientras para Will ese amor había tenido un precio, yo simplemente le había entregado mi corazón, esperanzada con la idea de que no me equivocara en esta ocasión y que ese amor fuera de verdad.

Capítulo 19

Sabía que tenía que hablar con mi padre y sentarme con él para que ambos admitiéramos lo mucho que nos habíamos equivocado, para que nos pidiéramos mutuamente perdón y para que mi madre dejara de amenazarlo con esa demanda de divorcio que lo hacía temblar.

Después de la historia que había oído de boca de ella, no tenía ninguna duda de que el miedo que sentía mi padre en esos momentos no era por la posible pérdida de su dinero, sino por la idea de perder a la mujer por la que tanto había luchado en el pasado.

Me gustó saber que mis padres eran una pareja de cuento de hadas en la que el dinero no había afectado a su amor, y entonces deseé para mí un amor como ese, uno que no tenía precio. Para mi desgracia, mi historia era muy distinta de la de ellos: Will tenía un rancho que era su vida y, en comparación con este, el valor de mi amor bajaba bastante.

A pesar de querer buscar el momento adecuado para acercarme a mi padre, las semanas transcurrieron y muchas cosas ocuparon mi tiempo. Los calendarios habían llegado en el plazo establecido, y yo, aprendiendo de las trampas que mi taimado padre llevaba a cabo en los negocios, había realizado una preventa por encargo por la que cada una de las personas que llevara el resguardo de su compra anticipada recibiría su ejemplar en la caseta que Olivia y Abigail habían habilitado para nosotras en su fiesta benéfica.

Que esas personas no recibieran lo que esperaban recibir debido a que tenían una idea preconcebida y prejuiciosa acerca de cómo serían esos calendarios no sería culpa mía, aunque tal vez sí lo fuera la sorpresita que encontrarían entre sus páginas.

Cuando le conté a mi madre con detalle la idea de negocio que había tenido, se rio con ganas y estuvo dispuesta a asistir a la fiesta junto a mí y a las chicas del bar. Cada una de nosotras compró su entrada para un evento que no pensábamos perdernos y del que tampoco íbamos a permitir que nadie nos echara.

Cuando llegó el gran día, nos vestimos con nuestras mejores galas: las chicas llevaban elegantes vestidos de caros diseñadores que yo en algún momento había guardado en olvidadas cajas, mientras mi madre y yo nos decantamos por un par de nuevos modelos que habíamos hecho que nos trajeran desde una cara *boutique* de Nueva York. Por su parte, Bodhi se había decidido por llevar un traje con una

chillona pajarita de lentejuelas rojas que brillaba más que nuestros vestidos.

Y mientras yo me preocupaba por todo lo que podría salir mal ese día, las personas que me rodeaban y que confiaban en mí tenían preocupaciones muy distintas de las mías.

—No sé si nos alcanzará… —comentó Nina mientras contaba los billetes que llevaba en su pequeño bolso.

—Tal vez, si Bodhi aportara algo para esta buena obra, lo conseguiríamos —señaló Tina, poniéndole ojitos a Bodhi, el cual respondió con un gruñido.

—¿Para qué estáis reuniendo ese dinero? —preguntó mi madre a mis compañeras con curiosidad.

—Para comprarle un hombre a Madison —confesó Marla.

Y mientras yo me preguntaba si esas atrevidas palabras alterarían a mi madre, al contrario de lo que suponía, ella volvió a preguntar con interés:

—¿Es que acaso se puede comprar a algún hombre en esa fiesta benéfica?

—Pues sí. Ya hace algunos años que Olivia Walter consiguió la colaboración de los trabajadores del rancho La Carreta, incluida la de los hermanos Walter, para que se dejaran subastar con intención de recaudar fondos para la asociación de mujeres maltratadas de Abigail Walter.

—¡Ah, vaya! ¿Y a quién queréis comprarle a mi niña? —inquirió mi madre curiosa, a pesar de intuir cuál era la respuesta.

—A Will Walter —contestaron todas al unísono.

—Ya es hora de que ella juegue con Will, como ha hecho él con ella durante todo este tiempo —apuntó Anna, señalando que el motivo por el que querían hacerse con ese hombre no era nada bueno o acorde con el espíritu de la fiesta a la que íbamos a asistir.

Y mientras pensaba que de los labios de mi responsable madre saldría algún discurso sobre lo mala que era la venganza y que era una estupidez malgastar el dinero en cosas tan pueriles, para mi asombro y el de las demás, mi madre sacó mil dólares de su cartera y se los entregó a mis compañeras.

—Pongo mil porque no sé si con lo que llevo me alcanzará para comprar a todos los demás. Con la excepción de Will Walter, los demás hombres de esa subasta van a ser míos.

—¡Mamá! —la reprendí asombrada, aunque yo no era la más adecuada para hacerlo.

—¿Qué? Tu padre y su empecinamiento en no contactar contigo para aclarar las cosas me está cabreando, por lo que pienso demostrarle esta noche que yo también puedo comprar a un hombre, o más de uno, en este caso.

—Creo que son quince —dijo Tina, advirtiendo a mi madre del número de participantes de esa subasta.

—Mejor para mí —anunció ella, muy contenta.

—Mamá, si pretendes cometer esa locura para poner celoso a papá, debo decirte que no funcionará si él no está presente para verte rodeada de todos esos tipos.

—No te preocupes por eso, cariño: tu padre también tiene una invitación a la fiesta.

—¿En serio? ¿Cómo la ha conseguido? —pregunté, asombrada de que alguien lo hubiera informado de ese evento.

—Se la he mandado yo —declaró ella con una maliciosa sonrisa con la que me quedó claro que mi padre no lo tendría fácil a la hora de volver a conquistarla.

—¡Mamá! —la reñí con una sonrisa divertida, ya que esa era una faceta de ella que nunca había visto.

—No quiero ni una protesta, no voy a hacer nada que tú no vayas a hacer.

—Ya, tú solamente lo vas a multiplicar por quince —le dije, recordándole que yo solo pujaría por un hombre.

—¡Humm! Eso me recuerda algo… ¿Crees que aceptarán cheques para esa subasta? —preguntó mi madre con preocupación, rebuscando en su bolso, para luego ser la primera en salir por la puerta y guiarnos hacia esa celebración en la que, de todos los desastres que podían sucederme, el que más temía era reencontrarme con el amor.

* * *

Una vez más, mis cuñadas habían logrado crear un ambiente único para esa fiesta en la que mezclaban la elegancia y la sencillez, buscando que todos los presentes se sintieran a gusto en ese evento que, para muchos lugareños, se había convertido en una tradición a la que no podían faltar.

La comida principal, de la que todos disfrutábamos, consistía en una enorme y sabrosa barbacoa acompañada de deliciosos postres caseros que formaban parte de un concurso de tartas incluido dentro del evento. Además, había una elegante fuente de chocolate hacia la que corrían los niños a cada instante, y una torre de copas de champán y otra de vasos de cerveza, hacia las que se precipitaban los adultos.

En un elegante cenador de madera tocaba una pequeña banda de música clásica que no era del gusto de todos pero que amenizaba la velada, y yo sabía que cuando esta descansara sería sustituida por un grupo que interpretaría música *country*, la cual siempre animaba a más de uno a pisar la pista de baile.

En la animada zona de juegos creada para los niños había castillos hinchables y atracciones por las que había visto a mis sobrinos corriendo como locos mientras sus padres los perseguían, sobre todo a Daniel, que había vuelto a quitarse la ropa.

Pensando en todos, mi cuñada Abigail había creado una zona de diversión también para los adultos, donde sobresalía por encima de todo el viejo toro mecánico que atraía a los rancheros del lugar a probar suerte, sobre todo cuando el premio que recibiría quien obtuviera la mayor puntuación sería un mes de cervezas gratis en el bar El Rancho.

El gran escenario principal, que permanecería cerrado hasta la actuación de una banda juvenil, era el lugar que los hombres del rancho La Carreta más temían, ya que cuando finalizase la actuación de ese grupo se llevaría a cabo la gran subasta, donde ellos siempre constituirían la atracción principal.

A lo largo del lugar se extendían diferentes puestos que se habían montado para que los negocios de los alrededores vendieran sus productos y servicios e hicieran publicidad a cambio de la donación de una pequeña cantidad de sus ventas a la asociación benéfica contra el maltrato de mujeres y niños, en cuyo nombre organizaban Abigail y Olivia ese evento. Y, precisamente, me habían comentado que uno de esos puestos en particular contaba con una larga cola delante. Tal y como había sospechado, se trataba del puesto del bar de Bodhi.

Mientras recorría el lugar con la mirada, pensaba en las mil formas que había imaginado para acercarme a Madison, para pedirle perdón y hacerle escuchar lo arrepentido que estaba, pero no había llevado ninguna a cabo.

Tras oír que Fitzgerald había llegado al pueblo, supuse que no tardaría en llevarse a su hija de vuelta a su lujoso hogar, muy lejos de mí. Pero me había enterado a través de mis cuñadas que padre e hija se habían distanciado y que Madison seguiría trabajando en el bar de Bodhi hasta que terminara con algunos asuntos que tenía pendientes…, y yo rogaba porque uno de esos asuntos pendientes fuera yo.

Sabiendo que, después de haber hecho llorar a Madison, Bodhi no dudaría en sacarme a patadas de su local si osaba entrar por la puerta, decidí no ir en su busca y esperé mi oportunidad. Estaba totalmente seguro de que la fiesta benéfica de mis cuñadas Abigail y Olivia era esa oportunidad.

Madison había trabajado muy duro en ese evento. Le había costado muchísimo encontrar un lugar para las empleadas de Bodhi, y por nada del mundo querría alejarse de allí, ni siquiera aunque tuviera que encontrarse cara a cara conmigo, así que esa era la oportunidad de la que yo disponía para encontrarme con ella y tratar de que me

escuchara, para confesarle cuánto me arrepentía de haberme dejado manejar por su padre, de haberme vendido y de haberle hecho daño.

Yo no era nadie para juzgarla, a pesar de que lo había estado haciendo desde el principio al creer que ella era una niña mimada que se dejaba guiar únicamente por el dinero, cuando el único que se había dejado comprar y manipular por este fui yo.

Estaba arrepentido de todo lo que había hecho por recuperar mi tierra. No obstante, me sentía culpable porque Madison me importara más que mi rancho, especialmente ante mis hermanos, a los cuales sentía que les había fallado. Pero ellos me habían hecho darme cuenta de lo que me importaba realmente, y sin recriminarme nada, me animaron a perseguir a la mujer que amaba, sabiendo que me dolería mucho más perderla a ella que todo lo demás.

Mientras paseaba por el abarrotado lugar buscando a Madison, mis pasos se toparon con su padre. Fitzgerald, al igual que yo, parecía perdido allí. En él no quedaba nada de su habitual fachada de frío empresario que normalmente lucía. Un traje algo arrugado y un pelo alborotado a causa de su nervioso gesto de mesarse continuamente los cabellos delataban que algo le había ocurrido.

Cuando se cruzó conmigo, sus ojos me miraron con rabia, y fue evidente que me culpaba de que su hija se hubiera alejado de él.

—¡Tú! ¡Maldito seas, Will Walter! ¡Por tu culpa he perdido a mi hija y a mi mujer! ¡Si te hubieras limitado a mantener las distancias con Madison y hacer lo que te encargué…! —exclamó, cogiéndome violentamente por las solapas de mi camisa a pesar de saber que no podía conmigo.

—Las habrías perdido igual en cuanto ellas hubieran descubierto tus mentiras. No he sido yo el que ha alejado a tu hija de ti, sino tú con tus engaños. En cuanto a mí, me encantaría poder maldecirte y echarte la culpa de que Madison me odie, pero no puedo. De eso yo soy el único responsable por haber aceptado hacerle daño al seguir tus instrucciones.

Mis palabras hicieron que Fitzgerald me soltara, aunque no que dejara de mirarme con odio.

—¡No vuelvas a acercarte a Madison! ¡Recuerda que aún tengo en mi poder aquello que más deseas!

—No, no lo tienes —respondí cuando vi a Madison adentrándose en la fiesta. Y siguiendo mi mirada, Fitzgerald comenzó a comprender que lo que más me importaba, aquello que llevaba ahora en mi corazón y por lo que estaba dispuesto a luchar, había cambiado.

Luego me alejé de ese hombre mientras pensaba qué palabras serían las más adecuadas para intentar recuperarla.

* * *

—¡Quiero que me devuelvan el dinero! —gritó otro cliente, muy insatisfecho con su calendario, que mis compañeras me remitieron a mí para que solventara esa reclamación mientras ellas seguían con las ventas, ya que yo estaba mucho más capacitada que ellas para tratar con esa clase de clientes problemáticos.

—Espere un momento, caballero, que le doy la respuesta estándar para casos como este —dije antes de dedicarle una estruendosa pedorreta que provocó que ese hombre me fulminara con la mirada al tiempo que sus gritos de indignación aumentaban.

—¡Quiero poner una queja formal sobre este producto que no cumple con mis expectativas!

—Claro que sí, por supuesto. Aguarde un momento, que le doy ahora mismo el papel para las quejas para que usted se explaye a gusto en él —dije colocando sobre el mostrador un rollo de papel higiénico y un bolígrafo.

—¿Eh? ¿Pero qué es esto?

—Esto es el papel apropiado para sus quejas. Así le ahorramos tiempo a Bodhi para que este le dé el tratamiento adecuado a su disconformidad, y a usted también, porque así sabe desde el principio dónde van a acabar sus lamentos.

—¡Sois unos estafadores!

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! ¡No permito que nos insulte porque el producto no sea como usted imaginaba, ya que los calendarios cumplen perfectamente con la descripción que se dio en su momento en la preventa! —dije, parando a Nina, que estaba dispuesta a saltar de detrás del mostrador para darle una paliza a ese tipo.

—¡Eso es mentira!

—¿Acaso el calendario está defectuoso o le falta algún mes? —pregunté, haciendo que ese hombre negara con la cabeza—. ¿Y acaso las personas que posan en sus páginas no trabajan en el local de Bodhi?

—Sí, pero no se suponía que debían posar así… —balbuceó ese tipo, enseñando una bonita fotografía de Marla.

—Entonces, según usted, ¿cómo deberían haber posado mis compañeras en ese calendario?

—¡Pues desnudas! ¿Cómo, si no, iban a posar las mujeres que trabajan en ese local…? —respondió ese idiota, muy seguro de sí mismo, haciendo que no solo tuviera que retener a Nina para que no se llevara la paliza que se estaba ganando, sino a todas las demás.

—¿En serio? Dígame algo: en la descripción de la preventa del calendario, ¿dónde especificaba que era un calendario de desnudos? Lo pregunto para corregir ese fallo… —dije mientras accedía con mi móvil a la página web que Abigail había creado para el evento.

—No lo ponía así. En la descripción solo decía «Calendario de las chicas de Bodhi», pero yo lo oí…

—Ya… ¿Y lo oyó de alguna de nosotras, del dueño del local o de las organizadoras de este evento?

—No. Lo oí de otros hombres del lugar… —declaró ese tipo, cada vez más apagado con sus quejas.

—Entonces no puedo hacerme responsable de las mentiras, sueños o deseos de personas ajenas a mi empresa acerca de cómo iban a ser estos calendarios.

Mis palabras parecían estar acabando ya con esa necia disputa, hasta que los ojos de ese individuo se toparon con un cartel que habíamos puesto para seguir animando las ventas.

—¡Ahí pone que hay un excitante semidesnudo entre las páginas del calendario!

—Cierto. Hay uno, como ahí dice —dije señalándole el cartel.

—¿Y se puede saber dónde está? —preguntó ese hombre, que, por lo visto, aún no había repasado todas las páginas del calendario y estaba dispuesto a hacerse con una excitante imagen que no pudiera olvidar. Y yo, sintiéndome totalmente segura de que no podría olvidar esa imagen, le notifiqué con una maliciosa sonrisa:

—Busque el mes de diciembre.

—¡Dios! ¡Pero ¿qué es esto?! —gritó ese tipo con espanto.

—Eso es el semidesnudo del mes de diciembre, ¿a que es excitante? —pregunté con recochineo, recibiendo una fulminante mirada de su parte. Y antes de que comenzara de nuevo con sus quejas, ahora en relación con el cartel que habíamos colgado, lo quité y escribí en él una nota aclaratoria: «El semidesnudo solamente es excitante para algunos»…

Mi nueva burla contra esas quejas estúpidas a causa de mi decisión de que algunos clientes recibieran justo lo que se merecían hizo que ese hombre se alejara al fin de nuestro puesto, no sin dejar de maldecirnos. A pesar de ello, no tardó en llegar otro que señaló a ese tipo y nos anunció alegremente:

—Mi amigo me ha dicho que compre varios calendarios, pues la imagen de diciembre será una que no podré olvidar.

—¡Ah! Así que fuiste tú quien le habló a ese quejica acerca de nuestros calendarios, ¿verdad? —le pregunté a ese hombre con una sonrisa burlona en los labios antes de que Nina cogiera con rapidez su dinero y de que yo le tendiera los calendarios.

Su reacción fue la esperada. Tras dar un grito de espanto, cerró el calendario y, antes de que comenzara a quejarse, le señalé el cartel que acababa de modificar.

Por supuesto, Bodhi nos ayudó a acallar las posibles quejas con su intimidante presencia y yo, sacando a relucir la despiadada mujer

de negocios que había en mí, anuncié:

—Por cinco dólares más, Diciembre te dedica su foto.

Bodhi emitió un molesto gruñido y nuestro cliente abrió los ojos espantado antes de salir corriendo sin quejarse de esos calendarios que estaban siendo la sensación del evento.

—¿Ves? Te dije que Diciembre iba a triunfar —le anuncié a Bodhi mientras comprobaba que más de un hombre rencoroso había enviado a sus amigos a comprar un ejemplar de nuestros calendarios sin revelarles la sorpresita que les aguardaba en su interior.

Más tarde descubrí que no solo los hombres podían mostrarse rencorosos cuando oí a mi madre discutir por teléfono con mi padre acerca de esos calendarios en los que él, dejándose llevar por los rumores que corrían, creía que contenían algún desnudo mío.

—¿Que cómo he podido dejar que tu hija pose desnuda en esos calendarios? Muy fácil: porque yo posé junto a ella, por supuesto…. Si no quieres que nadie vea esa imagen, la solución es muy simple, Fitzgerald: tan solo tienes que comprar todos los calendarios. Por cierto, estoy segura de que tu mes preferido va a ser diciembre… —declaró mi madre con una sonrisa satisfecha antes de colgar, para luego volverse hacia mí con una mirada de orgullo—. En cuanto repartamos todos los calendarios que estaban reservados, ya puedes empaquetar los que quedan para tu padre, que nosotras nos vamos a ir a disfrutar de esta fiesta.

—Mamá, no sé de dónde sacas esas estrategias de marketing… —dije, provocando que las miradas de todas mis compañeras pasaran de mí hacia mi madre y luego de vuelta, como si fuéramos tal para cual.

—Del trato diario con tu padre, querida —respondió ella, ofreciéndome su brazo cuando oyó que anunciaban que muy pronto comenzaría la subasta, el evento principal de esa fiesta, y nosotras teníamos tanto que comprar…

* * *

—Tengo miedo. La anciana viuda Marcia me ha repasado con la mirada de arriba abajo… —gimoteó Billy, uno de los trabajadores del rancho La Carreta, que aún no estaba acostumbrado a que ellos fueran la atracción principal en ese evento.

—¡Vamos, chicos, que no es para tanto! —declaró Clay, golpeando efusivamente la espalda de Billy para animarlos a seguir sobre el escenario.

—¡Claro, jefe! ¡Solo lo dice porque su mujer siempre puja por usted! —apuntó Vinny, otro de sus empleados, que no siempre tenía suerte.

—Excepto cuando la señora Abigail se enfada y puja por el viejo

Owen —señaló Buster, que normalmente era un hombre bastante callado.

—Cierto. Entonces es el momento en el que Marcia se queda sin la persona por la que quiere pujar y empieza a medirnos a los demás… —declaró Jarod, fulminando con la mirada a su jefe.

—La pregunta clave ahora es: ¿ha cabreado Clay a su mujer? —preguntó Maverick, haciendo que todas las miradas se clavaran en Clay a la espera de una respuesta.

—Tranquilos, chicos, no os preocupéis. No me he olvidado de ningún aniversario o cumpleaños ni de ninguna fiesta o fecha especial. Tengo cubiertos todos los frentes, así que estoy seguro de que en esta ocasión no surgirá ningún problema en esta subasta. No habrá ningún enfrentamiento entre parejas y vosotros podréis ser subastados para que acabéis realizando sencillos trabajos de jardín o para ayudar en alguna tienda —declaró Clay, haciendo que sus empleados respiraran aliviados. Hasta que uno de ellos recordó a los entrometidos familiares de otro de sus jefes.

—¿Y tampoco habrá ninguna intervención por parte de los familiares de Olivia? —preguntó Jarod, conociendo perfectamente lo molestos que podían ser los Lowell en ocasiones, y que eran capaces de pujar en la subasta solo para fastidiarse entre ellos.

—Los Lowell se han quedado en casa. Insisto: no tenéis nada por lo que preocuparos, chicos. Estáis a salvo. Este evento será tranquilo y sin sorpresas —declaró Clay, muy seguro de sí mismo, hasta que, para su asombro, una adinerada mujer comenzó a pujar por los hombres con sumas bastante extravagantes—. Eh… No os preocupéis, muchachos, todo irá bien —repitió Clay, intentando tranquilizar a sus trabajadores, cuyas miradas inquisitivas estaban fijas en él, recordándole sus últimas palabras, por las que les aseguraba que no habría ninguna sorpresa.

—¡Beatrice! ¡Deja de pujar por esos tipos ahora mismo! —gritó de repente un hombre en medio del público, un sujeto ataviado con un elegante traje que parecía ser el esposo de esa adinerada mujer que pujaba por ellos.

—De eso nada, Fitzgerald. Como muy pronto volveré a ser una mujer felizmente soltera, he decidido practicar eso de las citas, de modo que, siguiendo tu manipulador ejemplo, me voy a comprar un hombre…, bueno, a más de uno en realidad, porque estoy algo oxidada en eso de salir con alguien. Recuérdame una cosa, querido, lo del sexo… ¿era antes o después de la cena? —respondió la mujer con descaro, evidenciando ante todos los presentes que tan solo pretendía fastidiar a su marido.

—¡No voy a divorciarme de ti ni a permitir que salgas con nadie!

—¿Ah, sí? ¿Y qué piensas hacer para impedirlo? —preguntó

Beatrice con tono desafiante, provocando que su marido iniciara con ella una disputa de pujas sobre los pobres trabajadores del rancho La Carreta, los cuales se encontraban encima del escenario contemplando cómo se hallaban en medio de la discusión de esa pareja, sin saber si acabarían siendo comprados por el hombre o por la mujer de ese extraño matrimonio.

Las miradas de todos los que quedaban sobre el escenario se clavaron en su jefe a la espera de que Clay los salvara de esa situación, pero, ante su asombro, este se escapaba lenta y disimuladamente por un lado del escenario. Al final, fue la presencia de Will Walter, otro de los dueños del rancho La Carreta, lo que acabó con el enfrentamiento de ese matrimonio.

—Este no me interesa —declaró la adinerada mujer, descartando a Will por completo al tiempo que le preguntaba a su marido y rival en esa subasta—: ¿Y tú? ¿Vas a volver a comprarlo?

—No, ya he aprendido la lección.

—No, créeme: todavía no lo has hecho, pero vas por buen camino —replicó Beatrice con una complacida sonrisa mientras se alejaba del lugar, siendo perseguida por un marido que solo quería obtener su perdón y que, a pesar de tener todo el dinero del mundo, resultaba más que evidente que no sabía cómo conseguirlo.

Cuando los hombres que quedaban en el escenario ya comenzaban a respirar aliviados, incluido Will, ante ellos se alzó un nuevo problema después de que las solteras del pueblo, una vez más, se reunieran para intentar llevarse a uno de los atractivos hermanos Walter.

El problema era que las chicas del bar de Bodhi habían ahorrado y no estaban dispuestas a dejar escapar a ese hombre que querían para su jefa. La subasta finalmente se resolvió cuando Madison hizo su aparición y, como la niña mimada que todos sabían que era, realizó una puja que nadie pudo igualar para llevarse a ese hombre al que miraba, no con deseo, sino con una maliciosa sonrisa que no presagiaba nada bueno para el individuo que le había roto el corazón.

Capítulo 20

Emulando las despiadadas maneras de mi padre para solucionar sus problemas, acabé comprando a Will para vengarme de él, a pesar de lo cual no estaba demasiado contenta conmigo misma. No obstante, disimulé mis sentimientos porque no quería desanimar a las chicas, que, tras haber ganado la puja, realizaban en ese momento un ridículo baile de la victoria delante de las hurañas mujeres que siempre las miraban con desprecio.

—Por favor, chicas, no hagáis ese tipo de bailecitos… —les rogué, manteniendo el petulante tono de voz y los exquisitos modales que me había enseñado mi madre, consiguiendo que esas mujeres sonrieran complacidas a mis compañeras al creer que las estaba reprendiendo. Pero como mis compañeras me conocían demasiado bien, tan solo guardaron silencio a la espera de que terminara con mis palabras—. Haced este mejor… —añadí. Y a continuación me puse a ejecutar unos pasos bastante ofensivos y guasones que había realizado en alguna que otra ocasión en el pasado cuando ganaba al golf en el club, un baile que consiguió que esas mujeres se marcharan bastante ofendidas mientras mis compañeras reían.

—Déjalo, Madison: el baile no es lo tuyo —declaró Nina, viéndome menear el trasero de forma espasmódica mientras señalaba a las mujeres del pueblo, a las que les lancé un beso.

—Solo lo he hecho para espantarlas —respondí, intentando mantener mi orgullo. Pero la escéptica mirada que Nina clavó en mí hizo que confesara, perdiéndolo por completo—. ¡Está bien! La verdad es que bailo un poquito mal.

—Pues viendo cómo corren esas mujeres, yo diría que es algo más que un poquito.

—¡Bah! Eso es porque no saben apreciar la danza moderna —manifesté. E intentando cambiar de tema, fijé mi mirada en el hombre que se dirigía hacia mí después de tanto tiempo solo porque lo había comprado—. Y ahora, ¿qué voy a hacer con él? —pregunté, sin esperar una respuesta.

—Propongo que celebremos una noche de chicas en la que él se encargue de servir las copas y ponemos las consumiciones por las nubes —apuntó Nina, recordándome la despiadada estrategia de negocios que había planeado en medio de una borrachera.

—Bueno, sí, pero ¿qué hago con él ahora?

—¡Ah! Eso ni idea, pero yo que tú pensaba rápido… —contestó Nina antes de desaparecer con las demás chicas para dejarme a solas frente al hombre que tanto daño me había hecho.

—Al final me has comprado… —dijo Will a modo de saludo, recordándome la primera vez que nos habíamos visto, cuando yo solamente era una niña mimada que jugaba con el dinero, y él, un hombre demasiado orgulloso que creía que nunca se equivocaba.

—No te hagas muchas ilusiones: únicamente te he comprado por un día para que trabajes en mi local.

—¿Vas a darme la oportunidad de explicarme? —me preguntó dando un paso hacia mí, intentando acercarse demasiado, ante lo que yo respondí alejándome de él.

—Nunca me he negado a escucharte, solo que ahora soy algo renuente a oír tus palabras, las cuales en ocasiones pueden doler demasiado —dije con sinceridad, haciendo que le resultara difícil enfrentarse a mí. Esperé oír más excusas saliendo de sus labios, pero, para mi asombro, las primeras palabras que Will me dedicó fueron para pedirme esas disculpas que yo necesitaba escuchar.

—Perdóname por todo lo que te he hecho, Madison. Hace años, el rancho de mi familia pasó por unos momentos difíciles y yo, buscando solventar alguna de nuestras deudas, vendí mi parte a tu padre. Un tiempo después, cuando remontamos el vuelo, quise recuperar mi parte del negocio familiar, de mi hogar, pero tu padre no quería dinero a cambio, sino que me pidió que te vigilara mientras él te daba una lección.

»Al principio, cuando me contó con detalle lo que pretendía hacer, me negué. Pero más tarde, como todo el mundo en algún momento de dificultad, tuve un precio y me dejé comprar. Entonces, tu padre me mostró un listado de negocios que poseía para que tú gestionaras uno de ellos y tuvieras algo con lo que salir adelante, y me hizo escoger cuál sería. Yo, enfadado con todo, elegí el que me pareció más problemático para una niña mimada y, para mi sorpresa, Fitzgerald aceptó mi elección sin problemas.

»Cuando te conocí, creí que la lección que tu padre quería darte era más que merecida. En mi vida me he cruzado con mujeres caprichosas que gastaban despreocupadamente su dinero y el de otros, llevándolos a la ruina, y pensé que tú eras como ellas… —dijo Will, mesando nerviosamente sus cabellos mientras, por primera vez, era sincero conmigo.

—¿Qué te convenció de que yo no era la niña mimada que te imaginabas?

—Tú… Tu forma de preocuparte por los demás antes que por ti misma después de que lo perdieras todo, tu forma de levantarte de las dificultades, tu forma de ayudar a los demás con lo poco que tenías,

de no juzgar a la gente como hacía yo y de no comprarla como hacía tu padre. Y cada vez que te veía, cambiabas mi opinión sobre ti y valías cada vez más a la vez que yo valía cada vez menos porque, a pesar de querer catalogarte como una mujer que se dejaba guiar por el dinero, el único que se había dejado manejar por él había sido yo en cada ocasión que cedía ante los caprichos de tu padre, colocando un nuevo obstáculo en tu camino y haciéndote más daño.

—¿Hasta cuándo te dejaste manejar por mi padre? —pregunté, queriendo saber toda la verdad aunque doliera.

—Hasta que te perdí.

—¿Cuando te acostabas conmigo todavía pensabas que era esa niña mimada que merecía una lección? —le pregunté. Y al ver que Will esquivaba mi mirada, yo obtuve mi respuesta. No obstante, quise escucharla directamente de sus labios, a pesar de que sus palabras podían dañarme.

—En ocasiones aún te veía así, ya que, si no lo hubiera hecho, habría tenido que admitir ante mí mismo que era un canalla que estaba jugando contigo.

—¿Y hasta cuándo jugaste conmigo?

—Hasta el final, porque, a pesar de haberme enamorado de ti, nunca te dije la verdad. Sabía que, si lo hacía, te perdería y también podía perder mi rancho. Lo siento, fui un cobarde.

—No voy a pedirte que me digas qué tiene más valor para ti ahora mismo, ya que sé que esa respuesta me dolería, así que lo único que quiero es que te mantengas alejado de mí como has estado haciendo hasta ahora —le dije, intentando contener esas lágrimas que querían salir evidenciando las heridas que tenía mi estúpido corazón por su culpa, un corazón que se había vuelto a equivocar a la hora de escoger a la persona a la que debía amar.

—Madison, tú eres lo más importante para mí —dijo Will, intentando alcanzarme. Pero mientras el dinero estuviera de por medio y hubiera algo con lo que mi padre pudiera comprarlo, yo no sabía si ese hombre se acercaba a mí con mentiras o con la verdad.

—¿Cómo puedo creerte, Will? ¿Cómo puedo saber que tus palabras son ciertas y que no te acercas a mí para recuperar la parte de tu rancho que tiene mi padre de una u otra manera? ¿Cómo puedo confiar en un amor que no sé si tiene un precio? Aunque pueda perdonarte por lo que me has hecho, no puedo amarte, Will.

—Quédate con mi tierra, quédate con esa parte de mi rancho, quédate con todo… —dijo él, mirándose las manos.

Y contestando con la misma sinceridad que Will había empleado conmigo, cogí esas manos marcadas por el duro trabajo y le confesé la verdad a ese amor al que quería decirle adiós porque me hacía demasiado daño.

—Pero es que yo nunca quise tus tierras, tu rancho o tu dinero: yo solo te quería a ti.

A continuación, dándole un dulce beso en los labios, me alejé de él para comenzar a prepararme para marcharme de ese sitio en el que ya no tenía nada que me retuviera.

* * *

—¿Ves por qué no hay que comprar a las personas? —dijo Beatrice, señalándole a su marido desde lejos a la pareja que no parecía estar dirigiéndose hacia un final feliz—. Las personas no somos como las acciones de una empresa. Los sentimientos nos hacen impredecibles. Parece ser que ese hombre se ha dado cuenta de que le importa nuestra hija más que su rancho, pero ¿quién podría confiar en un hombre que se ha dejado comprar? —añadió fijando los ojos en su marido, haciéndole recordar las veces que ella desconfió de él por su avaricia en los negocios y su afán de poder.

—¿Crees que esta historia acabará mal por mi culpa? —preguntó Fitzgerald, viendo desde lejos las lágrimas de su hija, sintiéndose culpable por primera vez de todo lo que le había hecho.

—No, si él no lucha por ese amor no será culpa tuya, sino suya. Pero no estaría mal echarles una mano demostrándole a nuestra hija que ese hombre la ama más de lo que ella cree, ¿no te parece?

—¿Y cómo lo hago?

—Continúa siendo el malo de esta historia. Ponlo entre la espada y la pared y oblígalo a elegir. Puede que ese hombre nos sorprenda haciendo la elección correcta, o bien puede acabar decepcionándonos mucho, pero de cualquier modo, las dudas desaparecerán del corazón de Madison.

—¿Quieres que ponga sobre la mesa un cheque en blanco para el amor? —preguntó Fitzgerald, rememorando su propia historia.

—Mi padre me dijo en cierta ocasión que algún día yo comprendería sus acciones, y que, cuando eso ocurriera, tal vez le perdonaría todo el daño que me había hecho. Hoy finalmente comprendo que, cuando él te entregó aquel cheque no fue para alejarte de mí, sino para acercarnos más si ese amor era real. No quiero que nuestra hija esté enfadada contigo tanto tiempo como yo lo estuve con mi padre, así que sé el malo de esta historia, pero aprende también a pedir perdón.

—Lo haré. Cambiando de tema, ¿qué pasa con esa demanda de divorcio?

—¿Has conseguido el perdón de tu hija?

—No.

—Pues entonces ya hablaremos cuando lo tengas. Y yo que tú me

daría prisa, porque tengo muchas citas que organizar…, aunque por ahora lo más importante es ella —dijo Beatrice, buscando a Madison con la mirada. A continuación, fue en busca de su hija sabiendo que en esos instantes la necesitaba.

Y mientras Beatrice recordaba que en una ocasión ella misma pasó por ese mismo dolor y sintió en su corazón las mismas dudas que Madison, vio cómo Fitzgerald iba en busca de Will, haciendo que se alegrara de haber hecho en el pasado la elección correcta, tanto para ella como para su corazón.

* * *

Tras darme cuenta de que había perdido a Madison, tal vez para siempre, volví a encontrarme con Fitzgerald. En ese momento su serio rostro no buscaba recriminarme nada, sino que se mostraba resuelto, como si ya hubiera tomado una decisión sobre lo que haría conmigo y con mi rancho.

—Admito que he podido equivocarme con mi hija —comenzó en cuanto llegó a mi altura mientras señalaba con gesto compungido a Madison, una mujer que intentaba disimular en la lejanía unas lágrimas que manchaban su rostro a causa de las heridas que llevaban mi nombre, pero no podía. Como tampoco yo podía ignorar las heridas de mi maltrecho corazón que llevaban el suyo—. Estoy dispuesto a devolverte la parte de tu rancho que tengo en mi poder, pero con una condición —continuó Fitzgerald, sorprendiéndome por completo. Y más todavía cuando me entregó un cheque en blanco—. Toma. Eres libre de rellenarlo con la cantidad que desees. En cuanto me hagas saber el precio que necesitas para alejarte de mi hija para siempre, lo firmaré sin poner ninguna pega y, desde ese instante, tanto la tierra que deseas recuperar como esa cuantiosa cantidad que tú elijas serán tuyas. Lo único que tienes que hacer para cumplir todos tus sueños es alejarte de esa niña mimada que es mi hija y apuntar en este cheque lo que realmente deseas.

—¿Eh? ¡No pienso dejarme comprar otra vez! —exclamé con decisión, queriendo que ese hombre se tragara su cheque. Pero como el gran manipulador que era, Fitzgerald me recordó que, si rechazaba su propuesta, yo no sería el único que perdería algo.

—Parece que en esta ocasión no te importa perder tu parte del rancho La Carreta, pero ¿qué me dices de tus hermanos? Debes saber que no pienso quedarme con esa parte de tu rancho que tantos problemas me ha traído: o te la devuelvo o se la vendo a cualquier interesado. ¿No les molestará a tus hermanos que un extraño posea la cuarta parte de su tierra, una parte de ese negocio familiar por el que tanto han luchado, así como el derecho a tener voz y voto en todas las

decisiones importantes que se adopten en lo referente a la gestión de vuestro rancho? Piénsalo detenidamente y dame una respuesta cuando estés preparado, pero te advierto que esta propuesta no durará demasiado. Sospecho que no me quedaré mucho tiempo en este lugar —dijo señalándome una vez más las lágrimas de su hija, para luego recordarme que se me acababa el tiempo para conseguir lo que más deseaba—. El trato que te propongo expirará en cuanto Madison decida marcharse de aquí y yo me vaya con ella.

En el instante en el que Fitzgerald me vio dudar por sus palabras se alejó de mí con una sonrisa satisfecha. Y mientras pensaba en mis hermanos y en nuestro hogar, solamente pude apretar airadamente el cheque entre mis manos, sabiendo que tenía que hablar con ellos sobre lo que debería poner en ese papel, con el que podía ganarlo o perderlo todo.

* * *

Mientras todos recogían los restos de la fiesta en el rancho de Abigail, los hermanos Walter habían acudido a la llamada de Will y se reunieron en el estudio de La Carreta, desde donde su padre había dirigido el negocio que ahora se había convertido en sus vidas.

Allí escucharon a Will, que intentaba mantenerlos unidos en torno a un pedazo de tierra, cuando la verdad era que los Walter siempre se mantendrían unidos, no por un negocio común, sino por todos los momentos que habían pasado juntos, tanto los instantes felices como otros más duros que habían atravesado en su afán de intentar mantener vivo el sueño de su padre.

—¿Para qué nos has convocado aquí, Will? ¿Acaso has recuperado ya a esa chica? —preguntó Clay, sospechando que sus palabras se alejaban mucho de la realidad, a juzgar por el desanimado rostro de su hermano.

—Fitzgerald me ofrece la oportunidad de recuperar mi parte del rancho, de que nuestro negocio vuelva a ser por completo de la familia y de que no tengamos que tratar con un desconocido para recuperar parte de nuestro hogar.

—¡Ah! ¿Y qué pide a cambio? —preguntó Jacob, sabiendo que ese despiadado hombre de negocios no cedería con facilidad uno de sus bienes.

—También me ha entregado este cheque en blanco para que yo ponga la cantidad que quiera… —añadió Will, dejando el cheque sobre la mesa.

—¡Espera, espera! Estoy algo confuso… ¿Además de devolverte tu parte del rancho, piensa regalarte la cantidad de dinero que te dé a ti la gana? —preguntó Jayden, intuyendo que las cosas no podían ser

tan bonitas como parecían, consciente de que ese egoísta empresario era incapaz de desprender tanta amabilidad.

—No. El dinero del cheque es la cantidad con la que piensa comprarme de nuevo para que me aleje de Madison para siempre. Me ha dicho que ponga en ese papel lo que desee, y que en el preciso instante en que se lo entregue, demostrándole que tengo un precio, él me devolverá mi propiedad junto con el cheque firmado y sellado.

—¿Por qué nos cuentas esto? —preguntó Jacob, quien, tras contemplar el decidido rostro de su hermano, supo desde el principio lo que pondría en ese cheque.

—Porque Fitzgerald me recordó que la decisión que tome no solo me afectará a mí, sino también a vosotros. Por eso aún dudo sobre cómo rellenar este cheque.

—No, Will. Tú ya sabes lo que quieres poner… —dijo Clay mientras Jayden le entregaba un bolígrafo y lo apremiaba:

—Escribe de una maldita vez lo que deseas en ese cheque y nosotros te diremos si estamos de acuerdo o no con tu decisión.

Y atendiendo a lo que sus hermanos le decían, Will apuntó un precio lo bastante alto como para molestar a ese magnate. Y luego se apartó para que sus hermanos pudieran ver lo que reclamaba y decidieran si apoyaban o no su decisión.

—A mí me parece bien. Si eso es lo que tú quieres, no tengo ninguna queja a que cobres este cheque —declaró Jacob, aceptando la elección de su hermano con una sonrisa.

—Opino que es un precio justo ante el que no voy a poner ninguna pega —añadió Clay.

—Me gusta el precio que te has puesto en esta ocasión… —señaló Jayden, mirándolo con una sonrisa.

—Bueno… Si estáis todos de acuerdo conmigo, ya solo me falta saber cuándo podría ser el momento oportuno para cobrarlo.

—Creo que este próximo jueves no puedes —lo interrumpió Jacob, mostrándole un mensaje de su esposa a través del cual Olivia estaba publicitando una noche de chicas que se celebraría en el bar de Bodhi al jueves siguiente, donde la principal atracción sería el hombre encargado de servir las copas.

—Ya sabemos cómo va a utilizarte la mujer que te ha comprado —indicó Jayden con una sonrisa al ver en letras grandes el nombre de Will en el anuncio de ese evento.

—Pues la verdad es que preferiría que me utilizara de otra manera, pero bueno…, espero que no se enteren muchas mujeres de ese evento —suspiró Will mientras mesaba sus cabellos un tanto frustrado.

—Yo no contaría con ello, hermano, ya que Abigail dice que va a apoyarte y está promocionando esa noche de chicas usando todos los

contactos de su agenda…, y no te imaginas lo increíblemente larga que puede ser la agenda de una mujer que organiza un evento benéfico todos los años —manifestó Clay.

—¡Dios! ¡El jueves va a ser un auténtico infierno! —suspiró Will frustrado.

—Bueno, mira la parte positiva del asunto: tendrás la oportunidad de estar más cerca de Madison —apuntó Clay, intentando animar a su hermano. Aunque luego, viendo la efusiva publicidad que estaba llevando a cabo su esposa, cambió rápidamente de opinión—. O tal vez no…

Finalmente, tras tomar unas cuantas copas con sus hermanos para olvidar lo que le esperaba ese jueves, Will se alejó hacia su habitación con un cheque que le quemaba en el bolsillo y con el recuerdo de una mujer que no podía sacarse del corazón, ante la que esperaba ser capaz de pronunciar las palabras correctas para obtener su perdón cuando volvieran a encontrarse.

* * *

—¡¿Qué?! ¡Ni loco me pongo esa mierda!

Las palabras que me dirigió Will cuando volvimos a vernos no fueron las más adecuadas para un reencuentro, pero teniendo en cuenta que en mi mano derecha tenía un tanga masculino de leopardo y en la izquierda otro con la cara de un elefante y que le había insinuado que uno de ellos podría ser su uniforme de trabajo, su respuesta era comprensible.

—¿Me puedes decir qué idiota se pondría una de esas cosas y, sobre todo, dejaría que decenas de desconocidos lo vieran vistiendo eso? —replicó Will, recibiendo a cambio la fulminante mirada de Bodhi mientras yo abría nuestro calendario y le mostraba nuestro famoso mes de diciembre, lo cual acalló sus protestas, pero no consiguió convencerlo para que seleccionara ninguno de esos tangas.

—Vale, está bien: admito que algunos hombres pueden llegar a ponerse esas cosas —respondió Will, fijando sus asombrados ojos en Bodhi—. ¡Pero yo no soy uno de ellos! —añadió con rotundidad, dejándonos sin opción para el uniforme.

—Lo siento, chicas. No podremos utilizar esa estrategia de marketing que habíais planificado —dije a mis compañeras, desanimándolas un poquito—. Pero tal vez la mía tenga éxito… —continué alegremente al tiempo que le mostraba a Will un elegante tanga negro que se unía por un largo elástico blanco a un cuello que contaba con una pajarita negra.

Aunque por la forma de fulminar con la mirada la pajarita, parecía que a Will tampoco le agradaba mi idea para el uniforme, y

me hizo saber su disconformidad tirando cada una de las opciones a la basura.

—Pues entonces no sé qué darte para que sirvas las mesas, la verdad.

—Me pondré una de esas camisetas que llevan el nombre del local.

—No quedan.

—¿Y la caja del almacén en la que pone «Camisetas»?

—Son todas mías —repuse, ganándome una mirada de sospecha de Will.

—Pues entonces me quedaré como estoy, me pondré un delantal y me dedicaré simplemente a servir las copas.

—No, de eso nada. Esa camisa de franela de cuadros dice: «Soy un hombre de rancho» y se carga por completo el ambiente de «noche de chicas» que queremos darle a esta velada en el club.

—Es que, precisamente, soy un hombre que trabaja en un rancho —refutó Will, algo molesto con mi apreciación.

Pero yo por nada del mundo iba a consentir que las ganancias de esa noche se arruinaran por una insulsa camisa.

—Sí, pero hoy eres un hombre que trabaja de camarero en un bar —repliqué, intentando recuperar los uniformes que Will había descartado.

Él se desprendió entonces de su camisa, permitiendo que todas las presentes pudiéramos admirar su torso modelado por el duro trabajo del rancho.

—¿Te parece bien así? —preguntó, ante lo que todas las chicas que trabajaban en el bar asintieron con la cabeza.

—Le falta algo… —musité a la vez que cogía un rotulador indeleble de color rojo y comenzaba a pintar en el pecho de ese hombre el nombre del bar de Bodhi—. ¡Ahora sí! ¡Está perfecto! —exclamé cuando terminé para admirar mi obra.

—Estás disfrutando de lo lindo, ¿verdad? —preguntó Will cruzándose de brazos molesto.

—No, lo haré esta noche, cuando descubras lo difícil que es trabajar en este bar, el negocio que tan despreocupadamente escogiste para mí con el propósito de darme una lección que no tenías ningún derecho a darme —respondí, haciendo que ese hombre bajara su altanera cabeza y aceptara la bandeja que le ofrecía porque, lo quisiera o no, según las normas de la subasta benéfica en la que había accedido a participar, esa noche Will me pertenecía y yo estaba dispuesta a disfrutar de esa oportunidad tomándome una pequeña revancha por lo que me había hecho mientras intentaba distanciar mi corazón de ese hombre al que muy pronto le diría adiós.

* * *

Si creía que mi único problema esa noche sería ir sin camiseta mientras servía copas no podía estar más equivocado. El local estaba abarrotado, las mujeres se apilaban en las mesas y pedían sus consumiciones, para las que yo no daba abasto porque en todas y cada una de las mesas reclamaban mi presencia.

Algunas de las chicas de Bodhi servían las bebidas desde detrás de la barra para que luego yo las recogiera y las llevara a su correspondiente mesa, mientras otras trabajaban sobre el escenario, que había sido reconvertido en una gran pantalla en donde ponían una película en la que, para mi espanto, el tema principal eran las vivencias de un grupo de *strippers* masculinos. Eso llevaba a las mujeres que participaban en esa «noche de chicas» a que, cada dos por tres, contemplaran al camarero preguntándose cuándo subiría al escenario a dedicarles una actuación similar… y, para mi desgracia, el único camarero del local era yo.

Mientras bebían y veían esa película, las mujeres comenzaron a animarse, sobre todo después de varias copas, y no tardaron en soltarme piropos subidos de tono cada vez que pasaba junto a sus mesas. Oí desde «¡Tanta carne y yo a dieta!» mientras me desnudaban con la mirada, hasta un preocupante «¿Te estudio o te trabajo?» de parte de la viuda Marcia que me hizo alejarme rápidamente de su mesa.

Entre las mujeres de esa noche encontré también a mis cuñadas Olivia y Abigail, a las que en múltiples ocasiones les dirigí una muda y desesperada mirada de auxilio.

—¡Ayuda! —dije en un momento dado, esperando que hicieran algo que me salvara de esa espantosa situación. Pero ellas me mostraron su apoyo de otra manera diferente de la que yo esperaba.

—No te preocupes, Will, que estamos contigo, guapetón —dijo Abigail mientras sacaba una pancarta de apoyo con mi nombre.

—¡Sí! ¡Nosotras te apoyamos! —apuntó Olivia al tiempo que Abigail y ella introducían una gran suma de dinero en el bote de las propinas.

Sabiendo que no obtendría ninguna ayuda de parte de mis cuñadas, sobre todo después de que estas se pidieran una botella de tequila entera para ellas dos y comenzaran a piropear a los hombres de la pantalla, simplemente seguí con mi trabajo.

Ante mi asombro, después de los piropos, la cosa fue a más, y algunas de las mujeres se dedicaron a pellizcar disimuladamente mi trasero cada vez que pasaba por su lado. Por suerte, la política de ese bar era inquebrantable, tanto para las mujeres como para los hombres, algo que Madison les recordó cuando pilló a una de ellas tocándome el

trasero.

—¡Señoras, no se toca a los camareros o serán expulsadas del bar! —dijo fulminando a la anciana Marcia con la mirada mientras yo me retiraba rápidamente hacia la barra.

—Una noche difícil, ¿verdad? —me preguntó una de las chicas que trabajaban en ese bar—. Pues esto es lo habitual para nosotras —comentó después de que le contestara con un gesto afirmativo de la cabeza, poniendo a continuación una cargada bandeja entre mis manos a la vez que, sin piedad alguna, volvía a señalarme las mesas donde esas mujeres reclamaban de nuevo mi presencia entre gritos y risas.

En esta ocasión Madison, cruzada de brazos, vigilaba a las clientas como hacía habitualmente Bodhi con los hombres que acudían a su bar. Y reprendiéndolas con la mirada, les advertía que, si rompían las reglas, sus culos acabarían fuera de ese local en un santiamén.

Cuando comenzaba a suspirar aliviado de que esas mujeres hubieran terminado con su acoso y estuvieran disfrutando de la película y de sus bebidas, de repente cayeron sobre mi bandeja unas bragas en las que alguien había anotado su número de teléfono. Miré la prenda con espanto, tras lo que busqué a Madison pidiéndole ayuda.

—Yo no puedo hacer nada, después de todo, no te están tocando —declaró esa pérfida mujer, luciendo en su rostro una maliciosa sonrisa.

Sus palabras parecieron dar vía libre a que todas las mujeres del local empezaran a lanzarme su ropa interior. Cuando una enorme braga faja cayó a mis pies, no pude más y hui hacia la barra para contar los minutos que me faltaban para salir de ese infierno, sin recordar entonces que ese era el mismo infierno al que yo había enviado a una mujer sin haber medido antes las consecuencias de mis acciones simplemente porque ese día no estaba de humor.

Cuando volví a la sala, Madison fulminaba a las mujeres con la mirada, y por lo visto les había soltado un sermón sobre lo que podían arrojar o no a mi bandeja o a mí. Pero en el momento en que creí que todo se calmaría, las mujeres que más habían bebido comenzaron a exigir un estriptis del camarero. Como respuesta, mis cuñadas gritaron que iban a defender mi honor o algo parecido y se lanzaron a una pelea de gatas con esas chicas que estaban incitando a la multitud.

Sin saber cómo intervenir para separarlas o a quién sujetar, me quedé congelado contemplando esa trifulca por unos instantes. Pero entonces intervino Madison y todo se solucionó en cuanto ella se subió al escenario y anunció el siguiente espectáculo de la noche.

—¡Señoras! ¡Para que no digan que no cumplimos con sus deseos!

¡Si ustedes quieren un estriptis, un estriptis tendrán! —exclamó, haciendo que todas las miradas se fijaran en mí, pero eso solo fue hasta que ella continuó hablando—: ¡Bodhi, sube ahí y muéstranos a todas lo bueno que eres bailando, guapetón!

En cuanto Bodhi salió al escenario y una de las chicas puso la famosa melodía de *Nueve semanas y media*, comenzó su bailecito. Y cuando dio inicio a sus movimientos de trasero junto a la barra, las disputas pararon. Más tarde, en el instante en el que Bodhi se abrió teatralmente la camisa, reventando al mismo tiempo los botones de esta para enseñar su peludo pecho y su prominente barriga, la pelea de las mujeres se reinició, aunque en esta ocasión fue para ver quién llegaba antes a la salida.

Las únicas que permanecieron viendo el bailecito y animando a Bodhi fueron mis cuñadas y una refinada mujer de mediana edad muy parecida a Madison que lo contempló todo sin inmutarse mientras disfrutaba de un colorido cóctel.

—¡Bueno, pues aquí termina la noche de chicas! —anunció Madison a todas, dando por finalizado el trabajo de ese día y, gracias a Dios, también el baile de Bodhi—. ¡Eh! ¿Adónde vas? —me preguntó cuando vio que yo comenzaba a quitarme el delantal para poner fin a esa tortura—. Ahora toca limpiar, cenicienta —anunció a continuación, poniendo una escoba entre mis manos mientras todas las demás chicas empezaban a ayudarla a cerrar el establecimiento y, para mi asombro, nos dejaban a solas sabiendo que Madison y yo aún teníamos mucho de lo que hablar antes de decirnos definitivamente adiós.

Capítulo 21

—No te canses demasiado, cariño: mañana tenemos un largo viaje por delante —me dijo mi madre antes de que Bodhi se dispusiera a llevarla a su hotel.

—Asegúrate de cerrarlo todo bien —me ordenó este por su parte, dejando las llaves del bar en mis manos mientras dirigía una mirada de advertencia hacia el hombre que se hallaba detrás de mí limpiando una mesa cercana, a la que ya le estaba sacando brillo tan solo por espiar mi conversación.

—Hasta mañana, Bodhi, nunca olvidaré todo lo que has hecho por mí —le dije abrazando a ese grandullón, una de las pocas personas a las que echaría en falta en mi vida cuando me marchara.

—No te pongas pegajosa —declaró él, apartándome bruscamente para que no viera en su apenado rostro lo mucho que él también me echaría de menos.

Cuando Bodhi y mi madre se marcharon, Will dejó de abrillantar la mesa más limpia del local y se acercó a mí.

—¿Te vas? —preguntó, como si le importara perderme, cuando todas sus acciones hasta ese momento me habían demostrado que yo nunca le había importado demasiado.

—Aún tengo que hablar con mi padre y escuchar esa disculpa que me ha dicho que ha preparado para mí, pero como mi madre quiere volver a casa mañana y ya nada me retiene en este lugar, pienso acompañarla.

—¿Y no puedo convertirme yo en el motivo que te retenga en este lugar? —inquirió Will de pronto, acercándose a mí y provocando que mi corazón se emocionara ante sus palabras en un primer momento, para luego encogerse al recordar que estas podían ser otra más de sus mentiras.

—Lo fuiste por un tiempo, hasta que me hiciste mucho daño y te convertiste en una razón, no para amar este lugar, sino para odiarlo —respondí, colocando mis manos sobre su pecho mientras intentaba apartarlo de mí, con temor a que volviera a hacerme daño.

—¿Te imaginas lo que podría haber pasado si nos hubiéramos conocido de otra forma? —preguntó él, acogiendo mis manos entre las suyas para que no lo alejara. A continuación me condujo hasta el espacio abierto que había frente al escenario y lo utilizó como una improvisada pista de baile mientras aún sonaba en la radio del bar

una dulce melodía que hizo que me meciera entre sus brazos siguiendo el ritmo de esa cálida canción con la que nos decíamos adiós—. Si tú no hubieras sido una niña mimada con dinero ni yo un hombre desesperado por recuperar su tierra. Si yo no me hubiera dejado comprar y tú no hubieras caído tan fácilmente ante los engaños que te rodeaban. Si yo no hubiera sido tan cobarde para guardar silencio sobre las mentiras que ocultaba y tú hubieras insistido en conocer la verdad… ¿Te imaginas cómo habría sido todo si pudieras creer mis palabras cuando te digo que te amo? —declaró abrazándome como si no quisiera dejarme marchar.

Por unos instantes disfruté de ese abrazo y quise perderme en él y creer cada una de sus palabras, pero luego volví a la realidad y recordé todo el daño que me había hecho, por lo que me distancié de Will.

—Entonces no habríamos sido nosotros —contesté, haciéndole ver que no podía hacer nada por borrar las decisiones que habíamos tomado en el pasado. Con independencia de que nos arrepintiéramos de ellas o nos sintiéramos orgullosos, formaban parte de nuestras vidas y de lo que éramos, por lo que lo único que podíamos hacer era seguir adelante, como yo pretendía.

—Tienes razón —dijo Will, dedicándome una sonrisa de resignación—. Entonces, ¿mañana tendré que decirte adiós? —me preguntó mientras me contemplaba con deseo, como si quisiera retenerme a su lado pero no pudiera.

—Sí —asentí, atragantándome un poco con mis palabras porque, aunque eran las que debía decir para seguir adelante con mi vida, mi corazón todavía dudaba de que fueran las correctas.

Comencé a apartarme de ese hombre, le di la espalda y me dispuse a alejarme de él, pero, de repente, una de sus manos retuvo la mía para luego atraerme hacia su fuerte cuerpo y abrazarme por la espalda mientras susurraba en mi oído unas palabras difíciles de ignorar.

—Madison, simulemos por esta noche que yo no fui tan idiota como para causarte tanto daño, que no te mentí hasta lograr que no creyeras en ninguna más de mis palabras. Cree que te quiero, aunque solo sea por esta noche, y finjamos amarnos aunque tú solamente seas capaz de odiarme.

Esas palabras sonaron en mis oídos como una dulce tentación de la que me habría alejado sin dudarlo si no hubiera notado cómo una solitaria lágrima caía sobre mi hombro. Al volverme hacia Will pude comprobar que él apenas se había percatado de esa señal de debilidad que marcaba su duro rostro. Y tras limpiar con mis manos la muestra de que ese hombre se arrepentía del daño que me había hecho, no pude evitar decirle la verdad, aunque, como él pedía, fuera

únicamente por una noche.

—No te odio —le aseguré.

Y sin atreverme a pronunciar palabras de amor y no deseando oír ninguna más por su parte, lo silencié con un beso con el que le concedía esa noche que Will pedía para nosotros, aunque tan solo significara una dulce despedida.

* * *

Sabía que el beso de Madison equivalía a un adiós. Sin embargo, no pude resistirme a profundizarlo, a buscar su dulce sabor y a embriagarme con él para poder recordarlo para siempre.

Mis brazos la apretaron con fuerza contra mi cuerpo, resistiéndose a dejarla marchar, aunque al finalizar esa noche tuviera que abrirlos y decirle adiós.

Buscando su boca como un hombre desesperado, intenté que entendiera lo mucho que me arrepentía de todo lo que había hecho. Y aunque mis palabras no llegaban a su corazón, esperé que lo hicieran mis caricias.

Cuando ella me rodeó con sus brazos para acercarme a su cuerpo en vez de alejarme, me aceptó aunque fuera únicamente por esa noche. Yo la acogí entre mis brazos y la dirigí hacia una de las mesas, donde la senté antes de que ambos comenzáramos a desprendernos de nuestra ropa.

Madison me desabrochó la camisa, que había vuelto a ponerme en cuanto terminé mi trabajo de servir las mesas, y yo le quité a ella su camiseta, arrojándola despreocupadamente por encima de mi hombro. Luego Madison se quitó el sugerente sujetador de encaje negro que llevaba puesto, pero tapó tímidamente su cuerpo al tiempo que se tumbaba sobre la mesa, entregándose a mis caricias.

Una de mis manos acarició con cariño su rostro, sus tentadores labios, que yo aún quería seguir probando, y descendió por su cuello, haciéndola temblar de deseo. Lentamente, llegué hasta donde sus manos ocultaban sus tentadores senos, que se erguían expectantes, a la espera de que le dedicara mis atenciones.

Con mi otra mano retiré las suyas para liberar sus pechos y eliminar esa vergüenza que entre nosotros ya no tenía cabida, y menos aún si quería expresarle esa noche todo mi amor. Las enhiestas cumbres que se alzaron ante mí supusieron una tentación a la que no pude negarme y acaricié suavemente esos turgentes senos y esos excitados pezones, que se sonrojaron ante un mínimo roce, haciéndola arquearse hacia mí mientras pronunciaba mi nombre.

Mi otra mano todavía sujetaba una de las suyas, y, tras negarme a soltarla, las coloqué sobre la mesa para que Madison viera que ambos

éramos siempre prisioneros de esa pasión que se desataba entre nosotros, estuviéramos preparados para ella o no.

En ese instante quise oír más gemidos de su tentadora boca, por lo que mis labios recorrieron su piel con dulces besos y mi lengua probó su sabor, anhelando grabar en mi memoria cada uno de esos momentos.

Con nuestras manos entrelazadas, acerqué a Madison hacia mí e hice que se sentara sobre la mesa, aproximando así esos tentadores frutos a mi ansiosa boca para devorarlos por completo, sacando de ella más de un grito de pasión.

Probándolos a mi gusto, recorrí sus senos con suaves besos, succioné sus erguidos pezones con mi anhelante boca, los hice temblar con mi exigente lengua y los castigué con el leve roce de mis dientes, para luego calmarlos antes de volver a empezar la exquisita tortura.

El cuerpo de Madison comenzó a acercarse a mí, a reclamar más de esa pasión que yo le negaba justo antes de que llegara al clímax. Empezó a rozarse contra mi dura erección, buscando que el fino hilo de autocontrol que me retenía se rompiera y yo perdiera la razón como la estaba perdiendo ella, en esos instantes, mientras gritaba mi nombre.

Cuando su mano entrelazada comenzó a apretar la mía mientras la otra dejaba las marcas de sus uñas en mi hombro, la tumbé una vez más sobre la mesa y dirigí sus manos hacia los bordes de esta para que se agarrara al tiempo que yo retiraba lentamente el resto de su ropa.

Sus zapatos no tardaron en ser arrojados por encima de mi hombro, también me deshice con celeridad de sus pantalones, pero el minúsculo tanga negro adornado por dos simples lazos a ambos lados constituyó una gran tentación para mí.

Mi mano rozó el delicado encaje sutilmente, haciendo que el cuerpo de Madison siguiera mis caricias. A continuación desaté lentamente los dos lazos, dejando aún esa minúscula prenda sobre su cuerpo, y mantuve mis manos quietas, sin hacer nada mientras mis ojos devoraban su cuerpo con una intensa mirada, consiguiendo que ella se removiera inquieta y comenzara a bajar poco a poco esa prenda.

Mostrándome malvado y buscando su rendición entre mis brazos, aunque fuera solo por esa noche, extraje mi abultado miembro de su encierro y lo coloqué sobre su húmedo sexo para rozarme contra ella una y otra vez, sin adentrarme en su interior, mientras mis manos volvían a jugar con sus excitados senos a la vez que la retenían contra la mesa.

Madison me rodeó la cintura con las piernas y comenzó a moverse al compás que yo marcaba mientras me exigía más. Con sus senos sonrosados e hinchados por mis provocativas caricias, con su

húmedo sexo reclamando mi erección cada vez que la punta de mi duro miembro se rozaba contra su zona más sensible y con ese ínfimo tanga que se estaba cayendo por sus muslos hacia la mesa, Madison parecía un sacrificio que se ofrecía ante mí. Uno que yo no podía, ni quería, rechazar.

Cuando el tanga finalmente cayó al suelo, ella se movió atrevidamente en busca de mi erecto miembro, de forma que con un simple y minúsculo empujón de mis caderas me permitiría hundirme en su apretado interior, pero yo me mantuve firme.

Ella se arqueó sobre la mesa persiguiendo su clímax, rozándose una y otra vez contra mí, hasta que comenzó a convulsionar contra mi pene al tiempo que me tentaba a adentrarme en su interior y a tomar todo lo que ella me ofrecía.

Finalmente, incapaz de resistirme más, me adentré en su cuerpo de una dura embestida. Ella, encontrándose próxima al orgasmo, terminó de llegar hasta él en cuanto probé su apretado interior y entonces yo, deseando oír mi nombre salir muchas más veces de esos tentadores labios, comencé a marcar un profundo y lento ritmo que consiguió que volviera a excitarse. Implacable, me hundí una y otra vez en ella mientras mis manos no dejaban de torturar esos sensibles senos, que la hacían gemir con un mero roce de mis dedos.

Cuando su cuerpo volvió a buscarme aumenté la intensidad de mis acometidas. Luego, haciendo que dejara de agarrarse a la mesa, entrelacé una de sus manos con una de las mías mientras la acercaba a mí para colocar nuestras manos unidas en mi pecho, justo encima de mi corazón, donde este latía descontrolado por ella.

Hice que Madison me mirara, y cuando sus ojos se cruzaron con los míos pude pensar que esa no sería nuestra última noche y que ella me había perdonado. Juntos, nos movimos impacientes en busca del deseo. Ella se agarró a mí, exigiéndome más, y yo perdí el control y busqué mi placer mientras la llevaba conmigo al clímax. Ambos gritamos el nombre del otro mientras llegábamos a la cúspide del placer, pero mientras yo acompañé mis gritos de un sonoro «te quiero», ella simplemente mordió mi hombro para guardar silencio.

Unos instantes más tarde, una saciada Madison se apoyó sobre mí en medio de ese abrazo que todavía compartíamos y, tras hacerse el silencio entre nosotros, ella intentó alejarse.

—Creo que con ese simulado «te quiero» ha terminado todo —dijo levantándose de la mesa para comenzar a buscar su ropa.

Para su asombro, yo me quité el resto de la mía y agarré esas dubitativas manos que todavía se rendían ante mí, las deposité sobre el borde de la mesa y, tras abrazarla por la espalda, le susurré al oído:

—De eso nada. Nuestra noche aún no ha terminado.

Tal vez porque era la última que me concedía, o quizá porque

ella también me deseaba, sus manos permanecieron sobre la mesa mientras mi miembro volvía a alzarse y a adentrarse profundamente en ella, reclamando de nuevo su deseo, ya que yo no tenía derecho a reclamar su amor. Pero a pesar de ello, mientras mis manos se enlazaban con las suyas y mi cuerpo la reclamaba, me permití seguir soñando con él.

—Te quiero —repetí, al tiempo que rogaba silenciosamente para que Madison me creyera en algún momento y que esa noche no fuera un simple adiós.

* * *

Cuando me desperté, dejé a un hombre desnudo y dormido en el sofá de Bodhi, esperando que mi antiguo socio me perdonara por esta última gamberrada mientras me alejaba hacia mi hotel para preparar mi maleta.

Fue difícil alejarme de Will, un hombre al que había aprendido a amar pero a quien también había odiado. Podría haber seguido con él después de esa noche, en la que había oído más de un «te quiero» saliendo de sus labios, tal vez podría haberle perdonado todas sus mentiras y todo el daño que me había causado con ellas, pero sabía que, si me quedaba a su lado sin estar segura de su amor, siempre dudaría de él y acabaría arrepintiéndome de mi decisión. Por eso, aunque mi corazón se quedaba con él, yo me marchaba.

Mientras preparaba la maleta, mi madre me preguntó en múltiples ocasiones si estaba segura de mi decisión y yo no pude evitar dudar una y mil veces, recordando todos los momentos que había vivido con ese hombre, amando algunos y odiando otros, pero siempre anhelando continuar a su lado.

Finalmente, las lágrimas que no había dejado salir durante la última noche que pasé con Will hicieron su aparición mientras buscaba en torno a mi cuello ese regalo de cumpleaños que él me había dado: una herradura que no me había traído demasiada suerte, pero que me había ayudado a levantarme una y otra vez. Una joya que dejé sobre el pecho de ese vaquero, junto a su frío corazón, antes de abandonarlo, preguntándome si ese presente habría tenido para él el mismo valor que le di yo en una ocasión pero que, definitivamente, ya no podía darle.

—¿Estás segura de que ese hombre no te quiere? —preguntó mi madre, secando mis lágrimas.

—¿Estás segura de querer quedarte con papá después de haberte comprado a tantos hombres? —repliqué medio en broma, sin querer darle una respuesta clara.

—Yo sé que tu padre siempre me querrá, aunque en ocasiones no

sepa comportarse. No obstante, no te preocupes, no he desperdiciado el dinero: tengo el número de teléfono de todos y cada uno de los hombres que compré en esa subasta, y estoy dispuesta a venir en jet privado si hace falta para tener una cita con cualquiera de ellos si tu padre no aprende la lección.

—¿Cómo no dudas de ese amor, mamá?

—Si tu padre solo hubiera buscado mi dinero en vez de mi amor, no habría sufrido tanto por demostrarme que me amaba, no habría luchado tanto por mí, no habría renunciado a todo lo que renunció y se habría limitado a tomar el camino fácil aceptando un cheque en blanco que alguien puso en sus manos para que se olvidara de mí. Sin embargo, y a pesar de todo, debo reconocer que las dudas permanecieron aquí durante mucho tiempo —dijo mi madre, señalando su corazón—. Cariño, el amor es algo de lo que podemos dudar en más de una ocasión, y la persona que amamos es quien hace que esas dudas desaparezcan o se confirmen.

—¿Y qué haces cuando ese amor está lleno de mentiras?

—Buscar la verdad, pero no huir de ella por miedo a nuevas heridas. Nadie puede negar que tu padre compró a ese hombre, hija, pero conociéndolo como lo conozco, sé que Will arriesgó demasiado cada vez que se acercaba a ti. La pregunta es: ¿por qué siguió acercándose a ti, a pesar de todo lo que podía perder? —inquirió mi madre, colocando alguna que otra duda en mi cerrado corazón, que ya había decidido no volver a abrir a nadie.

—Ojalá hubiera una forma que me permitiera estar segura de ese amor, mamá, pero no puedo. Duele mucho —declaré, cerrando la maleta mientras ella me acompañaba con la suya para despedirme de las personas que había conocido en ese extraño lugar y que me habían acompañado en los buenos y en los malos momentos, haciéndose un hueco en mi vida.

En la puerta del hotel, junto a mi caro descapotable, se encontraba Bodhi sosteniendo un gran ramo de flores silvestres con un típico gesto huraño que ya no me engañaba.

—Las compraron las chicas —dijo tendiéndomelas mientras ellas hacían gestos a su espalda, negando sus palabras.

—¿Tienes veinte dólares, Bodhi? —le pregunté, haciendo que recordara nuestro primer encuentro y lo único que me quedaba en mi cartera cuando llegué hasta su puerta.

Y cuando él sacó el billete y me lo tendió con una sonrisa, yo le entregué los documentos por los que le cedía mi parte del bar.

—Gracias, Madison. Este negocio lo compró mi madre cuando trabajaba ahí y quiero conservarlo.

—Espero que, cuando vuelva, las copas sean gratis —declaré, despidiéndome de ese grandullón con un gran abrazo.

—Por ser tú valdrán el doble. Después de todo, ahora puedes pagarlo —respondió él con sorna, recordándome que volvía a mi despreocupada vida rodeada de unos lujos que ya no veía de la misma manera, tal vez porque había madurado durante todo ese tiempo y había aprendido el verdadero valor de las cosas.

—¡Quita! —protestaron las chicas, apartando a Bodhi para darme un abrazo en conjunto.

—Tienes que llamarnos —pidió Nina.

—Y escribir alguna carta —apuntó Tina.

—Y, por supuesto, pasarte alguna vez por el local —añadió Anna.

—¡Y queremos otra noche de chicas! —declaró Marla, recordando que esa escandalosa fiesta había sido mi despedida de este lugar.

—Lo haré, pero a cambio quiero que me llaméis cuando me necesitéis. Le he comentado a mi abogado algunos de vuestros problemas y está dispuesto a ayudaros en lo que necesitéis: tan solo tenéis que llamarlo. Y como favor especial hacia mí en compensación por lo mal que se ha portado últimamente conmigo, no va a cobraros nada, así que estaré con vosotras cuando queráis dar el primer paso —dije repartiendo las tarjetas de mi abogado mientras esperaba a que ellas decidieran dejar de esconderse y enfrentarse a los problemas que las habían llevado a ese lugar.

Entre lágrimas y abrazos, las chicas se guardaron las tarjetas, dándome la esperanza de que decidirían cambiar su situación.

Cuando mi despedida ya comenzaba a ser demasiado emotiva, una curiosa multitud empezó a acercarse…, aunque no tardó en dispersarse en el instante en que Abigail casi los atropella con su todoterreno con tal de llegar a tiempo.

—¿Ves? ¡Te dije que llegaríamos a tiempo! —manifestó la descuidada pelirroja mientras aparcaba encima de la acera.

—Ya, y yo te dije que no estaba segura de si llegaríamos de una pieza después de que tú cogieras el volante —replicó Olivia mientras daba gracias al cielo por llegar viva al lugar—. Tienes que volver —dijo entonces, dirigiéndose a mí.

—Lo quieras o no, te voy a mandar una invitación para la fiesta benéfica del próximo año. Así que, si no quieres hacerles un feo a tus amigas, volverás —declaró Abigail antes de comenzar a llorar y a abrazarme, intentando acapararme, algo que Olivia no permitió sumándose a ese abrazo.

—Los Walter pueden ser muy orgullosos y pueden equivocarse mucho, pero cuando dicen «te quiero» lo hacen de verdad —me susurró Olivia, pidiéndome una oportunidad para un hombre del que mi corazón aún dudaba.

—Hay que hacer más tiempo… —susurró de repente Abigail a

Olivia mientras se negaba a soltarme, haciéndome sospechar de inmediato que tramaban algo.

Y cuando una camioneta del rancho La Carreta llegó hasta las puertas del hotel y comenzaron a salir todos los hermanos Walter, supe que Will había venido a por mí. Que me quedara a su lado era otro cantar.

—Sentimos llegar tarde, pero es que no lo encontrábamos —dijo Jacob, disculpándose con su esposa.

—Estaba en el sofá de Bodhi —confesé, ocultando mi rostro detrás del ramo de flores que tenía entre las manos, haciendo que Bodhi me fulminara con la mirada antes de anunciarme:

—Me debes un sofá.

—Madison, yo… —comenzó Will, dando un paso hacia mí.

Y como mi corazón todavía dudaba, y dolía, yo di un paso hacia atrás.

—No quiero más mentiras y, sobre todo, no te quiero a ti.

La mano que él alzaba con esperanza hacia mí bajó y, por unos instantes, vi en su rostro el mismo dolor que yo llevaba en mi corazón.

—De acuerdo. Simplemente dale esto a tu padre cuando vuelvas a verlo, por favor —me pidió, poniendo entre mis manos un sobre cerrado.

—¿Qué es esto? ¿Acaso mi padre ha vuelto a comprarte? —pregunté, aún resentida con ese hombre.

—No. Lo cierto es que lo intentó, pero en esta ocasión mi precio es muy alto, y no creo que tu padre esté dispuesto a pagarlo —contestó Will con una sonrisa irónica en el rostro para después alejarse de mí.

Cuando las personas que me despedían comenzaron a marcharse y yo terminaba de meter las interminables maletas de mi madre en mi minúsculo maletero, para mi asombro, la última persona que vino a despedirme fue mi padre.

—Madison —dijo llamando mi atención—. Lo siento —añadió acto seguido mientras me abría sus brazos en el momento que más lo necesitaba. Yo, corriendo hacia ellos, me dejé consolar—. Ser padre no es nada fácil. En ocasiones, cuando ves que tu hija se equivoca, ves que toma el camino incorrecto y quieres guiarla hacia el correcto, no sabes cómo hacerlo. Cuando ella no escucha tus palabras y tú no sabes cómo expresarte, te sientes perdido. Cuando sabes que le van a hacer mucho daño si sigue dejándose engañar, prefieres hacérselo tú para mostrarle la verdad que ella no quiere ver.

»Un hombre que es el mejor en el mundo de los negocios puede ser un auténtico fracaso en su labor como padre, sobre todo cuando intenta tratar a su hija como si fuera uno más de sus negocios. He cometido muchos errores, Madison, y no te digo que no los volveré a

cometer en un futuro porque ser padre no viene con libro de instrucciones, pero quiero que sepas que nada de lo que he hecho ha sido con la intención de hacerte daño: tan solo quería que aprendieras lo dura que es la vida antes de que la vida te lo mostrara a su manera haciéndote más daño del que te he hecho yo.

—Te perdono, papá…, pero solo porque antes era una niña rica y mimada —anuncié tras oír las sinceras disculpas de mi padre y comprobar que eran de verdad.

—¿Y ahora? —preguntó sin dejarme marchar de su cálido abrazo.

—Lo sigo siendo, pero sin dinero —bromeé, sacando una sonrisa de esos serios labios.

—Vamos en mi coche mejor, cielo. Las maletas de tu madre no caben en el descapotable y tú no estás en condiciones de conducir. No te preocupes por tu vehículo: pagaré a alguien para que nos lo lleve a casa —propuso él, limpiando las lágrimas que empañaban mi rostro con uno de sus caros pañuelos.

—Las despedidas siempre me ponen melancólica.

—¿Estás segura de que esas lágrimas no son por algo más?

—No —contesté a mi padre mientras me subía a su coche y dejaba el resto de los preparativos en sus manos.

Cuando llevábamos unos minutos en la carretera, recordé un sobre que me quemaba en el bolsillo. Y aunque sabía que no tenía que distraer al conductor, no pude evitar hablar con mi padre de Will.

—Papá, Will me ha dado un sobre para ti.

—¡Ah! Posiblemente sea el cheque en blanco que le di. Le propuse devolverle su parte del rancho familiar si rellenaba ese cheque con la cantidad que deseaba a cambio de que se mantuviera alejado de ti para siempre. Lo siento, hija…, al parecer, ese hombre sigue teniendo un precio.

—Devuélvele su rancho, papá.

—¿A pesar de lo que te ha hecho y de cómo se ha comportado contigo?

—Esa tierra es su vida. Es su sueño… Ojalá yo fuera tan importante para él como ella, pero no es así —dije derramando algunas lágrimas.

—¡Mira que ir a enamorarte de un tipo como ese! —protestó mi padre.

—Ya… ¿Quién habrá sido el desconsiderado que puso a un tipo como él en mi camino, eh, papá? —le contesté irónicamente, ganándome un gruñido de descontento de su parte al recordarlo.

—Bueno, vale…, olvida lo que he dicho. Dime, cariño, siento curiosidad: ¿qué precio tiene ahora ese hombre? ¿Qué asombrosa petición, con la que satisfará todos sus anhelos, ha escrito en ese cheque?

Yo, sobreponiéndome, abrí el sobre esperando que Will volviera a romperme de nuevo el corazón. Y, en efecto, cuando vi lo que había puesto, más lágrimas se deslizaron por mi rostro.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Qué ha puesto ese hombre en ese cheque que te ha alterado tanto? —preguntó mi padre alarmado al ver que mi llanto aumentaba mientras yo no podía creer lo que mis ojos veían.

—¡Para el coche! —le ordené, provocando que diera un frenazo. Luego añadí—: Tenemos que volver.

—¿Qué? ¿De verdad crees que vale la pena regresar a ese pueblo? —inquirió mi padre preocupado.

Mi madre me arrebató el cheque y, al ver lo que Will le pedía a mi padre, simplemente sonrió y contestó a su pregunta:

—Sí, querido, ahora sí merece la pena volver a ese lugar.

—Está bien, pero antes quiero saber cuál es el precio de ese hombre en esta ocasión.

—Su precio soy yo —respondí, mostrándole ese cheque en blanco en el que Will había puesto mi nombre en el lugar donde debería haber escrito la cantidad que cobrar, unas palabras con las que Will me aseguraba que, a pesar de que pudiera perderlo todo, lo único que quería en su vida era a mí.

Las dudas de mi corazón se despejaron y yo corrí hacia ese hombre dispuesta a que cobrara ese cheque y me permitiera estar a su lado.

Capítulo 22

—¿Se puede saber qué haces aquí en vez de ir a cobrar ese cheque? —preguntó Jacob al ver cómo su hermano Will se concentraba en la dura tarea de arreglar las cercas del rancho con la clara intención de no tener que pensar en lo que estaba dejando marchar.

—Es inútil. Le entregué el cheque con lo que yo quería y ella volvió a rechazarme. No sé qué hacer para que esa mujer crea en mí después de todo lo que le he hecho —dijo Will mientras contemplaba sus manos, sintiéndose culpable de todo lo que le había hecho a Madison.

—Lo entregaste, pero no te quedaste para cobrarlo —lo reprendió su hermano mayor mientras recordaba lo difícil que podía ser el amor.

—Me rechazó otra vez sin llegar a mirar siquiera lo que ponía en el cheque y luego se fue. Yo no sabía qué más podía decirle para que se quedara, para que me concediera una oportunidad que ni yo mismo creía merecer —declaró Will, intentando centrarse en el trabajo.

Sin saber cómo ayudar a un hermano al que siempre le había costado perdonar las faltas de otros, y aún más las suyas, Jacob contempló esa rígida espalda que no se apartaría de esa cerca hasta haberse castigado lo suficiente, tanto a sí mismo como a su corazón. Y mientras Jacob pensaba con desesperación qué podía hacer por Will, una nueva oportunidad apareció por sorpresa ante él para que esa historia no llegara todavía a su final.

Al mismo tiempo que su hermano Clay aparcaba la camioneta sin que Will le prestara atención, Jacob sonrió. Will siguió con su trabajo, sin percatarse de que la vida le daba otra oportunidad para cobrar ese cheque en blanco, una que Jacob no estaba dispuesto a que desperdiciara.

—Y dime, ¿por qué pusiste el nombre de esa chica en el cheque en lugar de una cuantiosa suma que podría habernos ayudado a levantar este lugar? —le preguntó a Will cuando la alocada chica que acompañaba a Clay se encontró lo suficientemente cerca de él como para oírlo.

Will, tensando la espalda ante las palabras de su hermano, no se volvió hacia él para enfrentarlo, por lo que no vio a la mujer que esperaba su contestación con impaciencia, y respondió:

—Porque Fitzgerald me indicó que rellenara ese cheque con mi mayor deseo, con aquello que me permitiera cumplir mis sueños. Y

con lo que sueño, y lo único que deseo, es a ella.

Sus palabras hicieron que esa mujer diera unos pasos hacia él sin que este se percatara, deseando oír más de lo que ese hombre debería haber gritado en vez de guardarlo en su corazón.

—Sabes que, al poner su nombre en ese cheque, probablemente lo habrás perdido todo, ¿verdad? —insistió Jacob, recordándoles a su hermano y a esa mujer lo que Will había arriesgado con su silenciosa declaración de amor.

—Lo sé. Sé que Fitzgerald no tendrá piedad conmigo, y menos después de que me advirtiera en más de una ocasión que mantuviera las distancias con Madison mientras yo cuidaba de ella. Pero no pude cumplir esa parte de nuestro trato. Me resultó imposible mantenerme lejos de una mujer que no era como me había imaginado o como Fitzgerald me había dicho. Esa mujer, que en un principio no valía nada a mis ojos, terminó siendo lo más valioso que he tenido a mi alcance en toda mi vida. Por eso tenía que intentarlo, Jacob, tenía que arriesgarlo todo por ella para aspirar a conseguir algo más importante que cualquier cantidad de dinero: su amor.

La distancia que separaba a esos dos aún era demasiado grande, pese a que ella la acortase poco a poco a medida que oía a Will hablando con sinceridad, así que Jacob siguió instigando a su hermano para eliminarla por completo.

—Ya veo…, y finalmente no has conseguido nada. ¿Por qué no has corrido detrás de ella y te has interpuesto en su camino para que no se marchara?

—Porque era inútil, hermano. Aunque mis brazos pudieran haberla retenido, si ella aún dudaba de mí no habría ninguna manera de que pudiera atrapar su corazón.

El hombre que continuaba arreglando esa cerca no notó las lágrimas que comenzaban a mojar el rostro de esa mujer mientras se llevaba las manos al corazón, pero sus pasos todavía mostraban demasiadas dudas para el gusto de Jacob.

—Bueno, en ese caso estoy seguro de que, ahora que sabes el resultado, probablemente te arrepientes de lo que pusiste en aquel cheque, ¿no?

—No, para nada, Jacob. No me arrepiento de nada porque creo que cuando ella lo vea, tanto si me perdona como si no, al final sabrá que esa es mi declaración de amor para la niña mimada que siempre llevaré en mi corazón —anunció Will antes de volverse con una triste sonrisa.

Y fue esa sonrisa cargada de tristeza, pero también iluminada por un débil brillo de esperanza, lo que convenció a Madison de correr en pos de sus brazos, haciendo que Jacob se marchara de ese lugar llevándose a Clay consigo, feliz al saber que Will tendría otra

oportunidad para conseguir ese amor que, a pesar de sus equivocaciones, los Walter siempre perseguían con el corazón.

* * *

Mientras estaba arreglando esas cercas del rancho intentando cansar mi cuerpo para no ceder al dolor que embargaba mi corazón, contesté a las impertinentes preguntas de mi hermano mayor sin mirarlo a los ojos, incapaz de enfrentarme a él.

Me sentí molesto por su insistencia, pero contesté con sinceridad.

A medida que le daba mis respuestas, me reproché a mí mismo mi estupidez porque entonces fui consciente de que esas palabras debería habérselas dicho a Madison, en vez de limitarme a entregarle ese cheque. Y cuando mi hermano me preguntó si me arrepentía de lo que había hecho, tras rememorar los momentos que había pasado junto a ella le di mi respuesta con una sonrisa en mis labios y otra en mi corazón.

Para mi sorpresa, al darme la vuelta me topé de bruces con la mujer que tantas veces había huido de mí a causa de mis mentiras, una mujer que se arrojó a mis brazos, quizá porque ahora había percibido mi sinceridad.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, incapaz de creerme aún que Madison estuviera entre mis brazos en ese momento. Y, atrapándola entre ellos, me negué a soltarla.

—Te has olvidado de cobrar tu cheque —respondió ella con lágrimas en los ojos mientras ponía el arrugado papel que llevaba entre las manos sobre mi pecho, justo donde se encontraba mi esperanzado corazón, latiendo por ella.

—¿Y qué hay de tu padre? ¿Está dispuesto a pagar mi precio? —pregunté, sabiendo que Fitzgerald no estaba demasiado contento con la idea de que me hubiera enamorado de su hija.

—No, pero yo sí estoy dispuesta a abonarlo —dijo atrayéndome hacia sus labios, los cuales no dudé en devorar para mostrarle mi impaciencia por comenzar a satisfacer mi deseo. Y cuando la dejé respirar añadió, para mi desasosiego—: Aunque tal vez necesitaré algo de tiempo para pagártelo.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté, temiendo que le pusiera un límite a nuestro amor.

—Calculo que tardaré en pagarlo toda mi vida, pero prometo darte cada día un trocito de mi corazón, aunque, a cambio, exijo el tuyo.

—Me parece justo —contesté con una sonrisa. Y sacando de mi bolsillo el colgante de herradura que le regalé por su cumpleaños, un presente que al principio tan solo fue una burla hacia ese destino que

nos había enredado sin concedernos demasiada suerte a ninguno de los dos, lo coloqué en torno a su cuello al tiempo que le susurraba al oído una verdad que nunca había podido negar—: Te quiero.

—Te quiero —replicó Madison mientras miraba complacida el collar, que volvía a estar en su sitio, concediéndole demasiado valor a una joya tan simple. Pero eso se debía a que ella medía su valor de un modo diferente de como lo hacían los demás y establecía ese precio con el corazón, frente al cual el dinero no tenía ningún valor, sobre todo si se trataba de verdadero amor.

Epílogo

Finalmente, decidida a pagar ese cheque en blanco para el amor que mi padre había puesto sobre la mesa, me quedé con Will. A pesar de ser él quien nos había unido, mi padre protestó un poco. Bastante, en realidad. Trató de usar excusas simplonas, como dónde viviríamos o en qué trabajaría yo, pero todas ellas intentaban ocultar la realidad: que cuando yo me fuera de su lado, me echaría muchísimo de menos, lo cual resultó más que evidente cuando ese adinerado magnate que era mi padre cambió su residencia habitual de Nueva York a Dallas tan solo para tenerme cerca…, o quizá para tener vigilado a Will.

Planeé irme a vivir con Will a su rancho, pero tanto mi padre como Bodhi se negaron en redondo a ello hasta que me casara debidamente con ese hombre, así que Will y yo, aconsejados por mis futuros cuñados, nos escapamos a Las Vegas para celebrar una escandalosa boda rápida que, como fue organizada por Olivia, terminó siendo oficiada ni más ni menos que por Chewbacca.

Más adelante, después de demostrar mis habilidades en los negocios, recibí varias ofertas de trabajo: una de Will, otra de mi padre y una tercera de Bodhi, pero la que acabé aceptando fue la propuesta de mi madre, que emprendió el primer negocio de su vida.

Beatrice Mitchell creó un club exclusivo para damas en Dallas y una asociación benéfica de la que varias adineradas amigas suyas acabaron siendo benefactoras. La asociación de mujeres de mi madre no se limitaba a recoger dinero para ayudar a personas maltratadas, sino que también gestionaba actividades tan dispares como ayudar a crear nuevas identidades y nuevas vidas en otros lugares, donde esas personas maltratadas pudieran empezar de nuevo.

Yo me encargaba de la dirección de toda esa estructura con la ayuda de mi madre, que resultó ser una gran mujer de negocios que nunca había puesto en práctica todo lo que había aprendido después de pasar décadas junto a mi padre.

Tras ver cómo mi madre ayudaba a muchas mujeres que buscaban una nueva oportunidad, las chicas de Bodhi decidieron utilizar la tarjeta del abogado que un día puse en sus manos buscando salir por fin de los problemas de los que siempre habían huido.

El bar de Bodhi poco a poco se quedó sin bailarinas, y como

nadie quería verlo a él bailando encima de la barra, este acabó convirtiendo su local en un bar normal y corriente, así como en un punto de contacto seguro para las mujeres que no se atrevían a solicitar ayuda en las puertas de la cara institución que mi madre había creado.

Bodhi siguió ayudando a las mujeres y adornó las paredes de su renovado bar con fotografías de su madre, una mujer que lo había sacado adelante a pesar de las dificultades y de la que siempre se sentiría orgulloso. Ese local, que ahora se llamaba Miranda's Place en honor a la madre de Bodhi, era un lugar tranquilo y plácido donde tomar unas copas y disfrutar de una agradable conversación, excepto los jueves, cuando había noche de chicas y las mujeres se desmelenaban.

Era en esos momentos cuando Bodhi reclamaba mi ayuda, y entonces era yo la que tenía que vigilar que las mujeres no se propasaran con él, hasta el punto de tener que echar a alguna del local… En lo que iba de mes ya había tenido que echar a mi madre tres veces de ese establecimiento, y ya estaba pensando seriamente en prohibirle la entrada de por vida.

Allí, en ese remoto territorio de Texas, en ese alejado rancho que dirigían unos hermanos que amaban su tierra igual que a los suyos, yo crecí como persona. La niña mimada que regalaba caros obsequios a cambio de aceptación ahora solo daba lo necesario a aquel que lo mereciera. La chica que no sabía el valor que tenía el duro trabajo de alguien ahora lo valoraba en su justa medida. La mujer rodeada de interesados que solo querían su dinero ahora solo se rodeaba de personas que querían su cariño y su amistad.

La vida, o más bien mi despiadado padre, me había dado una lección que me había llevado a experimentar qué pasaría si lo perdía todo. Y como resultado de ello acabé dándome cuenta de que en realidad no había perdido nada importante y descubrí en mi camino otras muchas cosas que había ganado y que ahora sabía que nunca podría haber comprado ni con todo el dinero del mundo, entre ellas el amor.

Después de haber aprendido tanto durante los dos años que llevaba en ese lugar, al fin pude tomarme un respiro y, cuando llegó mi cumpleaños, volví a celebrarlo por todo lo alto. En esta ocasión, la fiesta tenía lugar en el bar de Bodhi, en forma de una reunión íntima y privada llena de familiares y amigos en la que soplaría las veintisiete velas de una pequeña tarta mientras todos los que me rodeaban me felicitaban de corazón.

Mientras disfrutaba del regalo de cumpleaños que me había hecho Bodhi, mi padre y Will me reprendían sin parar, preocupados.

—¿Quieres hacer el favor de bajarte de ahí antes de que te hagas

daño? —dijeron los dos casi al mismo tiempo, poniéndose de acuerdo en algo por primera vez, preocupados por los bruscos movimientos del toro mecánico que Bodhi había instalado en su bar para ese día.

—¡Pero si lo manejo a la perfección! —contesté agarrándome con fuerza a ese trasto, que cada vez se movía con más ímpetu—. ¡Mira, Will! ¡La práctica en aquella cama vibratoria del motel en el que nos alojamos me ha servido de algo! —grité escandalosa y animadamente, provocando que la fulminante mirada de mi padre se clavara en mi marido mientras este se apresuraba a ocultar su avergonzado rostro bajo su sombrero de ala ancha.

—Es buena —señaló Bodhi, admirando mi cabalgada, haciendo que tuviera demasiada confianza en mí misma y finalmente me cayera de ese bicho mecánico en una de sus vueltas.

Will no tardó en acudir para ayudarme a levantarme de las colchonetas que rodeaban el toro mecánico, mientras Olivia hacía lo propio, pero para apartarme con la intención de ocupar mi lugar en ese trasto mientras sus mellizos de cinco años, Melody y Daniel, protestaban diciendo que les tocaba a ellos. Por su parte, Abigail animaba a su amiga desde una de las mesas cercanas a la atracción al tiempo que sostenía en brazos a su pequeña Lena, de un añito.

Cuando estuve entre los brazos de Will, mi madre me anunció que ya era la hora de soplar las velas, por lo que cogí a mi hijo William, de apenas seis meses, entre mis brazos y me dirigí hacia ellas, y cuando las soplé, pedí como deseo disfrutar de muchos más momentos como ese entre mis seres queridos.

—¡Tengo un regalo espléndido para ti! —anunció mi padre orgulloso en medio de la multitud.

—¿Vas a volver a quitármelo todo para darme una lección? —repliqué con malicia, recordando el regalo que había recibido en mi famosa fiesta de cumpleaños de dos años atrás—. Te advierto que, aunque pudieras hacerlo, ahora hay cosas mucho más importantes en mi vida que el dinero —declaré mientras miraba a mi hijo.

—¡No digas tonterías! ¡Por supuesto que no voy a quitarte nada! Además, en aquella ocasión no fuiste la única persona que aprendió una lección —respondió él, admitiendo sus errores.

—Bueno, pero no estoy segura de que me guste tu regalo, papá: admite que no eres demasiado bueno a la hora de elegirlos.

—¿Lo quieres o no? —preguntó finalmente él, algo molesto e impaciente, obligándome a que hiciera como cuando era pequeña y cerrara los ojos a la espera de mi presente. Cuando los abrí, me encontré a William chupando unos papeles que mi padre había puesto en sus manos despreocupadamente.

—¡El rancho de los Walter vuelve a ser un negocio familiar!

—¡Vaya, qué bien! ¿A nombre de quién has puesto la parte que

poseías, papá? ¿Al de Will o al mío? —pregunté algo confusa, sabiendo que hacía mucho tiempo que debería haberle devuelto sus tierras a Will.

—Al suyo y al de los demás hijos que tengáis a partir de ahora —respondió él, señalando al bebé que tenía entre mis brazos, un niño al que mi padre comenzaba a mimar demasiado.

—Will, ¿qué opinas? —le pregunté al hombre con el que mi padre había vuelto a jugar, esperando ver en su rostro algo de resentimiento ante las manipuladoras acciones de mi familia.

Pero Will se limitó a cobijarme entre sus brazos mientras le anunciaba a mi padre:

—Tengo entre mis brazos todo lo que me importa, Fitzgerald, así que solamente puedo darte las gracias por el regalo que le has hecho a nuestro hijo y por el que me concediste a mí cuando cumpliste con el pago de aquel cheque en blanco que pusiste en mis manos.

Y mientras recordaba ese cheque que yo todavía guardaba entre mis cosas importantes, como su gran confesión de amor, Will me besó. Luego puso su propio regalo en mi muñeca, una pulsera con pequeños adornos que representaban nuestro pasado y nuestro futuro juntos: una moneda y un corazón, símbolos que me recordaban que nuestra historia comenzó cuando yo creía que el dinero podía comprarlo todo, hasta que él me enseñó que había cosas que nunca se podrían comprar, como el amor.

* * *

El día que el rancho volvió a ser un negocio familiar, miré con orgullo mi tierra. Me alegraba mucho que mi parte del rancho fuera de mi hijo William y de los siguientes hijos que Madison y yo tuviéramos en el futuro. Mi rancho seguía siendo muy importante para mí, pero no era lo más importante de mi vida.

Mientras meditaba observando mi lugar preferido, Fitzgerald apareció caminando pausadamente por esa tierra como una vez lo había hecho mi padre.

—¿Qué? ¿Contemplando con renovado orgullo todo lo que es tuyo? —inquirió mi suegro, dándome una palmada en la espalda—. Siempre que me quedaba en el rancho, tu padre me traía hasta aquí para enseñarme con gran satisfacción todo lo que había conseguido gracias a su duro trabajo y para contarme lo siguiente que quería conseguir. Yo, por mi parte, le mostraba mi imperio cuando él venía a la ciudad y lo llevaba a algún ostentoso club que se ganaba más de un gruñido de disgusto de su parte. ¿Sabes? Me recuerdas mucho a él… —declaró Fitzgerald mientras se llevaba una mano a los ojos, como intentando disimular las lágrimas que hacían acto de presencia ante el

recuerdo de un preciado amigo al que ya no volvería a ver.

Y sabiendo que ese hombre estudiaba sus negocios desde todas las perspectivas posibles antes de llevarlos a cabo, le pregunté:

—¿Por qué a William? ¿Por qué no pusiste tu parte de mi rancho a nombre de Madison o del mío?

—Ahora sois felices y no quiero estropear esa felicidad, Will. A lo largo de mi vida he contemplado cómo el dinero lo empaña todo, nos hace dudar, nos convierte en débiles, en ambiciosos, en egoístas y en necios —dijo como si rememorara alguno de sus errores—. Si lo ponía a tu nombre, mi hija podría dudar algún día y acabar pensando que te casaste con ella tan solo para conseguir tu tierra. Si, por el contrario, lo ponía a nombre de ella, Madison podría llegar a creer en algún momento que seguías a su lado por esta tierra y no porque la amases. De este modo, os equivoquéis o acertéis mientras cuidáis de este amor que habéis encontrado, no podréis echarle la culpa al dinero, y esas dudas que podrían suponer una gran brecha en vuestros corazones no estarán ahí.

—¿Y si nuestro hijo se convierte en un niño mimado a consecuencia de tu decisión?

—Entonces ahí estarás tú para guiarlo y mostrarle el camino…, y si eso no sirve, ahí estaré yo para darle una lección quitándoselo todo.

—Está visto que tú nunca aprendes, Fitzgerald —repuse con una sonrisa al tiempo que negaba con la cabeza al rememorar los líos en los que me había metido con sus lecciones, aunque luego, pensando en lo que había ganado, no pude evitar sonreír con mayor intensidad.

—No —contestó él entre carcajadas mientras se alejaba para seguir paseando al ver que Madison se acercaba.

—Espero que no te importe que lo haya traído a este lugar tan especial para ti, cariño. Mi padre me dijo que lo visitaba con tu padre hace mucho tiempo y que le apetecía volver a caminar por él mientras recordaba a su amigo.

—No te preocupes. Este lugar no es solo mío. Creo que mis hermanos y sus familias deberían volver para recordar los buenos momentos y crear otros aún mejores. Por lo menos, eso es lo que yo planeo hacer —respondí mientras atraía a mi mujer hacia mí. Y abrazándola por la espalda, nos dispusimos a contemplar juntos ese paisaje del que mis padres disfrutaron un día.

—Ahora comprendo por qué hiciste todo lo posible por recuperar este sitio. Ahora conozco el valor que le atribuyes a esta tierra y a cada una de las personas que hay en ella —dijo Madison, volviéndose entre mis brazos mientras me miraba con ese cariño que siempre guardaba para mí, aunque a veces no lo mereciera.

—Cierto, pero, a pesar de todo, si tú no estás a mi lado, nada de esto tiene valor para mí —repuse colocando una de sus manos sobre

mi pecho.

Y haciéndome con sus labios, la besé con pasión para que notara lo acelerado que latía mi corazón y para que recordara que la única manera de comprarlo siempre sería con su amor.

Biografía



Silvia García Ruiz siempre ha creído en el amor, por eso es una ávida lectora de novelas románticas a la que le gusta escribir sus propias historias llenas de humor y pasión.

En la actualidad vive con su amor de la adolescencia, quien la anima a seguir escribiendo, y compagina el trabajo con su afición por la escritura. Reside en Málaga, cerca de la costa. Le encanta pasear por la orilla del mar, idear nuevos personajes y fabular tramas para cada uno de ellos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

Facebook: Silvia García Ruiz

Instagram: @silvia_garciaruiz

Referencias a las canciones

Diamonds Are a Girl's Best Friend, ℗© JB Production, interpretada por Marilyn Monroe.

You Can Leave Your Hat On, ℗© 1998 Parlophone Records Ltd., a Warner Music Group Company, interpretada por Joe Cocker.

Un cheque en blanco para el amor
Silvia García Ruiz

Diseño de la cubierta: Esencia digital / Área Editorial Grupo Planeta

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición (epub): septiembre de 2024

ISBN: 978-84-08-29294-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta